Julio Cejador y Frauca

TIERRA Y ALMA ESPAÑOLA

CLÁSICOS DE HISTORIA 541

JULIO CEJADOR Y FRAUCA

TIERRA Y ALMA ESPAÑOLA

Madrid 1924

https://archive.org/details/tierrayalmaespa00ceja/mode/2up

CLÁSICOS DE HISTORIA 541

ÍNDICE

ESPAÑA

Niños, amad a España.

1

Esta palabra, que resuena dulcemente en vuestros oídos, significa tres cosas entrañablemente compenetradas: la tierra, la raza y el alma española. España es el rinconcito del mundo donde viven los nuestros, nuestra familia española, donde vivieron nuestros antepasados y vivirán nuestros sucesores. El día que tengáis que salir de ella, sentiréis lo que es la patria y, si por allá lejos os encontráis con cualquier español, sabréis lo que es el amor patrio de veras: se os ablandarán las entrañas, querréis abrazarle, os sonará el idioma castellano más dulcemente que nunca. Cuando de mayores os alejéis de vuestro pueblo, recordaréis con inexplicable dulcedumbre los lugares donde pasasteis vuestra niñez, vuestra casa donde os querían vuestros padres y hermanos, vuestra calle, los campos por donde correteabais y jugabais con vuestros amigos. Desearíais volver allá, y ese deseo, ese dulce recuerdo de vuestra casa y familia, de vuestro pueblo y antiguos amigos, es lo que se llama amor a la patria; ese dulce y tierno apego es el patriotismo.

Pero España no es sólo la casa y el pueblo como lugar donde vivimos y la tierra de los españoles; es mucho más. Porque acaso no habéis caído en la cuenta de que la tierra no es algo que le cae por de fuera al hombre. Le llega, por el contrario, muy adentro. Tierra y hombre hacen un todo. Los españoles han cultivado la tierra de España, la han cruzado de caminos y llenado de edificios, han desparramado en ella hermosas ciudades, han levantado murallas, iglesias, palacios, puentes, a fuerza de trabajo, de sudor, ingenio y arte. Esta tierra es fruto de sus afanes, obra de sus manos, espejo de su ingenio artístico; retrata el alma española, está empapada de su espíritu. Cada catedral, cada palacio, cada lugar recuerda, además, un acontecimiento triste o alegre del vivir de los españoles, es como un memorial en que está narrado lo que les sucedió y lo que hicieron.

¿No os parece que los españoles debemos recorrer esta nuestra tierra de España, visitarla y conocerla? Este viaje lo haremos ahora con la imaginación en este libro, el cual os servirá de guía para cuando lo emprendáis en la realidad.

Por otra parte, si el hombre muda las condiciones de la tierra con su trabajo, fecundándola si era estéril, plantando árboles si estaba desnuda, desecándola si era pantanosa, regándola si seca, hermoseándola con jardines, caminos, ciudades, dejando el sello de su espíritu en los monumentos que en ella levanta, la tierra hace más con el hombre que la habita, mucho más: lo moldea a su imagen y semejanza, creando lo que se llama la raza. Ved a un negro y a un rubio: ¿a qué se debe esta diferencia de razas? A que el negro procede originariamente de ciertas tierras calientes de África, y el rubio de otras frías del norte de Europa. La tierra y el clima de España habrán, por consiguiente, formado la raza española.

¿Creéis que todas las tierras producen la misma clase de uvas, de trigo, de conejos, de perdices? No; cada tierra da lo suyo. Cotejad las tierras calientes tropicales, vestidas de verdor pujante, arracimadas de melosos dátiles, de aromoso café, cruzadas de fieros animales, enmarañadas de selvas tupidas, donde anidan aves de vistoso plumaje, con otras tierras frías y nebulosas del norte, donde apenas si un sol mortecino sólo cría abetos y hierbas, animales sosegados, frías marmotas. Pues bien, el hombre es una planta y un animal y un espíritu, y en estas tres condiciones suyas toma de la tierra y clima en que vive sus cualidades de cuerpo y alma, al igual de las plantas y animales. Lentamente y al correr de los tiempos se compenetran tierra y hombre, y así nacen las razas. La lana de las ovejas es más fina y larga en las frías serranías, como la cachemira del Himalaya y las llamas de los Andes, que no en los calientes llanos. Influyen las clases de tierras, el

sol, el calor, la altura sobre el mar, en las plantas, en los animales y en los hombres. Y no sólo en el cuerpo, sino en los sentimientos, en los sentidos, en las pasiones todas.

Por eso la raza negra viene de tierras muy calientes, donde hasta las plantas y flores ostentan colores más fuertes y oscuros, savia más jugosa, aromas más penetrantes; y al revés al norte, entre blancas nieves y fríos hielos, críanse plantas más descoloridas, más sosas, que apenas huelen y hasta el oso es blanco y blancas y pálidas son las pieles, y rubios y pálidos son los hombres y azules sus ojos, por los ojos negros y pelo azabachado, ensortijado y recio de las razas meridionales.

El hombre es hijo de la tierra, la tierra se llama *patria* de la raza por ella criada. Los animales feroces viven en tierras calientes; en las frías hasta las serpientes pierden su veneno. Los hombres del norte son más bien flemáticos; los del mediodía, biliosos y nerviosos. Frío es el inglés, ardiente el español.

¿Queréis conocer las condiciones, en alma y cuerpo, de los españoles? Estudiad la tierra y el clima de España. No hay átomo en nuestro cuerpo que no venga de esta tierra española, nuestra sangre es como la de los animales y como la savia de las plantas que en España se crían. Estamos amasados con tierra española. Todos nuestros alimentos salen de ella y, por consiguiente, nuestro cuerpo. En nosotros llevamos el resultado de la continua comunicación de la tierra española con los españoles que en ella han vivido siglo tras siglo. Eso es la raza y nada más. ¿Cómo, pues, no amar esta tierra y esta raza, que es cosa tan nuestra, que es carne de nuestra carne y huesos de nuestros huesos y que nos ha dado cuanto tenemos y somos en el cuerpo y en el alma?

Echad ahora una ojeada al mapa y veréis lo que es España y su raza. Sepáranla de Europa los Pirineos con sus escabrosos riscos, defendidos por el fiero catalán, el terco aragonés, el tenaz navarro, el basco[1] perseverante y el cántabro nunca domado. Cíñenla dos mares: el Mediterráneo, por donde le vino de Oriente el Evangelio y la cultura, y el Océano, por donde transmitieron entrambas cosas los españoles al Nuevo Mundo. Sus costas todo en torno son una cintura de verdor; las pintorescas playas de Cataluña, las floridas riberas de Valencia y Murcia, las fértiles orillas de Andalucía, y tierra arriba la feraz Extremadura, y allá al noroeste las vistosas rías y admirables puertos de Galicia y las sagradas montañas de Asturias. Por todas partes hay que subir desde el mar escabrosas cuestas y, cuando casi tocáis a las cimas, os halláis en la meseta central de las vastísimas y elevadas llanuras de las Castillas y Aragón, cruzadas por cordilleras paralelas, de oriente a poniente.

Bosques inmensos y hierbas finísimas llenaban antiguamente toda esta región, hoy yerma y desolada, fuera de las vegas al pie de los ríos, que se despeñan y corren por hondas quebradas. Ricos filones de minerales, hierro, cobre, plata y oro, granates y topacios, carbón de piedra y mercurio, enriquecen y atesoran sus montañas y atrajeron la codicia de muchos pueblos invasores. Sus productos son variadísimos. Mucho se ha lamentado la dureza, sequía y frialdad de lo peor de España, de la meseta central. Pues bien, en esa meseta tan dura, tan seca, tan fría, se crían excelentes veduños y hasta florece el olivo, mientras que en las suaves y templadas campiñas de Francia, Bélgica e Inglaterra no florece olivo alguno y aun la vid medra tan sólo a fuerza de mimos y como en invernadero. Y aquel vinejo agrillo civilizado no puede compararse con el dorado vino de Toro ni con el dulce albillo de Madrid, con los blancos de Medina ni con los tintos de Valdepeñas y de la Rioja. ¿Y qué decir de las frutas? ¿Qué comparación cabe entre las insípidas y agrias del centro de Europa y las nuestras sabrosísimas y aromosas? Y las flores de aquellos jardines, tan vistosas cuanto se quiera, pero descoloridas y sin olor, ¿cómo parangonarlas con nuestras rosas y claveles encendidos y olorosos?

En España hay gran variedad de tierras, climas y productos. Es casa la nuestra repartida en habitaciones variadísimas y para todos los gustos. Así son de variados los frutos y los españoles

1 Respetaremos en algunos casos la personal ortografía del autor, catedrático de lengua y literaturas latinas en la Universidad Central. (Nota del editor digital.)

mismos. ¡Qué diferencia del andaluz al gallego, del extremeño al catalán! La misma que de la huerta de Valencia con sus arrozales y naranjos a las praderías y manzanales de Asturias.

2

Hemos visto en general lo que es España cuanto a la tierra; pero a la vez queda dicho no poco de lo que es España cuanto a la raza o españoles que la habitan y se formaron a su imagen y semejanza. La diferencia de regiones formó la de los españoles; sin embargo, todos convienen en ciertas cualidades, que son las de la raza, formada por el continuo cruce de los españoles entre sí. Los catalanes industriosos y ahorradores, los gallegos ahorradores y laboriosos, los aragoneses agricultores y guerreros, los extremeños guerreros y pastores. Los valencianos y murcianos se diría que respiran la belleza en sus flores y frutas, y la belleza respiran, la gracia y el donaire, los andaluces en las luces ardorosas del sol que dora sus vegas, viñas y olivares. Los montañeses y serranos se apegan a sus riscos y defienden valerosamente su independencia, y su independencia defienden los castellanos de la llanura y llevan como aventureros el nombre de la patria al otro lado de los mares, como los extremeños, los gallegos, asturianos y santanderinos.

Todos convienen en el amor a la libertad e independencia, a la justicia y a la religión, y todos en las derrotas y en las desgracias claman: «¡No importa!», y con tenacidad admirable y heroica prosiguen las empresas comenzadas por estas levantadas ideas.

Cuanto a lo que difiere la raza española de las otras del mundo puede verse cotejando tierras y climas, puesto que son los que las moldearon y fraguaron El espejo donde pueden verse estas diferencias retratadas son las tierras, los climas, los frutos y animales que en cada región se crían, pues con todo ello están compenetrados los pueblos que las habitan. De ahí penden las diferencias de razas.

Además varias razas y pueblos han entrado en España y contribuido a formar la raza española: celtas, fenicios, griegos, cartagineses, romanos, godos, árabes, marroquíes o beréberes. No somos de raza latina o romana, como no somos de raza beréber ni gótica. Nuestra raza primitiva es ibérica y sustancialmente es española, formada por la tierra y clima de España. Tenemos la cultura latina, derivada de la griega, como los demás europeos; pero aquí los españoles y la tierra de España la han matizado a su manera. Llevamos los españoles sangre de todas esas razas; pero el resultado es algo diferente de todas ellas y a base de iberismo, de la raza prehistórica y originaria. Dicen que la mezcla de razas es provechosa, y por esta parte pocos pueblos pueden ofrecer como el español tan variada mezcla.

Las cualidades físicas y espirituales de los españoles se verán por sus obras y esto ya toca a lo último de que os tengo que hablar acerca de lo que es España. Baste decir en general que la raza española es raza fuerte y dura, apasionada y vehemente, valerosa y sufrida, noble y generosa, incapaz de traiciones ni de perjurios, amiga de ser dueña de hecho de lo que le pertenece por derecho, inclinada a la igualdad de clases, a la democracia real y efectiva y no a la de nombre, rebelde cuando quiere alguien imponerse contra derecho y razón, pero dócil al gobierno justiciero, fuerte y hábil; y capaz de las mayores empresas si se ve estimulada de grandes ideas, cuanto abandonada en lo que atañe al bienestar material.

La historia del pueblo español es la estampación de esas cualidades en los acontecimientos y en los hechos humanos. El amor a la independencia, la tenacidad, la fe religiosa, el apego a la justicia y a los dictámenes de la conciencia moral, el despego a los intereses materiales, el poco aprecio al bienestar y comodidades, prefiriendo las aventuras, la pobreza y sobrio vivir, hasta la picardía, el anteponer siempre lo espiritual a lo material, cosas son que se reflejan claramente en la historia y vivir de los españoles.

España resistió, por amor a la independencia, a cuantos entraron a conquistarla; al cabo hubo de admitirlos y los señoreó y les impuso sus propias maneras. Recibió formas de cultura y arte venidas de fuera, se las apropió y las devolvió al mundo acrecentadas y mejoradas. De quien más

recibió fue de Roma, y le devolvió con creces literatos y emperadores: literatos como Séneca, Lucano, Marcial, Quintiliano, Silio Itálico, Floro, Columela, Mela y Valerio Flaco; emperadores como Adriano, Trajano, Marco Aurelio y Teodosio. España, vencida por Roma, tomó el desquite convirtiendo a sus hijos en señores de Roma y del mundo.

Los godos se apoderaron de España por la fuerza; pero fueron dominados por la cultura y la religión. Hízose nueva fusión de razas, como antes con los romanos, señoreando lo español y lo cristiano; esto es, la igualdad y la justicia.

La invasión árabe desquició a España, llevando la ruina a todos lo órdenes y, sin embargo, los españoles supieron sacar de esas ruinas una nueva nacionalidad más unida, más igual y democrática, más fuerte, más culta, más moral y caballeresca. Desaparece la esclavitud, renace más puro el municipio ibérico y verdaderamente democrático y republicano, sin el fermento oligárquico romano, y en el que todos alternan por igual en el gobierno, se robustece la igualdad de todos los españoles, brota por méritos guerreros la nobleza, el rey deja de ser absoluto y pende de las Cortes, de los Concejos, que le apoyan y que él los apoya contra los desafueros de los poderosos y se impide el que venga a España el feudalismo. En Toledo se juntan moros y judíos, francos y españoles; se abre la escuela de traductores y se concentra el saber oriental fundido con el occidental, renaciendo la cultura, de donde se desparrama al. resto de Europa. Otra vez los vencedores moros quedan vencidos por los españoles, no sólo por las armas, sino por la cultura y por las cualidades de la raza.

Llegados los Reyes Católicos y acabado el poderío musulmán con la conquista de Granada, la raza española sale de su tierra, se desborda afuera y descubre, conquista, civiliza un Nuevo Mundo por una parte y por otra se derrama por Europa, cual nuevo caballero andante, para defender la verdad y la justicia. Pelea España en Italia contra los franceses y otros sus aliados hasta el mismo Papa, que quieren arrebatamos lo que nos pertenecía de derecho o que envidian y temen nuestro poderío. Pelea España contra los protestantes alemanes, ingleses y flamencos, que se alzan rebeldes contra la Iglesia. ¿Cómo los españoles, al parecer tan rebeldes por naturaleza, no se ponen ahora de parte de la rebeldía? Porque los españoles no son rebeldes de suyo; son amantes de la independencia y de la libertad, que es algo muy diferente. No les cabía en la cabeza a aquellos españoles que Lutero fuese otra cosa más que un rebelde orgulloso, que protestó al verse pospuesto, que para colorear esta protesta y rebeldía se hizo hereje negando dogmas fundamentales de la religión, y que para sobredorar la herejía proclamó que su intento era la reforma de la Iglesia, realmente llena de podre que necesitaba reformarse. Porque los españoles creían en la divinidad de nuestra religión y en lo intangible de la doctrina católica. Ocho siglos habían luchado por ella contra los moros y, al ver que después de tantas luchas, viniera un fraile, que por sentirse picado en su amor propio pretendía echarla abajo de un papirotazo, llenáronse de indignación. Si por otra parte estaba corrompida la curia romana, corrigiérase; pero era querer neciamente echar polvo a los ojos hacer creer que eso se remediaba destruyendo la religión por sus mismas raíces, negando hasta la libertad del libre albedrío. Esa era cabalmente la doctrina de los musulmanes. Salieron, pues, por la verdad de la religión en todas partes y se convirtieron en el brazo del catolicismo. Pelea, en fin, España contra los turcos, nuevo brote de la morisma, de la idea musulmana. Tomada Constantinopla, amenazaban a toda la cristiandad y de hecho la hubieran conquistado y arruinado, como conquistaron y arruinaron a España los árabes ocho siglos antes. Salió, pues, España en defensa de Europa. Venció y humilló la fanfarronería de los reyes de Francia, desjarretó el poder turco y acorraló el protestantismo dentro de sus propias fronteras. Y después entabló la verdadera reforma de la Iglesia y del clero en el Concilio de Trento, convocado por el empeño de España y contra todos los deseos de la curia romana y llevado hasta el cabo casi por solos nuestros grandes teólogos. Y suscitó varones santísimos que reformaron las Ordenes religiosas. La raza española trabajó, pues, según sus propias cualidades y virtudes, por el engrandecimiento espiritual y moral del mundo: que a eso se reducen todas estas magníficas empresas.

Pero por otra parte los españoles descuidaron, por razones de que os hablaré en su propio lugar y ocasión, lo material, digamos, de la civilización: la agricultura, la industria, el comercio: el trabajo manual, en suma; esto es, las fuentes naturales de la riqueza de las naciones, sin las cuales falta el más firme asiento y base de su poderío. No es un panegírico y discurso de hueras alabanzas de España lo que he de hacer en este librito. España no es hoy gran potencia, como dicen; no está tan adelantada como otras naciones; los defectos y causas que la han traído a este abatimiento y decadencia conviene que se os digan y los sepáis de raíz, para que el amor a la patria sea razonado y no engañoso, para que conociendo sus defectos procuren evitarlos en adelante los españoles. Los españoles son muy abandonados en todo lo que dice trabajo material, interés, afán por el bienestar de la vida, y semejante abandono tuvo que dar sus malos frutos, la decadencia de la nación.

Ello es que la raza española, descuidando lo material, que otras naciones procuraron con gran empeño, y defendiendo tan sólo lo espiritual, que a ellas les importó menos, cayó y se arruinó. Fue España un verdadero Quijote en el mundo y acabó siendo vencida como don Quijote y como él baldonada y escarnecida por los que no podían comprender la grandeza de su alma. Es un dolor para España; pero podemos enorgullecernos de que, teniendo que caer como caen tarde o temprano todas las cosas humanas, como caen desde lo alto de su poderío las naciones todas, hayamos caído tan honrosamente por defender las más nobles ideas y lo más levantado y espiritual de la cultura. Trabajemos por rehacemos económicamente, esto es, no descuidando las fuentes de la riqueza y mucho menos el trabajo manual para aprovecharlas; pero no desdigamos de los nobles pensamientos de nuestros padres. Fuimos unos Quijotes. Don Quijote es digno de lástima: pero es el más noble dechado del linaje humano.

3

España es no sólo la tierra y los españoles, sino mucho más lo que llamamos alma española. ¿Qué es el alma española? Sin querer hemos estado viéndola obrar al ver obrar a los españoles, porque, como ya os lo dije, las tres cosas que abarca el nombre de *España* se compenetran y son de hecho una sola.

El alma no se ve; pero se conoce por su pensar, querer y obrar. Todos los hombres piensan, quieren y obran; pero cada nación a su manera. Ese pensar, querer y obrar es el alma de cada nación, como lo es de cada individuo. La manera propia, común y tradicional de los españoles que son y fueron, a pesar de las mudanzas que los tiempos acarrean, es el alma española. El alma española, según esto, vive y vivió siempre, con el nacer, vivir y morir de los españoles a la continua andando los tiempos. España en este sentido no muere, porque esa alma sobrevive al fenecer de cada uno de los españoles.

Hemos visto cómo pensaron los españoles, qué quisieron, qué hicieron, en las empresas más sobresalientes, que en cuatro rasguños os he bosquejado para que tengáis como en un mapa las líneas generales de la historia de España. Vamos ahora ya a recorrer y visitar cada una de las regiones y antiguos reinos de la patria. Los libros que los españoles escribieron, los monumentos artísticos que labraron, la arquitectura, la escultura, la música, la literatura, todas las obras de arte que compusieron, las ciudades que levantaron, las instituciones por que se gobernaron, las costumbres, las empresas de toda clase, la historia entera, nos dirán cuál fue el pensar, el querer y el obrar del alma española.

Para eso se ha escrito este librito. Pero no puede abarcarse en él cuanto pudiera decirse y cuanto se halla desparramado en otros muchos, por lo prolijo y dilatado del asunto. Lo que sí habrá que hacer será, en lo más saliente que escojamos, mostrar claramente cómo el alma española se manifiesta.

Leed, niños españoles, y releed una y muchas veces este libro, verdadero *Libro de la Patria*: él os enseñará lo que es nuestra tierra, lo que son los españoles, lo que es el alma española, lo que es España. No son vanas alabanzas lo que vais a leer; es la limpia y pura verdad, desconocida por

muchos españoles. Veréis los defectos de nuestra raza, descubiertos con toda franqueza; pero también veréis que ellos quedan oscurecidos por sus grandes virtudes y sus maravillosas hazañas, y os encenderéis más en los amores de esta nuestra patria y os enorgulleceréis de haber nacido españoles. Que no haya nombre que más dulcemente suene en vuestros oídos y que más al alma os llegue que el dulce nombre de España. Sea este librito como un pomo de aromas, que al leerlo os ensanche el pecho, os arome el alma y os envuelva en suaves esperanzas sobre el porvenir de la patria.

PROVINCIAS BASCAS

4

Mirad ese mapa. En el hondón del Golfo de Vizcaya, de esa bolsa que hace el Océano entre España y Francia y entre los pliegues de los montes Pirineos, hay un retraído rincón de esta casa que llamamos España. Son las provincias bascas: Vizcaya, Álava y Guipúzcoa. Es el archivo de nuestra raza, donde se guardan los documentos de nuestro solar y linaje, las memorias que hablan de nuestros abuelos, de los comienzos y entronques de nuestra casa solariega. No son viejos cartapacios, hojas mugrientas, amarillos pergaminos. El archivo este es cosa viva. El alma de la raza vive aquí vida tan verde, fresca y jugosa, como sentiréis de húmedo el aire en cuanto lleguéis de la seca y polvorienta Castilla, como veréis de verdor y lozanía vestidas las montañas y valles, de castaños y manzanales arriba, abajo de maizales, remolacha y praderías.

No es menester encerrarse en mohoso palacio ni empolvarse ni descifrar letra enrevesada para enterarse de este archivo, tan viejo como no lo tiene ninguna otra nación de Europa. No hay más que abrir ojos y oídos. Y lo que aquí se oye es un hablar suave y canturreado, pero cerrado y oscuro, que llaman bascuence. Y lo que aquí se ve nada tiene al parecer de viejo, antes diríase muy moderno: gran ajetreo, mucho trabajar y trajinar, cuidadoso esmero y limpieza en personas, casas, calles, carreteras y campos. En cayendo en la cuenta de eso que oís y veis, ya estáis hojeando los mamotretos del archivo de nuestra raza.

No os entristecerá aquí el desolado aspecto de aquellos secadales y rastrojeras sin fin, que os angustiaban el alma al pasar por Castilla, ni la vista de aquellos poblachones de caserío bajo de pardo adobe, entre corrales y tapias, ni los astrosos cuadros de chicuelos desnudos, que juegan entre el fango del arroyo, ni de mendigos harapientos, que sestean aovillados en las esquinas, comidos de moscas, o que pordiosean encorvados y marchitos a la puerta de la iglesia. Todo eso triste y lamentable, asqueroso y mugriento, fruto podrido de la ociosidad y de la picardía, que llaman españolas y que no lo son de casta, como os lo mostraré después, quedó atrás. Aquí no hay más que lo castizo: vida que bulle en campos y gentes. Aquello está muerto y esto está vivo. Aquí cada cual se desvive por hacer algo, corre a su menester, atiende a su faena.

¿Veis ahí esa hilera de mujeres en la sementera, encorvadas, escardando? Aquí hasta las mujeres trabajan en los campos. Allá un chiquillo que vuelve de la escuela con sus cartapacios debajo del brazo. De este lado un viejo de corva nariz, enjuto de carnes, que camina tan tieso, la aguijada al hombro, delante de los bueyes, que arrastran pesada carreta, colmada de heno.

Entre el verde de los sembrados, junto a las arboledas del río, por entre los castañares de las cuestas que suben, brillan por su blancura los *caseríos,* con su abierto zaguán de ancha arcada, su corredor encima voladizo. Entrad y conoceréis a la *andrea* o ama de la casa y veréis con qué cariño os acoge chapurrando el castellano y os ofrece *borona* y *talo,* que está sacando del horno, amarillo y bienoliente, amasado de harina de maíz. Notaréis lo reluciente que lo tiene todo: la espetera de cobre que parece oro fino, la cuadra de mullida cama para los bueyes, la aseada alcoba con su lecho de sábanas de lino. Junto al portalón la hija moza, fresca como una camuesa, ordeña la vaca.

No divisarán nuestros ojos, adonde quiera que los volváis, un palmo de terreno desaprovechado. Apenas levantaron la cosecha, layan la tierra y la llenan de montoncitos, unos blancos de cal, otros negros de estiércol. Ellos se prepararon la cal cociendo piedra caliza, bajada del monte, en la calera, y el estiércol con la cama del ganado que hacen con hoja también del monte. Luego esparcen esos montoncitos, siembran y aguardan la segunda cosecha y aun otra tercera. Aquí no dejan holgar las tierras en barbecho para que las abone el aire a costa del tiempo: si los hombres no se dan punto de reposo, justo es que la tierra trabaje sin descanso.

¿No oís ese chirrido agudo y largo que viene de aquella ladera? Es una carreta de macizas ruedas, que arrea el robusto y colorado *guizón* o el viejo o el niño por los caminos, que suben y bajan hasta los más empinados vericuetos. Chirria adrede para no encontrarse con otra, oyéndose desde lejos los que las llevan. Son estrechos los caminos y se entrecruzan por todas esas montañas.

Si seguís la limpia carretera por la cañada a la vera del río, veréis a las mozas metidas de pies hasta las rodillas en el agua jabonando la ropa.

Si llegáis a pueblo costero, notaréis al amanecer el tejemaneje de los pescadores, sus barcas y redes, y al caer de la tarde os regocijará divisar a lo lejos docenas de velas, como blancas palomillas, que quieren arribar. Y ¿qué es ver las quillas repletas de peces que relumbran al sol poniente, cuando descargan, como montonera de cosas de plata, y a las mujeres descalzas y haldas en cinta que lo llevan canturreando en anchas banastas sobre la cabeza?

En cualquier recuesto hallaréis fábricas de fundición, molinos, fuentes de agua fresquísima, ferruginosa a menudo, que deja el caño, piedras y hierbas teñidas del color del mineral.

Y este continuo trajinar al aire ¿no creéis que criará cuerpos robustos y almas honradas, tranquilas, hacendosas? El pueblo basco es de una honradez intachable, ajeno a los vicios que acarrea la ociosidad. La tierra no es pródiga, como otras vegas españolas; pero con el trabajo y las aguas del cielo, que la riegan sin necesidad de acequias, da de sí para vivir honradamente. Las entrañas de esos montes regalan sus ricos mineros del hierro mejor y más abundante del mundo. El pescado de la costa, batido por el bravo oleaje del Cantábrico, es el más fino que comemos en España. Los pescadores bascos, que se lanzaban a la pesca de altura, dieron a la patria los más diestros y arriesgados marinos, y en el siglo XIV descubrieron las Canarias y Terranova.

5

¿Queréis saber por qué no hay aquí picaros ni mendigos? Vinieron a España reyes extraños, llamados de la Casa de Austria, que quisieron gobernar sin contar con los puebles, con mando absoluto, y como se enredaron en empresas aventureras fuera de España, estrujaron a los españoles con gabelas e impuestos, que los redujeron a la pobreza, y por otro lado desatendieron la agricultura, la ganadería, la industria, entretenidos en su política exterior, y la pobretería, la miseria, el ocio, la picardía se enseñorearon de España. La centralización administrativa creó un avispero de gorrones, de empleados, de caciques, que sangran la Hacienda pública en provecho propio. La picardía hace con esto su agosto, los vividores e intrigantes se repastan en semejante avispero, la justicia se tuerce, los poderosos se zafan de las contribuciones, que cargan sobre los menos pudientes, y mientras los paniaguados de los políticos se llevan las prebendas, los que valen son desatendidos y la moralidad pública desaparece.

Nada de esto llegó a las provincias bascas. Ellas se administran de por sí, contribuyendo con su tanto las diputaciones provinciales a las cargas del Estado. No hay aquí caciques ni picaros ni mendigos; pero en cambio hay prosperidad y honradez. Modelo de administración son estos municipios y estas diputaciones, que apenas tienen empleados, que premian el mérito y ayudan con pensiones a los que pueden sobresalir. No hay favoritismo. La enseñanza es de hecho obligatoria. Toda infracción de las leyes y ordenanzas se castiga sin remisión, sea quien fuere el culpable. Si alguien dijera por qué tienen esos privilegios las provincias Bascas, por qué no son como las demás provincias, habría que responderle preguntándole por qué no son las demás provincias como las provincias Bascas. Si ellas han podido conservar esta manera tradicional de gobernarse que perdieron las demás provincias con el absolutismo de los reyes, ¿por qué la han de dejar y por qué, más bien, no las imitan las demás provincias, en vez de tomar de los franceses la centralización, que ha dado tan malos resultados? ¿Por qué no se vuelve en toda España a la manera bascongada, que es la tradicional española?

Y estamos en el archivo de la raza. No es, pues, la picardía, española de casta, pues no son los iberos ni bascongados amigos de la picardía ni de la ociosidad. Esas son lacras que los malos

tiempos y gobiernos, contrarios a la tradición española, trajeron de fuera. La novela picaresca tiene su mapa: no están en ese mapa las provincias Bascas. En cambio son modelos de administración y de honradez pública.

Hay otro documento en este archivo de la raza. Es el bascuence, la peregrina lengua que aquí oís hablar sin poderla entender. Es la lengua más antigua de Europa, la que hablaban los iberos en toda España. En toda ella se conservan nombres de regiones y pueblos que son ibé- ricos y bascongados. Ese venerando idioma es hermosísimo y de él y del latín nació nuestra lengua castellana. Y advertid que el idioma encierra el pensar y sentir, toda el alma de la raza. Bien veis si el documento es importantísimo para los españoles.

6

Pero ahora voy a mostraros el amor a la independencia y la tenacidad en conservar las cosas propias y la libertad del alma española. Donde esto se ve mejor es desde estas provincias Bascas, archivo de la raza. Para ello hay que advertir que la historia de España no consiste solamente en la reconquista de la tierra española durante ocho siglos, sacándola de las garras de los moros, y en el derramarse después los españoles por Europa y América imponiendo en todas partes su espíritu. Ambas cosas, manifestaciones son del alma independiente de la raza, que rechaza a los invasores y se esfuerza por imponerse a los demás; pero hay algo más íntimo en la historia de España, que es la historia del alma misma española.

Es la lucha en todos los órdenes con lo extranjero, que viene de fuera y pretende despojarla de lo suyo propio y tradicional. Los españoles son tenaces y tozudos, sonlo más los aragoneses; pero ninguno como el vizcaíno o bascongado, que hasta pasa de la raya a veces, cerrando los ojos a cuantas razones en contrario se le traigan.

Ved ahora esa tenacidad luchando con toda clase de pueblos que quieren apoderarse de España. Fenicios, griegos y cartagineses no lograron nunca someter toda la patria, aunque se sentían acicateados por la codicia y el interés que esperaban sacar de nuestras ricas minas. Sólo pudieron establecerse en las costas. Los romanos consiguieron a fuerza de poder y tiempo señorearla casi toda. Dos siglos les costó. Fue España la primera provincia que quisieron conquistar y fue la última que se les sometió. Y los últimos españoles sometidos fueron los de estas últimas tierras del norte, los cántabros y vascones, y puede decirse que por aquí sólo pasaron como resbalando sin hacer seguro asiento. Otro tanto les sucedió a los árabes y de estas partes septentrionales comenzó la re-conquista.

Las provincias Bascas pertenecieron al reino de Asturias, más de nombre que de hecho, esto es, por pertenecer a la nación española y ser enemigas de la religión mahometana. Desde el siglo IX se las ve gobernadas por un señor o *Jaun*, de propia elección. Sometiéronse de grado a Castilla desde el siglo XIII, sin perder ninguna de sus libertades e instituciones propias, nombrando por Jaun al rey de Castilla cuando y como les plugo. Su gobierno, además del Jaun o señor, era entre vizcaínos por una junta de ancianos que tenían cada dos años debajo del famoso árbol de Guernica y anualmente entre guipuzcoanos y alaveses. Sin perder tales juntas, los reyes de Castilla, nombrados señores, confirmaron y ensancharon los fueros bascongados. No estaban sujetos a contribución alguna, en dineros, soldados ni aduanas. Eran considerados como nobles con todos sus privilegios.

La constitución española de 1812 quiso hacer tabla rasa, aboliendo todos los fueros y privilegios, para igualar toda la nación, conforme se hacía en Francia, a quien quisieron imitar cándidamente nuestros políticos; pero levantáronse los bascongados como un solo hombre y no se los pudieron arrebatar. Era una lección que daban a los demás españoles, los cuales debieran haberla seguido, volviendo a las antiguas libérrimas instituciones políticas y municipales, borradas por el absolutismo de la monarquía austríaca, venida de fuera, en vez de imitar constituciones centralizadoras extranjeras, cuyos frutos desdichados estamos viendo.

Al morir Fernando VII declaráronse los bascongados por don Carlos, no por otra causa sino porque les reconocía sus libertades y tras siete años de guerra reconocieron a Isabel II, aunque con la promesa de ciertas concesiones. Otra vez se levantaron en 1841 al sospechar se les iban a quitar los fueros. Espartero los sujetó. Tornaron a levantarse apoyando a Carlos VII y fue menester someterlos hasta acabar la última guerra civil, quedando abolidos los fueros por ley de las Cortes del año 1876, aunque todavía no están obligados al papel sellado y conservan la autonomía administrativa provincial, que antes hemos visto.

Admirable ejemplo de tesón haber tenido que guerrear durante todo un siglo con los ejércitos de todo el resto de España, quedando solamente sometidos a viva fuerza. No es rebeldía del pueblo basco ni guerra contra España, de la cual jamás pensaron separarse; es la lucha del alma española, independiente y libre, que sometida por los reyes absolutos en el resto de la península, seguía todavía libre en estas provincias, como había seguido independiente en ellas después de sometido el resto de la península a los romanos y a los árabes.

Es el alma de la raza que, enriscada en estas asperezas, lucha contra ese absolutismo extraño, que defiende las instituciones políticas tradicionales ibéricas, no sólo bascongadas, sino de España. entera.

Queda otra lucha. La del idioma latino con el ibérico o bascongado. Duró muchos años, pues en tiempo de los árabes todavía se entendían los nombres geográficos ibéricos, ya que se tradujeron al árabe en varias regiones de España. El latín fue acorralando al idioma ibérico, mejor dicho, el castellano nacido del latín y del bascuence. Fuelo acorralando hacia el norte, y ésta es la hora en que no ha acabado aún de vencerlo, puesto que vive en el rincón bascongado. He aquí, pues, el alma española luchando por su idioma primitivo contra el extraño venido de Roma, y esto durante veintidós siglos con tenacidad increíble. Ese idioma bascongado, lo único que aun conservamos entero de la tradición ibérica, la madre con el latín de nuestra lengua castellana, el monumento más venerable de las naciones, debería ser estimado por los españoles como el más preciado pergamino de nuestro linaje, como la arqueta de oro del alma de la raza, archivo de sus orígenes históricos, testimonio de su amor a la independencia y de la tenacidad ibérica, bandera ensangrentada en cien batallas con lo romano y extranjero y coronada con los laureles de cien triunfos, que lo son del alma nacional.

7

Pero todavía os falta algo que ver y oír que atañe al alma nacional y que aquí se conserva puro y fehaciente como una de sus propias cualidades. Habrá quien suponga que los bascongados han sido poco o nada artistas, y, siendo España pueblo de artistas, hallará descabalados los documentos del archivo de la raza, que es la tierra basca. Errado suponer. El pueblo bascongado es gran poeta. Natural es que, no hablando el castellano, no haya dado grandes poetas castellanos ni escritores sobresalientes; pero aun de los pocos que se dieron a las letras castellanas todavía descollaron en ella algunos de fuerte personalidad y valer. El pueblo basco tiene sus cantares hermosísimos y tal facilidad para poetizar, que en todo festejo público y aun privado se presentan varios *versolaris* o bardos o trovadores populares, que se desafían a improvisar poesías en bascuence, con regocijo de los oyentes que saborean la poesía bascongada.

Cuanto a la música y baile, ¿qué cosa más original que el *zorcico* y otras mil tonadas populares, cuyos aires a veces escapan a la comprensión y técnica de los músicos modernos, que no alcanzan a ponerlos en notación musical? No hay región española donde tanto se cultive la música y donde la gente tenga mejor oído. Los mejores organistas, cantores y compositores españoles son bascongados. ¿Qué cosa más elegante, casta, original y airosa que el *aurrescu* y otras cien danzas bascongadas?

La pintura no había sido cultivada aquí hasta poco ha; empero ahí está la moderna escuela bascongada, recia y robusta como pocas. Bastará recordar a los Zamacois, los Zubiaurres y

Zuloagas. Aun en los siglos pasados, los calígrafos famosos de España bascongados fueron, como Iturzaeta, y por su buena letra y su honradez es sabido que Carlos V y los Felipes, reyes de España, buscaban y tenían siempre secretarios bascongados. Desde las más traspuestas edades prehistóricas hallamos la facultad del dibujo y de la pintura en las cavernas de España y sólo de España, como cosa particular de ella. Aquel arte maravilloso, que suspende y espanta a los modernos, propio fue del mismo pueblo que habló el maravilloso idioma ibérico, que es de aquellas mismas edades. Y tan viejos deben ser los aires musicales y las danzas bascongadas. De los turdetanos sabemos por Estrabón que eran iberos y que tenían poesías muy viejas, fueran poemas o fueran leyes en verso. Los historiadores romanos nos hablan no menos de las danzas que los iberos trenzaban al llegar el plenilunio en corro y cantando, costumbre que dura en los bailes y cantares de rueda de toda España y sobre todo del país bascongado. Danzas guerreras fueron en su origen las danzas de espadas y paloteados españoles, que en este rincón bascongado son ejecutados por los *espatadanzaris*.

Las tres bellas artes, la poesía, la música y la pintura, son, pues, antiquísimas en España desde las edades prehistóricas en que se hablaba el ibero o bascuence en toda ella, la obra de arte por excelencia. ¿Qué extraño haya España sobresalido en ellas en todo tiempo y que entre bascongados ofrezcan tanta originalidad? Esas son las distracciones, regocijos y festejos en estas provincias: oír improvisando versos a los *versolaris*, danzar el *aurrescu*, cantar *zorcicos*. No hay tonadas ni danzas más peregrinas ni de sabor más añejo en toda España. He ahí, pues el alma artística de la raza en toda su pureza y originalidad.

El arte del dibujo, el ingenio y fantasía de los iberos está no menos de manifiesto en el alfabeto famosísimo que los iberos usaron y con el cual acuñaron monedas de talla muy artística muchas ciudades de España. Este misterioso alfabeto parece ahora a los últimos eruditos ser el originario del cual salieron los alfabetos más antiguos de Chipre, Asia Menor, Egipto y Babilonia, y, por consiguiente, el alfabeto griego, que del fenicio se deriva, y el romano que viene del griego y es el usado hoy en todo el mundo. Inscripciones ibéricas con este alfabeto se han descifrado algunas mediante el bascuence y en bascuence se hallan, sin duda, las demás que no son fenicias, griegas ni latinas. Y es natural, habiendo sido el bascuence el idioma de los iberos en toda la península.

Vizcaya

8

Bilbao, villa fundada en 1300 por D. Diego Lope de Haro, cuya estatua se alza en la plaza circular, debe su industria y comercio a las minas de hierro y a la ría y puerto. Montes enteros se van allanando y el mineral, llevado por trenes ordinarios o por ferrocarriles aéreos en cubos que van y vienen colgados de cables, descarga en los descargaderos de la ría, que tiene catorce kilómetros desde Bilbao hasta el mar. En ningún puerto español se ven tantos barcos juntos a la vez y de tantas naciones, amarrados a los muelles de las dos orillas. Hay altos hornos, donde el mineral se funde en lingotes y se convierte en acero después con otras operaciones; hay Astilleros donde se construyen barcos y hay fábricas de todas clases. Por todas partes tráfico y movimiento. A los dos lados de la ría corren tranvías y trenes a Portugalete y a Las Arenas, que se comunican por un puente particular, por debajo del cual pasan los barcos: es un trasbordador que mecánicamente se mueve colgado y pasa a la gente de una orilla a otra. En el abra se ha hecho un magnífico puerto con fuertes rompeolas y muelles. Bilbao es centro de fuertes Compañías mineras, navieras, industriales y comerciales y de Bancos de comercio, cuyos capitales se emplean en obras importantísimas de toda España y América. Así la riqueza y el espíritu emprendedor y laborioso hase desbordado y salido de Bilbao. Los bilbaínos están industrializando a España entera y engrandeciéndola por todos los medios económicos.

Después de visitar el hermoso ensanche, no dejemos de detenemos en los *Jardines de Albia*. Son, como veis, unos jardinillos rodeados de altos y copudos árboles. Aquí hay tranquilidad y se

respira placidez. Aquí juegan los niños, dando vida a este sereno rinconcito en medio de la ruidosa villa. Ahí tenéis en el centro a un hombre sentado, que los contempla sonriente y bondadoso y aun diríase que les quiere contar un cuento. Acercaos a él. Fue un hombre muy bueno y quiso mucho a los niños cuando vivía. Porque el que ahí está sentado, como solía, rodeado de niños, es sólo su estatua, labrada por Benlliure.

Había nacido en Montellano, de Vizcaya, el año 1819 y falleció el 1889. Su nombre fue Antonio de Trueba y llamábanle comúnmente *Antón el de los cantares*. Aficionóse de niño a los romances de ciego que su padre le llevaba de las ferias. Estuvo de dependiente en un comercio de Madrid y, hurtando los ratos que podía para leer libros, llegó a escribir novelas, periódicos, poesías. Pero los que le hicieron famoso fueron sus *Cuentos* y *Cantares*. Su propio natural sencillo y el natural sencillo de los campesinos de su tierra están allí retratados en la sencillez, en la hombría de bien, en la dulzura de afectos, en los pensamientos plácidos de sus relatos amenos y risueños. Feliz vivió con su llaneza, querido de todos en su tierra adonde volvió, sin querer puestos ni honores con que le convidaron. Trueba pintó un pueblo sencillo, patriarcal, honrado, feliz, con tan humana naturalidad como podemos todavía comprobarlo: el pueblo bascongado. Sencillo es el pueblo, sencillo él, sencillos sus cuentos. Nada de toques fuertes, de colores chillones, de pasiones turbulentas

Vizcaíno de origen, aunque nacido en Madrid, fue Ercilla, autor del recio poema épico *La Araucana*. Bruno Mauricio Zabala, durangués, fue fundador de Montevideo.

Guipúzcoa

9

Bilbao es la villa del tráfago; San Sebastián, capital de Guipúzcoa, es ciudad veraniega de recreo para los que van de la corte y de otras ciudades a tomar baños en su hermosa *Concha*. Pero fue muchas veces escudo de España donde dieron los primeros golpes del enemigo por ser ciudad fronteriza. Su historia es una no interrumpida relación de incendios y saqueos gloriosamente sufridos por la patria. Fue incendiada en los años 1278, 1338, 1361, 1397, 1433, 1813 y sitiada en las guerras civiles.

El ser paso obligado de Francia y España dio ocasión a los guipuzcoanos de mostrar las grandes virtudes de los bascongados, que son al fin y al cabo las fundamentales de la raza ibérica y española. Bien asegurada tiene España la frontera con los guipuzcoanos, honrados montañeses, de inquebrantable lealtad, indomables guerreros y amantísimos siempre de la patria. Con razón lleva el escudo de la provincia la empresa de *muy noble y muy leal*. Los guipuzcoanos se señalaron en todas las grandes empresas españolas, en la conquista de Sevilla, en las batallas de las Navas de Tolosa, del Salado y de Pavía y en las guerras todas con Francia.

Émula de San Sebastián fue la ciudad de Fuenterrabía, cnanto a lealtad y valor. Situada en la desembocadura del Bidasoa, que divide a Francia de España, era el primer baluarte que hallaban los franceses. El año de 1638 se coronó de gloria defendiéndose contra el gran ejército de Condé, enviado por Richelieu, que pretendía invadir la península. Tan mal le fue, que hubo de volverse atrás. Solos 700 hombres de armas tomar tenía Fuenterrabía, defendidos tras ruinosos muros: pero se juramentaron ellos y todos los ciudadanos, hombres, mujeres y niños ante su Virgen de Guadalupe, para dar su sangre por la patria, antes que entregarse al francés. Vestidas de guerreros las mujeres y niños, resistieron con 700 hombres todo el embate de los enemigos dos meses mortales y hasta diez asaltos seguidos. Ya les faltaban alimentos, municiones, hasta el agua potable. Los franceses enardecidos embistieron por última vez la plaza por mar y tierra. Solos quedaban en ella 400 defensores. Por fortuna llegó el ejército español, por tanto tiempo esperado, y la derrota de

los franceses fue completa, tomándoles más de 2.000 prisioneros y 25 cañones, tiendas, alhajas, armas y haciéndoles huir con pérdida de unos 2.500 hombres.

De este lado, a la derecha de Fuenterrabía, veis Irún, la puerta de Francia, con el puente internacional sobre el Bidasoa. Detrás está el monte de San Marcial, donde los españoles derrotaron a los franceses al acabar la guerra de la Independencia, echándolos a su tierra. Volvamos atrás. Pasajes, al pie del monte Jaizquibel nos presenta su extensa bahía y seguro puerto y astilleros. No se divisa el mar. Se sale a él por aquel boquete y canal entre dos montes. Este es puerto admirable. Tolosa ya en el interior, es ciudad muy laboriosa, tiene fábricas de papel y de otras clases. Mondragón tiene minas de hierro. Elgóibar, Éibar y Plasencia son renombradas por la fabricación de armas y el fino trabajo del acero, artísticamente labrado con incrustaciones de oro. Oñate tiene una hermosa iglesia y tuvo Universidad libre, fundada por el obispo de Ávila D. Rodrigo Sánchez de Mercado, a mediados del siglo XVI.

10

De San Sebastián fue Antonio de Oquendo, que llenó con sus proezas los mares de Europa y América. De Zumárraga, Miguel López de Legazpi, conquistador de las islas Marianas y Filipinas y fundador de Manila. Don Juan de Zamarraga fue el primer obispo de Méjico, llevó allá la primera imprenta y publicó el primer libro. Cosme Damián Churruca, natural de Motrico, murió heroicamente en el combate de Trafalgar. El capitán Aguirre fue fundador de Santiago en 1553; Diego Villarroel, de Tucumán, en 1565; Jerónimo de Cabrera, de Córdoba, en 1573; Juan de Garay, de Santa Fe, en 1573, y levantó de nuevo Buenos Aires en 1580.

Juan Sebastián del Cano con su nave *Victoria* arribó el año 1522 al puerto de Sanlúcar, de donde había salido con Magallanes en 1510. Dio la vuelta al mundo por primera vez, corriendo mil aventuras, tormentas y peligros. Era natural de Guetaria, donde se le ha levantado un monumento. Falleció en 1526 y el emperador Carlos V le otorgó el que pudiese poner como empresa de su blasón un globo y esta letra: *Primus circundedisti me*. *Has sido el primero que me rodeaste.*

11

San Ignacio de Loyola nació en el castillo de Loyola el año 1491 y falleció en 1536. Entre Azpeitia, que suena *bajo la peña*, y Azcoitia, que significa *en lo alto de la peña*, aludiendo a la alta montaña del *Izarraitz* o *monte de la estrella*, y al pie de ella y junto al río Urola, levántase el magnífico convento de Loyola, edificado por D.ª Mariana de Austria, madre de Carlos II, todo él de mármoles de las montañas vecinas y otros traídos de Italia. Una gran cúpula central, a la que se sube por regia escalinata, es el templo. A los lados hay dos alas de edificio para Colegio y Noviciado de jesuitas y dentro del ala izquierda se conserva el antiguo castillo y casa solariega de Loyola, donde Íñigo, traído herido desde Pamplona, en cuyas murallas peleó contra los sitiadores franceses, habiendo pedido alguna novela de caballerías para entretenerse y habiéndole dado, por no haberlas, el libro de las *Vidas de los Santos*, se convirtió a Dios. Apenas sanó, fuese en peregrinación a Montserrat, dándose en una cueva, que allí hoy se venera, a toda clase de penitencias y a la meditación de las cosas divinas. Estudió después en París, y con otros doctores de aquella Universidad, españoles los más, fundó en Roma la famosa Compañía de Jesús, orden religiosa de los Padres Jesuitas, que tanto ruido han metido en el mundo.

San Ignacio encarna el alma guipuzcoana e ibera con todas sus virtudes hasta llegar al extremo. Hombre de una idea, única y grande, no ceja hasta llevarla a la práctica, con un tesón que frisa en la testarudez tradicional de los vizcaínos. Guerrero antes de su conversión, sigue siendo guerrero, aunque a lo divino, después de ella. Hace leva, junta una compañía, como las de los tercios de entonces, alza bandera con lema de *Ad maiorem Dei gloriam*, *A mayor gloria de Dios*. Desparrama sus huestes por el mundo y los jesuitas se meten por todas partes, abren colegios para enseñar a la juventud escogida, van a los concilios, a las cortes de los reyes, hácense sus confesores

e influyen en la política de los pueblos, cruzan los mares y asientan misiones en la India, en el Japón, en la China, en toda la América; enseñan en las Universidades, retan a los protestantes a singulares controversias y hasta a las otras Órdenes religiosas de la Iglesia Católica, labran templos magníficos y Residencias y quintas extensas y bien abastecidas, amontonan riquezas, fundan las Reducciones del Paraguay, verdaderos Estados dentro de la monarquía española, en los que ellos solos gobiernan a los indios convertidos en una especie de sociedad comunal, admirablemente organizada para el trabajo de los indios y el señorío absoluto de los Padres.

El espíritu de San Ignacio lo heredó la Compañía, que lo lleva todo por el ordeno y mando de la ordenanza militar. Los jesuitas no son más que números como los de un batallón, *como el bastón de hombre viejo*, que dice San Ignacio, que se deja llevar y traer, como cosa que no discurre, dócil en la mano de sus Superiores. Esta organización militar, férrea y constante, verdaderamente vizcaína, quiere decir basca, y este tesón inconmovible, conservado sin interrupción, hizo de la Compañía algo así como un rodillo inmenso de duro y pesado hierro, que pasó por todas partes triturando cuanto se oponía a su paso. Los papas, los reyes, los individuos, por fuertes que sean, pasan y fenecen y su obra cesa; pero la obra de San Ignacio, su Compañía, no pasaba ni fenecía: seguía adelante y cada vez más fuerte con el crecimiento de la Orden, de su poder y de sus riquezas. Creyóse un día que iba a dominar al mundo entero. Felipe II, celoso de su personal autoridad, no la miró de buenos ojos; las más famosas Universidades españolas y de otras naciones publicaron terribles censuras contra ella; los papas quisieron varias veces someterla a las primeras leyes de su Instituto, muchos prelados insignes pusiéronse con ella a mal, como el célebre Palafox. Pero la Compañía se escurría, desterrada de aquí y alzando cabeza acullá, y aplastaba cuanto le embarazaba el paso.

Sus célebres controversias *de auxiliis* dividieron el campo de los teólogos católicos en España, en Roma, en todas partes; sus doctrinas del probabilismo escandalizaron a los moralistas y llevó la confusión al confesonario, sus ideas y métodos de conversión levantaron en China grandes polvaredas entre los demás Institutos y Órdenes religiosas, su dirección de los príncipes y reyes y su intromisión en la política, en Francia, España y Portugal, enredó los encontrados pareceres.

Fue extrañada la Compañía, de Francia, Portugal y España, y abolida por el papa Clemente XIV en el siglo XVIII, tras dos siglos de vida y de dominio en el mundo. En San Ignacio y en la Compañía se pone bien de manifiesto el tesón, la entereza, el recio temperamento de la raza española.

12

La Monja Alférez es dechado de mujeres aventureras y varoniles. Llamóse D.ª Catalina de Erauso, nació en San Sebastián, educóse en un convento, del cual se escapó una noche y, vestida de hombre, diose a correr tierras y, después de servir a varios amos con este disfraz en España, sentó plaza de soldado, pasó a América y paró en Chile, huyendo de la justicia. Allí sirvió más de cinco años en la guerra del Arauco, mató en desafío, sin saberlo, a un hermano suyo que allí se hallaba. Volvió a España y entró en Madrid en 1624. Traía las cicatrices de sus heridas y la historia de sus hechos en fees de sus capitanes y siempre había sido el primer soldado al acometer. Venía con el grado de alférez a pedir el de capitán. En 1646 fue admitida en la Orden de Santiago y falleció en 1650 en Cuitlaxtla, cerca de Puebla, en Méjico. Varias relaciones se escribieron acerca de esta arriscada hembra.

Álava

13

Puesta debajo de los confines de Vizcaya y Guipúzcoa, a la izquierda de Navarra y a la derecha de Santander, la provincia de Álava es como campo neutral de lo castellano y de lo bascongado y a esta luz nos enseña no pocos matices del alma española. En la lucha del latín con el ibero o bascuence, ésta es la región de donde últimamente se retiró vencido el antiguo idioma nacional, dejando más hondas huellas. En toda la provincia se usan muchas palabras bascongadas y bascongados son los nombres de pueblos y campos y, sin embargo, en toda ella no se habla de tiempo inmemorial la lengua bascongada, fuera de escasas excepciones en el confín montañoso, sino castellano. Es provincia bascongada y con todo no se habla en ella el bascuence, que se perdió mucho tiempo ha. ¿Por qué el bascuence no desapareció igualmente de Vizcaya y Guipúzcoa? La razón está en la configuración del terreno. Álava suena *Araba* entre bascongados y significa *llanura bajo los montes*. Efectivamente, es la meseta castellana que llega hasta el pie de las montañas. La *Sierra de San Adrián*, la última de los Pirineos, diríase altísima muralla natural entre Álava y Guipúzcoa. A continuación viene la de *Aranzazu* con su célebre santuario de la Virgen, al que acuden las tres provincias bascas por hallarse en la de Vizcaya, pero donde casi se juntan y cortan los términos de las tres. Vienen después los montes de *Arlaban*, nombre que gloriosamente recuerda la guerra de la Independencia, las cimas de *Gorbea* y de *Amboto*, con su leyenda de *la Dama de Amboto*, la peña de *Orduña*, el monte *Ibar*, la *Sierra de Toloño* y la *Serranía de Andía*. Debajo de este gran medio circuito de montañas, que son como murallas enhiestas, dilátase la gran llanura de Álava. Estas murallas detuvieron el poder avasallador del latín y del castellano, que hasta ellas se habla; de allí por arriba en adelante son Vizcaya y Guipúzcoa y se habla bascuence.

Álava parece debiera haber pertenecido a Castilla, según muestra el terreno; siguió, sin embargo, siendo provincia basca con habla castellana. Esto sólo nos dice que los alaveses no se sometieron a Castilla hasta que así lo quisieron y nos muestra el alma independiente y brava que aun en lo llano y sin defensas naturales se resiste a perder su personalidad.

14

Efectivamente, habrá sus excepciones, pero en cualquier alavés que conozcáis hallaréis el sello particular del temperamento de la provincia. No hay hombre en el mundo más frío y sereno. El alavés es imperturbable y frío como un mármol. Conserva la testarudez y el tesón de los bascos. En la guerra el soldado alavés es lo más contrario del soldado navarro. El navarro, de sangre hirviente, es el mejor soldado del mundo para embestir, trepar a las posiciones enemigas, cargar a la bayoneta; pero si el pánico se apodera de él enfriando aquella su sangre, huye y lo abandona todo. En cambio, al soldado alavés, de sangre fría admirable, no le pidáis esos arrebatos que al navarro, porque no los entiende; pero, al revés, mandadle mantenerse en un puesto, no abandonar una posición, y allí se quedará defendiéndola como si fuese un bloque de hierro hincado en tierra, por más que la metralla diluvie sobre él. Es el tesón, la tenacidad basca y juntamente la frialdad y serenidad castellana.

Los romanos señorearon la llanura y sólo de paso dominaron, y aun casi sólo de nombre, en las montañas bascas. Consérvanse, por el contrario, en Álava lápidas, estatuas, columnas, pavimentos, monedas, restos de murallas y del camino de Astorga a Burdeos, todas cosas romanas. Los moros no pudieron hacer asiento en esta tierra. Desde un principio, como en las otras tierras bascongadas, sin estruendos de reyes ni reinados, establecieron los alaveses el tradicional gobierno ibérico: cada población fue una república silenciosa y sólidamente popular, y las de Álava nombraron la *Cofradía de Arriaga*, junta o senado que anualmente se juntaba y elegía cuatro alcaldes y jueces, uno de ellos con el poder supremo y nombre de *Justicia Mayor*. Cabeza del señorío, sobre todo como adalid de guerra, escogían al que llamaban *Señor* o *Conde*. El año 1332 la Cofradía de Arriaga ofreció el señorío al rey de Castilla, conservando sus libertades y fueros.

Esta callada y poco sonada historia de Álava es repetición de la de Vizcaya y Guipúzcoa y es la más admirable historia que un pueblo puede tener. Es el más perfecto dechado de historia, por serlo del gobierno más perfecto, que sólo puede darse en pueblos tan honrados y amadores de la justicia, tan independientes y bravos, cuando hay que acudir a las armas, tan enterizos y valientes como el pueblo bascongado, como la raza ibera. Desde entonces sirvieron a la patria común con la misma modestia callada, con la misma valiente serenidad que antes a la patria chica.

15

La ciudad de Vitoria debe su nombre a la victoria del godo Leovigildo sobre los bascos, y la fundó el año 581. El nombre parece agüero de la que alcanzaron el año 1813 los ejércitos aliados, ingleses, portugueses y españoles, al mando de Wellington, sobre las tropas napoleónicas, que huyeron hasta llegar a la frontera, abandonando 8.000 hombres entre muertos y heridos, más de 1.000 prisioneros, 150 cañones e inmenso botín, allegado con los saqueos de las ciudades españolas. Fue el último adiós que los franceses dieron a España, harto a su pesar.

El año 1181 el rey de Navarra, Sancho el Sabio, fortificó con murallas y castillo la ciudad de Vitoria y la engrandeció. La Catedral fue en 1181 templo y fortaleza; pero la de ahora se edificó gótica en el siglo XIV. En el convento de San Francisco, edificado desde 1214, de estilo del Renacimiento del XVI, celebra sus juntas la Diputación foral de Álava. En el Ayuntamiento puede verse el *machete vitoriano* ante el cual juraba el Síndico desempeñar su cargo bajo pena de que se le cortase la cabeza con él en caso necesario.

16

Entre los ilustres alaveses está D. Pero López de Ayala, nacido en Vitoria, Canciller de Castilla, gran guerrero, recio de complexión, musculoso de cuerpo, de valor frío hasta la temeridad. Escribió poesías de crítica social y convirtió la crónica medioeval en verdadera historia artística. De Laguardia fue el fabulista Félix María Samaniego, tan serio y frío como todos los de su tierra. Ignacio María de Álava y Navarrete, vitoriano, fue capitán general de la Armada y, a las órdenes de Gravina, fue herido en Trafalgar. Peleó después contra Francia en 1808.

PRINCIPADO DE ASTURIAS

17

El año 1388 el rey D. Juan concedió a su hijo Enrique, que después fue rey, la dignidad de *Príncipe de Asturias*, que desde entonces llevaron los Infantes herederos de Castilla y más tarde de España: de aquí el título de *Principado de Asturias*, justo homenaje concedido a la bendita tierra que fue cuna principal de la reconquista. Por la parte de levante, en las estribaciones hacia el mar de los encumbrados picos llamados *Peñas de Europa*, está *Covadonga*, que significa *Cueva de la Señora*, en latín *Cova Dominica*, esto es, de la Virgen María. Los españoles deben ir a visitarla.

Salimos de Cangas de Onís, pasamos un puente romano, hasta poco ha vestido de hiedra. En esta estrecha cañada entre montañas dicen que yendo a cazar osos, uno de ellos estrujó entre sus robustos brazos al rey Fabila. Llegamos cerca de Covadonga. He aquí a mano izquierda la cruz de piedra que llaman del *Repelao* en ese pradecillo. Ahí cuentan que alzaron por rey a Pelayo. Entramos en la hondonada de Covadonga, coronada de altos riscos. Una cuesta. En medio se levanta la hermosa basílica edificada a fines del siglo XIX. En esa tajada roca de la izquierda se abre la sagrada cueva con su capilla, a la que se sube por escalones de piedra. Salta en ella grueso chorro de agua.

El año 711 entraron los moros en España al mando de Taric y Muza y derrotaron los ejércitos de los godos, desapareciendo en la batalla su rey D. Rodrigo. Acogiéronse a las asperezas de Asturias no pocos españoles. Llega Muza, pasa los puertos; pero menospreció a tan poca y miserable gente que, no atreviéndose a bajar a lo llano, se había enriscado por estos andurriales, y se volvió. Vino después el año 718 Alcama con nuevas huestes. Fuéronles atrayendo los nuestros hacia estos parajes y, metiéndolos hábilmente por los desfiladeros y gargantas, cogidos entre montes, los derrotaron matando a Alcama. Porque muerto el caudillo, desordénanse los moros y vuelven las espaldas; pero los nuestros caen sobre ellos, las cimas y laderas aparecen coronadas de guerreros que brotan de entre los peñascales y que hacen riza en las desbandadas huestes musulmanas. A la rota siguió el alcance por los llanos, hasta que cansados cesaron los españoles en la matanza, quedando por los cristianos toda la región oriental de Asturias. Asentó Pelayo su corte en Cangas de Onís y cada día se fue aumentando el nuevo reino con gentes venidas de Galicia, Cantabria y hasta de Aragón. A pesar de las nuevas expediciones enviadas por los emires de Córdoba, fue creciendo el poder de los cristianos, que acabaron echando a los moros más allá de los puertos.

18

Después de Pelayo y Fabila reinó Alfonso I el Católico, título que le dio el papa Zacarías el año 743 por sus grandes conquistas y que han heredado hasta hoy los reyes de España. El año 589 San Gregorio el Grande le había ya dado título de Rey Católico a Recaredo, por haber dejado la herejía arriana. Ganó Alfonso el Católico vastos territorios a los moros, aprovechando las diferencias y luchas que traían entre sí, pues sometió Galicia, Braga, Portugal y Viseo y por León y Castilla nada menos que hasta el Duero. Alfonso II el Casto asentó en 791 su corte en Oviedo y levantó las iglesias de San Salvador, San Tirso, San Julián y el palacio real. La catedral fue fundada en 1388 por Gutierre de Toledo y no se acabó hasta el siglo XVII. La torre es una maravilla gótica de ligereza y atrevimiento, con sus 82 metros de alto, en cinco pisos. Del 1219 es la vieja campana o *Vamba*. En la *Cámara santa* se guardan insignes reliquias, entre ellas la *Cruz de los ángeles*, de oro con piedras preciosas, ofrecida por Alfonso II y es blasón de Asturias y de Oviedo, y la *Cruz de la Victoria*, de madera, que fue de Pelayo.

19

El asturiano es robusto y ágil, alegre y bullanguero, algo ligero y variable: pero emprendedor, de variadas facultades, que a todo se acomoda. Es listo y despejado, fantaseador y dispuesto para las bellas artes. Hay que ver en las romerías a santuarios y fiestas de las aldeas a aquellos gallardos mocetones y a aquellas guapas mozas en corro bailando y cantando *la danza prima*, tan sentida y de viejo abolengo, al son de la gaita asturiana, cuyos quejidos y largos dejos recuden en las montañas del contorno. Cántase a dos coros:

¡Ay! un galán de esta villa,
¡ay! un galán de esta casa,
¡ay! él por aquí venía,
¡ay! él por aquí llegaba.
¡Ay! diga lo que él quería,
¡ay! diga lo que él buscaba.
¡Ay! busco la blanca niña,
¡ay! busco la niña blanca,
que tiene voz delgadina,
que tiene la voz delgada,
la que el cabello tejía,
la que el cabello trenzaba.
. . . .

Los versos pares son como el eco, en labios de un coro, de los impares del otro. Lánguidas son las tonadas asturianas y muy sentidas, como salidas del alma. ¿Quién no ha oído aquella?

Soy de Pravia, soy de Pravia,
y mi madre mía praviana,
y por eso en mí no cabe
partida ninguna mala.

Y el tan conocido cantar;

A coger el trébole, el trébole, el trébole,
a coger el trébole, la noche de San Juan.

Emprendedores y activos, muchos asturianos se embarcan para América y no pocos se enriquecen a fuerza de afanes y privaciones; vuelven a su tierra, fomentan la agricultura, benefician a sus pueblos con escuelas y otros establecimientos públicos, ayudan al movimiento industrial con los caudales que allegaron, dando ejemplo de verdadero amor a la patria. Llámanlos *indianos* y son merecedores de toda alabanza.

20

Asturias es hoy una de las provincias más industriales y trabajadoras. Acaso no le ganen más que Barcelona y Vizcaya. Su principal riqueza son las minas de carbón de piedra, que surten a toda España, en las cuencas carboníferas de Mieres, I.angreo, I.a Felguera, Infiesto, Olloniego, Sama, Riosa, Cangas de Onís. Son las tales minas antiquísimos bosques de otras eras, antes de que hubiese hombres en el mundo, y que fueron sepultadas por inmensos terremotos que alzaban montes, hundían valles y trastornaban la corteza terrestre.

En el pueblo de Ujo y en otras partes hay lavaderos de carbón. También se fabrican briquetas o ladrillos de carbón pulverizado con brea y alquitrán, comprimiendo la masa. El cok es hulla o carbón de piedra quemado en hornos, de donde ciertos gases que despide pasan a un aparato donde se condensan y se recoge el alquitrán y el gas del alumbrado.

Gijón es población muy adelantada por su doble puerto, sobre todo el comercial del Musel. Tiene fábricas de tabacos, tejidos, cerveza, sidra, loza, fundiciones de hierro, refinerías de petróleo.

Dos grandes fábricas de pertrechos militares hay en Asturias: la de fusiles de Oviedo y la de cañones y proyectiles de Trubia. La de Oviedo se creó en 1794, la de Trubia se hizo en 1795 para municiones de hierro colado, y desde 1844 se funden en ella cañones y se labran corazas, fusiles y proyectiles. La rica sidra asturiana se saca de las manzanas que se cogen en las que allí se llaman *pomaradas* o manzanales. Los jamones de Avilés son afamados. En Luanco, Grado, Cudillero y Castropol se hacen salazones de pescado.

21

En Asturias se habla un dialecto particular, entre castellano y gallego, que llaman bable. La movilidad, variedad de facultades y el espíritu emprendedor explican el que haya habido entre los asturianos grandes estadistas y políticos, como el Conde de Campomanes, que trabajó mucho en el siglo XVIII por levantar la industria, agricultura y comercio; Agustín Argüelles, ministro honrado y tutor de Isabel II; Evaristo de San Miguel, general y político; Rafael del Riego, que se sublevó contra el rey Femando VII y fue por ello ahorcado en Madrid; José Posada Herrera, Juan Álvarez de Lorenzana, y el mayor de todos, Gaspar Melchor de Jovellanos, jurisconsulto, poeta, economista, anticuario, magistrado, político, glorioso maestro de la juventud española, fomentador de la cultura, fundador del *Instituto de Jovellanos* de Gijón. Los niños españoles deben descubrirse al oír su nombre y tenerle cariño como a padre y maestro.

En las artes y letras dio Asturias excelentes varones. Juan de Herrera, el más nombrado de los arquitectos españoles de fines del siglo XVI; Juan Carreño de Miranda, pintor de Carlos II, buen retratista; José María Queipo del Llano, conde de Toreno, político e historiador de la guerra de la Independencia; Ramón de Campoamor, poeta filosófico y humorista del siglo XIX, autor de los *Pequeños poemas* y de las *Doloras*; Vital Aza, dramático festivo y chispeante; Armando Palacio Valdés, hondo e intencionado novelista de los últimos tiempos.

Entre los valientes guerreros y marinos bastará nombrar a Pedro Méndez de Avilés, capitán de la flota de Indias por Felipe II, Adelantado de La Florida y vencedor de los franceses; y a Femando Villaamil, héroe que acabó en el mar mandando denodadamente la escuadrilla de torpederos en la guerra con los Estados Unidos.

REINO DE NAVARRA

22

Estamos en *Vasconia* o tierra de *vascones*, esto es, de montañeses, que tanto dieron en qué entender a romanos y godos con su bravura y tenaz apego a la independencia. Subamos a los puertos del Pireneo. Estos hayedos, esos pinabetes, aquellas rocas vieron pasar muchedumbres de peregrinos, que de Francia venían a visitar en Galicia el cuerpo de Santiago. Por estas gargantas pasó Carlo Magno, pasaron los Doce Pares, pasaron las huestes lucidas. Esa altísima montaña, que cierra este bonito valle de Burguete, es la mole majestuosa de Altobiscar. Al pie divisáis los reflejos de las pizarras de *Roncesvalles* entre arboledas. Ese es el convento con su iglesia gótica. Ahí comienza el desfiladero de Roncesvalles, los barrancos tenebrosos, las selvas milenarias. Estos son los que nuestros mayores llamaban Puertos de Aspa, que suena lo bajo la peña.

Dicen que el valí de Zaragoza, Suleimán ben Alarabí, había llamado a Carlo Magno para que le ayudase a pelear contra el emir de Córdoba y que luego se arrepintió. Ello es que Carlo Magno ni entró en Zaragoza ni venció a los moros; lo que hizo fue desmantelar los muros de Pamplona. No le debió de ir muy a su satisfacción. Había entrado con sus bizarras huestes, con toda su corte, en son de conquista; ahora se volvía desengañado, cabizbajo. Si sólo hubiera tenido intento de pelear con los moros, los cristianos de estas tierras, en vez de oponérsele, le hubieran ayudado. Pero traía ganas de conquistar tierras y los españoles vieron en él un enemigo de su independencia. Para D. Rodrigo Jiménez de Rada, nuestro gran cronista, Roncesvalles fue una victoria nacional de todos los pueblos de España, acaudillados por el rey de León. El romancero popular canta a Bernardo del Carpio como adalid de la independencia española, que no sufre la intromisión del emperador ni de gentes extrañas en los asuntos de nuestra patria. Y tal es, de hecho, el *espíritu* de aquella batalla famosa.

Los montañeses navarros o vascones acudieron a Roncesvalles y cortaron la retirada a las huestes de Carlo Magno, embistiendo en los franceses desde las cumbres, derrotándolos, siguiendo el alcance, matando a la flor y nata de los Pares, de los caballeros, de las tropas de aquel gran ejército. Ahí está todavía *Valcarlos* o *Valle de Carlos*, que atestigua la verdad de la jornada. Así lo atestiguan no menos los viejos romances castellanos:

Mala la vistes, franceses,
la caza de Roncesvalles:
Don Carlos perdió la honra,
murieron los Doce Pares.

Así lo atestigua el más famoso poema francés llamado *Roland*, que acá decimos Roldán, que trata de esta rota y de la muerte de aquel paladín. Así lo atestigua el mismo Eginardo, historiador de Carlo Magno, que se halló en la batalla: «Allí quedó el ejército entero, allí todas las riquezas y bagajes, allí pereció Egghiard, prepósito de la mesa del rey: allí Anselmo, conde de Palacio; allí el famoso Roldán, prefecto de la Marca de Bretaña, allí, en fin, se sepultó la flor de la nobleza y de la caballería francesa, sin que Carlos pudiera volver por el honor de sus pendones ni tomar venganza de tan recia embestida.»

Esto dice el biógrafo y secretario de Carlo Magno, que iba en el ejército. Por muchos años siguieron enseñando los sucesores de aquellos valientes montañeses la *Roca de Roldán*, que desesperado de verse vencido sajó de medio a medio con su espada *Dnrandaina*, sin que se le doblara ni partiera. Todavía os muestran los pastores las huellas que dejaron estampadas las herraduras del caballo de aquel paladín; aun se conservan, y ahí los tenéis en esta Colegiata, fundada por Sancho el Fuerte, esos grandes sepulcros de piedra con huesos humanos, esas astas de

lanzas, esas bocinas, mazas y demás despojos que la tradición supone pertenecer a aquella gran batalla. Oíd ahora este hermosísimo *Cantar de Altobiscar*, traducido del bascuence:

23

«Un grito ha resonado en medio da las montañas. Y el *echeco-jauna*, el amo, de pies delante de la puerta, ha abierto las orejas y ha dicho: ¿Quién anda ahí? ¿Qué me quieren? Y el perro, que dormía a los pies de su amo, hase levantado y ha llenado de ladridos los contornos de Altobiscar.

»En el collado de Ibañeta resuena un fuerte rumor. Se acerca rasando a derecha e izquierda las rocas. Es el estruendo de un ejército que llega de lejos. Los nuestros les han respondido desde lo alto de las montañas, haciendo sonar sus cuernos. Y el *echeco-jauna* aguza sus flechas.

»—¡Ya llegan! ¡Ya llegan! ¡Oh, qué selva de lanzas! ¡Cómo parecen sobre ellos las banderas de todos colores! ¡Qué destellos despiden sus armas! ¿Cuántos son? Muchacho, cuéntalos bien. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce, trece, catorce, quince, diez y seis, diez y siete, diez y ocho, diez y nueve, veinte.

»—¡Veinte y miles y miles más! Contarlos sería perder el tiempo. Juntemos nuestros nervudos brazos. Arranquemos de cuajo estas rocas. Rodémoslas a lo bajo por la pendiente de la montaña sobre sus cabezas. Aplastémoslos, hirámoslos de muerte.

»¿Qué querían en nuestras montañas esos hombres del norte? ¿Por qué han venido a turbar nuestra paz? Cuando Dios hizo las montañas fue para que no las pasasen los hombres. Pero las rocas caen rodando y aplastan a los invasores. La sangre corre a torrentes. ¡Oh, qué de huesos rotos! ¡Qué mar de sangre!

»¡Huid, huid, los que aun tenéis fuerzas y caballos! ¡Huye, rey Carlo Magno, con tu pluma negra y tu capa encamada! Tu amado sobrino, el valiente Roldan, yace muerto allá abajo. Su valor de nada le valió. Y ahora, *euscaldunas*, abandonemos estas peñas. Bajemos al punto, lancemos nuestros dardos contra los que huyen.

»¡Huyen! ¡Huyen! ¿Dónde está, pues, aquella selva de lanzas? ¿Dónde las banderas de todos colores que parecían sobre ellos? Ya no despiden destellos sus armas cubiertas de sangre. ¿Cuántos son? Muchacho, cuéntalos bien.

»—Veinte, diez y nueve, diez y ocho, diez y siete, diez y seis, quince, catorce, trece, doce, once, diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno.

»—¡Uno! ¡Ni uno se ve ya! Todo acabó. *Echeco-jauna*, puedes volver a tu hogar con tu perro a abrazar a tu esposa y a tus hijos, a limpiar las flechas y a recogerlas en los cuernos de búfalo y a echarte a dormir sobre ellas.

»De noche las águilas vendrán a devorar esos pedazos de carne pisoteados. Y esos huesos blanquearán ahí eternamente.»

24

Las montañas de Navarra no fueron holladas por los moros. Recogiéronse entre sus breñas muchos españoles y bajando más abajo fuéronlos echando con tenacidad, de modo que a fines del siglo VIII el territorio de Pamplona y la Montaña estaban regidos por señores independientes, bravos guerreros que fundaron el reino de Navarra y el condado de Aragón. Iñigo Arista es el nombre del primer rey que suena. Sancho Garcés I reinó desde 905 a 925 y conquistó hasta Nájera y Tudela y fundó el monasterio de Albelda. Sancho Garcés III, llamado el Mayor, desde el año 1000 al 1035, llegó a ser rey de Navarra, Aragón, Sobrarbe, Ribagorza, Castilla, Álava, León, Asturias, Astorga, Pallars, Gascuña y Barcelona. Toda la España cristiana estaba en manos de este gran rey, que reedificó la destruida ciudad de Palencia y su catedral y la catedral de Pamplona: pero tuvo la debilidad de dividir sus Estados, repartiéndolos entre sus hijos, tocando Navarra y Provincias

Bascas a García Sánchez, el de Nájera; Castilla a Femando, Aragón a Ramiro, Ribagorza y Sobrarbe a Gonzalo. División dañosísima para la reconquista de la patria.

El rey Sancho el Fuerte con sus navarros fue el que en la batalla de las Navas embistió donde estaba la tienda del Miramamolin, haciéndole huir, rompiendo la red de cadenas con que se había rodeado y matando a los más esforzados moros que las guardaban. Las cadenas fueron repartidas entre Roncesvalles y Tudela y de ellas se hizo el enrejado del coro de la catedral de Pamplona y la red que cerca la capilla de la Santa Cruz en el claustro. En el escudo bermejo de Navarra mandó Sancho poner estas cadenas como blasón del reino.

El convento de San Salvador de Leyre es de los más antiguos de Navarra y de España, acaso del tiempo de los godos, pues en la iglesia hay una inscripción del año 611 y lo visitó San Eulogio. A él se retiró el obispo de Pamplona cuando los moros destruyeron la ciudad y en él vivieron sus sucesores como abades que eran de él. En él se educaban los hijos de los reyes de Navarra y otros señores y fue panteón real, de suerte que llegó a ser muy rico y poderoso.

La villa de Olite conserva el viejo palacio de los reyes de Navarra. Otro castillo y dos iglesias de estilo gótico florido tiene Tafalla. Recordad el antiguo cantar navarro:

Estella la bella.
Pamplona la bona,
Olite y Tafalla
la flor de Navarra.

En la parte más baja de la provincia asienta la ciudad de Tudela, orillas del Ebro, con un magnífico puente de 19 ojos y Colegiata del más puro y severo estilo gótico del siglo XII, donde se ven colgadas cadenas de la batalla de las Navas. Tiene dos castillos: el así llamado, donde vivió y murió Sancho el Fuerte, y el llamado Torre Monreal, que está a la parte opuesta. La vega de Tudela es feracísima.

25

Entre los valientes navarros recordemos a Antonio de Leiva, que vivió de 1480 a 1536, aprendió el arte militar con Gonzalo de Córdoba y le sucedió en el mando de los ejércitos españoles en Italia, en tiempo de Carlos V, como uno de los mayores capitanes de su siglo. Rodrigo de Narváez fue el primero que asaltó la plaza de Antequera y fue nombrado su gobernador. Pedro Vereterra, roncalés, llamado Pedro Navarro, hízose célebre en las guerras de Italia por su valor y aplicación de las minas para abrir brechas, y se apoderó después de Mazalquivir, Orán Bujía y Trípoli. Pedro de Ursúa, natural del Baztán, fundó Tudela y Pamplona en Nueva Granada y exploró el Dorado y Omagua con 500 españoles, luchando por aquellas selvas con los salvajes y con sus propios soldados, que le asesinaron cobardemente. Temible se hizo a los franceses en la guerra de la Independencia el guerrillero Francisco Espoz y Mina, nacido en Idocin, venciendo a sus mejores generales en 43 batallas.

Son los navarros muy aficionados a la música, de buena voz y fino oído. Bien conocidos son sus orfeones populares. La jota navarra tiene cierta brillantez briosa en que acaso gane a la aragonesa. De ninguna parte de España han salido tan excelentes y admirables músicos como del país basco y de Navarra. Hilarión Eslava, de Burlada, fue nuestro más afamado compositor de música religiosa en el siglo XIX, por su maestría en el manejo de las voces, la serenidad de forma, la sobriedad y armonía. Una vez, pasando por la puerta de una herrería, oyó canturrear a un mozo mientras machacaba hierro en el yunque. Extrañó la voz, entró, le propuso hacerle músico: era Julián Gayarre, nacido en el Roncal el año 1844 y fallecido el 1890. Recorrió después Gayarre las ciudades principales del mundo, dejando a todos enhechizados con su voz maravillosa. Fue el tenor de ópera más aplaudido de su tiempo. ¿Qué decir del violinista Pablo Sarasate, pamplonés que vivió de 1844 a 1908? Con razón en su sepulcro baja un ángel y presta oído atento a las mágicas notas que saca de su violín. Emilio Arrieta, de Puente la Reina, vivió de 1823 a 1894 y fue autor de

zarzuelas tan aplaudidas como *Marina*. Gaztambide, tudelano; Zabalza, Guelbenzu, Aranguren, Gainza: todos fueron músicos de los más nombrados de España.

En Puente la Reina nació nuestro mejor cronista medioeval, don Rodrigo Jiménez de Rada, arzobispo de Toledo en el siglo XII. En Berasoain nació Martín de Azpilcueta, llamado *el Doctor Navarro,* el maestro en materias morales más celebrado del siglo XVI. Juan Huarte, natural de San Juan de Pie del Puerto, médico, escribió un admirado *Examen de Ingenio*s. Fray Diego de Estella, de aquella ciudad, fue notable escritor místico. Místico y elegante escritor fue Pedro Malón de Chaide, nacido en Cascante.

Oriundo de Aragón y nacido en Tudela fue el médico y heterodoxo Miguel Servet, quemado bárbaramente por Calvino, el protestante, en Ginebra. Dicen que descubrió la circulación de la sangre; pero la doble circulación era ya conocida antes de él en España. Su libro, donde habla de la circulación pulmonar, el *Christianismi Restitutio,* es del año 1553 y ya en 1546 se había publicado el *Libro de Albeitería*, del zamorano Francisco de la Reina, en cuyo capítulo 94, cuestión 6, se lee: «Por manera que la sangre anda en torno y rueda por todos los miembros.» Don Juan de Palafox, obispo de Puebla, varón venerable y fecundo escritor, fue natural de Fitero. En Pamplona nació el historiador padre José Moret. Naturalizado en Navarra fue el historiador fray Prudencio de Sandoval. Entre los santos bastará citar a San Francisco Javier, apóstol del Japón, que él solo vale por mil.

REINO DE ARAGÓN

Zaragoza

26

Entremos en Zaragoza por el puente de piedra sobre el Ebro, obra del año 1447. Lo primero que nos lleva los ojos es el suntuoso templo de Nuestra Señora del Pilar, con su gran cúpula rodeada de otras menores, con las esbeltas torres de los extremos, con el brillar de los azulejos. No hay conjunto más vistoso y magnifico. El mismo efecto de magnificencia y elegancia os causa el interior, al entrar por sus anchas y altas naves, de 132 metros de largo por 67 de ancho. El estilo clásico, severo, el grandor de las dimensiones, los mármoles, jaspes, bronces, estatuas, barandales, retablos, cúpulas, pinturas al fresco, el admirable retablo del altar mayor, labrado por el valenciano Damián Forment: todo ostenta riqueza, grandeza, suntuosidad.

Pero lo más maravilloso es la capilla del Pilar, hecha en 1753 por Ventura Rodríguez, de orden corintio, y más que la capilla la devoción de los zaragozanos. No es devoción de una vez al año, del día de la fiesta, ni de pompas y festejos ruidosos, aunque las fiestas del Pilar son las más concurridas de España; es devoción íntima de todos los días y de todas las horas y de todo buen zaragozano, que no deja pasar día sin visitar a la Virgen y con tal sinceridad, que muy duro de pecho ha de ser el cristiano que al ver a los allí arrodillados no sienta que también se le doblan las rodillas y en el alma no perciba un no sé qué de dulzura y desusada devoción. A cualquier hora del día que vayáis, veréis siempre gente arrodillada en esta capilla. El Pilar es la religiosidad y el patriotismo de los aragoneses, sentimientos maravillosamente casados en un solo sentimiento en Aragón y en España entera. ¿Hay cosas más enlazadas en toda nuestra historia que el patriotismo y la religión?

Aquí donde asienta este Pilar podemos decir que están las más hondas raíces de la patria. Este Pilar está orillas del famoso Ebro y fue famoso por haber sido el primer río caudaloso que los griegos conocieron en la península, al aportar con sus naves a las últimas tierras de poniente. Del Ebro, que en lengua ibérica o bascongada suena Iber, dieron a sus ribereños el nombre de iberos, extendiéndolo después a todos los habitantes de la que, por lo mismo, llamaron *Iberia*. Orillas del Ebro había una población llamada *Salduba* o *Saldibar*, que suena ribera de caballos. Del Ebro para abajo era esta tierra celebrada por sus caballos y jinetes, tanto que en las monedas antiguas se ve grabado un elegante jinete al galope con palma triunfadora en la mano. La región del Ebro hacia el Sur llamábase *Celtiberia* o de iberos y celtas mezclados. Donde estaba Salduba fundó César Augusto la ciudad llamada de su nombre *Cesaraugusta*, que con el tiempo sonó Zaragoza. Tan noble e imperial origen tuvo esta ciudad. Pero al templo del Pilar, corazón de Aragón y de Zaragoza, le cupo origen todavía más noble y divino. Con él tocamos las raíces de la patria española.

Es venerable tradición la venida a España de Santiago el Mayor, uno de los doce apóstoles, la empedernida obstinación de los españoles que se negaban a recibir la Fe y el haber entonces venido en carne mortal la misma Madre de Dios, que vivía en Éfeso, de Asia, a esforzar al santo apóstol y a sus contados seguidores, prometiéndoles que en esta tierra, que ella pisaba, no faltaría jamás la Fe de Jesucristo. Y en señal de tal promesa plantó en este lugar, donde Santiago y los suyos se hallaban, un pilar que los ángeles consigo traían y sobre él una pequeña imagen de la misma soberana Señora. Tal es la tradición y el pensar del alma española, que así enlaza la religión con el patriotismo. Y según esta creencia, el Pilar de Zaragoza es como la raíz de la religiosidad y de toda

la historia de España, la cual, sin la religión no puede explicarse, porque cuanto de grande hizo España en el mundo lo debe a ese sentimiento religioso y a la vez patriótico.

La Seo es también catedral y de mayor mérito arquitectónico que el Pilar y se edificó de 1119 a 1520. Cerca tenemos la Lonja, obra elegante del año 1551. Hemos de visitar también la Audiencia o Casa de los gigantes, el castillo de la Aljafería, arruinado durante los sitios; y las iglesias mudéjares San Pablo y San Miguel. Torrero es el altozano donde acaba el Canal Imperial, comenzado en 1528 por Carlos V y que toma sus aguas del Ebro junto a Tudela, recorriendo 88 kilómetros. Es un dolor que por vanos temores hayan echado abajo poco ha la *Torre nueva*, maravilla mudéjar, de propósito inclinada.

Esta hermosa calle toma su nombre del que conquistó la ciudad a los moros en 1118; Alfonso I el Batallador. Esta otra, que ciñe la antigua ciudad, es el Coso; esto es, corredera donde corrían los jinetes y se tenían justas y torneos. En su parte media se abre la ancha plaza de la Independencia, centro de Zaragoza, donde veis el gran monumento a los mártires que la defendieron contra los ejércitos de Napoleón. De aquí parte el paseo de la Independencia, que acaba en la plaza de Aragón. En ella hay otro monumento al último Justicia Mayor de Aragón, Juan de Lanuza, mártir de la independencia política. Entrambos monumentos son obra de Querol. A mano izquierda del paseo veis el convento de Santa Engracia, donde se guardan las sagradas cenizas de los mártires de la independencia religiosa. Fue labrado en tiempo de los Reyes Católicos y de Carlos V, en rico estilo plateresco, y hubo que restaurarlo de 1894 a 1898 por haberlo arruinado los franceses.

27

El paseo de la Independencia con estos tres monumentos tiene gran significación para los españoles. ¿No es cosa peregrina y de honda meditación el que se vea aquí simbolizada la más señalada virtud de nuestra raza, el amor a la independencia, y en sus tres manifestaciones, religiosa, nacional y política? Por algo os he dicho al principio que en el Pilar de Zaragoza estaban como las raíces de la patria, de su religiosidad y patriotismo. Esos tres monumentos proclaman al mundo el amor a la independencia de los zaragozanos, de los aragoneses y de los españoles. Son un compendio del alma española, que ha luchado siempre por esta triple independencia. Recordemos los tres grandes acontecimientos que esos tres monumentos celebran.

El año 303 de la era cristiana el emperador Diocleciano se embravece contra los seguidores de Cristo. La predicación de Santiago y la promesa de la Virgen junto al Pilar de Zaragoza habían arraigado la Fe en España de manera que en ella fue donde más se ensañó el Presidente Daciano y más gloriosamente brillaron los mártires de la Fe. En Sevilla las santas vírgenes Justa y Rufina; en Tánger, San Marcelo, centurión, natural de León, donde fueron martirizados sus hijos Claudio, Luperco y Victorico; en Orense, Santa Marina; en Gerona, San Félix y San Narciso; en Barcelona, San Cucufate y la virgen Santa Eulalia; otra Santa Eulalia y Santa Julia en Mérida; en Alcalá de Henares, los muchachos que todavía andaban a la escuela, Santos Justo y Pastor; en Toledo, Santa Leocadia; en Ávila, San Vicente y sus hermanas Sabina y Cristeta; en Lisboa, los santos hermanos Verísimo, Máximo y Julia; en Braga, San Víctor; en Córdoba, San Acisclo, San Zoilo y los tres hermanos Fausto, Jenaro y Marcial; cerca de Burgos, las Santas Centolla y Helena; en Sigüenza, Santa Librada; en Melgariza de Toledo, Santa Ouiteria; en Valencia, San Vicente; y otros muchos más en otras poblaciones españolas.

Pero entre todas ellas distinguióse Zaragoza, hasta el punto de que el mayor y más celebrado poeta cristiano, Prudencio Clemente, natural de Zaragoza según unos, de Calahorra según otros, que cantó a los mártires de Cristo, enalteció la gloria de Zaragoza en esta parte sobre la tan universalmente conocida de la misma Roma, llamando a Zaragoza la ciudad de los mártires. Padeció entonces y triunfó en Cristo Santa Engracia, el anciano obispo de la ciudad San Valero y el valeroso diácono San Vicente; pero no sólo fueron ellos, sino la mayor parte de los vecinos de Zaragoza los que confesaron la Fe y dieron la vida por Cristo, llamándoseles los Innumerables

mártires. Sus cuerpos, porque no viniesen a poder de los cristianos y no los honrasen, quemaron junto con los de otros facinerosos; pero las cenizas de los santos se apartaron de las otras por virtud de Dios y juntadas entre sí las llamaron *masa cándida*.

Esta firmeza en la Fe, esta entereza y recia voluntad en conservar la religión de sus padres sin ceder a los halagos, amenazas y violencias de los poderosos, hasta dar la vida, es gran virtud de los aragoneses, que pasan hasta por testarudos.

28

Héroes fueron de la Fe los innumerables mártires de Zaragoza y héroes de la patria los zaragozanos que cerraron las puertas de su ciudad a los franceses a principios del siglo XIX, defendiendo la independencia nacional con el mismo tesón, con la misma envidiable testarudez, con que sus antepasados habían defendido la independencia religiosa. En los fastos guerreros de cercos de ciudades pocos ejemplos se celebran tanto por su heroicidad como los sitios de Zaragoza. Débiles tapias de tierra eran sus murallas contra el poder de ejércitos aguerridos y bien pertrechados, que hicieron sus paralelas en toda regla y enfilaron sus baterías y abrieron sus minas como para cercar y batir una plaza fuerte. Todos los ciudadanos trabajaban en la defensa. Los que no podían empuñar las armas, mujeres y niños, preparaban pertrechos, fabricaban pólvora y balas. Cada tapia, cada casa, cada calle, fue fortaleza y muralla que resistía a la artillería y a los continuos asaltos, costando a los franceses mucha sangre cada palmo de terreno que ganaban a fuerza de derrochar bombas, sangre humana y minas, que hacían volar casa por casa. En sus mismos escombros se parapetaban los impertérritos defensores y los franceses, cansados y diezmados y maravillados de hallar un muro de bronce en cada pecho de aquellos ciudadanos y patriotas, hubieron de levantar la primera vez el sitio, echando al canal su artillería.

En el segundo sitio repitiéronse las defensas heroicas del primero: pero se llegó mucho más allá. Hubo un momento en que los franceses se habían apoderado de todos los conventos y defensas preparadas y que se hallaban ya dentro del recinto y en las calles. De este momento hasta la rendición, más que guerra, fue la pelea sostenida, el encarnizado combatir de unos locos sublimes, que a brazo partido con la muerte se empeñan en llevar adelante la heroicidad hasta rayar en lo imposible. La defensa se había mantenido ya en sobresaliente grado heroico, el enemigo ocupaba una parte de la ciudad, los recursos bélicos escaseaban, los abastos eran insuficientes para la más sobria alimentación, un tifus espantoso hacía estragos en los vecinos, hambrientos y hacinados en las lóbregas cuevas de las casas; en los pórticos de los templos se veían amontonados los cadáveres; y, sin embargo, como si en el ánimo de los más estuviera aquel propósito de José Palafox, el invicto adalid que gobernaba la defensa, de llevarla hasta la última tapia, se seguía combatiendo con tesón nunca visto, llenando de asombro al enemigo, cuyos generales, no explicándose tan desusada exageración de heroísmo, hubieron de sustituir la táctica corriente por otros medios extraordinarios.

«Jamás he visto, decía a Napoleón el general Lannes, encarnizamiento igual al que muestran nuestros enemigos en la defensa de esta plaza. He visto a las mujeres dejarse matar delante de la brecha. Cada casa requiere un nuevo asalto. El sitio de Zaragoza en nada se parece a nuestras anteriores guerras. Para tomar las casas nos vemos precisados a hacer uso del asalto o de la mina. Estos desgraciados se defienden con un encarnizamiento de que no es fácil formarse idea. En una palabra, señor, ésta es una guerra que horroriza. La ciudad arde en estos momentos por cuatro puntos distintos y llueven sobre ella centenares de bombas; pero nada basta para intimidar a sus defensores.» Y ya pasado el sitio, añadía: «¡Qué guerra! ¡Qué hombres! Un asedio cada calle, una mina bajo cada casa. ¡Verse obligado a matar a tantos valientes, o mejor, a tantos furiosos! Esta guerra es terrible, se lo he dicho al emperador. La victoria da pena...» Y Junot, el duro Junot, escribía a su esposa: «No puedo soportar este espectáculo. Es menester tener un corazón de piedra, o mejor dicho, no tenerlo.»

Pues todavía se siguió luchando durante veinticinco días. Al cabo de ellos los franceses no habían ocupado ni la octava parte de la ciudad. Escasamente conquistaban una casa por jornada. Bien podía decir la duquesa de Abrantes, aludiendo a lo injustamente que Napoleón trataba a su marido porque no le precisaba la fecha de la toma de Zaragoza: «Podrá decirse: la ciudad será tomada tal día, porque todavía quedan tantas casas.»

Ya no quisieron pelear los franceses sino con la zapa y la mina. El enemigo invisible trabajaba ahora bajo tierra, horrendas explosiones levantaban de cuajo las casas ocupadas por los españoles, los invasores surgían entonces de improviso cargando sobre los que quedaban entre los escombros y muchas veces tenían que retroceder y, en vez de ganar una nueva casa, perdían la ganada el día antes. Y esto ocurría todos los días, a todas horas y en todo el contorno de la ciudad. El ingeniero Rogniat, que historió aquel sitio, dice estas sencillas palabras: «En los días 30 y 31 atacamos, mas en vano, una casa.» No cabe mayor elogio de los defensores.

Esto no se ha visto en ningún otro sitio del mundo. En el convento de Santa Mónica, los defensores al ver la granizada de metralla que caía sobre ellos, se retiraron al claustro interior aspillerado, impidiendo desde allí el avance del enemigo. Comenzó entonces el más terrible bombardeo contra el convento. Se hundían los tejados, caían los tabiques, desmoronábanse las paredes, y a pesar de todo continuaba la defensa. Muchos valientes murieron debajo de los escombros, entre ellos el capitán Mendieta, que dos días antes había defendido el convento él solo. Se abre una brecha en el altar mayor, por ella se lanza una columna de enemigos y los españoles se mantienen allí defendiéndose hasta que ya de noche pudieron salir por un boquete. «Las minas —dice Rogniat—, no producían en el ánimo del enemigo el efecto que esperábamos; estos entusiastas, decididos a enterrarse en las ruinas de sus casas, no se amilanaban por las voladuras, no abandonaban los edificios destruidos por las explosiones y la vivacidad del fuego nos impedía frecuentemente permanecer y alojarnos en ellos.»

Cruzaban los franceses las calles de galerías subterráneas para caminar siempre a cubierto, volando casa por casa y queriendo tomar la ciudad caminando y avanzando bajo tierra, reduciéndola toda a escombros. Los nuestros, desesperados, provocábanlos a combatir en las calles y en las ruinas; era en vano, ellos seguían su obra de zapa.

«Veíase a la cabeza de los asaltantes, dice el mismo autor, a un fraile que los animaba con un crucifijo en una mano y un sable en otra; las mujeres circulaban en medio de una granizada de balas y granadas, excitaban a los combatientes y les distribuían cartuchos... El brío ardoroso de los sitiados había llegado al colmo: la toma de cada casa costaba un asalto y estos valientes, estimulados por el doble resorte de la libertad y de la religión, se defendían, no sólo de casa en casa, sino de piso en piso y de aposento en aposento... El día dos se volvió a tomar una gran parte de las casas de que nos había arrojado el enemigo la víspera.»

Dos oficiales franceses, Prost y el barón de Lejeune, que estuvieron presentes a la voladura del convento de San Francisco, la describen por estas palabras: «Observándola tan de cerca, aquella explosión no nos dejó ver sino una masa informe y confusa en que la rapidez de la ascensión nos impedía distinguir los objetos separadamente. Pero en el momento en que llegaba a lo alto de la curva y trazaban la parábola, su marcha más lenta nos permitió distinguir, aunque vagamente, hombres y materiales que iban a ser precipitados. Casi al momento un espeso torbellino de polvo y humo nos envolvió de tal manera, que fue imposible ver y casi respirar. En ese mismo instante el ruido de la caída sobre los tejados próximos fue mucho más violento que el de la explosión, que había sido muy sordo. Algunos segundos después comenzó a disiparse ligeramente y al grito de *¡hurra!, ¡adelante!, ¡adelante!,* cada uno se lanzó, baja la cabeza, a su frente, no sabiendo con seguridad dónde iba y sin poder tomar por guía más que los fogonazos de los fusiles españoles, que tiraban sobre nosotros... Esperábamos que los españoles se llenaran de espanto por la conmoción, que hizo temblar a lo lejos todo el barrio, y por lo enorme de la catástrofe; pero nuestro repentino ataque aumentó, por el contrario, su furor. Defendían palmo a palmo el terreno y no era éste

bastante espacioso para aquella lucha a todo trance. Fue necesario perseguirlos y combatir hasta en los tejados y vimos aquellos locos precipitarse sin vacilar de lo alto de las paredes, a ochenta pies de elevación, antes que rendirse al vencedor, que les tendía la mano para salvarlos. Rara vez ha presentado la guerra cuadro más espantable que el de las ruinas de San Francisco durante el asalto y aun después de él. No sólo destruyó la explosión la mitad del edificio y los subterráneos, en que muchas familias se creían seguras de las bombas, sino que hizo perecer más de 400 obreros defensores, entre los cuales desapareció una compañía entera de granaderos del regimiento de Valencia. Los jardines de Fuentes, todo el suelo de los alrededores y los tejados ofrecían un aspecto horrible por la cantidad de restos humanos de que estaban cubiertos. No se podía dar un paso sin chocar con miembros desgarrados y palpitantes y un gran número de manos y de fragmentos de brazos, separados del tronco, nos indicaban la extensión de la catástrofe.»

Sin el tifus, el hambre y la falta de municiones, Zaragoza hubiera sucumbido convertida en ruinas toda ella; pero no se hubiera entregado. Hubo de rendirse porque aquello ya no era más que un cementerio y en las calles había más enfermos y cadáveres que vivos, porque no habiendo bastantes balas se empleaban piedras y tejas, porque cuando nadie hablaba de rendición, el mismo Palafox se adelantó a pedirla, apiadado de los horrorosos martirios de aquellos ciudadanos que todavía estaban vivos y por no poder seguir dirigiendo la defensa, enfermo como se hallaba del tifus. La capitulación fue que las tropas quedaran prisioneras, si no quedaban al servicio del rey José, y que se respetarían las vidas y haciendas, la religión y sus ministros. El ejército francés tuvo en el segundo sitio 10.000 bajas. De los españoles, en cincuenta y dos días perecieron 54.000; esto es, las dos terceras partes de la tropa y la mitad de los habitantes y refugiados. La guarnición rendida no excedía de 9.500 hombres.

«La ciudad —dice Rogniat— que fue de los franceses que entraron, presentaba un aspecto horrible. Muchos barrios estaban arruinados por las minas, no ofrecían sino ruinas sembradas de miembros mutilados. Las mismas casas, que las explosiones y los incendios habían respetado, estaban arrasadas por las bombas y granadas. El interior de los edificios hallábase horadado para las comunicaciones, las paredes exteriores aspilleradas, las puertas y ventanas tabicadas, las calles embarazadas con numerosas barricadas y zanjas. Por medio de las ruinas y de los cadáveres, de que estaban las calles repletas, andaban errantes algunas personas, pálidas, macilentas, extenuadas, que parecía debían seguir bien pronto a los muertos a quienes no habían tenido fuerzas para sepultar.»

Imposible narrar los mil hechos heroicos ni siquiera citar a los héroes de aquellos sitios. Cuatro Mariscales mandaron las fuerzas francesas. Los zaragozanos estaban dirigidos por José de Palafox, nacido en Zaragoza el año 1776 y fallecido el 1847, heroico caudillo que fue llevado enfermo a Francia, donde sufrió mil horrores, metido durante cinco años en un calabozo. El sacerdote D. Santiago Sas animaba al pueblo, como otros muchos sacerdotes y frailes, y se hicieron famosos, entre mil héroes, Mariano Cerezo, el tío Jorge y el tío María, todos paisanos, no menos que la condesa de Bureta y Agustina Zaragoza. A las heroínas de los sitios se levantó un mausoleo en 1908 en la iglesia de Nuestra Señora del Portillo y en la plaza del Portillo una estatua de bronce, obra de Benlliure, a Agustina Zaragoza, que había fallecido en 1858. Lord Byron, el famoso poeta inglés, le consagró varias estrofas en su *Childe Haroldt* (I, 54). Europa entera se quedó pasmada, los franceses mismos, espantados de tanta heroicidad, fueron los que pregonaron por el mundo la gloria de la inmortal Zaragoza. Tan alto ejemplo animó a los demás españoles a proseguir con mayor brío y constancia inquebrantable la guerra de la Independencia hasta echar de España al último francés.

29

Un pueblo que tan heroicamente defiende su fe y su patria contra el invasor, de suponer es no se hubiera jamás sometido a reyes tiranos o caprichosos. Y, efectivamente, las libertades aragonesas, los fueros de Aragón, su constitución política, se han hecho famosos. Allí en la plaza de Aragón está la estatua de Lanuza, que simboliza la independencia política aragonesa.

El pequeño señorío de Aragón sólo abarcaba desde los montes de Aspa, entre los ríos de Aragón y Subordán. hasta Jaca y San Juan de la Peña, comprendiendo los valles de Hecho, Aragüés, Aísa y Ansó. Al comenzar el siglo XII era Huesca, tomada en 1090, «la principal cosa del reino», y fue Alfonso I el Batallador quien lo extendió ganando a Zaragoza en 1118, a Tudela, Tarazona, Calatayud, Alhama y Daroca. «Ningún príncipe cristiano, dice el historiador arábigo Aben Alathir, tuvo más valor que él, ninguno mostró mayor encarnizamiento para pelear con los musulmanes, ninguno mayor resistencia. Dormía con su coraza y su colchón, y como cierto día le preguntasen por qué no se acostaba con las hijas de los adalides musulmanes que había cautivado, dijo: Un verdadero soldado no debe vivir sino con hombres y no con mujeres.»

Famosas han sido las libertades y los fueros aragoneses. Sus Cortes se diferenciaban de las de los demás reinos en dos cosas. La primera, que en ellos, cuando el rey o .sus ministros habían hecho algo contra derecho, la persona que pretendía agravio lo pedía por vía de súplica, quedando a voluntad del rey el satisfacerle; en Aragón esto se pedía por justicia haciendo proceso de ello en las Cortes y ellas juzgaban. La segunda, que en los demás reinos el rey hacía leyes a su voluntad; en Aragón era menester que concordase la voluntad del rey con todos los que intervenían en las Cortes, sin que faltase un solo voto, porque éste era bastante para estorbarlo: privilegio tan grande que jamás lo tuvo reino alguno. No podía darse tormento a nadie. Los nobles podían hacer juntas para defender su libertad sin que el rey lo supiese y no podía prohibirlo. El *Justicia de Aragón*, armado de las leyes, autoridad y afición del pueblo, era una barrera entre el despotismo y demasías de los reyes y la licencia popular. Pruth dice que la Constitución política aragonesa fue la única que puede compararse con las Constituciones modernas en la Edad media. Los Fueros que aseguraban las libertades individuales y comunales eran tantos que se cuenta de un rey de España en ciertas Cortes que, como a cuanto pretendía siempre le saliesen con un Fuero en contra, al cabo de rato rogó se cerrase un ventanal frontero, por donde le daba un golpe de viento, añadiendo socarronamente: «Si no hay Fuero en contrario.»

30

La ciudad de Caspe hízose célebre por el *Compromiso de Caspe*, página gloriosa y muy expresiva de la política aragonesa, que debieran leer y releer los políticos modernos para establecer la verdadera *Sociedad de las Naciones* y el desarme de los pueblos y evitar la barbarie de guerras y luchas, como la de 1914 a 1918. Habiendo muerto sin sucesión Carlos II de España, Europa entera se ensangrentó con la *guerra de Sucesión*, por si había de reinar el Delfín Felipe o Don Carlos de Austria. ¡Cuan de otra manera se procedió en Caspe el año 1410!

Muere sin sucesión el rey de Aragón D. Martín el Humano. Seis nietos de reyes presentan sus derechos al trono: los condes de Urgel, de Luna y de Prades, los duques de Gandía y de Calabria y el Infante de Castilla D. Femando el de Antequera. Como suele suceder, los diputados de las Cortes convocadas no acaban de avenirse y la guerra civil amaga por momentos. En trance tan apurado determinan aragoneses, catalanes y valencianos elegir un jurado de nueve compromisarios que en Caspe nombren rey, comprometiéndose todos a aceptarle como tal. Nombran por mayoría de votos al Infante D. Fernando y todo queda allanado. Compromisario por Valencia fue San Vicente Ferrer.

«En ninguna parte —dice el conde Du Hamel— se han conducido comicios o asambleas nacionales con más calma y gravedad, jamás un gobierno representativo recibió aplicación más real y más equitativa. Todos los intereses fueron consultados: tanto las provincias como las diferentes clases que componían el reino de Aragón tuvieron órganos de sus respectivas opiniones, así los principados de Aragón, Valencia y Cataluña concurrieron por terceras partes al nombramiento de los nueve grandes electores de la dignidad real, los cuales fueron escogidos entre el clero, la nobleza y el tercer estado, tres de cada clase. Asentó la comisión en Caspe, frontera de los tres Estados, y durante dos meses estuvo examinando cuantas representaciones le eran dirigidas de todas partes.»

Así se saben gobernar los pueblos libres e independientes como Aragón. Los reyes absolutos de la Casa de Austria no supieron apreciar lo que esto valía, y trayendo otra política extraña, la de la Europa feudal y la imperialista de Roma, hundieron a España. Vedla manejada esa nueva política por Felipe II.

31

Tuvo Cortes Felipe II a los aragoneses en Monzón el año 1563. Once años habían pasado sin tenerlas, a pesar de haberles jurado el rey que las tendría cada tres años. Pero hubo de jurarlo con el secreto pensamiento de «cortarles las uñas y no pocos privilegios, que los tornan tan bravos y casi libres». Con estas palabras se lo contó el obispo de Limoges a Catalina de Médicis, reina de Francia, en carta de 25 de marzo de 1562. El mismo rey, según carta de Saint-Sulpice a la misma Catalina, explicó al embajador de Francia las leyes y costumbres demasiado latas para la libertad y privilegios de los súbditos y demasiado estrictas y limitadas para el poder real. Las Cortes pidieron se limitase el Santo Oficio de la Inquisición a los casos de herejía, sin permitirle intervenir en los demás asuntos, porque los españoles querían la Inquisición: pero sólo para las cosas religiosas. La petición se hizo con tal entereza, que en otra carta de Saint-Sulpice a Catalina, le dice: «Hace tres días hubo de haber alguna revuelta en Monzón por haberse pedido por los procuradores de las ciudades que el rey fuese servido de no permitir la excesiva autoridad de conocer, como ahora conoce, en todas las causas.» Ahora bien, según otra carta, el rey había declarado poco tiempo antes que quería, no sólo confirmar la autoridad de la Inquisición, sino ensancharla más, y como «el dicho rey entiende principalmente establecer su obediencia por la autoridad de la dicha Inquisición», los procuradores no obtuvieron más que una contestación desdeñosa.

«Os ruego, dijo el rey, que despachéis los demás negocios y que dejéis éste para cuando yo esté en Castilla, donde resolveré lo que entendiere ser necesario para el bien del público.» «No queremos dejarlo para Castilla, replicaron los procuradores con entereza, y no pasaremos adelante sin que se haya proveído sobre esto.»

Semejante audacia y la necesidad de disimular su indignación y el temor de tener que hacer concesiones para alcanzar de las Cortes el millón y 200.000 ducados que deseaba, menoscabaron la salud del rey Felipe II, el cual sufrió allí el primer ataque de gota.

Os he contado esto para que veáis la entereza de los aragoneses y la libertad con que se procedía en las antiguas Cortes, hasta en tiempos en que los reyes se mostraban más absolutos, y para que distingáis de este proceder, castizo y tradicional de la política aragonesa, y lo mismo era la castellana, el proceder de los reyes como Felipe II, que trajeron a España el absolutismo y el despotismo, pues, como habéis visto, su intento era «cortarles las uñas y no pocos privilegios, que los tornan tan bravos y casi libres» a los aragoneses, y su política era valerse de la Inquisición, tan acatada por los españoles en materia religiosa, para «establecer su obediencia por la autoridad de la dicha Inquisición».

De la Inquisición se valió, efectivamente, en el asunto de Antonio Pérez. Escapóse a Aragón después de doce años de cárceles y procesos, y en Calatayud invocó el privilegio de *Manifestación*. Felipe II publicó contra él pena de muerte en la horca. El acusado presentó a los jueces de Aragón su *Memorial*, los cuales aconsejaron al rey que valía más echar tierra encima sobre este asunto, para no descubrir cosas en que el mismo rey se hallaba más comprometido que nadie. Echóse entonces por otro camino, el de la Inquisición, tomando pie de no sé qué palabras que se le habían escapado en el dolor y desesperación del tormento que le habían dado, teniéndolas por herejías, aunque después de fallecidos Antonio Pérez y el rey la misma Inquisición se retractó y dio por inocente al reo. Pero los inquisidores de Zaragoza eran castellanos y a la orden del rey, e hicieron cuanto éste quiso. Metiéronle en la prisión del Santo Oficio. Alborotóse Zaragoza apellidando contrafuero y libertad. Era el año 1591. Mandó el rey cortar la cabeza al Justicia D. Juan de Lanuza «por salir, como salió, dice Mariana, con gente contra el estandarte real» y contra el ejército que llevó a

Zaragoza Alonso de Vargas, entrando en Aragón a contrafuero y prendiéndole en nombre del Rey, cuando, según derecho, sólo podía hacerlo el rey juntamente con las Cortes del reino. Así acabaron después de siete siglos las libertades aragonesas y su independencia política, así acabó la política aragonesa, dechado de políticas en la Edad Media.

El paseo de la Independencia, con su iglesia de Santa Engracia y de los Innumerables Mártires y sus monumentos a Lanuza y a los héroes de la Independencia, encierra simbólicamente en corto espacio lo más entrañable del alma aragonesa. Esos tres acaecimientos memorables engrandecen a Aragón sobre todos los pueblos. Porque la mayor grandeza de los pueblos, como de los individuos, está en la independencia, que hace descollar su personalidad; en el más elevado y noble de los sentimientos humanos, el anhelo de ser señor de sí y de no sujetarse ni avasallarse a nadie.

32

Y tal es el natural indomable del aragonés, jamás servil, aunque pierda en sus intereses; amigo de la igualdad de todos en libertades y derechos, aunque respetando las diferencias sociales; franco y verídico, a pesar de los inconvenientes que acarrea el manifestar la verdad; independiente y digno sin rebajarse a nadie, hasta pasar por brusco y testarudo. Y estas elevadas prendas morales, que se cifran en la independencia y entereza, no se dan sin una elevada inteligencia, que prepondera a la imaginación en el aragonés.

Zaragoza y su provincia, de hecho, ha sido fecunda en grandes hombres y algunos de tan universal nombradía, que pueden contarse entre los más grandes del mundo. En la época romana son los primeros en la poesía Marco Valerio Marcial, el mejor poeta epigramático latino, y Aurelio Prudencio Clemente, el más celebrado de los poetas cristianos. En los siglos medios descuellan reyes como Alfonso I el Batallador . que conquistó Zaragoza de los moros; Jaime I el Conquistador, fuerte guerrero que sacó del yugo mahometano las Islas Baleares y Valencia; Pedro III el Grande, que conquistó Sicilia y fue amo del Mediterráneo; Alonso V el de Nápoles, que en Italia se rodeó de la más brillante corte de poetas y humanistas, siendo él mismo humanista y mecenas o favorecedor de los buenos ingenios; finalmente Femando el Católico, que, casado con D.ª Isabel de Castilla, levantó con ella a España a la cima de su poderío, merced a su habilísima política, su valor guerrero y sus excelsas dotes de gobierno.

En el arte de la pintura ha dado la provincia dos pintores de universal renombre: Francisco de Pradilla, muerto en 1921, y el hoy comúnmente juzgado como el primero de España y aun del mundo, Francisco de Goya y Lucientes, que vivió a fines del siglo XVIII y principios del XIX. Dechado de valor guerrero fue D. José de Palafox, defensor de Zaragoza y natural de esta ciudad.

Escritores zaragozanos son: Jerónimo Zurita, el más cumplido historiador nacido en España; Antonio Agustín, acaso el humanista más universal de nuestra patria y uno de los canonistas y tratadistas de Derecho romano más famosos de Europa. Por su entereza y su terquedad son hombres significativos, en el siglo XIV Pedro de Luna o Benedicto XIII, famosísimo antipapa; Antonio Pérez, desgraciado secretario de Felipe II en el XVI y consumado escritor político; Ramón Pignatelli. sobresaliente por su ciencia, beneficencia y tesón en hacer el Canal Imperial; Teodora Lamadrid, de las más renombradas actrices del siglo XIX.

El Jalón es el río principal después del Ebro. Sus pequeñas vegas así como las riberas del Ebro, crían las frutas más sabrosas. En él desemboca el río Piedra, que pasa por el Monasterio de Piedra, donde se derrumba en vistosas cascadas, sobre todo la llamada *Cola del Caballo*, en medio de un valle pintoresco, entre peñascos y tupida vegetación. Es de los parajes más hermosos de España. Cerca de la confluencia del Jiloca con el Jalón está Calatayud y a poco trecho las ruinas de Bílbilis, patria del poeta Marcial. Calatayud tiene preciosas iglesias mudéjares. En aldea cercana nació el padre Baltasar Gracián, jesuita, uno de los más hondos filósofos españoles, que en sus escritos propuso como dechado al héroe o varón esforzado, de entereza y magnanimidad, y como lo

pudo concebir un aragonés. Escribió sobre todo el *Criticón*, acaso la obra de más enjundia filosófica escrita en España.

De Sariñena fue Mosén Pedro Vallés, que publicó en el siglo XVI un libro de *Refranes*. En| Muniesa nació Miguel de Molinos, místico heterodoxo del siglo XVII, que metió mucho ruido fuera de España, propagando en Roma su doctrina del *Molinosismo*. De Daroca fue Pedro Sánchez Ciruelo, polígrafo del tiempo de los Reyes Católicos, que se distinguió por sus escritos contra la astrologia judiciaria, esto es, la superstición muy común en la Edad Media de que los astros influyen en el temperamento e inclinaciones de los hombres, de suerte que menoscaban la libertad del libre albedrío, que el que nació debajo del influjo de un sino o estrella es ladrón o cruel, etc.

33

Habéis de saber que los franceses nos han achacado tal superstición, como si la hubiéramos heredado de los árabes. Sin duda necesitaban cargar a otros con esa tontería para descargarse a sí. Los franceses eran tan supersticiosos, que hasta sus grandes reyes del siglo XVII creían en tales paparruchas muy seriamente. Pues bien, no sólo a nuestros reyes no les ocurrió jamás acudir a los estrelleros o astrólogos, sino que tal creencia nunca echó raíces en España, adonde vino de otras naciones. Nuestros escritores escribieron siempre contra ella y ninguno en su favor. Así Sánchez Ciruelo, Fernando Encinas, Juan de Salazar, Tomás Rocha. Martín del Rio, etc. En cambio, fuera de España se escribieron muchedumbre de libros considerándola como cosa verdadera y muy científica. De allí vinieron a nuestra patria los libritos que aun se venden entre el vulgo. Tuviéronse por sabios los que tales cosas trataban y escribían, fuera de España; aquí, por el contrario, las combatían nuestros escritores y tribunales.

El español, y más el aragonés, es realista y nada supersticioso: recibió la astrología de Oriente y la brujería de los pueblos del norte, sin que arraigaran más que entre vejezuelas y gente ruin en la época más decadente de la nación. En el resto de Europa estas cosas fueron y aun son cosa corriente; aquí siempre se creyó que

el mentir de las estrellas
es muy seguro mentir,
porque ninguno ha de ir
a preguntárselo a ellas.

Otro tanto se diga de las brujas y hechicerías, creencia de la raza germánica. Sólo en Tréveris fueron procesados en tres años 6.500 personas por hechicería y en Flandes el año 1459 fueron condenadas a muerte 800 y en Ginebra en tres meses 500. En tiempo de Francisco I había en Francia 100.000 brujos conocidos y el inquisidor general se lamentaba de que le faltaba tiempo para procesarlos y quemarlos. Un inquisidor de Lorena alardeaba de haber hecho morir a 900. Los médicos extranjeros creían en enfermedades infernales y escribían libros que tenían gran reputación y que jamás fueron imitados ni apreciados en España. Los mismos tribunales hacían entrar a las brujas en la sala del juicio con una venda en los ojos para que no les aojaran a los jueces y hubo de ellos que murieron de miedo antes de sentenciar a una bruja. Tales boberías ni se vieron jamás en España y, a pesar de lo delgado que hilaba la Inquisición, desde 1513 a 1819 sólo hubo en las Inquisiciones de Toledo 287 causas de hechicería, que casi no lo son, sino de embaucamiento y mentira y toda creencia supersticiosa, por el odio a los judíos y moriscos.

Sólo en la decadencia del siglo XVII se admitieron tales cosas, así como el poder del diablo en los actos humanos y los milagros frecuentes, cosas comunes fuera de España. Tampoco hay aquí la creencia en hadas, gnomos, sílfides y otros seres sobrenaturales propios de la raza germánica. Nuestras leyendas son, por el contrario, instructivas, satíricas, morales y profundas.

Jamás creyeron los españoles que la libertad del libre albedrío quedaba a merced de ningún espíritu o poder de ninguna especie. Así que nuestros libros, que combatían la magia, se leían fuera de España para fortalecer el alma y consolarse. Esta sana conciencia y el saber que el hombre es

enteramente libre en sus actos cría pechos esforzados, y el no creer en supersticiones impide el que el corazón ande lleno de zozobras y temores vanos que achican y envilecen el ánimo. No habéis de dar oídos a cuentos de cosas semejantes que meten el corazón en un puño: antes sabed que todos ellos son falsos y embusteros. Cuando os los quieran contar o leer, que son traducidos o imitados de otras naciones, decid que no queréis saber de tales paparruchas. Historias de Caperucitas Rojas, de Cenicientas, de Ogros, de Hadas y encantamientos de todas clases que hoy muchos literatos traen de Francia creyendo que son cosas españolas con increíble ignorancia, decidles que no las queréis. Y esos amuletos, trébol de cuatro hojas, mascotas y otros monigotes, que hasta en la gran guerra europea han pasado por cosa corriente, no pasan en España sino como engaña-bobos. Cada uno se fabrica su felicidad o desgracia con sus obras y nada más. No creáis en nada de eso. Allá los extranjeros con ellas: los españoles no queremos trampantojos. Leed las leyendas e historias españolas y las fábulas de animales, por ser instructivas.

34

El sentir del alma tiene su propia expresión en el canto, música y baile. Distínguese en estas cosas cada nación y aun dentro de España todos distinguís la muñeira gallega de las peteneras andaluzas. Y ¿quién de vosotros no ha oído cantar, tocar y bailar la jota? La jota es el canto, música y baile de Aragón y de las regiones sus vecinas, Navarra, Valencia. Habréis reparado que siempre que se toca, canta o baila en España, se acaba con la jota. Con su ritmo de salto, su ligereza briosa, su triscadora alegría, su frenesí volteador, es naturalmente el broche de oro que cierra el regocijado festejo, es el último lazo del trenzado en que se fueron engarzando las almas, el estallido final de la alegría que corrió como pólvora por el bullanguero corro. La jota encierra sus momentos de melancólico pesar, de tembladora esperanza, resonando mustia y cadenciosamente en tono menor; pero presto se yergue y da al tono mayor valeroso brinco, explayándose sonorosa y metálica como grito de triunfo.

Contrasta su temple, vigoroso y sano, con el cantar meloso y ensombrecido, endechadero, largo y tembloteador, de otras regiones españolas, acaso por lo mismo de tonalidades más variadamente matizadas, en las que se siente zozobrar el alma entre desdenes y esperanzas, peloteando cual flaca barquilla entre las olas de deshecha borrasca. La jota diríase el rasgarse de los negruzcos nubarrones y el brillar repentino del sol que los ahuyenta. El corazón, antes encapotado y marchito, como que se ensancha, se levanta sobre sí y triunfa de todos los estorbos.

Y es que la jota es la música en que estalla la alegría sana del vivir. Son sus músculos de bronce; su sangre, hirviente lava; su andar, brioso cual de gigante; su grito final, de victoria. Corta suele ser la alegría y corta es la jota, ceñidos los cuatro miembros de su bien copleada *canta*. Pujante la entrada, cual de brioso luchador que toma carrera; baja luego un tanto, cía un instante como para tomar aliento; toma a subir sobrepujando al primer arranque; déjase caer todavía más hondo por el plano inclinado, y al fin se remonta en grito estentóreo, deslizándose suavemente en la cadencia final. La jota, mejor que ninguna otra manifestación del alma aragonesa y del alma española, nos muestra el nervio de la raza, la reciura de sus sentimientos, la alteza de sus miras, la libertad de sus meneos, la bizarría de su estampa y la admirable fiereza de su corazón.

La copla aragonesa o *canta* es, como el aragonés, franca, briosa, elegante y bien redondeada, chistosa y alegre las más veces y algún tanto socarrona y humorística. Del modo de bailar la jota no hay que añadir nada, pues responde al aire musical y al estilo de las coplas. Sólo os he de advertir que también lo falsifican los bailadores, como falsifican los cantares que llaman baturros; pero ésa es la falsa jota de tablados y cafés, como los falsos cantares baturros son cantares de los libros, que nada tienen que ver con las coplas del pueblo. Nada de afeminada lascivia ni de descocada desvergüenza hay en la verdadera jota popular, honesta y gallarda, desenfadada y noble, todo sereno empuje, todo franca valentía. No hay en ella el lascivo y extranjero agarrao ni el descompuesto alzar de faldas ni movimientos de caderas; los pies y brazos son los que juegan en la jota.

La bizarría, honestidad y elegancia del baile de la jota los hallaréis en el traje aragonés, en la ancha faja, el calzón corto, ancho y abierto enseñando el blanco calzoncillo; la abierta alpargata, el ceñido chaleco y chaqueta al hombro, cuando no aprieta el frío, y el pintoresco zorongo de seda en la cabeza. Y es traje el más acomodado para las faenas. De Francia vino el pantalón, que envara el cuerpo feamente y es tan desacomodado para las faenas, que veréis por ahí a los trabajadores ceñirse a la rodilla una cinta para poder jugar las piernas. El calzón corto lo echan menos y lo suplen de esta manera tan risible, que resulta algo que ni es pantalón ni calzón; pero que quiere ser calzón, porque así lo requiere la necesidad, por más que la moda francesa vaya contra ella. Los soldados, jinetes y andarines vuelven a la polaina, que no es más que el calzón corto. Todo el que quiera andar mucho y fácilmente, subiendo y por terrenos quebrados, usa la abierta alpargata aragonesa, como nuestros soldados en campaña. Y adviértase que con variantes de forma este traje de Aragón es el de todas las regiones españolas.

Huesca y Teruel

35

Huesca es la Osca de los iberos, ciudad célebre en tiempo de los romanos, donde el caballero romano Sertorio quiso hacer la guerra a Roma y engrandeció la ciudad, escogió un Senado y abrió una famosa escuela. De aquí, según opinión, aunque otros dicen que de Valencia, fue el mártir San Lorenzo, que vivió en Roma, y habiéndole preguntado el Prefecto dónde estaban los tesoros cristianos, le llevó a los pobres diciéndole que aquellos eran, y que padeció uno de los más horrorosos martirios, siendo quemado vivo en unas parrillas. También fue español el gran papa San Dámaso, que compuso himnos a los mártires de Cristo.

En Huesca tiene la catedral un grandioso retablo de alabastro, hecho por Damián Forment. La Hoya de Huesca o parte llana está convertida en fertilísimo vergel, gracias a la magnifica obra de ingeniería del gran Pantano de la Peña, que riega 16.000 hectáreas, antes estériles. El Canal de Aragón y Cataluña alcanza a una zona regable de 105.000 hectáreas. El Pantano de Híjar llega a regar 3.620 hectáreas. Hasta 300.090 hectáreas se regarán con la obra gigantesca aun no acabada de los Riegos del Alto Aragón. Obras hidráulicas son estas que pueden servir de muestra de las que en España se podrían hacer, llevando el riego a tantos campos hoy secos y desnudos de vegetación. La región montañosa ofrece paisajes maravillosos, como los de los valles de Hecho, Ordesa y el Pueyo.

En Peralta de la Sal nació en 1556 aquel padre y maestro de niños, sabio y virtuoso sacerdote, que se llama San José de Calasanz, fundador de las Escuelas Pías y gloria de España. En Barbastro nacieron los dos hermanos Argensola, Lupercio Leonardo y Bartolomé, grandes poetas imitadores, los más felices, del poeta latino Horacio. También nació allí el poeta satírico y burlesco Jerónimo de Cáncer. Pero la representación más cumplida del alma aragonesa fue Joaquín Costa, nacido en Monzón en 1844 y fallecido en Graus en 1911. Zaragoza se honra con sus cenizas. Fue su pensamiento continuar la España histórica, podando las corruptelas y vicios de la moderna política, para que rebrotasen las raíces castizas y populares. Excelso pensador y orador elocuente, falleció solo y asqueado de la corrupción política que hoy domina.

Teruel encierra el nudo montañoso más importante de España en la Sierra de Albarracín y montes Universales, de donde arranca la cordillera Ibérica hacia el sur. Tiene gran porvenir en sus minas aun no beneficiadas. Son de ver en la capital las iglesias mudéjares de San Martín y del Salvador, y en Alcañiz el alcázar labrado por el rey Batallador, residencia del Gran Comendador de Calatrava. Son famosos por la constancia en sus amores, tan propia de aragoneses, los *Amantes de Teruel*. En Vallbona nació Francisco Piquer, fundador del Monte de Piedad de Madrid, y en Puebla de Híjar el guerrero de la Independencia Manuel Benedicto y Marín.

REINO DE GALICIA

36

Todos distinguís al punto a los gallegos por el tonillo y pronunciación, aun cuando hablen en castellano y, si vais a Galicia, lo primero que advertiréis es que usan un dialecto particular en que juegan mucho las vocales *i*, *u* y la *ñ*. Tiene el idioma gallego algo de misterioso y oscuro y mucho de aniñado. Es habla como de niñas por lo blanda, delicada y dulce. Los sonidos diminutivos *ñ* e *i* y la misteriosa *u* le dan tinte particular femenino. Pero el habla es la más clara expresión del alma y así a poco que reparéis echaréis de ver que el alma gallega es verdaderamente como de niña tierna, de delicada doncella, extremadamente sensible. Veréis que en Galicia la mujer parece serlo todo. Trabaja en el campo como el hombre y lleva el peso de las faenas caseras. Es laboriosa, hacendosa y activa, madre fecunda, hembra de valor y arrestos en toda empresa. La historia y la literatura de Galicia están llenas de ilustres nombres de mujeres.

Habéis oído el aire de alborada y el de la muñeira gallega. Son tonadas de sentimientos tiernos como de enamorada doncella. Nada más tierno y sensible que la gaita gallega, sus modulaciones y caídas, que rezuman como una humedad de melancolía infinita. Algo de infinito y aéreo por lo misterioso hay siempre en los cuentos y leyendas gallegas y en la muchedumbre de viejas supersticiones, en las que toman parte hadas y seres invisibles desconocidos, mucha milagrería y fantasía nebulosa y hasta embrujamiento lóbrego y tristón. No poco habrá contribuido a formar esta alma gallega el clima y tierra de Galicia: aquel continuado y suave llover, como lágrimas en que se deshacen las perpetuas nubes, y neblinas que entoldan comúnmente el cielo: aquel perenne verdor de montes y valles, el altibajo misterioso de encumbrados riscos y hondonadas húmedas, el bravo mar que bate las costas y las recorta en ensenadas y rías y que espumajea blanqueando los acantilados. Porque Galicia es tierra muy parecida a Suiza, cuanto a montañas y valles, con la añadidura del mar más valiente que se conoce. Es tierra la más vistosa y pintoresca de España; pero con la tonalidad gris de la neblina arriba y la verdura abajo. Sus muchas y anchas rías ofrecen paisajes soñadores, preñados de bellezas.

El clima, el cielo, la tierra y el mar están allí chorreando melancolía y tristura, que se retratan en el alma gallega, misteriosa y sensible como de hembra.

37

En la galería de personajes eminentes gallegos sobresalen las mujeres, conforme a lo que acabamos de ver del alma gallega. En la Coruña tienen estatua dos mujeres: María Pita, heroína del siglo XVI en el cerco que el inglés Drake puso a la ciudad; Felipe II la nombró alférez y Felipe III perpetuó esta gracia en su familia; y la condesa D.ª Emilia Pardo Bazán, sensible novelista de fines del siglo XIX. Más famosa es en el mundo por sus arrestos varoniles y hermoso corazón la ferrolana Concepción Arenal, dechado de mujeres españolas, que vivió en el mismo siglo consagrada a aliviar las penas de los desgraciados presidiarios y a escribir sobre ello magistrales obras. ¡Qué no hará la mujer española cuando tenga los mismos derechos que el hombre! El Ferrol es ciudad fundada en el siglo XVIII y el primer puerto militar de España, en espaciosa ría.

De Santiago fue Rosalía de Castro, expresión del alma exquisitamente gallega y dechado de amor patrio en sus incomparables poesías. En cuatro versos nos pintó su tierra de Galicia:

Mimosa, soave,
sentida, queixosa;
encanta si ríe,
conmove si chora.

De los varones ilustres recordemos al benedictino fray Jerónimo Feijóo, que en el siglo XVIII deshizo valientemente errores y supersticiones con crítica muy moderna. El más nombrado de los poetas que han poetizado en gallego es Manuel Curros Enríquez. Casto Méndez Núñez, nacido en Vigo, que es la mejor bahía de Europa, se coronó de gloria en el bombardeo del Callao en el Perú, en el siglo XIX. Él fue quien dijo arrogantemente al gobierno chileno: «España quiere más tener honra sin barcos, que barcos sin honra.»

38

Alfonso I el Católico reconquistó de los moros la tierra de Galicia, incorporándola al reino de Asturias, y siempre fue leal región y muy española. El reino de Galicia, así llamado por haberlo dado aparte algunos reyes a sus hijos, se divide en cuatro provincias muy semejantes en todo: La Coruña, Lugo, Orense y Pontevedra. En las cuatro se dan los mismos productos principales: carnes y en las costas pescados. Vacas, puercos y pescado es lo que sale de Galicia y lo que viene sobre todo a Madrid. Las verdes praderías y el fecundo mar son las fuentes de su riqueza. Hay muchas fábricas de salazón y conserva de carnes y pescados. Viveros de las más regaladas especies de pescados son las costas todas de España, por las corrientes marinas que llegan del norte y del ecuador, dando además una temperatura a las aguas que desarrollan la más rica y variada vegetación submarina. Dos grandes fuentes de riqueza son para España las sales y abonos que de las algas se pueden sacar y la pesca y su conserva mediante la industria. Nuestra nación es en esto privilegiada.

Los gallegos son frugales y ahorradores y el olor de los cuartiños los saca de su tierra; aunque son tan apegados a ella que, si pueden, es para volver con los ahorros allegados. Bandadas de ellos se derraman por Castilla como segadores en el verano. Amas de cría, lacayos y criados de Galicia llenan la corte. Las colonias gallegas son tantas en América, que en muchas partes llaman gallegos a los españoles. Los que hacen dinero vuelven a la tierra como indianos o se afincan en América, enviando remesas de ahorros a sus familias y ayudan a España con sus caudales y empresas de toda clase. ¡Cuánto no debe la patria a las colonias españolas, sobre todo a las gallegas! Ellos mantienen en América la gloria de España y son los que más hacen por borrar los odios y malquerencias que allí quedaron como efecto de las guerras y apartamiento de la patria común española.

39

Los gallegos se enorgullecen con el apóstol Santiago y su basílica. Reinando en Asturias Alfonso II el Casto y siendo Teodomiro obispo de Iria Flavia o ciudad de Flavio, dicen que el ermitaño Pelayo vio ciertos resplandores en el bosque cercano de donde ahora está la basílica de Santiago. Viene al bosque el obispo, manda cavar y queda descubierto el cuerpo del santo apóstol y cerca los de sus dos discípulos. Enterado del obispo, viene luego el rey y manda levantar una iglesia de tapiería. El año 896 se reedificó la iglesia. En el siglo XI toma fama la ciudad de Compostela o campo de la estrella y en 1080 se comenzó esta hermosa basílica, consagrándola en 1105 el obispo D. Diego Gelmírez, famoso por lo que hizo en pro de la ciudad y de las romerías a Santiago, ayudado de los monjes cluniacenses.

¿Veis esta gran plaza? Millares y millares de hombres y mujeres la llenaban noche y día en otros mejores tiempos. Los trajes más peregrinos, de todos colores y formas, lucían aquí. Gentes de todas naciones acudían a Santiago. *Camino francés* llamaban al que hasta aquí les traía de Francia por los puertos de Roncesvalles, *Camino de Santiago* decían a la vía láctea en toda Europa por servirles de guía y enderezarles hacia esta plaza. Llenos estaban esos caminos de peregrinos y romeros de Santiago, unos que venían, otros que volvían. Tres eran los lugares sagrados famosos del mundo cristiano adonde acudían los romeros: Jerusalén, Roma y Santiago; pero a Santiago es adonde más gentes acudían. Todavía hay aquí confesores en varios idiomas de Europa, institución hoy baldía; pero que en aquellos tiempos venía muy a cuento. Los monasterios y templos franceses más celebrados deben su fama a los peregrinos que venían a Santiago y que a ellos los atraían de

camino los monjes estableciendo romerías, y los seglares fantaseando Canciones de gesta, con que excitaban la devoción de los fieles. La leyenda francesa supone que Carlo Magno tuvo parte en la fundación de la basílica de Santiago. Toda la cristiandad tenía puestos los ojos en Santiago de Galicia.

Era tanta la muchedumbre de romeros que se apiñaban debajo de las bóvedas de la basílica, que para contrarrestar el hedor de tantos cuerpos se colgó ese descompasado incensario o *botafumeiro* en lo alto de esa bóveda, que derramase aromas por toda ella. Acabóse la catedral a comienzos del siglo XIII, aunque por de fuera tiene bastantes cosas de edificación posterior. No hay en España ejemplar de estilo románico más grandioso. Su largura, de 93 metros; su anchura, de 18; su altura, de unos 24. La joya artística de la catedral es el *Pórtico de la Gloria*, acabado en 1188. Debajo de la capilla mayor está el sepulcro de Santiago.

La plaza es la más hermosa de España: de un lado la fachada de la basílica, de otro el Ayuntamiento, por el norte el Hospital, por el sur el Colegio de San Jerónimo, todos edificios monumentales de granito. Pero esto ya no es plaza; fue. No se ve en ella un alma: se oye aquí hasta el silencio. Su misma grandeza la hace más triste, pues le da un aspecto abrumador de lugar hueco de donde se fue la vida para nunca más volver. Y es cosa de preguntarse si se ha perdido entre españoles aquella fe en el santo apóstol, con la cual se esforzaban, cuando embestían en la morisma, al grito de *¡Santiago y cierra, España!* Las muchedumbres, que de todo el mundo venían y llenaban esta plaza, se alejaron para siempre. No queda ya un alma.

Digo, sí. Mirad al centro de la plaza. ¿Veis esa estatua? ¿De quién es?, me preguntáis. De un político del siglo XIX, llamado Montero Ríos. Ese hombre de piedra ha sustituido a las muchedumbres antiguas. La antigua gloria y fama de Santiago de Compostela se fue; en su lugar vino ese hombre. Bien veis las diferencias que acarrean los tiempos, lo que somos y lo que fuimos los españoles. Y es que hoy ya hemos perdido la fe en Santiago: y la fe en algo fue siempre madre de las grandes empresas.'

Los historiadores del siglo XIX han desechado la batalla de Clavijo, antes creída por todos. Decíase que Abderramán, califa de Córdoba, envió sus embajadores al rey Don Ramiro de León, exigiéndole cierto tributo odioso y aun dicen que consistía en que le diese cien doncellas cristianas. Negóse a ello el rey y levantó un ejército, el cual vino a las manos con el del califa en Clavijo, cerca de Logroño. Desalentado estaba el rey viendo que los enemigos eran más aguerridos y numerosos, cuando le pareció ver en sueños durante la noche antes de la batalla a un adalid esforzado que le aseguraba la victoria. Efectivamente, moros y cristianos le vieron durante la pelea montado sobre brioso corcel blanco como la nieve, y que empuñando con la derecha la espada y con la izquierda un pendón blanco en que estaba pintada una cruz roja, arremetía contra los moros defendiendo y esforzando a los españoles. La victoria declaróse francamente por los nuestros. Añaden muchos que de aquí salió la cofradía del *Espada* y después la Orden de Caballería de *Santiago* y que el rey en llegando a poco a Calahorra mandó que el apóstol Santiago, que todos creyeron fue el adalid que les dio el triunfo, tuviese de allí adelante parte en el botín de los combates como los demás caballeros y que todos los años llevasen los españoles a la iglesia de Santiago de Galicia un señalado tributo. Tal fue el *Voto de Santiago* que, de hecho, se pagó durante varios siglos.

En la basílica compostelana, según López Ferreiro, se ven relieves en una puerta representando las cien doncellas y la batalla. También se hallan en la puerta de la iglesia de Santa María de las Victorias, de Carrión de los Condes. La iglesia de España reza con rito doble de la Aparición de Santiago y de todo esto trata la *Historia Compostelana*. Los historiadores modernos han desechado toda esta tradición, teniéndola por pura creación de la fantasía popular. Y así es que, si no fue cierto el hecho histórico y real, es creación muy real del alma española, trasmitida de unos en otros y por todos los españoles admitida hasta el siglo XIX. El pueblo español creía firmemente que la providencia, o sea un poder sobrenatural, le ayudaba en la reconquista de la patria y ese apoyo lo encamaba en Santiago, al cual invocaban nuestros guerreros al cerrar con los moros

apellidando *¡Santiago y cierra, España!* El color rojo de la cruz y el blanco del fondo fueron los colores nacionales hasta que Carlos III trajo para bandera de la patria la aragonesa llevada al reino de Nápoles. Hay una *Orden de caballería de Santiago de la Espada* y el apóstol Santiago fue y sigue siendo patrón de España. Estos hechos prueban que el alma española tenía fe en Santiago y que la religión y la patria estaban estrechamente unidas, eran una sola cosa para los españoles.

Cuentan que se le presentaron ciertos mercaderes a un rey, ofreciéndose a tejerle una pieza de seda y oro de tal virtud que sólo podrían verla los que tuvieron padres que no hubieran sido ladrones. Señalóles el rey casa a propósito donde ellos aparejaron sus telares y maquinaria y les dio la seda y oro que para ello le pidieron. Pasado algún tiempo, tomaron a pedirle más oro y seda y envióles el rey persona que se enterase de cómo iba la obra y les llevase lo que pedían. Enseñáronle ellos el telar y, aunque no había tela alguna, hacían como que la desenvolvían y se la mostraban, ponderando las ricas labores de ella. El enviado, por miedo de que no le tuvieran por hijo de padres ladrones, dio a entender que se maravillaba de la labor de la tela y de la misma manera se la ponderó luego al rey. El cual otro día quiso ir a verla de por sí y le acaeció otro tanto, que temiendo pasar por hijo de padres ladrones y que le echasen por ello del trono, hizo como que veía y admiraba el precioso tejido. Pidiéronle más oro y seda, que les envió al punto. De parte del rey fueron a verlo los principales cortesanos y no hubo tino que no mostrara su admiración por tan exquisita labor. Nadie veía tal pieza de tela; pero nadie quería pasar por hijo de padres ladrones. Trajeron al cabo la pieza y la mostraron delante de la Corte. El rey dijo que le hiciesen de ella un traje y los mismos mercaderes hicieron como que se lo cortaban y cosían. Llegado el día del patrón del reino, hicieron como que le vestían el traje y el rey, en camisa y en pantorras, se presentó tan orondo y serio ante la Corte, fingiendo ir muy contento con su vestido de seda y oro. Montó así a caballo, fue a la catedral rodeado de sus cortesanos y el obispo le recibió admirando el peregrino traje que, como todos, decía ver, aunque tampoco lo veía. En esto asoma un monacillo la cabeza entre los cortesanos y con increíble desparpajo dice: «Yo, que no tengo nada que perder ni me importa que fueran o no ladrones mis padres, digo y repito que el rey ha venido a la catedral en camisa» y dio una gran carcajada. No faltaron otros golfillos que se atrevieron entonces a decir que así era la verdad. Poco a poco fueron todos confirmándolo y el rey, abochornado y vuelto a toda prisa a su palacio, mandó prender a los mercaderes; pero ¿pies, para qué os quiero?: ya ellos con la seda y oro se habían escapado a uña de caballo.

El cuento será cuento y no realidad sucedida; pero una cosa se saca de él de todo punto verdadera, y es que nadie quería pasar por hijo de padres ladrones, porque todos tenían por cosa fea el robo. La batalla de Clavijo acaso sea cuento y no realidad, pues así lo aseguran los historiadores de hoy; empero hay una cosa verdadera en el relato que nos hace muy al caso y es que todos los españoles tuvieron gran fe en la religión y en Santiago, y que esa gran fe les llevó a la victoria hasta echar a los moros de España. Y la reconquista lograda con esa fe es una realidad mucho mayor que la de una sola batalla como la de Clavijo. Esa fe creó las Órdenes militares de Santiago, Alcántara, Calatrava y Montesa, cuyo intento, como dice la regla de la primera de ellas, es «para defensión de los cristianos y pelear contra los moros». Hay cosas que se hacen con las manos; pero hay cosas que se hacen con el corazón y con el alma. La batalla de Clavijo y la intervención de Santiago es una de ellas: es obra del alma española, de tanta o mayor realidad como la cosa más real del mundo hecha con las manos y de muchísima mayor trascendencia, puesto que esa obra del alma española, de la fe española, levantó esas gloriosas Órdenes de Caballería, creó esforzados pechos en España, echó de España a los moros e hizo que los españoles venciesen después mil veces en España y América. Lo que importa conocer es el alma española. No necesitamos para ello que se diese la batalla de Clavijo. Mejor que no se diese: el alma española, que la inventó, sacó, pues, de su propio fondo toda la fe en lo sobrenatural, tan recia que fantaseó la tal batalla. Y esa fe, no la batalla, es loque nos manifiesta el fondo del alma española, que es lo que buscamos.

Es muy de notar además que Santiago, patrón de España, cifra en su temperamento belicoso y en el calificativo que lleva en el Evangelio de Hijo del trueno la cualidad que distingue a los santos

españoles y aun a todos nuestros grandes hombres. Nuestros santos fueron hombres de acción: San Femando, San Ignacio, San Javier, Santa Teresa, San Vicente I'errer, Santo Domingo de Guzmán, son contemplativos, pero mucho más son incansables guerreros en las lides del Señor, varones de hazañas en pro de la Fe, que corren el mundo llevándola a todas partes, batallando contra los enemigos de Cristo con todo el ardor de la raza española.

REINO DE LEÓN

León

40

El escudo de España lleva un león por la ciudad de León, un castillo por Castilla, las barras de Aragón, las cadenas de Navarra y la granada por la ciudad últimamente reconquistada a los moros. León fue fundada por la legión VII romana, que dio nombre a la ciudad: sino que la voz latina *legión* sonó en castellano *león*, confundiéndose así con el nombre del rey de los animales. El león del escudo era rojo en campo de plata, de suerte que los colores nacionales fueron siempre el rojo y el blanco, hasta que en 1785 Carlos III escogió para bandera española la que Alfonso V de Aragón llevó a Nápoles. La bandera española está formada de las barras rojas en fondo amarillo de la bandera antigua aragonesa.

Ordoño II, rey de Asturias, llevó a León la capital del reino a principios del siglo X, tomando desde entonces nombre de Reino de León, el cual fue ensanchándose hasta abarcar las provincias de León, Zamora, Palencia, Valladolid y Salamanca, y lo incorporó a Castilla Femando I el Grande.

Hay que visitar en León tres joyas artísticas: San Isidoro, San Marcos y la catedral. La Colegiata de San Isidoro, fundada en 1005 por Fernando I y consagrada en 1149, es de hermoso estilo románico. En ella se conserva el cuerpo de San Isidoro, arzobispo de Sevilla, y los de los reyes leoneses, cuyos sepulcros, como todo el edificio y librería, destruyeron los franceses en la guerra de la Independencia. El convento plateresco de San Marcos es la obra maestra de Juan de Badajoz, del tiempo de Carlos V. La catedral, fundada a fines del siglo XIII por Doña Berenguela. restaurada en 1856 por Demetrio de los Ríos, es gótica. Como fallaban los fundamentos, hubo que desmontarla piedra a piedra y volver a colocarlas todas como habían estado; restauración admirable.

Entráis por la puerta principal y os cautiva la elegancia de la bóveda, de los inmensos ventanales, de las esbeltas columnas y de la variedad de colores de las vidrieras. Es todo luz. Diríanse transparentes los muros, por ser casi todo vidrieras maravillosas, encuadradas en los hastiales. Tres grandes rosetones, 123 ventanas, 737 vidrieras: total, 1.800 metros cuadrados de vidriería de todos colores y dibujos. Parece increíble pueda mantenerse como en el aire, allá arriba, la mole de la bóveda cargando, al parecer, sobre vidriería. Parece cosa de milagro. Y es que en las construcciones góticas toda la fábrica carga sobre las columnas, quedando los muros como tabiques, que en la de León se sustituyen por inmensos ventanales. Para amenguar los empujes laterales de arcos y bóvedas se apuntaron los arcos, que es lo que llaman ojiva, y para contrarrestar esos empujes se inventaron los arbotantes que rodean la catedral por de fuera y se aumentó el peso y estabilidad de las columnas, agujas y pináculos.

En León nació Juan de Arfe, el más famoso maestro de orfebrería española, que labró las custodias de Ávila, Sevilla y Valladolid. De la aldea de Vidanes fue el jesuita padre José Francisco de Isla, que tan donosamente se burló de los predicadores estrafalarios en su libro *Fray Gerundio de Campazas*.

41

Hay a la entrada de León una estatua de *Guzmán el Bueno*, de quien os hablaré en otra ocasión. Fue de los Guzmanes, oriundos de León, una de las casas más nobles españolas. Para que conozcáis los levantados sentimientos de nuestra antigua nobleza voy a contaros una leyenda. Vivía en una alquería cerca de Toledo don Juan de Zamora, noble mancebo, adinerado y gallardo, con su

señora madre, la virtuosa doña Inés de Zamora, viuda a la sazón y que idolatraba en su hijo. Había éste seguido la causa de Carlos V; pero los comuneros, que todavía se resistían en Toledo al mando de la briosa doña María de Padilla, viuda del héroe de Villalar, deseaban atraérselo a su partido, como lo consiguió la gloriosa heroína doña Elvira de Montadas, de quien estaba enamorado y de quien logró por ello promesas de casamiento. Doña Elvira tenía, sin embargo, empeñada su palabra de mucho antes a don Pedro de Guzmán, caballero de fuerte brazo y de linajudo tronco, que combatía por entonces en Alemania al lado del emperador.

Salía don Juan una noche por un postigo excusado de la casa de doña Elvira, cuando fue acometido de un embozado, que rondaba la casa de la dama. Sacó la espada, embrazó la rodela y chispearon largo rato los aceros; pero al cabo cayó rodando atravesado por el del embozo, el cual era no menos que el Guzmán, recién vuelto de Alemania y que al acercarse la Justicia echó a correr, salió de la ciudad y no paró en la oscuridad de la noche hasta verse atajado por la corriente del Tajo y la ronda a las espaldas que le perseguía. Echóse al agua y, viendo que le aguardaba otro grupo de corchetes, trepó por las peñas y dio en la alquería de doña Inés de Zamora.

Enterada la señora de lo ocurrido, ignorando que fuese su hijo el muerto, ocultó al que le había matado. Llega la ronda, hubo de franquearse la entrada al alcalde en nombre del rey y, mientras andaban registrando la casa, vase la señora a su retirada habitación donde aguardaba Guzmán y le dice:

—Decidme, caballero, ¿heristeis a vuestro adversario en noble lid?

—Pedro de Guzmán, señora, me llamo —respondió— y nunca en lid alevosa tuvieron parte los Guzmanes.

—Con vuestro apellido me sobra. Tomad este bolsillo de oro, abajo tenéis aparejado un caballo, poneos en cobro.

Disponíase a salir, cuando llegó el ruido que la gente movía en el patio. Asomóse la dama a una galería y lanza un grito que a Guzmán le heló la sangre en las venas.

—¡Es mi hijo! ¡Hijo mío! —exclamó la dama.

Y corriendo el caballero, también quedó espantado al ver que el muerto que en brazos traían era don Juan de Zamora. Por las ropas había conocido ser el mismo a quien acababa de matar. Cayó en un sillón doña Inés y de rodillas a sus pies el caballero.

—¿Qué hacéis? —preguntóle admirada la dama.

—Matadme, señora —respondió Guzmán—, o entregadme a la Justicia, en cuyas manos con razón me entrega la divina providencia.

—Sí, sí, es justo, muy justo.

Iba ya a la galería para avisar a los corchetes: pero a la vista de un crucifijo, que en la pared colgaba, paróse un momento y volviéndose al caballero:

—Jamás un noble hace traición al perdón concedido. Levantaos: pues os amparé no sabiendo vuestra culpa y mi daño, no es razón que conociéndolo ahora me vuelva atrás. En nombre de nuestro Señor, que dio su vida por salvar a sus enemigos que se la quitaban y por salvarnos a nosotros dos, id libre, Guzmán.

Y sin dejarle responder le abrió una puerta y, volviendo al crucifijo, le dijo postrada:

—Señor, si ese hombre lo olvida, tenédmelo vos en cuenta.

Pasaron años, doña Inés había fallecido de dolor, Guzmán vivía triunfando y envidiado de todos en la corte por sus caudales y bizarrías, con Félix, su hermano, que en todo le seguía muy de cerca. Pero un día le trajeron muerto a este su hermano: en una encrucijada, a boca de noche, yendo con un amigo, hubo de combatirse, por amores de una dama, con un rico genovés y, envuelto de repente por gran tropel del bando de su adversario, le habían atravesado de una estocada. Furioso don Pedro de Guzmán, juró vengarse del genovés.

Pocos días después, paseándose don Pedro por el Prado, seguido de un escudero, vio venir desbocados los caballos que arrastraban elegante carroza, y lanzándose con su escudero, sin pensar en el riesgo a que se ponía, logró coger las riendas y parar los enfurecidos brutos. Saltó entonces a tierra de la carroza un caballero apuestamente vestido y quiso dar las gracias a Guzmán por haberle salvado la vida; mas viose de repente aferrado por la gola y oyó que su propio salvador le decía, echando viva cólera por los ojos:

—¡Asesino!, caiga sobre ti su sangre.

Diose por muerto el genovés, que no era otro el caballero de la carroza; pero Guzmán se refrenó y le dijo:

—Vamos ahí fuera: veremos si vuestra espada sabe hacer por delante conmigo lo que por detrás supo hacer con mi hermano.

Echaron a andar hacia el Retiro, donde al amparo de una tapia desnudaron los aceros. No duró mucho la contienda: desarmado el genovés, echó a correr, seguido de don Pedro, y acogióse a la iglesia de los Jerónimos y se asió a los pies de un crucifijo temblando y encomendándose a Dios. Entró tras él Guzmán con ánimo feroz; mas viéndole abrazado a la sagrada imagen y acordándose de doña Inés de Zamora, soltó la espada y le dijo:

—Id libre, caballero: válgaos el recuerdo de una santa y generosa hembra, que me enseñó lo que deben hacer los nobles de España.

Y saludando reverente al santo Cristo, salió del templo.

42.

Otro caso corre entre el pueblo, y es que, habiendo mandado Carlos V en Toledo a un noble, que algunos dicen fue el conde de Benavente, que alojase en su palacio al condestable de Borbón, noble francés al servicio de España, que había peleado en Pavía contra Francia y contra su rey Francisco I, gozándose de verle caer en manos de españoles, el noble español le respondió: «No puedo, señor, negar a Borbón mi casa, puesto que vuestra Majestad me lo ordena; pero me iré a vivir a otra y en saliendo él, pegaré fuego a la casa.» Espantado quedó el emperador de ver tan acrisolada nobleza, estimando más la de España que la imperial corona que ceñía.

Oíd en cambio este otro sucedido. El caballero francés Bayardo, por su lealtad y honor llamado *el caballero sin tacha y sin miedo*, en un encuentro con los españoles, cayó del caballo en tierra mortalmente herido de un balazo. Cesan al punto de pelear españoles y franceses y todos acuden en tomo suyo. El marqués de Pescara, general de los españoles, toma al herido entre sus brazos con doloroso respeto. Abre los ojos Bayardo moribundo y dice: «Por mi rey y por mi patria muero contento, y muy ufano además de morir a manos de españoles, dechado de honra y valor, hijos de la más grande nación, a la cual tengo en grande estima.»

De esta manera noble y digna, niños españoles, se portan los caballeros hasta con quienes se están combatiendo. Así apreciaba Bayardo a los españoles y así apreciaban los españoles a sus enemigos, cuando eran tan caballeros como Bayardo.

43

Tan levantados sentimientos no eran sólo de los nobles de España, sino de todos los españoles. Les venía de abolengo y de muy atrás, del tiempo de la reconquista. Mientras fuera de España los bárbaros del norte habían desenvuelto el llamado feudalismo, por el cual los señores, déspotas y tiranos, tenían esclavizados a los demás, considerándolos como cosas, como parte de las tierras en que trabajaban y, llamándolos villanos, tenían sobre ellos, como si fueran de casta inferior, dominio de vida y muerte, en España los reyes, con la necesidad de poblar las tierras reconquistadas a los moros y defender las fronteras, libraron de la servidumbre antigua, del tiempo de los romanos y godos, a cuantos quisieron ir a poblar en ellas y diéronles tierras en propiedad a cambio de un

pequeño tributo o pecho. Llamáronse por ello *pecheros* o *solariegos* o *foreros*, por el solar y fueros o privilegios que les concedían. Podían disponer de sí y de las tierras, vendiéndolas y yéndose adonde quisiesen. Los señores del interior también fueron libertando a sus esclavos porque no se les fuesen de sus campos a poblar así libres las fronteras. De este modo desapareció la esclavitud y se formó un pueblo libre, como no lo hubo en el resto de Europa hasta muchos siglos después, y aun eso tras terribles luchas comunales y luchas de clases sociales.

Hubo además las *behetrías*, manera de vasallaje libremente aceptado por el tiempo que se quisiese, para tener amparo en algún señor, en tiempos tan azarosos, a cambio de algún pequeño censo en señal de reconocimiento. Había behetría de personas, de heredades y de villas. Se podía mudar de señor hastía siete veces al día.

Finalmente, en el siglo X nace la villa o concejo, pueblos conquistados por los reyes, libres de todo señor, a quienes el rey daba Fueros o privilegiadas leyes, con que ellos mismos se gobernasen. Se permitía venir a estos pueblos a quien quisiese y así nació la clase media, con que pudo desarrollarse la industria y el comercio. Tal es el admirable municipio español, donde los españoles se criaron con libertades y con pecho magnánimo, como hombres libres, mientras el feudalismo criaba gente servil y tímida de espíritu en otras partes fuera de España, Estos municipios enviaron más tarde sus procuradores a las Cortes, elegidos por todos los vecinos, exponían al rey sus necesidades y le concedían, si les parecía bien, los tributos que les pedía. Tal es la constitución política española, democrática, igualitaria y libre, sin par ni semejante en ninguna nación de Europa. Nació del alma española, independiente, amante de la igualdad y de la justicia. Y estos municipios llevaron los españoles al Nuevo Mundo. Así Cortés, fundada Veracruz, hizo se eligiese un concejo y en él depuso el cargo de capitán general. El concejo volvió a elegirle para este cargo.

44

Ved ahora el contraste. Había junto al río Cea, en la provincia de León, un monasterio dedicado a los Santos Facundo y Primitivo, que allí habían sido martirizados. Llamábase San Facund, de donde Sahagún. Alfonso VI, por consejo de la reina Constanza, que era francesa, trajo a Sahagún a los frailes franceses llamados Cluniacenses y nombró en 1080 por abad al francés don Bernardo, el cual alcanzó del rey Fueros para Sahagún; pero no como los que se daban a las nuevas poblaciones, de grandes libertades, sino al revés, en favor del monasterio y que aseguraban el poder absoluto del abad. En una palabra, quiso traer de Francia algo del feudalismo. Como para lo que en Francia se usaba era un vasallaje muy blando, vinieron a establecerse muchos franceses. Pero a poco comparando sus Fueros con los que gozaban las poblaciones españolas, lo que al principio les pareció libertad, luego vieron que era atadura y servidumbre. Comenzó una cadena de rebeliones contra el monasterio, que duró hasta Alfonso X y que fue lucha terrible y sangrienta, como quien dice, del municipio a la española contra el sistema feudal francés. Nunca se vio mejor la diferencia que separaba a los españoles de los franceses en punto a independencia individual y social, a democracia y libertades populares. Tragedias increíbles hubo allí hasta que Alfonso X los libertó de la feudal tiranía del abad del monasterio.

Este abad don Bernardo, con apoyo de la reina, que era francesa, llegó a ser arzobispo de Toledo, cuando fue conquistada en 1085. Logró además que se quitase el tradicional y venerable rito mozárabe de los españoles y se pusiese el de los Cluniacenses o rito francés, que se llamó romano por haberlo ellos introducido en Roma. El pueblo español con razón llevó muy a mal semejante mudanza y entonces nació el refrán *Allá van leyes do quieren reyes*. Llenó don Bernardo la iglesia toledana de canónigos franceses, traídos de Sahagún, y los hizo después obispos de las principales iglesias de España. Así se echaron sobre nuestra patria los Cluniacenses franceses como sobre país conquistado.

Había el rey dado palabra a los moros de Toledo de dejarles su mezquita mayor; pero un día, ausente el rey, se apoderaron de ella el arzobispo y la reina, con tan justa saña del soberano cuando

lo supo, que volvió corriendo «con postura en su corazón de poner fuego al electo don Bernardo e a la reina doña Constanza e quemarlos a ambos», como cuenta la Crónica: y es que los franceses no concebían que se guardase la palabra y sus derechos a los moros y judíos al igual que a los cristianos, y estaban hechos a mandar a su antojo en sus vasallos. Por aquí veréis la diferencia que había de la política española a la de los extranjeros: tan democrática la nuestra y tan justiciera. Así criaban los españoles elevados sentimientos.

45

La provincia de León queda dividida en dos partes por los Montes de León, que bajan de Norte a Sur desde los Montes de Asturias. La parte oriental pertenece a la cuenca del Duero, la occidental a la del Miño, y en ella están las tierras del Bierzo, rodeadas de empinadas sierras. Son dignas de visitarse Ponferrada, que tiene hermosa iglesia y castillo y Villafranca del Bierzo, con castillo, iglesias y conventos. Entre Ponferrada y León, algo más hacia el sur, cae la antigua Asturica Augusta, hoy Astorga, cercada de viejas murallas, con hermosa catedral gótica, seminario suntuoso y palacio episcopal moderno. Al sudoeste de Astorga hay un terreno pobrísimo con 36 pueblos: es la Maragatería. ¿Quién de vosotros no ha visto algún maragato? Visten traje particular, usan su particular dialecto y se cree vienen de ciertos moros que por allí se quedaron en tiempo de Alfonso I el Católico. Cristianos son; pero llevan vida particular, dados a la arriería y a otras ocupaciones comerciales por toda España.

La provincia de León, por su altura, es tierra fría, más acomodada para bosques y ganadería que para la agricultura. Pero los bosques fueron en gran parte talados y aquellas Montañas de León son de lo más pobre y miserable. ¿Ha podido salir de aquí algo bueno? Pues nada menos que la mayor riqueza que tuvo España durante muchos siglos.

Todos sabéis que la más preciada de las lanas es la merina. Estas sierras y puertos, hoy tan baldíos e inhabitables, criaron la raza de las ovejas merinas, casi casi desaparecidas ya de España y que por España regaladas a los extranjeros, se han multiplicado en varios países, sobre todo en Australia. Desde mayo hasta el verano pasan aquí los ganados trashumantes, que por el invierno vuelven a Extremadura. Pero no son más que restos raquíticos de las riquísimas cabañas de otros tiempos. Oíd lo que dice un autor de principios del siglo XVII: «Las Montañas de León, que llaman puertos, donde tienen sus agostaderos admirables los ganados merinos, que suben de Segovia y otras partes los veranos, donde aquellas yerbas frescas, aguas delgadas y aires puros refinan los vellones con desigual ventaja y nobleza incomparable a todas las lanas del mundo.» Desaparecieron bosques y herbajes y con ellos los ganados trashumantes. Así se perdió un tesoro inagotable que por muchos siglos como río de oro bajaba de estos montes y enriquecía a España. La mayor riqueza de España fue siempre la ganadería. En otro lugar veremos cómo se perdió, acarreando la ruina de la nación.

Otra de las fuentes naturales de la riqueza española fueron siempre sus minas. Las de la provincia de León están todavía sin tocar y son una gran esperanza para el día que las vías de comunicación aumenten por estos montes y los capitales españoles presten sus caudales y haya quien se lance a la empresa de beneficiarlas. Parece que toda esta tierra encierra ricos veneros. Por muchas partes asoma la hulla a flor de tierra y se señalan criaderos de hierro, cobre, zinc, manganeso y cobalto.

Palencia

46

Esta es la llamada Tierra de Campos, parte de los antiguos Campos Góticos. Secas y polvorientas llanuras, entre cosecha y cosecha, donde sólo se divisan, cuanto la vista alcanza, rastrojeras y arenales sombreados de pinos. Tales son las provincias de Palencia y Valladolid. En la primavera aquel mar sin riberas de tierras amarillas y rojizas de ocre se cubren de un tapiz ajedrezado, en donde los matizados colores alternan con el verde de las sementeras, que pujan lozanas y viciosas. Más tarde todo amarillea y el aire mece las espigas ondulando la superficie inmensa de aquel mar de oro. Cuadrillas de segadores gallegos bajan de las montañas, empuñan la hoz alineados en el tajo, cogen a manojos la crujiente mies, atan los manojos en gavillas, amontonan las gavillas en hacinas y morenas. Rechinan los carros por los caminos acarreándola a las eras. Desmenúzala el trillo entre chasquidos del látigo, que hace correr a las mulas en vertiginosas vueltas. Vuela al soplo del viento ablentada la parva por los bieldos. Aquí se amontona el grano, más allá la liviana paja y se ensila el tesoro castellano, rubio y bienoliente en oreadas paneras. Es el granero de Castilla, que doblaría y tresdoblaría la cosecha, si en vez de dejar holgar las tierras en barbecho un año entero, trabajasen todas sin cesar mediante un cultivo intenso con abonos minerales y químicos y con maquinaria moderna, que ya comienza a ensayarse. No haría falta traer trigo de fuera; Castilla daría para toda España.

Para facilitar el acarreo del grano Femando VI abrió el Canal de Castilla que ahora se está convirtiendo en canal de riego, del cual tiene mucha necesidad aquel terreno de secano. Es una de las buenas y provechosas obras que se han hecho en España. Tiene tres ramales: el del Norte, el de Campos y el del Sur. El primero toma sus aguas del Pisuerga en Alar del Rey, recorre 70 kilómetros y deja el sobrante al de Campos, que las toma del río Carrión y desemboca en el río Sequillo, junto a Medina de Rioseco, recorriendo 79 kilómetros. El tercero las toma del segundo y desemboca en el Pisuerga, junto a Valladolid, con 79 kilómetros de recorrido. ¡Cuántos canales de riego pudieron hacerse como éste!

En Palencia tuvo Alfonso VIII su corte y fundó en 1208 la primera Universidad que hubo en España. Es de ver la torre gótica y almenada de la iglesia de San Miguel con su hermoso ventanal. Pero sobre todo la catedral, no acabada por de fuera, pero de gran mérito por dentro, mayormente la cabecera, acabada en 1493; los dos cruceros en forma de cruz patriarcal; las dos puertas de los Reyes y de los Novios y el trascoro, mandado hacer por el obispo Fonseca, plateresco, con un cuadro flamenco del año 1505. Es muy grande, de tres naves, de 405 pies de largo, 160 de ancho y 100 de alto en la nave central. Preciosa es la custodia con firma de Juan de Benavente, en forma de carro triunfal, de oro, plata y pedrería, y artístico diseño. El Hospital de San Lázaro dicen que fue casa del Cid. A pocos pasos hay un convento de Clarisas, que nos recuerda la hermosa leyenda de Margarita la Tornera, contada por Zorrilla en elegantes versos y que os la diré yo brevemente en prosa.

47

Vivía frente al convento un mozo galanteador y pendenciero, admirado de damas cuanto temido de galanes y hasta de alguaciles y corchetes, a quienes daba harta tarea con sus travesuras y marañas. Llamábase don Juan de Alarcón. Su padre, don Gil, no podía hacer carrera con él. Un día entró el mozo a oír misa en la iglesia del convento de las Claras y recostado en la verja del coro bajo, distraído con sus fantasías, siguió de pies sin arrodillarse aún al tiempo de alzar, con escándalo de los circunstantes. Sintió entonces que a sus espaldas le dijo una limpia y argentina vocecita: «De rodillas, caballero, que están alzando.» Postróse el mancebo no sin volver la cabeza, deseando conocer a quien así le había advertido, y tropezaron sus ojos con la mirada de una monjita, que por lo que pudo brujulear era un ángel de hermosura y, como él era enamoradizo y amigo de aventuras,

aunque ella al punto bajó los ojos avergonzada, no hubo menester más para quedar encantado de tan celestial visión. Preguntóla si era la Superiora y respondió ella con voz más queda, sin alzar la vista, que no era sino la hermana tornera. No necesitaba más saber. Calló por entonces y acabó de oír la misa: pero aquella misma tarde acudió al tomo y, en volviendo a oír la vocecita que en el coro le había encantado, trabó conversación con la hermana, comenzando por cosas de devoción, y tal maña se dio y tales cosas le supo decir, que le permitió volver otro día un ratito solamente, porque sus ocupaciones no la dejaban perder más tiempo.

Menudearon poco a poco visitas y paliques, hasta que el redomado galán, con su linda labia y suaves enredijos, se adueñó del corazón de la cuitadilla hermana, inocente palomica que, no sabiendo de perfidias mundanas, quedó cogida entre las garras del fiero gavilán. Ello es que para una noche señalada quedaron concertados en que ella saldría del convento y la llevaría él a la corte, sin que nadie se enterase de lo sucedido. Llegó la noche, fría, oscura y que amagaba tormenta, y tras mucho combatir en su corazón, la tornera dejó su celda, cuando todo estaba ya en silencio y bajó al claustro, enderezando hacia la puerta. Pero al pasar por mi rincón, donde había en un nicho una imagen de la Virgen, a la cual siempre tuvo gran devoción y la cuidaba y ponía flores y cebaba la lamparilla de aceite, no tuvo ánimo para pasar adelante sin postrarse a sus pies y con candor virginal le rogó no la abandonase, que ella sentía irse por dejarla, que ojalá hubiese otra Margarita que le renovara el aceite y las flores en su ausencia y que a ella le encomendaba las llaves del torno y del convento para que eligiese quien hiciese sus veces. Así diciendo y derramando tiernas lágrimas y besando el suelo alzóse y salió. Aguardábala don Juan con un buen caballo y con otro amigo, llamado Gonzalo de Bustos, que con ellos se partía a la corte.

No os relataré las francachelas y la vida de perdición de los dos amigos y de Margarita en la corte. Baste saber que, hastiado al cabo de un año don Juan de aquellos amores, abandonó a la triste Margarita y ella, desconsolada, volvióse a Palencia, sin atreverse a ir al convento ni a casa de sus padres. El deseo de la paz del alma, que había perdido, la arrastraba, con todo, al lugar donde con tanto sosiego la había gozado y, sin querer, se halló dentro de la iglesia de las Claras, donde pasó largo rato pensando en lo dichosa que había sido en aquella casa y lo sola y triste que ahora se veía. En esto vio venir a una religiosa. Sintió que el corazón le saltaba dentro del pecho y cubrióse más con su manto instintivamente. Pasó por su lado en silencio y ella creyó sería alguna novicia entrada después de haber ella abandonado el convento, porque al mirarla no recordó cara conocida. Atraíala, sin embargo, aquella monja, sentía no sé qué al seguirla con la mirada, algo suave que aromaba su alma, un atractivo inexplicable y corrió hacia ella y tirándole del manto iba a hablar y no pudo.

—¿Qué me queréis? —preguntó con dulce acento la monja volviendo la cabeza.

—¿Me dejáis sola?

—Si necesitáis amparo, venid conmigo al claustro.

—No puedo.

—Hablad, pues, ¿qué queréis?

—¿Cómo os llamáis?

—Margarita —dijo la monja.

—¿Margarita? ¿Qué oficio tenéis?

—Tornera.

—¿Tornera y Margarita?

Y diciendo así alzó Margarita sus ojos, que de empacho los había tenido medio cerrados, baja la cabeza, y quedó más espantada todavía al ver que la cara de la religiosa era su propia cara, la suya, la de Margarita. De repente sintió que en su alma una luz se encendía y cayó en la cuenta de que aquella religiosa era la Virgen, a quien había encomendado las llaves del convento y que había tomado su propia forma y su lugar para que no se advirtiese su ausencia. Cayó en tierra, hechos sus

ojos dos fuentes de lágrimas. La Virgen entre tanto, envolviéndola en su manto y cubriendo su cabeza con la toca, le dijo:

—Te acogiste a mi amparo y no te abandoné. He ocupado tu lugar. Piensa siempre en mí.

Y desapareció. Y Margarita hallóse tan monja y tan tornera como antes de dejar el convento y sin que la comunidad lo hubiera advertido.

48

Notable por su antigüedad es la iglesia de San Juan de Baños, cerca de Palencia, mandada hacer por el rey Recesvinto el año 661, donde se curó con las aguas de una fuente que allí hay: es el más antiguo y completo templo cristiano que se conserva en España. En Paredes de Nava nacieron Jorge Manrique, autor de las célebres *Coplas*: «Recuerde el alma dormida...»; y Alonso Berruguete, nuestro mejor escultor, que se distinguió por la grandeza y la elegancia. José Casado del Alisal, nacido en Villada, fue excelente pintor en el siglo XIX: suyo es el cuadro de *La Campana de Huesca*. Juan Ponce de León, natural de San Servás, descubrió La Florida el año 1512 y falleció en Cuba el 1521. Caballero leal y esforzado fue en tiempo de Enrique IV y de los Reyes Católicos Gómez Manrique, nacido en Amusco, corregidor de Toledo y defensor de su alcázar y puente contra el turbulento arzobispo Carrillo. Reedificó el puente de Alcántara de aquella ciudad.

En Carrión, al otro lado del río de este nombre, hay un monasterio llamado de San Zoil, con el enterramiento, al pie de la iglesia, de sus valientes condes, que no habéis de confundir con los posteriores que fantaseó el romancero del Cid. Uno de aquéllos, llamado Fernán Gómez, trajo de Córdoba el cuerpo de San Zoil, mártir, que en la iglesia del monasterio se venera. El claustro, del Renacimiento y plateresco, es precioso y parecido al de San Juan de los Reyes, de Toledo. En Carrión vivió el judío Rabi Sem Tob, que dirigió al rey Don Pedro unos *Proverbios morales*, en elegantes y sentenciosos versos. En Carrión nació don Íñigo López de Mendoza, marqués de Santillana, poeta que compuso lindas serranillas y fomentó los estudios del Renacimiento.

49

Saldaña es villa ibérica, como lo dice su nombre bascongado, asentada en hermosa vega y con un gran puente. Habréis oído hablar de Bernardo del Carpio, uno de los héroes de la epopeya o romancero. Fue hijo de doña Jimena, hermana del rey Alfonso el Casto, la cual se casó a hurto, esto es, a escondidas, con el conde de Saldaña, llamado San Díaz. Llevólo el rey muy a mal y puso en prisión al conde en el castillo de Luna y metió monja a su hermana: pero crió con todo regalo a Bernardo y se encariñó con él, porque no tenía hijos. Fue valentísimo guerreador contra los moros. Cuando de mayor supo cómo su padre estaba preso, rogó al rey que le libertase; pero, por más promesas que el rey le hizo, obligado por sus hazañas, no lo consiguió. Fue Bernardo dechado de amor filial, que se pasó la vida guerreando con los moros al servicio del rey, haciendo méritos para que diese libertad a su padre, ciego y que vivió hasta los ochenta de su edad metido en prisión. Llegó Bernardo hasta tener que pelear con el mismo rey desde el Castillo del Carpio, que levantó cerca de Salamanca y, cuando vencido varias veces y puesto en aprieto se vio forzado el rey a devolverle a su padre, divisólo Bernardo sobre un caballo que venía entre gran acompañamiento. Mas cuando llegó a besarle la mano, hallóla fría y, mirándole al rostro, vio que sólo era su cadáver puesto como si fuera vivo sobre el caballo. Ved aquí al héroe padeciendo desafueros de parte del rey, a cambio de sus servicios, hazañas y amor filial.

El que así salió por su padre agraviado del rey, ¿no creéis que saldría por la patria agraviada de los franceses? Así lo creyó el pueblo castellano y lo cantó en sus romances. El rey, viéndose viejo y sin hijos, envió secretamente a decir a Carlo Magno que, si viniera, le daría el reino. Prometióselo el emperador extranjero. Pero cuando Bernardo y los demás ricos hombres lo supieron, sintiéronlo en el alma y aconsejáronle revocase tal promesa; si no, que le echarían del reino y buscarían otro señor, porque: «Más querían morir libres, que ser desgraciados en

servidumbre de los franceses.» Y el que más empeño puso en esto fue Bernardo. Hubo de revocar el rey sus palabras y Carlo Magno, lleno de ira, le escribió ordenándole que se sometiese a su señorío como su vasallo. Bernardo que tal oyó saltó de coraje, sintió la afrenta que a España se hacía y con un gran ejército fue al encuentro de Cario Magno, que con sus Doce Pares había entrado en España, y derrotó a los franceses en Roncesvalles, donde pereció la flor de los caballeros franceses y murieron los Doce Pares, entre ellos el famoso Roldán.

Si alguien os dice que este hecho no está averiguado por la Historia, decidle, con Aristóteles, que más filosofía que en la Historia hay en la poesía. Decidle que ya sabéis que fueron los navarros los que desbarataron a los franceses en Roncesvalles; pero que la libre independencia española se cifra en Bernardo. Él salió en defensa de su padre humillando y abatiendo la soberbia del rey y, según los cantares, él salió también en defensa de la patria humillando y abatiendo la soberbia del emperador y de los franceses, que querían someter a España a su señorío, como el rey puso en prisión injustamente a su desgraciado padre. El feudalismo europeo y el desaforado poder de los señores y reyes no tenía entrada en España; pero lo que de aquella peste extranjera se les pegaba a nuestros reyes encuentra aquí, en la epopeya o romances populares, en Bernardo y en el Cid, la protesta del espíritu independiente de la raza. Tal es y no otra la personalidad de Bernardo, fraguada por la fantasía de nuestro pueblo y que, por consiguiente, encierra más filosofía y más realidad en el mundo del arte y en el alma española, y la tuvo de hecho para los españoles, que no la Historia misma. Bernardo del Carpió es en los romances el adalid de la independencia española en la Edad Media.

Zamora

50

Diríase una vieja castellana, asentada en su rincón y aburujada en el negro manto de sus muros seculares. Todavía parece resonar por aquellos callejones guijarrosos, al rechinar de alguna puerta que se abre y deja entrever lóbrega mansión, al chocar de las herraduras de alguna arria de acémilas que pasan lentamente, al tañer de la grave campana de la catedral, al zumbar del viento en noche temerosa de invierno, el nombre de la triste D.ª Urraca, la hija del rey Fernando I, señora de la ciudad, o del odioso traidor Vellido Dolfos, que dio en el romancero trágica fama al cerco de Zamora.

Porque Zamora, hoy vieja apilongada, surcada de arrugas, acoquinada en su rincón, fue otro tiempo moza bizarra, garrida doncella, recuestada de moros y cristianos, de príncipes y reyes y se tocaba con diadema real y, desde el peñascoso collado que lame el Duero, gallardamente ceñida de recios murallones y macizos cubos, atraía con sus encantos, enhechizaba con su hermosura, gozábase altiva de ver a sus pies en la llanada a sus recuestadores combatirse día tras día al lozanear de sus corceles, al chispear de las puntas aceradas de sus lanzones, al rebrillar de sus doradas capellinas y al revolear de sus coloreados penachos. Alfonso III le reforzó sus murallas. El año 901 muchedumbre de moros la embistieron; pero Zamora, tras cuatro días de lucha y de defensa, los contempló huyendo desbaratados y dejando repletas sus cavas y fosos con 40.000 cadáveres enemigos. Otros 50.000 hubo de perder el ejército musulmán para señorearse de ella en 939 y a poco tuvieron que abandonarla. Tomaron a la carga el año 963 y arrasaron sus murallas. Volvieron a levantarlas los cristianos y a desmantelarlas Almanzor en 984. Un siglo de luchas fue el siglo X para la ciudad fronteriza.

51

El siglo siguiente lo fue de tragedias. Moríase en León el rey D. Femando I el Magno, año 1065. Temiendo no se peleasen sus hijos por el reino, quiso heredarlos a todos. Dejaba a Sancho, su primogénito, el reino de Castilla; a Alfonso, su segundo hijo, el de León; a García, el tercero,

Galicia y Portugal. En esto que llegan las dos Infantas doña Urraca y doña Elvira haciendo gran duelo y le dicen: «Padre y señor rey, ¿cómo repartiste vuestros reinos y a nosotras nos dejaste desamparadas?» El rey suponía que les darían algo sus hermanos. Llámalos y les dice: «Hijos, vuestras hermanas quedan desamparadas. Si alguno de vosotros les quisiese dar algo con que viviesen, haría en ello gran bondad y tendrá mi bendición.» Don Sancho y D. García no respondieron palabra y mostraban que no les darían cosa. Movido D. Alonso a gran piedad y amor, que tuvo a su padre y hermanas, díjole: «Señor, yo quiero darles de mis tierras en qué vivan, y esto por cumplir vuestra voluntad.» Y dióles luego, a D.ª Elvira la ciudad de Toro y la mitad del Infantazgo, y a D.ª Urraca la ciudad de Zamora. El rey D. Femando quedó muy contento y díjole: «Hijo, Dios te dé su gracia y bendición y ruego yo a Dios que, así como hoy son partidos mis reinos entre vosotros todos tres, que así los hayas tú todos tres juntos y seas de ellos señor y Dios te dé la mi bendición y seas bendito sobre todos tus hermanos. Y cualquier que quitare o intentare quitar a D.ª Urraca y a D.ª Elvira esto que tú les das, haya la mi maldición.»

Aprended, niños, a ser piadosos y a cumplir la voluntad de vuestros padres y el cielo os bendecirá. Oyó Dios estas palabras del rey y se las cumplió, pues D. Alonso alcanzó a ser rey de todos tres reinos y además le concedió el que conquistase el reino de Toledo. En cambio, ved lo que les sucedió a los demás. Después de bendecir a su hijo D. Alonso, llamó el rey al Cid y encomendóle sus hijos e hijas, que les aconsejase y ayudase. Hízoles a ellos jurar que no fuesen unos contra otros, sino que viviesen en paz cada uno con lo suyo y que se guiasen por el consejo del Cid. Prometiéronle que así lo cumplirían; empero Sancho quedó muy disgustado del reparto. Falleció el rey y al punto arrebató Sancho, rey heredado de Castilla, a sus hermanos Alfonso, García y Elvira, lo que el padre les dejara. Vínose con lucido ejército sobre Zamora para arrebatar por fuerza a su hermana D.ª Urraca la ciudad, que era muy fuerte:

De un lado la cerca el Duero,
del otro peña tajada,
del otro veintiséis cubos,
del otro la barbacana.

No es extraño diga el refrán: *No se ganó Zamora en una hora*. Siete meses duró el cerco, defendiéndose bizarramente los zamoranos, a las órdenes del valiente Arias Gonzalo. Había en la ciudad un caballero forastero. Salióse de ella a caballo y vínose al real de D. Sancho diciéndole: «Señor, porque aconsejé al concejo de Zamora que os entregasen la ciudad, quisiéronme matar los hijos de Arias Gonzalo. Escapé de sus manos y doyme por vasallo vuestro. Yo haré que os la entreguen dentro de pocos días y, si así no lo hiciere, matadme por ello.» Cayó el rey en el lazo que le tendía el traidor, admitiéndole entre los suyos y aun haciéndole muy su privado, tanto que no hizo caso del aviso que lealmente le enviaron los de la ciudad, que se guardase de él.

Un día Vellido Dolfos, que así se llamaba el traidor, le dijo al rey que quería a solas rodear las murallas y enseñarle un postigo por donde podría ser la ciudad entrada. Salieron ambos a caballo del campamento y enseñóle el postigo y, cuando hubieron dado la vuelta, quiso el rey bajar a la ribera del Duero por solazarse. Solía llevar un venablo de oro en la mano, según costumbre de los reyes de aquel tiempo, y dióselo a Vellido Dolfos, que se lo tuviese y apartóse el rey a hacer lo que la naturaleza pide y el hombre no puede excusar. Acercóse al rey con tiento por detrás Vellido Dolfos y, viéndole en aquella postura, lanzóle el venablo, que le dio por las espaldas saliéndole a la otra parte por los pechos. Puso luego espuela a su caballo y huyó hacia la ciudad. El Cid, que desde lejos le vio correr, dio en lo que había pasado y, sin detenerse a que le calzasen las espuelas, siguió al traidor, el cual logró meterse por las puertas de la ciudad y allí maldijo el Cid a todo caballero que sin espuelas cabalgase, como canta el romance:

Maldito sea el caballero
que como yo ha cabalgado;

que, si yo espuelas trujera,
no se me fuera el malvado.

Aprended, niños, en esta triste tragedia cuánta verdad encierran y cómo se cumplieron aquellas palabras que otro romance pone en boca del Cid, cuando aconsejó al desgraciado rey D. Sancho que no fuese contra el juramento que su padre D. Fernando les pidiera y que no quitase a D.ª Urraca lo suyo:

Mas nunca se logran hijos
que al padre quiebran palabra
ni tampoco tuvo dicha
en cosa que se ocupaba,
nunca Dios le hizo merced
ni es razón que se le haga.

Ved cómo la providencia permitió que el rey se cegase admitiendo en su privanza a tal traidor, a pesar de haberle dicho desde la plaza que no se fiase de él. ¡Muerte afrentosa, por cierto, la de aquel rey, no en glorioso combate, sino en lugar y postura que ni aun lo que estaba haciendo nos atrevemos a nombrar por lo feo de la expresión! El mismo rey reconoció la mano de Dios en este castigo: «Bien tengo que esto fue por míos pecados e por las soberbias que hiz a míos hermanos e pasé el mandamiento que hiz a mío padre e la jura que hiz, que non tolliese a ninguno de míos hermanos ninguna cosa de lo suyo.» Así se cumplió la maldición del padre en D. Sancho, como su bendición en D. Alonso. Falleció asesinado D. Sancho y D. Alonso heredó todos los tres reinos.

52

Los zamoranos portáronse como buenos con el traidor. Pidió consejo sobre ello D.ª Urraca a Arias Gonzalo y le respondió: «Yo lo guardaré preso nueve días: si los del rey D. Sancho lo demandaren, lo entregaremos; si no, lo echaremos de la ciudad, que nadie sepa de él.» Y cantan los romances cómo Diego Ordóñez retó a los zamoranos por todos los del real:

Yo os rieto, los zamoranos,
por traidores fementidos,
rieto a todos los muertos
y con ellos a los vivos,
rieto hombres y mujeres,
los por nacer y nacidos,
rieto a todos los grandes,
a los grandes y los chicos,
a las carnes y pescados,
a las aguas de los ríos.

Venerable fórmula antigua del retar o culpar al traidor y a cuantos le rodean y aun a lo inanimado, porque mancillado queda todo ello con la horrible mancha de una traición. Respondióle Arias Gonzalo que el que reta a un concejo ha de lidiar con cinco, uno tras otro. Vinieron en ello y Arias Gonzalo llamó a concejo a los zamoranos y les dijo: «Os ruego que, si alguno de vosotros tuvo parte en la traición y en la muerte de D. Sancho o que lo supiese antes y lo pudiese evitar, que lo diga: pues antes me quiero ir con mis hijos a tierras de moros, que no quedar vencido en el campo y tenido por alevoso.» Todos dijeron que no habían tenido parte en ello.

Delante de los jueces elegidos de una y otra parte, en campo señalado, fue a lidiar Diego Ordóñez, el retador, con los cuatro hijos de Arias Gonzalo y con el mismo padre, uno tras otro. Mató en buena lid a tres de los hijos; pero los jueces no quisieron se siguiese adelante ni tuvieron por bien juzgar si eran vencidos los zamoranos o no, y así quedó este pleito por juzgar.

Ved, niños, en toda esta historia, que en romances cantó la epopeya popular, el amor a la justicia de nuestros antepasados y el odio a los traidores. Bárbara era la costumbre de juzgar y

querer averiguar la inocencia y culpabilidad mediante las armas, combatiéndose en campo; pero tal costumbre no era española de origen. Trajéronla a España los bárbaros del Norte, de raza germánica, y la llevaron a todas partes. En Zamora, después de cumplir en parte con tan bárbara costumbre, a medio cumplir dejaron el terrible juicio, conociendo que no era medio adecuado para descubrir la verdad ni para hacer justicia. Alfonso VI, que sucedió a su hermano el asesinado D. Sancho, declaró reina de Zamora a su hermana D.ª Urraca.

Al salir de la ciudad veréis a media legua en un altozano una tosca cruz de piedra sobre un monolito de tres metros. Aquí dio su último aliento aquel rey desgraciado dentro de su campamento y tienda adonde le llevaron herido. Llámanla la *Cruz del rey Don Sancho* y cada año, el segundo día de Pascua de Pentecostés, vienen aquí los zamoranos en procesión a entonar un responso y el *De Profundis*.

53

Entre los monumentos de la corte de D.ª Urraca, que en Zamora quedan, son de ver los restos de su palacio junto a la muralla y puerta de Zambranos, el castillo junto a la catedral, la casa del Cid y de Arias Gonzalo, la de los Momos, el gran puente de diez y seis ojos y varios templos. La catedral es de los lindos ejemplares románicos que tenemos en España y fue fundada en 1151 por Alfonso VII.

La ciudad de Toro está a la derecha del Duero en hermosa campiña. Su Colegiata acaso aventaje a la catedral de Zamora. Es románica, con una cúpula preciosa, por de fuera como un gran cubo redondo con dos pisos de arcos y ventanas, rodeado de otros cubos menores. Hay en Toro hasta diez y seis iglesias, histórico alcázar y palacio del marqués de Santa Cruz.

54

En Zamora nacieron el cronista Florián de Ocampo, el poeta Juan Nicasio Gallego, autor de una oda *Al dos de Mayo*, el crítico Leopoldo Alas, por seudónimo *Clarín*, y el poeta dramático Miguel Ramos Carrión. De Benavente fue el doctor Francisco López de Villalobos, médico del Rey Católico y de Carlos V, hombre chistosísimo y guasón, de los más salados cuentistas castellanos. También nació allí el franciscano fray Antonio Álvarez, predicador en Salamanca y escritor rico y castizo.

En Toro nació Hernán Tello de Portocarrero, gobernador de Dourlens, en cuyo asalto y toma de la plaza se distinguió mucho. Era cuando las guerras de Flandes. El año 1507 ganó Amiens, ciudad fuerte de Francia, defendida por sus 14.000 habitantes, que estaban muy bien preparados. Portocarrero la tomó con 2.000 hombres, valiéndose de este ardid. Un sargento llamado Francisco del Arco con diez hombres escogidos vistiéronse de aldeanos. Al amanecer y al abrir las puertas de Amiens, viéronse tres aldeanos con cestos en la cabeza, que entraban como a vender fruta. Tras ellos un pesado carro cargado de madera, acompañado de campesinos. Apenas cruzaron el umbral, el primero de los tres da un tropezón y cae, echando a rodar el cesto de manzanas, empujando al otro, que llevaba nueces, y haciéndole caer. Los guardias de la puerta lo celebran a risotadas y se disputan las nueces y manzanas, que andaban esparcidas. Llega el carro al dintel y uno de los campesinos que lo acompañaban, que no era otro que el sargento Francisco del Arco, dando vuelta a una clavija del carro, lo aseguró de manera que no pudieran menearlo los caballos y dispara un pistoletazo. Era la señal convenida. Los defensores de la plaza quieren levantar el puente y cerrar la puerta; pero lo impide el carro atravesado en el dintel. Llega a toda brida Portocarrero con su caballería, oculta desde la noche por allí cerca. «¡Adelante y viva España!», grita a los suyos. Siguió a la carrera la infantería y en pocas horas Amiens quedó por el rey D. Felipe II.

55

Diego de Ordás, natural de Castroverde de Campos, fue de los que se señalaron en la conquista de Méjico. Tenían que pasar los españoles por un barranco estrecho, cerrado por muchedumbre de indios tlascaltecas. Ofrecióse Ordás con 60 castellanos a romper aquellas masas de carne y, por más que llovían flechas por todas partes, escudados con sus rodelas, se abrieron paso, dándolo al resto de las tropas que les seguían. Cerca de Tlascala está el volcán de Popocatepec, cuya cumbre arrojaba grandes llamas. Ordás, con algunos soldados, para poner espanto a los indios que decían que jamás pies humanos habían hollado aquella cumbre, subió hasta la boca del volcán, con ceniza hasta la cintura. La caldera, que hervía como horno de vidrio con terribles llamas, tenía más de un cuarto de legua en torno. Después de la conquista de Méjico, de la que salió con cuatro heridas y manco de la mano derecha, vino a España, enviado por Cortés, a dar cuenta de todo al emperador, el cual le nombró Adelantado y Capitán general de las tierras que conquistase en el golfo de Venezuela hasta el río Marañón, adonde fue el año 1531 con 400 hombres. Era tierra tupida de selvas impenetrables y llena de feroces salvajes. Remontando el río Uyapari u Orinoco, pasó tantos trabajos, que enfermó gravemente y, queriendo volver a España, falleció en el mar, año de 1532.

56

La provincia de Zamora es terreno alto, formado de mesetas y parameras, cruzado por quiebras de pedregosos barrancos y de ríos, sobre todo el Valderaduey, el Esla y el Guareña, que van todos al Duero, a cuya cuenca pertenece casi toda la provincia. Es terreno de cereales y viñedos, lino, patatas, plantas tintóreas y sobre todo garbanzos, que son los mejores que se conocen, mayormente los de Fuentesaúco. Los vinos de Toro son riquísimos. Hay además mucho pasto y ganadería y ricas frutas en las hondonadas y valles. Pero es un duelo el que aquí, como en el resto de España, esté tan atrasada la agricultura. Estando a punto de morir un campesino rodeado de sus hijos les dijo: «Con mis ahorrillos había comprado estos días una pobre viña, porque sabía que en ella se encierra un tesoro. Es lo único que os dejo. Cavad bien por toda ella hasta que deis con el tesoro.» Murió el padre, y los hijos, por más que cavaron por todas partes la viña, no hallaron tesoro alguno. Sin embargo, como había estado descuidada, con aquella cava honda dio la viña cuatro veces más de fruto que solía y les valió buenos dineros. Entonces comprendieron lo que les había querido dar a entender su padre y escribieron a la entrada de la «viña: «El trabajo es un tesoro.» Los campos de España bien cultivados y abonados darían cuatro veces más de lo que dan hoy. Buen consejo es el del poeta:

Labrador que vas arando,
mete la reja más honda,
que el filón se va agotando
y el tiempo viene apurando
y el oro es de quien ahonda.

Valladolid

57

Entre dilatados trigales y cerca de oloroso pinar está tendida la ciudad de Valladolid, que Alfonso VI dio en señorío el año 1074 al conde Pedro Ansúrez, el cual levantó el bonito campanario de Santa María de la Antigua y está sepultado en la catedral. Su estatua álzase en la plaza Mayor. Corte de Castilla y de España fue Valladolid comúnmente durante tres siglos y así está llena de recuerdos históricos.

En medio de esta plazoleta, llamada del Ochavo, veíase el año 1453 un cadalso. Óyense tambores, llegan encapuchados en procesión y sobre una mula un hombre, acompañado de un franciscano. Suben los dos al tablado, lee el heraldo un pregón en nombre de Don Juan II. De un tajo cae la cabeza del hombre y el verdugo la cuelga del garfio en lo alto de un palo. Allí estuvo tres días. Al pie una bacía para limosna con que enterrarle. Aquel hombre llamábase D. Álvaro de Luna. Pocos días antes era dueño de España, señor de tantas ciudades y tierras que podía parearse con los reyes. Condestable de Castilla y privado del rey, había gobernado a su antojo durante treinta años al rey y a Castilla. Ahora el rey le había mandado ajusticiar e iba a ser enterrado de limosna. Así cayó de golpe desde su encumbramiento el hombre más poderoso de su siglo. Tal se truncan las cosas humanas y tan en la nada estriban nuestro poder, soberbia y ambición. El año siguiente fallecía también en Valladolid

«El muy prepotente Don Juan el Segundo.»

En 1506 moría no menos en esta ciudad el descubridor del Nuevo Mundo, Cristóbal Colón. Aquí se desposaron los Reyes Católicos. Aquí vivió, de 1603 a 1606 el sin par Cervantes, cuya vivienda se guarda restaurada como estaba entonces. La *Sociedad Hispánica de Nueva York* había querido comprarla para honrar al gran escritor; Alfonso XIII tuvo una frase digna de su amor a la patria: «La casa de Cervantes sólo puede adquirirla el rey de España.»

58

Valladolid no es ni sombra de lo que fue. En los cinco primeros años del siglo XVII se empeñó el duque de Lerma en traer acá la corte de Felipe III desde Madrid. Contábanse entonces más de 400 palacios de cuatro caras, el de D. Galván tenía 390 aposentos. Había 20 conventos de frailes y 19 de monjas: el de San Francisco con 200 padres, el de San Pablo con 750. Había 20 hospitales con rentas, 12 parroquias, cuatro colegios y Universidad. Plazas, calles, paseos hervían de coches, las huertas y arboledas junto al río verbeneaban de gentes en corros, merendando, tañendo la vihuela, danzando. Barcas enramadas surcaban el río. Hoy no se ve más que soledad y silencio. La catedral, trazada en 1585 por Juan de Herrera, sólo tiene acabado un trozo, y eso que mide 122 metros de largo por 65 de ancho. La custodia de plata maciza, de dos metros de alto y 63 kilos de peso, es obra de Juan de Arfe. El Colegio de Santa Cruz, costeado por el Gran Cardenal de España, tiene rico museo y biblioteca.

Esta gran plaza desierta fue centro de la corte. Esa admirable fachada del gótico florido es de San Pablo. Enfrente veis la Capitanía general y fue palacio de Felipe III. Esta casa de la esquina es el Palacio viejo, de Carlos V, donde nació Felipe II en 1527. Todo estaba engalanado y dispuesto para bautizarle en San Pablo, cuando llega un correo, se quitan los adornos y la ceremonia se suspende. Acababa de recibirse la noticia de que las tropas del duque de Borbón habían asaltado la ciudad de Roma y preso al papa Clemente VII. Se mandó cantar *Te Deum* por la victoria y rogativas por el Papa y se suspendió la ceremonia, que se celebró el 5 de junio. ¿Por qué habían preso al Papa?

59

Francisco I, rey de Francia, había sido hecho prisionero por los españoles en la batalla de Pavía; pero lejos de cumplir la promesa que hizo a Carlos V en Madrid, por la cual le dejó en libertad, se alió con el rey de Inglaterra, con el duque de Milán y con el papa Clemente VII, formando la Liga Clementina. La falsa conducta del papa y el querer así apoyar la felonía del rey de Francia tuvo su castigo. El año 1527 las tropas del duque de Borbón, francés al servicio de España, compuestas de españoles, italianos y alemanes, hambrientas como se hallaban y desesperadas, asaltaron a Roma, la saquearon y cometieron los más horrendos crímenes que os podáis imaginar. «Pareció una cosa de milagro, dice un testigo de vista, aunque según las crueldades que después se han hecho contradicen algo al mérito de los soldados para que Dios mostrase el dicho milagro sobre

ellos; pero como los secretos de Dios y los pecados de este pueblo han sido tan grandes y tan excesivos, Él sabe la causa porque les ha enviado tanta persecución.» No habéis de confundir nunca la santa e inmaculada doctrina de la religión con la conducta de los hombres que la practican, aunque sean sacerdotes y aun el mismo papa, que cierto deben dar ejemplo de virtudes, pero que como hombres pueden ser tan viciosos como los demás. Las costumbres paganas habían corrompido en Roma hasta a los ministros del Señor. Los papas de aquel tiempo, con guerras, ambiciones, deslealtades y escándalos de toda clase, se portaban como los peores príncipes seglares y como a ellos les trató el mundo. Confundieron lo divino con lo profano: ¿qué mucho hicieran otro tanto tropas indisciplinadas, mofándose de lo más sagrado? La corrupción de Roma había llegado a colmo y clamaba al cielo. Con razón vieron aquí los cristianos la mano de la Providencia.

Un niño llamado Juanito no sabía lo que era el eco. Estando una vez en el campo, dijo en voz alta; «¡Eh!» Y se oyó repetir de lejos: «¡Eh!» Sorprendido, gritó: «¿Quién eres?», y le respondieron: «¿Quién eres?» «Eres tonto», repuso Juanito. «Tonto», le respondieron al punto. Rabioso entonces se desgañitó diciendo mil injurias al que así le respondía, y por más que miró a todas partes, a nadie vio. Vuelto a casa se quejó a su madre de que un mal muchacho le había insultado. «Tú mismo te acusas —le dijo la madre—. Si le hubieras tratado bien, bien te hubiera tratado. Así pasa en la vida: el trato que otros nos dan no es más que el eco del que nosotros damos.» Roma no recibió más que su merecido por sus pecados, cuando fue tan bárbaramente saqueada y tratada: los males que había cometido se volvieron contra ella.

60

Tocando a la iglesia de San Pablo por esta calle de la derecha está el colegio de San Gregorio. Ved esa maravillosa fachada. Fue edificado en 1488 a 1496. Este elegante patio ha sido poco ha restaurado. No hay ahora más que oficinas del Ayuntamiento y en este momento una soledad vacía, donde en otro tiempo vivieron no pocos de los más famosos varones de España.

En Valladolid nacieron el poeta cortesano de Carlos V, Hernando de Acuña; el *Comendador Griego* o gran humanista Hernán Núñez de Toledo; el poeta Lomas Cantoral; Diego Alfonso Velázquez de Velasco, autor de la comedia *Lena*; el comentador de la *Poética* de Aristóteles, Alonso López Pinciano; el mordaz prosista Cristóbal Suárez de Figueroa; el novelista Gabriel de Corral; y en el siglo XIX los dos grandes poetas José Zorrilla y Gaspar Núñez de Arce. Zorrilla tiene estatua en el Campo Grande, fue como poeta de la raza, castizo, romántico, que compuso el drama *Don Juan Tenorio* y los *Cantos del Trovador*. Su popularidad fue inmensa. Voy a contaros, puesta en prosa, una leyenda de Zorrilla.

61

Vivían en la ciudad de Valladolid dos familias linajudas, los Bustos y los Arcos, que quisieron apretar más los lazos de la amistad casando a la hermosa doña Ana, hija de Bustos, con el apuesto doncel don Tello, hijo de Arcos. Pero era el caso que Ana tenía dada palabra a D. Juan de Vargas de casarse con él en cuanto pasase el año en que le prometió volvería de Italia. Pasó el año y no volvía e insistía D. Tello con doña Ana para que, libre ya como se veía de la palabra dada, le quisiese hacer a él dichoso dándole la mano de esposa. Pidió ella varios días más; pasaron. Uno más tornó a pedir tan sólo y llegó la noche. A la mañana siguiente D. Tello quedaría satisfecho. Mas antes de la media noche llegó el de Vargas, llamó a la puerta de D.ª Ana y hubo de bajar a abrirle el propio D. Tello. Ver a su rival y desafiarle fue todo uno. Salieron al campo, empuñan las espadas y largo tiempo duraba la pelea, cuando, cansado don Tello, recurrió a deshonroso ardid para acabar de una vez. Fingiendo que alguien amagaba por detrás a su contrario, gritó: «Tente, no le mates.» Volvió D. Juan la cara y escondió D. Tello hasta la cruz su espada dentro del pecho de su descuidado rival.

Muerto Vargas de manera tan villana, las bodas se celebraron y vivían dichosos D.ª Ana y D. Tello; pero una mañana acaeció un suceso que pone de manifiesto hasta dónde llega la Justicia

Divina, que descubre los crímenes más encubiertos. Paseábase D. Tello por el Campo Grande frente al convento de Capuchinos y en una de las ventanas estaba de codos un fraile, cuando vio llegar a dos caballeros corriendo, el uno con la espada desnuda detrás del otro, que huía por verse desarmado. Gritó el religioso, quiso acudir D. Tello; pero ya había caído muerto en tierra el perseguido. Llega la Justicia y prende a D. Tello. Sólo sabía la verdad del caso el capuchino, el cual, oyendo que daban tormento al acusado, corrió a atestiguar la verdad y librarle de la muerte. Era tarde. Don Tello, a poder de tormentos, había confesado y jurado haber muerto a un hombre. De nada sirvió cuanto alegó el buen capuchino. Condenaron al reo convicto y confeso a ser ajusticiado. Delante del cadalso proclamaba el capuchino en la plaza la inocencia de aquel hombre, y al retirarse iba repitiendo desesperado esta sentencia que dijo al presenciar la muerte del hidalgo desde la ventana de su convento: «Si no hay justicia, no hay Dios.» El religioso ignoraba que la justicia divina se acababa de cumplir.

62

Al salir de Valladolid, un recuerdo para la gran reina Doña María de Molina, aquí fallecida en 1321. Fue una de las mujeres más varoniles de España. Regenta de Castilla y tutora de su hijo Fernando IV, tuvo que luchar sin otras armas que su prudencia con todos los grandes del reino y con Portugal, Aragón y Francia que los apoyaban. Pero ¿qué no podrá una madre que sale por su hijo, si tiene la prudencia, entereza y valor de esta gran reina? Todo lo venció ella y, sobreviviendo a su hijo, todavía se encargó de la regencia de la minoridad de su nieto Alfonso XI.

63

Viniendo en el tren veréis el Castillo de la Mota, hoy en gran parte desmantelado, al dejar la estación de Medina del Campo. Pero debéis visitar esta ciudad. En el palacio que se levantaba donde hoy se alzan el Ayuntamiento, los Arcos de Salamanca y el Potrillo o cárcel, tocando por el lado contrario a la antigua iglesia de San Antolín, falleció Isabel la Católica el año 1504.

Las ferias de Medina eran las más famosas de Europa en el siglo XVI. Muchedumbre de mercaderes y gentes concurrían de todas partes y esta gran plaza fue el centro más importante del comercio español. Los reyes dieron privilegios a sus ferias como a mercados francos, libres e internacionales. Todas las plazas y calles de la ciudad estaban ocupadas por los mercaderes, por orden de mercancías. Había ordenanzas, jueces, aposentadores y escribanos para el buen orden y seguridad. En 1565 se giraron letras por valor de 135 millones de escudos. El año anterior vinieron a Medina de Sevilla y las Indias 9.000 marcos de plata, 15.000 pesos de oro, más de 64 millones de maravedises para particulares y mercaderes, con grandes cargamentos de cochinilla, añil, especias, azúcar. Aquí pagaba la Hacienda real a los asentistas lo que les debía por sus adelantos. En 1564 se pagaron 270.000 ducados en la feria de mayo y en la de octubre hasta 410.240 ducados. En 1563 se valuó la circulación en letras de cambio, lingotes y especies en 662 millones y medio de francos.

64

En Medina nació aquel soldado de Hernán Cortés llamado Bernal Díaz del Castillo, que escribió la historia de la conquista de Méjico con sencillez, encanto y con la fuerza de quien cuenta lo que ha visto. También nació aquí fray Juan de Pineda, escritor muy erudito y riquísimo en voces populares de hermoso sabor castellano, Fue de la Orden de San Francisco. Jesuita fue José de Acosta, medinense, autor de una curiosa *Historia Natural de las Indias*.

Hay otras poblaciones en la provincia de Valladolid que fueron muy nombradas por su agricultura, industria y comercio, y por sus recuerdos históricos. Bastará mencionarlas. Medina de Ríoseco tiene templos como el de Santa Cruz, hecho por Herrera, y el ruinoso palacio del Almirantazgo. Peñafiel, en cuyo castillo vivió el infante D. Juan Manuel, nieto de Alfonso X y gran escritor moralista en *El conde Lucanor* y otros libros. Nava del Rey conserva estatuas de

Berruguete. Simancas tiene un castillo donde se guarda el Archivo general del reino. Olmedo presenta sus almenadas murallas. Tordesillas sus iglesias de mérito, el Monasterio Real de Santa Clara y el palacio de D. Pedro I, donde vivió retirada y falleció en 1555 Doña Juana la Loca, reina de Castilla. Allí nació el novelista y poeta satírico Alonso de Castillo Solórzano. De Villalón debió de ser Cristóbal de Villalón, gran escritor, humanista y viajero del siglo XVI.

65

¡Villalar! Este nombre suena con honda pena en los oídos de todo buen español. En este pueblo se perdieron las libertades castellanas y triunfó el absolutismo y la política de los reyes venidos de fuera, causas de la ruina de España. Dos grandes virtudes del alma española, acrisoladas y robustecidas por ocho siglos de reconquista, eran el amor a la independencia y la lealtad a sus reyes. Entrambas se vieron como encontradas y en lucha en el alma española al llegar Carlos V de Flandes. Los españoles querían guardar el tesoro de sus libertades y eran leales a sus reyes, los respetaban, los querían. Duraba el gratísimo recuerdo de los Reyes Católicos, tan grandes y tan amantes de sus pueblos. Dolíanse de la tristísima locura de la reina D.ª Juana, que vivía retirada en Tordesillas. Así los ánimos, llega el hijo de D.ª Juana, Carlos V, mozo brioso que llenaba a todos de esperanzas. ¡Cuál no sería el desencanto al ver que, como extranjero nacido en Gante, con las ideas extranjeras del mando absoluto, dio muestras de gobernar a su antojo! Los flamencos que le rodeaban vendían al mejor postor los cargos públicos, sobre todo a los extranjeros, contra las leyes de España, sacaban del reino las joyas y riquezas que podían con rapacidad inaudita, aumentaban los tributos e imponían las alcabalas hasta a la nobleza exenta. Aceptó Carlos la corona imperial sin consultar a las Cortes y comenzó a usar el título de Majestad, nuevo en monarcas españoles. El pueblo, oyendo que se iba a Alemania y que no volvería, se alborotó y él, en vez de ver en ello el amor y lealtad de sus vasallos, escapóse a Tordesillas y Santiago, donde cohechó a algunos procuradores con dádivas, promesas y amenazas para lograr los dineros que pedía y necesitaba para coronarse en Alemania de emperador. Negáronse Toledo y otras ciudades y con nombre de *Comunidades* levantáronse tomando las armas. Pero poco a poco fuéronse pasando al bando real por interés o por miedo muchos señores, y al cabo en Villalar fueron los Comuneros derrotados el año 1521, siendo descabezados en un cadalso los tres adalides: Padilla, Bravo y Maldonado, héroes de las libertades de la patria.

Desde entonces en vano las Cortes representaron al rey las necesidades de los pueblos: él no pretendía sacar de ellas más que dineros para los gastos que le acarreaban las empresas aventureras de fuera de España y descuidó enteramente la agricultura y la industria, desentendiéndose de las quejas que le exponían, sobre que dejase las empresas ajenas al interés de España y cuidase de esas dos fuentes de la riqueza pública. Y estas dos cosas, tan previstas por las Cortes, fueron las causas de la decadencia de España y como principio de ellas lo fue el absolutismo de Carlos V y de sus sucesores, que siguieron la misma política, no haciendo caso de cuantos requerimientos se les hicieron. Ya no gobernaban las Cortes con el rey, sino el rey absoluto. Los pueblos se vieron agobiados con tributos, la agricultura y la industria venían por días a menos, la pobretería y la miseria se enseñorearon de la nación y una nube de mendigos y de pícaros se echó sobre ella. Fuera de los privados de los reyes, que se enriquecían a costa de todos, y fuera de sus paniaguados, los demás españoles vivían de limosna. Se metían soldados, a la vuelta los reyes no tenían qué darles y se hacían pícaros y mendigos. Otros, en busca de aventuras, pasaban a América. Los más se metían frailes para comer la sopa boba y España se vio con más conventos que casas.

Los reyes no tenían qué dar ni a los grandes hombres que se sacrificaban por la patria, y la ociosidad fue creciendo y los grandes hombres menguando. Sebastián del Cano no recibió de Carlos V por sus hazañas en África y Levante ni una sola paga para sí ni para su tripulación y, no recibiendo ni respuesta siquiera del rey, tuvo que vender el barco. Los héroes de Pavía y Lepanto mendigaban un pedazo de pan por las calles, se morían de hambre o en los hospitales o se hacían bandoleros. El capitán Barahona escribía a Felipe II: «¿Cómo quiere V. M. persuadir a nadie tome

un hábito tan trabajoso y aventure su vida a cada paso, ofreciéndole que en pago de sus trabajos, si muriese peleando, quedará sin sepultura y, si escapa del peligro, habrá de morir en el hospital deshonrado y menospreciado de todos los hombres? Una cosa certifico a Vuestra majestad, que los que mejor han servido y más sangre han derramado en su servicio, esos son los más maltratados y los que menos abrigo hallan en todas partes.» Juan de Herrera le exponía que por su servicio había gastado cuanto tenía. Otro tanto dijo Andrés Laguna, que no logró galardón por todos sus viajes e investigaciones científicas. Cristóbal Pérez de Herrera, célebre médico de las galeras de España, pedía al rey con qué casar a su hija. Llegó Felipe II a echar mano de esta terrible fórmula, que declara bien los apuros de la Hacienda pública: «Diga al interesado de dónde lo he de sacar yo.»

Alonso de Santa Cruz, cosmógrafo regio, se lamentaba de que el rey no le respondiese. Blasco de Garay pintaba su pobreza, ocasionada de sus estudios, diciendo: «Al presente estoy sin un real... esta noche pasada yo no la he dormido pensando qué vendería para comer, la capa o la espada, porque no tengo más que vender.» El mismo duque de Alba recibió como premio de sus trabajos el ser metido en la cárcel y, cuando recibió aviso de ir a conquistar a Portugal, saliendo de ella dijo al mensajero real: «Decid al rey mi señor, que es el único monarca de la tierra que tiene vasallos que desde la cárcel salgan a darle otra corona.» Francisco Solano de Salazar, pidiendo al rey cierta recompensa, le decía: «Bien se ve que todo está perdido y no nos queda más que hambre, desolación, enfermedades y peste, sin esperanza de socorro ni de donde venga, porque todo está consumido y sólo en los conventos no mueren de hambre.» Juan de Salazar, procurador en Cortes, decía al rey: «Creo en lo profundo de mi ánima que estas guerras acabarán con el imperio católico y con España, porque arruinan el imperio de vuestra majestad, que es su apoyo y fundamento. Si los herejes de esas partes vinieran a España con sus armas, no nos harían tal daño como estas guerras sin provecho.»

En las Cortes de Toledo, el año mismo de la victoria de Pavía, el 1525, pidió dinero el emperador y no se deslumbraron los procuradores con los triunfos, antes le aconsejaron que volviese sus ojos al gobierno interior del reino, en vez de lanzarse a aventuras en tierras extrañas. Las Cortes de Valladolid de 1527 le concedieron los impuestos necesarios para el gobierno interior; pero le negaron todo servicio extraordinario por unanimidad, por no querer guerras ni gastos fuera de España. En 1536 las Cortes aragonesas se negaron igualmente y las de Valladolid de 1537 pidieron claramente al rey que no volviese a salir de España a continuar aquellas guerras estériles. Pero habiéndole negado las de Toledo de 1538 el dinero que pedía, las disolvió el emperador arbitraria y despóticamente y ya no volvieron a juntarse en Cortes los tres brazos, el eclesiástico, el de la nobleza y el de los procuradores de las ciudades, y poco a poco fue menguando el poder de las Cortes y aumentando el del rey, hasta el extremo de que en algunas del siglo XVII no sólo cedían los procuradores a todas las pretensiones del rey, sino que sufrieron y toleraron sus reprensiones y aun sus insultos. Felipe IV amenazó a las Cortes de Aragón y Cataluña diciéndoles: «Que su deber no era discurrir, sino obedecer ciegamente y que a toda costa quería ser obedecido.» Y aun añadía esta inaudita fórmula al pedirles algo: «Lo haréis, so pena de traidores.» ¡Cuán lejos estamos de los tiempos en que el Cid le decía al rey, al rogarle que se volviese con él a Castilla, como imponiéndole condiciones, según canta el romance:

«nin quebrantaría los fueros
que sus vasallos tenían
nin menos que los pechase
más de lo que convenía
y que, si lo tal hiciese,
contra él alzarse podían!»

¡Cuan lejos de los tiempos en que Alfonso X escribió acerca del rey en las *Partidas*: «Que si usare mal de su poderío, que le puedan decir las gentes tirano e tomarse el señorío, que era de derecho, en torticero!» Y cuando llega a imponer al pueblo la obligación de «guardar al rey de sí

mismo, no dejándole hacer cosa alguna que redunde en daño de su cuerpo o de su linaje o de su reino. Los que le dejan errar a sabiendas merecen pena de traidores.»

Ley constitucional fue lo pactado entre las Hermandades generales de Castilla y Sancho IV en 1282, esto es: el derecho de alzarse contra el monarca, cuando cometiese algún desafuero y se negase a remediarlo, y la constitución que cinco años después impuso la Unión Aragonesa a Alfonso III, llamada *Privilegio de la Unión*.

Jamás faltaron ni aun en los calamitosos tiempos del siglo XVII quienes a los reyes expusiesen con franqueza la verdad y el estado de abatimiento de la nación. Hubo consejeros y procuradores a Cortes que, pidiendo audiencia a Felipe IV, con lágrimas en los ojos y en nombre de Dios, le pintaron «los lugares despoblados, los templos caídos, las casas hundidas, las heredades perdidas, las tierras sin cultivar, los habitantes por los caminos con sus mujeres e hijos mudándose de unos lugares en otros, buscando el remedio, comiendo yerbas y raíces del campo para sustentarse», como se escribe del procurador Mateo Lison y Biezma en audiencia de 24 de noviembre de 1622. Un día la reina tomó en sus brazos al príncipe D. Baltasar y se lo presentó al rey llorando y diciendo: «Aquí tenéis a vuestro hijo: si la monarquía ha de seguir así, pronto le veréis en la miseria.» Pero Felipe IV se entretenía en escribir comedias y en hacer el amor a las comediantas.

Los reyes españoles jamás llegaron, con todo eso, al absolutismo de los reyes de otras naciones, como el francés Luis XIV, que dijo: «El Estado soy yo», dando a entender que Francia era para él y no él para Francia, como pide la razón de las cosas. Los reyes son para hacer felices a los pueblos, no para que los pueblos los hagan felices. Semejante idea no la llegaron a tener nuestros reyes, porque las ideas españolas tradicionales les tuvieron a raya y aun les educaron a esta materia Pero ocupados nuestros reyes en sus guerras y política exterior, desatendieron la interior, a pesar de todos los requerimientos de los procuradores. Así se llegó a la miseria más espantosa. En cambio los reyes de Francia, que tan absolutistas ideas tenían, tomaron empeño en robustecer las fuentes de la riqueza pública y Francia fue creciendo a la par que España se hundía y arruinaba.

El procurador Lobón decía que la mitad de los españoles se alimentaban con yerba de los caminos, disputándosela a hambrientos ganados. Las rentas públicas estaban todas empeñadas, las familias abandonaban su casa cuando se acercaban los cobradores de impuestos, los conventos se veían rodeados de mendigos, que tomaban vez durante la noche para esperar la inmunda sopa, brotaban por todas partes infinitos arbitristas que sutilizaban para hallar dinero y remediar la pobreza. De nada sirvieron las gravísimas resoluciones que tomaron Felipe IV y Carlos II, como empréstitos forzosos, la economía de la tercera parte de todos los sueldos, la suspensión de todos los pagos de libranzas, juros, rentas, pensiones, viudedades, la venta de hábitos, destinos, mercedes, honores, la legitimación de hijos espúreos y de los clérigos, el doblar el valor de la moneda y otras medidas, que aumentaban la miseria. Felipe II tuvo que acudir al Papa rogándole que mandase a los prestamistas genoveses que no le cobrasen por sus deudas más interés que el 7 por 100. Felipe III se vio sin poder pagar a sus criados. Felipe IV llegó a poner cepillos en las puertas de las iglesias pidiendo para sus necesidades y hubo quien echó allí la moneda más pequeña diciendo: «Quiero que se sepa que yo he dado limosna al rey de España.» En el archivo notarial de Madrid hay un tomo de memoriales de damas nobles al rey pidiéndole socorros.

Los puertos quedaron desiertos y silenciosos al principio del siglo XVII. Un consejero de guerra le decía al rey en 1611: «Y que esto sea verdad, no lo negarán los que ahora veinticinco años (1586) conocieron y vieron en España más de mil naos de alto bordo de particulares della, que en sólo Vizcaya había más de 200 naos, que navegaban a Terranova por ballena y bacalao y también a Flandes con lanas. Y agora no hay ni una. En Galicia, Asturias y Montañas había más de 200 pataches... y agora no parece ninguno. En Portugal siempre hubo más de 400 naos de alto bordo y más de 1.500 carabelas y carabelones, no hallándose agora apenas una sola nao de particulares en todo aquel reino, sino algunas carabelas de poca consideración. En el Andalucía teníamos más de

400 naos, que más de las 200 navegaban a Nueva España y Tierra Firme... e ya todo se ha apurado y acabado.» El presidente del Consejo de Castilla, Conde de Castrillo, llegó a proponer que se suprimiese la armada, porque de nada servía, siendo un gasto inútil y porque no tenia fuerza para resistir los ataques de los piratas.

A esto quedó reducida la gran marina creada por los Reyes Católicos. Todo fue efecto del desatender las fuentes naturales de la riqueza, la agricultura, la ganadería y la industria, y del no ocuparse los reyes más que en guerras y asuntos de fuera de España.

El año 1600 había en el Obispado de Salamanca 80.384 labradores con 11.745 yuntas de bueyes; en 1619 quedaban reducidos a 14.135 labradores y 4.822 yuntas, más de 80 lugares despoblados y los demás con poquísima gente. En Murcia la riqueza quedó reducida en veinte años a la vigésima parte, habiéndose cortado todas las moreras, porque no bastaba su producto para pagar los impuestos. Utrera había venido produciendo, en años en que la cosecha no era buena, 350.000 fanegas de pan, 240.000 arrobas de vino y de 40 a 50 mil de aceite y había allí labradores que tenían 300 bueyes de arado; pero a últimos del siglo XVI, según Rodrigo Caro, se vio casi sin población, porque faltaban los mantenimientos para sustentarse.

De la industria, la de los buenos lienzos y tapices, tan floreciente a principios de aquel siglo, llegó en el último tercio a punto de que se suspendió el trabajo de muchos telares y se cerraron muchas fábricas. La seda, que había llegado a tener en Toledo 60.000 telares y producía en tiempo de los Reyes Católicos, sólo en Granada, al erario 181.500 ducados de oro, le hizo perder de un solo golpe siete millones de reales en tiempo de Felipe III y en 1651 no quedaban en Toledo más que 5.000 telares, que apenas trabajaban.

Las Cortes de 1594 decían al rey: «La verdad es que no hay ni se puede poner en duda en que el reino está consumido y acabado del todo, sin que haya hombre que tenga caudal ni crédito o casi ninguno; y el que alcanza no es para granjear, negociar ni tratar con él, sino para recogerse a otra manera de vida la más estrecha y escasa que halla, con que pueda conservar pobremente lo que tiene o sustentarse de ello poco a poco hasta que se acabe... De donde viene la universal pobreza y necesidad que hay en todos los estados... En los lugares de obrajes de lanas, donde se solían labrar 20 o 30 mil arrobas, no se labran hoy seis y donde había señores de ganado de grandísima cantidad han disminuido en la misma o mayor proporción, acaeciendo lo mismo en todas las otras cosas del comercio universal y particular. Lo cual hace que no haya ciudad de las principales de estos reinos ni lugar ninguno de donde no falte notable vecindad, como se echa bien de ver en la muchedumbre de casas que están cerradas y despobladas y en la baja que han dado los arrendamientos de las pocas que se arriendan y habitan.» De Madrid escribió el padre Navarrete: «Es cosa digna de reparar el ver que todas las calles de Madrid están llenas de holgazanes y vagamundos, jugando todo el día a los naipes, aguardando la hora de ir a comer a los conventos y las de salir a robar las casas y, lo que peor es, el ver que, no sólo siguen esta holgazana vida los hombres, sino que están llenas las plazas de pícaras y holgazanas, que con sus vicios inficionan la Corte y con su contagio llenan los hospitales.»

A los principios, mientras el espíritu, criado en el reinado de los Reyes Católicos y conforme a la tradición, se conservó en nuestros capitanes y soldados, y mientras la riqueza acumulada dio de sí para los gastos, la victoria coronó las empresas y guerras fuera de España; pero cuando el espíritu aquel se hizo servil e interesable a fuerza de arrastrarse por las antesalas de palacio, y cuando, creciendo los impuestos y desatendido el fomento, se arruinaron las fuentes de la riqueza pública desapareciendo agricultura e industria, se vieron de repente los frutos de aquella política: la nación, cual grandioso edificio, socavado por sus cimientos, se vino de un golpe abajo con estruendo y ruina de todos y España, que imponía su voluntad a toda Europa en el siglo XVI, fue juguete de las naciones europeas en los reinados de Carlos II y Felipe V, que se repartían a pedazos la monarquía a su antojo y desde entonces fue el hazmerreír de los extranjeros.

Todo esto encierra, niños españoles, el nombre de Villalar, comienzo del absolutismo de los reyes y de la política interior y exterior que llevaron a España a su ruina. El absolutismo de reyes extranjeros trajo consigo la pobreza y la ruina de la nación más poderosa de la tierra. El pueblo castellano vio desde el primer momento lo que iba a suceder, y se levantó e hizo cuanto pudo; los grandes apoyaron al emperador. La causa de la derrota de los Comuneros fue la inferioridad de sus tropas, como lo dijo el mismo Padilla: «Como se detuvo en Torres dos meses (el ejército) tuvieron lugar los grandes de allegar gente de a pie y de a caballo, tanta y tan buena, que ovieron la victoria, según la voluntad de Dios.»

Los Grandes, la nobleza se cegó acaso con el esplendor cortesano, que pareció a sus ojos como haz de rayos de esperanza que prometían nuevas glorias y venturas a la patria; el pueblo, con ese instinto de las muchedumbres, claro y certero, que Dios les dio para su conservación, vio lo que debajo de ese esplendor cortesano se encerraba: la servidumbre. La nación hasta entonces unida siempre por un solo pensamiento, lo que hasta entonces se llamó pueblo español, partióse en dos: cortesanos y plebe. Ya no hubo verdadero pueblo en España. Los cortesanos giran alrededor del trono, aguardan las órdenes del señor, aspiran a medrar sirviendo y adulando: el absolutismo queda implantado en España. La plebe, abandonada a su flaqueza e ignorancia, se desentiende de los asuntos públicos, de la política y guerras exteriores que no le interesan, se ve cada vez más desvalida, sus procuradores en Cortes no son oídos, los tributos la empobrecen y la llevan a la miseria.

Así quedó dividida España en Villalar, así venció el absolutismo regio, así se hizo servil la nobleza, así nació la plebe vil. Desapareció el admirable pueblo español de otros tiempos, formado por todas las clases sociales, que no permitía los desmanes ni de los reyes ni de los nobles, que guardaba como la más preciada joya las libertades castellanas, madre de la igualdad social, de la justicia, de la emulación varonil, de los héroes, de la grandeza de ánimo, del valor, de todas las virtudes ciudadanas. Así vino Carlos V a destruir la maravillosa obra de los Revés Católicos. El espíritu que ellos infundieron en España sirvióle a Carlos V para llevar a los españoles triunfantes por Europa y América, para coronar de gloria a la nación: pero aquella gloria fue efímera y pasajera, porque el mismo emperador había cortado sus raíces descabezando en Villalar a los mártires de las libertades castellanas, Padilla, Bravo y Maldonado; dividiendo en dos el pueblo español, entronizando el absolutismo y sacrificando durante su glorioso reinado las fuentes de la riqueza a esas glorias pasajeras.

Las Cortes, reducidas al estado llano, sin el brazo eclesiástico y sin la nobleza, sólo sirvieron ya para votar subsidios al rey, y los procuradores, que no lo eran por nombramiento real, se vendían al soborno. Los Concejos llamados abiertos o asambleas populares desaparecieron, gobernando los pueblos el cabildo o funcionarios oficiales y reales y unos cuantos poderosos que se apropiaban los cargos concejiles y se desentendían de la voluntad de los vecinos siendo verdaderos caciques. Así se desmoronaron las dos columnas de la Constitución española tradicional, mediante el absolutismo y su centralización. Villalar significa el comienzo de la ruina y decadencia de España.

Y notad que en la política moderna continua el mismo Concejo falseado y las Cortes como un falseado Concejo grande, un grupo de diputados que lo son de los partidos, de los grandes caciques, no de la nación. Reina en los pueblos y en la nación la oligarquía absoluta de unos cuantos políticos. Sólo cuando las Cortes y los Concejos sean representación de los pueblos tendrá España un buen gobierno.

Salamanca

66

En poniendo el pie en Salamanca os sorprenderá al punto la mezcla de dos cosas harto desemejantes. Son gente ganadera los salmantinos, visten todavía los más a lo pastoril y no se les oye hablar más que de ganados y dehesas. Y sin embargo se os vendrán a los ojos antiguos monumentos de una arquitectura armoniosa y delicada, clásica y plateresca, del siglo XVI. ¿Qué tienen que ver tales joyas artísticas con los charros ganaderos? Allí hubo algo más que pastores. Y de hecho ¿quién no oyó hablar de la Universidad de Salamanca? Fue la ciudad de la sabiduría, fue y es ciudad de ganaderos. La sabiduría se fue; las obras de arte allí quedan mudas y silenciosas, porque no tenían pies para irse. Sólo quedan los ganaderos, la gente que siempre crió la tierra. El alma española se manifiesta aquí a dos visos: el uno reflejando algo permanente y duradero, el otro algo debido a los tiempos. Lo primero es cosa de abolengo entre salmantinos y españoles: la vida pastoril. Vivían, antes de venir los romanos, de pastorear abundantes rebaños en las dehesas, bosques y montes, que cubrían la península.

Ved esos arrogantes mocetones, vestidos de calzón corto y chaquetilla ajustada de paño o terciopelo negro, negra media, caperuza o montera de piel y la *vaca*. La vaca es lo que distingue a los ganaderos salmantinos; lo demás del traje es común al resto de España. Es ancha faja de fuerte cuero, ceñida a la cintura y pechos. Toda la provincia está llena de dehesas, de robustas encinas y robles seculares. La matanza del cerdo es la gran faena de las mujeres y el preparar jamones, chorizos, longanizas y sabrosos *farinatos*.

Vida sana, sencilla y alegre la del pastor. Los días de fiesta los veréis bizarreándose con sus gruesas botonaduras de plata en el corro, cuando bailan con las mozas, sanas y coloradas, vestido su justillo, su manto corto de hierbas, su corto zagalejo verde o amarillo o colorado, sus ricos collares, sus grandes zarcillos, sus patenas de oro colgadas del cuello. Y es de ver la gala con que rebullen y menean los pies ellos y ellas al danzar y la fresca alegría que se pinta en todas las caras y el regocijo que vuela entre los danzadores, que a veces son una pareja o todo el corro a la vez y el pueblo entero, que llena la plaza del lugar.

La liebre, el conejo, toda caza abunda en aquellas dehesas. La perdiz está como la liebre, a la puerta de casa en saliendo del poblado. El alimento de los salmantinos es recio y sano y cría una raza robusta y alegre. La vida pastoril engendra costumbres sencillas y naturales y cría temperamentos apacibles, honrados, bondadosos. La soledad de los campos ensancha el espíritu, explaya los afectos, agranda los corazones. La paz serena, el sosiego de los árboles, de las reses, del cielo, se retrata en el alma de los pastores, que viven en continua comunicación con la naturaleza. Los artificios y artilugios urbanos, la astucia de las grandes aglomeraciones en las ciudades, el fingimiento, la raposería, la picardía, que acarrean los apuros del vivir y el trato con todo linaje de gentes, plagas son desconocidas en los campos entre pastores, que tienen asegurado el sustento y acompasadas las faenas, sin temores del día de mañana. Tal es la vida pastoril de Salamanca y es de creer lo fuera comúnmente de toda España en los primeros tiempos.

67

Los poetas urbanos, cansados de la vida artificial de las ciudades, pintaron esta vida pastoril como bienaventurada y placentera en sus églogas y poesía bucólica que llaman, aunque falseada por mirarla desde lejos sin tratar a los pastores. Pero hubo otra poesía bucólica popular, hecha por gentes que conocían y vivían la vida pastoril. En ella se inspiraron Juan del Encina, natural de La Encina, cerca de Salamanca, que en tiempo de los Reyes Católicos compuso églogas de Navidad, haciendo hablar y cantar a los pastores de carne y hueso de la casa del duque de Alba, a cuyo servicio vivía. De esta manera comenzó el teatro español, del cual fue fundador este célebre músico y poeta. Siguiéronle Lucas Fernández, salmantino; Gil Vicente, portugués; Torres Naharro y Diego

Sánchez de Badajoz, ambos extremeños. El teatro se cultivó, pues, en tierras de pastores. Salamanca y Extremadura, y los salmantinos sobresalieron en la égloga pastoril y auto religioso, mientras que los extremeños prefirieron la farsa profana. Así responde la literatura al vivir de la tierra donde se cultiva. Renovóse el género pastoril en el siglo XVIII en Salamanca, donde florecieron Iglesias de la Casa, Meléndez Valdés y Diego Tadeo González.

A fines del siglo XIX Gabriel y Galán, nacido en Frades de la Sierra, provincia de Salamanca, y que fue maestro de escuela queridísimo de sus discípulos, vivió de 1870 a 1905. Es de los más grandes poetas castellanos y ¿dónde creéis que aprendió a serlo? Él os lo dirá:

«de las guapas
tonás de mi tierra,
continas y dulcis,
que paecen zumbíos de abejas.»

Aprendió de *Los pastores de mi abuelo*, como titula él una poesía, «buscando en sus sentires algo bello que decir», y todo lo canta allí, donde declara su criterio estético o gusto poético, que es enteramente popular, el mismo de aquellos campesinos, «que la vida buena vieron y rimaron el vivir.» Compuso sus obras unas en castellano corriente, otras en el dialecto de su tierra.

Gabriel y Galán debe ser muy querido de los niños españoles, no sólo porque fue bondadoso maestro, sino muy castizo en sus poesías, cantando el alma castellana, la vida campesina y pastoril de Salamanca, el amor a la madre, a la esposa y a los hijos, el hogar familiar, en una palabra, y todas las virtudes campesinas y caseras.

68

El amor al hogar, niños españoles. El hogar, que acaso no habéis conocido y cuyo recuerdo nos encanta a los que lo disfrutamos en nuestra niñez. Aquel hogar bajo y con sus escaños de alto respaldar, donde en tomo a la lumbre de leña chisporroteadora se juntaba la familia y los criados, las largas veladas de invierno, en la vasta cocina, y mientras las mujeres hilaban, los hombres descansaban de las fatigas del día y contaban cuentos y noticias y leían para todos. Aquel hogar que no sólo los cuerpos, pero que calentaba todavía más las almas fomentando el amor mutuo de la familia y entre amos y criados, robusteciendo la sociedad familiar, fundamento de la sociedad civil, se ha desquiciado ya en las ciudades, ha desaparecido. La gran cocina antigua, el hogar, la ancha chimenea de campana, donde colgados se curaban chorizos y jamones, los cariñosos escaños donde el abuelo achacoso o la enferma abuela cenaban, todo ello se fue de las casas modernas, donde la cocina alta con fogón de carbón de piedra sólo sirve para que guise la que ahora llaman servidumbre. Desapareció el hogar y los hombres se van al café o a la taberna, las mujeres salen de visita o a tiendas, los criados, apartados de los amos, murmuran contra ellos y se afilian a sindicatos enemigos de amos y patronos.

Desapareció así la familia, la vida casera y en cambio los cafés, las tabernas, las calles, se ven atestadas de gentes. Los lazos familiares se aflojan: cada uno se va adonde le llama su distracción. Relájase la unión de los esposos, flaquea el cariño mutuo de padres, hijos y hermanos, y los que, a la española, se llamaban *criados* por haberse criado como si fueran de la familia, se llaman, a la europea, *servidumbre*, como si fueran siervos, servidores, como siervos son tratados y ellos se rebelan, se aunan entre sí, contra amos y patronos y se convierten en los más dañinos enemigos de la casa. El hogar desaparece en España, fuente de venturas sanas y sostén firmísimo de la sociedad.

¿De dónde vino tal mudanza? De fuera de España: son cosas venidas de Francia. No hay más que ver de dónde viene el llamar servidumbre a los criados, no hay más que ver de dónde vino el fogón a la francesa. La familia española está desapareciendo y con ella las costumbres santas, el verdadero amor, que es el de la familia. La disolución de la familia y la conversión de criados en servidumbre, esto es, del mutuo amor en indiferencia o en odio entre los miembros de la familia y

entre amos y sirvientes, causa de las revoluciones sociales, no nació en España; vino de fuera. Ya no hay hogar español; hay fogón francés, hay chapa, fría chapa.

En los pueblos de Castilla hay en la cocina o junto a ella un como estrado alzado un palmo del suelo, calentado por debajo con el aire que le llega del hogar. Llámanlo *la gloria*. Allí, a la castellana, *se está en la gloria* durante el invierno; la gloria para los modernos habitantes de las ciudades está, a la francesa, fuera de la casa, lejos de la familia. ¡Se quebró el más dulce encanto de la vida! Como entre sueños lo recordamos. Ya no volverá. Hasta el brasero familiar, hasta la familiar camilla, que le sustituyeron en las ciudades, han desaparecido. Ahora en casa cada cual vive apartado en su habitación, solitario, y en saliendo fuera todo el trato es con gentes extrañas e interesadas, con mercaderes, personas de negocios, subordinados o superiores, y la indiferencia, la desconfianza o el odio, la lucha continua por la vida, han tomado el lugar del amor, de la amistad, de la confianza; los casinos o pequeñas casas, los clubs y bares (horribles palabras) han venido en vano a sustituir a la casa, al hogar dulcísimo de antaño.

Todo esto os enseñará lo que es la tradicional familia española y os encariñará con la vida casera y acrecentará en vosotros el amor comunicativo y confiado que debéis a vuestros padres y hermanos y que habéis de extender hasta a vuestros criados, tratándolos, no como a servidumbre extraña, sino como a parte de la familia. Tal fue siempre el espíritu de los españoles.

Feliz de aquel, además, que pueda vivir la vida sosegada y suavísima del campo o de la aldea, contento con los goces que la madre tierra sabe dar con larga mano a los que buscan la dicha en la sencillez del vivir, en la abierta naturaleza, lejos del pudridero de las ciudades. Feliz del que comprenda y practique lo que encierran aquellos versos de fray Luis de León:

¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido
y sigue la escondida
senda por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido!

Libre de ajenos cuidados, solitario al parecer, entrará en dulce comunicación con la naturaleza, entenderá sus calladas voces, oirá los arcanos que ella le descubrirá. Es hechura de Dios, no del artificio de los hombres. Los árboles, las hierbas, los animales, el agua que corre, el viento que sopla, los montes que se yerguen, las llanuras que se dilatan, las hoces que se estrechan, el cielo estrellado, la luna plateada, el sol abrasador, el silencio de la noche, la alegría del alborear, la serenidad del atardecer, todo le hablará con voces nunca antes oídas, que parecen salir de la escondida e inmensa eternidad, de cuyo seno salieron, del seno de Dios, fuente manantial de todo lo creado, mar sin riberas, donde toda la naturaleza tiene puestos sus ojos y adonde lleva al alma que la contempla con sencillez y reposo. No hay para levantar los pensamientos, para sosegar el espíritu, para subir hasta Dios, como la soledad, el sosiego, la serenidad de la vida del campo. ¡Con cuánta razón cantó Gabriel y Galán!

Y tú, vida serena
de la blanca alquería,
de artificios vacía
y de vigores naturales llena…
Tú, soledad amena
del encinar cargado de reposo,
donde flota un ambiente religioso
que de dulzor, oh alma, te enajena,
y un bienestar sabroso
que a ti, mortal escoria, te encadena
al placer de un vivir tan deleitoso…
Tú, feliz compañía

de la fe, del amor y del trabajo,
las tres que el alma mía
virtudes altas a la vida trajo...
Tú, silencio elocuente
que en el del campo bienhechor asilo
hablas grave y severo,
sabio maestro del pensar prudente,
padre fecundo del amor tranquilo,
fiel confidente del sentir austero...
Y tú también, jugosa poesía,
de este rico soñar del alma mía,
de este vivir en el hogar templado,
de este cantar en la alameda oscura,
de este dormir en el regazo amado
de la conciencia pura.
que amula el sueño del varón honrado...
¡Dejadme respirar esta frescura
de vuestro ambiente que a vivir convida,
que yo quiero vivir y ésta es la vida!
Y vosotros, los anchos horizontes,
los blancos caseríos,
los valles y los montes,
las fuentes y los ríos,
los áridos y grises labrantíos…
la sombra de la encina,
la música del aire dulce y queda
y el cantar de la honrada golondrina
y el ruidoso hojear de la arboleda…
el agua de la poza cristalina,
las guindas de mi huerto delicioso,
sus ricos toronjiles y albahacas,
el pan de mis pastores tan sabroso,
la leche vaheante de mis vacas…
¡Regaladme con goces repetidos,
que os esperan abiertos mis sentidos!
Yo admiro la hermosura,
la soberana esplendidez grandiosa
que augusta ostenta sobre sí Natura;
pero ella es criatura,
no puede ser mi diosa;
y aunque canto postrado de rodillas
delante de sus grandes maravillas
que son del mundo hechizo,
yo sólo adoro en ella
la mano soberana que la hizo…
¿Y quién no besará la mano aquella
que ha sabido crear cosa tan bella?

69

Os dije que parecía extraño hallar en ciudad de ganaderos y en tierra de dehesas y pastores, como lo es Salamanca, monumentos antiguos tan hermosos, que todavía quedan para decirnos que fue en otro tiempo la ciudad de la sabiduría y del Renacimiento clásico. Vayamos a la Universidad, que ella sola nos lo dirá todo. Ved esa fachada. ¡Qué armonía en el conjunto, qué finura de dibujos y filigranas en los pormenores! Ved qué arcos tan lindos los de la puerta y qué molduras, qué columnitas. Encima, en el centro, los bustos de los Reyes Católicos, y una inscripción griega, arriba, en bajo relieve el Papa concediendo privilegios a la Universidad. Notad el estilo arquitectónico. ¿No os parece que se asemeja al de los adornos y escenas de algunas bandejas de plata repujadas y cinceladas que habréis visto? Pues los artistas quisieron labrar como la plata esa piedra tan limpia y llamaron a esa labor estilo plateresco. Es estilo español de la primera época del Renacimiento clásico y clásicos son los dibujos y adornos.

Y ¿qué es el Renacimiento? Es el estudio e imitación de las bellas artes, letras y ciencias que tuvieron los antiguos griegos y romanos, pueblos de gran cultura y de fino gusto, de quienes heredamos la civilización. Cuando los bárbaros del Norte se echaron sobre el Imperio romano en el siglo V después de Cristo, destruyeron y arrasaron ciudades, bibliotecas, monumentos y libros. Vinieron siglos oscuros, en los que eran pocos los que sabían leer; los más eran monjes, que en sus conventos guardaban algunos libros. Nadie sabía el griego, los clérigos entendían medianamente el latín. Todo era guerras con los moros y no había vagar para estudiar ni leer. Poco a poco fue levantándose la cultura y el gusto literario y artístico. Primero en Italia en el siglo XIII volvió a gustarse de las letras latinas y en la segunda mitad del siglo XV, los griegos que a Italia pasaron, huidos de Constantinopla, que había caído en poder de los turcos, llevaron manuscritos griegos y despertaron la afición a las letras y artes de los griegos antiguos. Este despertar de los estudios de entrambos pueblos, que se llaman clásicos, es el Renacimiento clásico y fue en España sobre todo en tiempo de los Reyes Católicos, que mandaron labrar esta hermosa fachada plateresca.

La fundación de la Universidad es mucho más antigua, pues la fundó Alfonso IX de León en 1200 y desde entonces creció y cobró fama la ciudad de Salamanca. Fue en España hasta el siglo XVIII el centro del saber. Sus teólogos fueron los mayores del mundo. Entrad conmigo en la Universidad. Esta aula o clase oscura y pobre se conserva tal como estaba cuando el famoso fray Luis de León enseñaba aquí. En estos pobres bancos se sentaron los hombres más sabios de España, cuando venían aquí a aprender. Con letras de oro debieran escribirse sobre la portada de esta Universidad los versos aquellos de Gabriel y Galán:

Fui fragua del pensamiento,
yunque del entendimiento,
levadura de la vida,
brújula en mar turbulento,
sol de la patria querida.
Sol cuya rica influencia
bajó sobre la opulencia
de los tronos y fue ley:
que el alcázar de la ciencia
más alto está que el del rey.
Ahora lacrimosos coros
me afligen con tristes lloros,
diciéndome que soy ruinas,
que soy hueco de tesoros,
jirón de edades divinas.
Sombra augusta y venerable,
muerta gloria inolvidable,

vieja majestad caída,
triste membranza adorable,
puesta de sol dolorida.

Hubo además cuatro Colegios Mayores, cuatro de las Ordenes Militares, veintiún Colegios Menores, dos Seminarios y muchos conventos, iglesias, palacios. El más célebre es el convento de San Esteban. Ved su preciosa fachada plateresca. Ese busto de la iglesia es de fray Diego de Deza, que apoyó a Colón en 1486 con los otros sabios de Salamanca. Esta placa del claustro conmemora a fray Diego de Soto, famosísimo teólogo del Concilio de Trento. A principios del siglo XVI había en Salamanca, según Antonio Agustín, nada menos que cincuenta imprentas, y ochenta y cuatro librerías, y en 1569 había en la Universidad setenta cátedras y unos ocho mil estudiantes, que años hubo llegaron hasta doce mil.

70

Largo sería quereros mostrar adonde llegó durante el siglo XVI la ilustración de Salamanca, Alcalá, de España entera. Baste decir que Alfonso V de Aragón brilló por su ilustración en Nápoles, rodeándose de sabios y literatos italianos y españoles, siendo su Corte dechado de cultura y de saber en la misma Italia, la nación más ilustrada de entonces. No hay escritor italiano que no haga resaltar la diferencia que había entre los españoles y los de las demás naciones en punto a cultura y manera de conducirse en Italia. Mientras los alemanes pasaban delante de las obras de arte como si no les importasen, yéndose derechos a las tabernas, y los franceses robaban cuanto les venía a las manos para convertirlo en dinero, saqueando museos y bibliotecas, los españoles, los más aun siendo soldados, asistían a los estudios, academias, universidades y muchos pasaban a Italia sólo para aprender, sobre todo los pintores, que todos los nuestros se formaron allí. Dejaron huellas de increíble barbarie los franceses dondequiera que pusieron el pie, destrozando y saqueando, como cuando entraron en Bolonia el año 1511, que destruyeron la magnífica estatua de Julio II, obra de Miguel Ángel, que había costado 5.000 ducados de oro; y en los pocos días que estuvieron en Nápoles, que destrozaron la biblioteca que con tanto afán y gastos había logrado recoger Alfonso V de Aragón, y lo mismo la famosa biblioteca creada por Cosme de Médicis en Florencia. En siete días que duró el saqueo de Pavía el año 1527 robaron y desbarataron lienzos, estatuas, libros y manuscritos de la catedral y de las bibliotecas y casas particulares. Ni aun en el saco excepcional de Roma hicieron los españoles más que humillar la soberbia del Papa, mientras franceses y alemanes se entregaron a la destrucción y al robo y a la más desenfrenada lujuria.

La ilustración del pueblo en España se ve manifiestamente por las comedias, sermones, libros ascéticos y novelas, obras todas para el pueblo, donde se trata de teología, filosofía, ciencias, historia, antigüedades, de suerte que abarcan un conjunto de conocimientos que prueban gran ilustración en los lectores y oyentes. La nobleza española desde los Reyes Católicos, y aun antes, se daba tanto a las letras como a las armas, y Erasmo la propone como modelo de cultura. Las letras cuentan con grandes nombres de nobles, autores de excelentes libros y, además de los poetas renombrados pertenecientes a la nobleza, los manuscritos de nuestras bibliotecas están llenos de poesías hechas por nobles o para las casas de la aristocracia. Dice Paulo Jovio que no era tenido por noble en España el que no mostraba amor a las letras. A ellos se deben sobre todo las muchas universidades, escuelas y estudios fundados entonces hasta en el último villorrio. Los más distinguidos tenían en sus casas academias o tertulias literarias. «Entre las academias que había de varones ilustres en el tiempo que yo seguí la Corte de aquel invictísimo César, dice Pedro Navarro, era una, y no de las postreras, la casa del notable y valeroso Hernán Cortés, engrandecedor de la honra e imperio de España. Cuya conversación seguían muchas personas señaladas de diversas profesiones, por su gran experiencia y hechos admirables, especialmente el liberal cardenal Poggio, el experto dominico Pastorello, arzobispo de Caller; el docto Domingo del Pico, el prudente D. Juan Destúñiga, comendador mayor de Castilla; el grave y cuerdo Joan de Vega, ínclito D. Antonio de Peralta, marqués de Falces, D. Bernardino su hermano... Las materias que entre estos insignes

varones se trataban eran tan notables, que si mi rudo juicio alcanza alguna parte de bueno, tuvo de ellas principio; tanto que en 200 diálogos, que yo he escrito, hay muy pocas cosas que en esta excelente academia no se hayan tocado... Quien llegaba postrero a la plática había de proponer la materia de que se había de tratar aquel día que era bien disputada y decidida.» De aquí salió la costumbre de celebrar todos los sucesos notables de la vida con academias y veladas, a las que asistían los hombres eminentes en ciencias, letras y armas y consérvanse publicadas infinitas.

Cuanto a las escuelas, eran muchas y el maestro muy considerado. Tenía casa costeada por el municipio por enseñar a los pobres y cobraba por concierto de los ricos. Mientras tanto en Francia se obligaba al maestro a servir de criado del municipio, a desempeñar el cargo de pregonero y a limpiar las letrinas, y en Italia a barrer la iglesia, cuidar de la sacristía y aun a servir en la casa del cura. Fueron desconocidos en España los castigos, que después inventaron los frailes, como se quejaron los maestros diciendo que, como no tenían hijos, no sabían lo que era este amor de los hijos ni conseguían con ellos sacar mayores ventajas en los discípulos.

71

La mejor prueba de la ilustración de los españoles es la manera como acogieron la imprenta, mientras la perseguían en otras naciones. Y esto os parecerá increíble; pero nada más cierto. La Universidad de Lovaina, en Flandes, que fue la que hizo el primer índice de libros prohibidos, logró que fuesen perseguidos los impresores, los cuales se acogieron a España y a otras partes. La Sorbona de París pidió al rey la abolición del «arte peligroso de la imprenta». Fueron desterradas muchas familias en Francia por dedicarse «al arte maldito» y Francisco I, entre otras muchas víctimas, mandó quemar al gran humanista Roberto Estienne, por el crimen de haber puesto en números arábigos los versículos de la Biblia. El pueblo francés seguía detrás de estos desgraciados, llevándolos a la hoguera y gritando: «¡Mueran, mueran!» Los que tanto claman contra la Inquisición española, nada nos dicen de estas cosas. ¿A qué humanista u hombre de letras quemó la Inquisición española? Ni a uno solo.

En cambio la reina Isabel, por carta orden dada en Sevilla, año 1477, declaraba a Teodorico, alemán, franco de alcabalas, almofarijazgo y otros derechos, «por ser un gran impresor, por traer libros a España con peligro de la mar y por ennoblecer nuestras librerías». Tampoco nos dicen nada de esto los que claman contra la Inquisición española. ¿Qué rey de Europa dio orden .semejante? El año 1480, y eso a petición de las Cortes, firmaba la reina Isabel la célebre pragmática eximiendo de toda clase de derechos la introducción de libros extranjeros en España. ¿Qué nación hizo otro tanto? Siglos pasaron antes de que imitaran a España en esta muestra de cultura. Todos nuestros escritores bendijeron la imprenta, mientras en Europa se llenaban con ella de terror, como si fuera cosa del demonio. Tampoco nos dicen nada de esto los que hablan contra la Inquisición.

Hay más: el papa quiso no hubiese otra imprenta que la de Roma dirigida por hombres de varias naciones, para evitar se imprimiesen libros perniciosos. Aceptó Francia el pensamiento; pero nuestro embajador escribió al rey diciéndole que se opusiesen las universidades y que no cediese a los requerimientos de la carta que recibiría de Roma, mirando así por la independencia y libertad de la imprenta. Tampoco nos recuerdan nada de esto los que nos aturden y llenan las orejas con la dichosa Inquisición española. De esta manera alcanzó la imprenta en España una baratura que no tuvo en ninguna parte, hasta que Felipe II le puso trabas y la encareció, yendo contra el sentir de la nación. Así se distingue también la hermosa estampación del siglo XVI de la ruin y fea del siglo XVII.

72

Vamos ahora a ver las catedrales de Salamanca, que son dos. La vieja, fundada en 1102 por el conde Raimundo de Borgoña y acabada un siglo después, es del llamado estilo de transición. Sus recias paredes son de tres metros: el cimborrio, llamado la torre del gallo por su veleta, tiene cuatro

cubos, cuatro espadañas o frontones y el remate piramidal está cubierto con escamas de piedra. Por dentro, el cimborrio y columnas son de estilo bizantino. Por demasiado pequeña para la población, quisieron los Reyes Católicos levantar otra gran catedral junto a ella y se encargó la obra en 1509 a Antonio Egas y Alonso Rodríguez: pero no se trabajó en ella sino desde 1513, dirigiéndola Juan Gil de Ontañón y con muchas interrupciones llegó a acabarse el año 1733. Ofrece por tanto variedad de estilos, el gótico florido, el plateresco, el barroco. Tiene 102 metros de largo por 50 de ancho y 38 de alto. La casa de La Salina, de estilo plateresco, la de Las Conchas, la de Doña María la Brava, la de Garcigrande; los palacios de las Cuatro Torres, de la Conquista, de los Maldonados, de los Abarcas, de Monterrey; las 25 iglesias parroquiales, los muchos conventos, el inmenso Seminario o Colegio de la Compañía de Jesús, la Torre del Clavero, son los demás principales monumentos de esta ciudad. Los franceses arruinaron casi la tercera parte de ella, por donde ahora se ven esos escampados hacia el Colegio de San Patricio.

El Renacimiento clásico se respira hasta en el aire, debajo de este cielo claro y sereno. La clara y fina piedra de tanto monumento ha tomado con el tiempo un color y pátina ambarina que tira a dorada. El estilo que señorea es el plateresco, tan señoril y aristocrático, tan delicado y elegante. La plaza Mayor, cuadrada, de las mayores de España, es del siglo XVIII. Bajando al río Tormes veréis el grandioso puente romano de 27 ojos y 500 pasos de largo.

73

Francisco Vázquez de Coronado nació en Salamanca, fue gobernador de Nueva Galicia en Méjico y con 250 españoles el año 1540 fue a explorar hacia el Norte el territorio de Kansas, hoy de los Estados Unidos, y descubrió muchas tierras, caminando durante tres meses con toda suerte de trabajos, hasta que de enfermo tuvo que volverse. Fue el que más se adelantó por aquellas interminables sabanas. También Hernando de Alarcón navegó el año 1540 por el río Colorado hasta Great Bend, que hoy dicen, y Juan Rodríguez Cabrillo exploró la costa de California hasta cien millas más al Norte de donde tres siglos después se fundó la ciudad de San Francisco.

En Salamanca nació D.ª Beatriz Galindo, apodada *la Latina*, por el gran conocimiento que tuvo del latín, que se lo enseñó a la reina Isabel. Gastó sus caudales en obras benéficas, como el hospital de Madrid llamado de La Latina y un colegio de doncellas pobres, que dirigió hasta su muerte, año 1535.

Al salir de Salamanca se ven les tesos y el pueblo de los Arapiles, donde ingleses y españoles derrotaron a los franceses en 1812. Ciudad Rodrigo tiene hermosa catedral románica del siglo XII y señoriales palacios. Fue patria del poeta Cristóbal de Castillejo, del siglo XVI. Alba de Tormes tiene buen puente y basílica de Santa Teresa, donde se venera su cuerpo. Béjar es famosa por sus fábricas de paños. Allí nació Andrés Docampo, el hombre que más ha caminado por tierras de salvajes, con los consiguientes padecimientos. Cabeza de Vaca recorrió 10.000 millas inglesas, según un norteamericano; pero Docampo pasó de las 20.000 y sus andanzas duraron nueve años. En el territorio de Kansas cogieron los indios a fray Juan de Padilla y le asaetearon. Fue el primer mártir americano. Escapóse de los indios por entonces Docampo con algunos mejicanos: pero a poco calleron prisioneros de otros indios que los tuvieron diez meses como esclavos. Les pegaban y mataban de hambre y los empleaban en trabajos incomportables. Lograron escapar y anduvieron errantes ocho años, solos y sin armas, de un lado para otro por aquellos llanos, padeciendo indecibles peligros y privaciones. Llegaron por fin a Tampico, al sur de Méjico.

En Castrillo de Duero nació en 1775 el célebre guerrillero de la guerra de la Independencia, Juan Martín Díaz, conocido por *El Empecinado*, cuyas hazañas y valor corrieron por toda España y ponían espanto a los franceses. Fue condenado a morir en la horca el año 1825 por aquel desdichado rey llamado Femando VII, el Deseado, por quien el pueblo español derramó su sangre durante los diez años de guerra con los invasores franceses y que no supo aprovechar su triunfal vuelta para hacerlos felices, por no comprender el alma española, independiente y leal a sus reyes,

agradeciéndoles tanta lealtad con el más feo de los absolutismos. «¡Por traidor a la patria!» condenó a la horca al *Empecinado*, uno de los mayores defensores de ella.

REINO DE CASTILLA LA VIEJA

Burgos

74

La historia de Burgos, cabeza de Castilla, podemos leerla entrando por el *Arco de Santa María*, hecho de 1536 a 1552 en desagravio a Carlos V por haber tomado contra él parte en la guerra de las Comunidades, recordándole a la par las glorias burgalesas. Encima del Arco está la estatua del emperador entre las del Cid, Fernán González, Diego Porcellos, Laín Calvo y Nuño Rasura.

En la antigua *Bardulia* de los iberos, a la banda meridional de los montes Cantábricos, hubo un chico rincón, como dice el viejo cantar, cuyos mojones eran Hitero de la Vega por la parte de León y Oca por la de Navarra. Tierras frías, ásperas y duras, sólo dan cereales, miel y hierbas para el ganado. En los primeros tiempos de la reconquista las alturas se veían coronadas de castillos, que en latín se dicen *Castella*, de donde el nombre de Castilla. Ese chico rincón, cabalmente por el áspero y duro vivir que llevaban la tierra y el clima, había de criar varones tan esforzados, tan sanos y recios de cuerpo y alma, que con sus portentosas hazañas lo agrandarían poco a poco, y lo que primero fue pequeño condado vendría a ser gran reino, ensanchándose como los cercos que se hacen en tomo de la pedrezuela que echáis en tranquilo lago, uno tras otro cada vez mayores. El nombre de Castilla resonará con admiración y espanto de las gentes en los últimos confines del mundo. Tanto puede la virtud y el valor, la grandeza de alma de los hijos de un pedazo de tierra, por chico, áspero y pobre que sea.

Entre los condes que por allí hubo al principio de la reconquista, el más conocido es Rodrigo, poblador de Amaya el año 860 por orden del rey Ordoño I. Su hijo Diego Rodríguez Porcellos, que tiene estatua en el Arco de Santa María, fue quien por orden de Alfonso III fundó el año 884 la ciudad de Burgos. De la justicia estaban encargados en tierras de Castilla dos jueces y de ellos son famosos Nuño Rasura, de quien desciende el conde Fernán González; y Laín Calvo, de quien desciende el Cid Campeador.

75

Antes de hablar de estos héroes visitemos la catedral, fundada en I22I por San Femando y cuya construcción duró 300 años. Las dos torres de 84 metros, rematadas en pirámides de florida y delicada labor, fueron obra de Juan de Colonia. No hay cosa más elegante, esbelta y armoniosa. El rico cimborrio octogonal sobre el crucero se acabó en 1567. Hermosa es la fachada principal y el interior hace grandioso efecto por su altura, claridad y largura de 80 metros, sin contar la preciosa capilla del Condestable que está detrás del presbiterio. En el castillo, hoy ruinoso, vivió el conde Fernán González. Hay en Burgos otras magníficas iglesias, como San Nicolás y San Esteban; pero debemos visitar con particular respeto Santa Águeda o Santa Gadea, porque fue testigo de la entereza castellana. En ella tomó el Cid juramento al rey Alfonso VI sobre que no había tenido parte en la alevosa muerte que a su hermano y predecesor el rey D. Sancho había dado, al pie de los muros de Zamora, el traidor Vellido Dolfos. Grande amor a la justicia y grande entereza e independencia son menester para atreverse a pedir al que va a ser rey tan terrible juramento, como canta el romance:

Las juras eran tan fuertes,
que al buen rey ponen espanto.

Que le maten villanos y no de Castilla, con aguijadas y cuchillos cachicuernos y no con lanzas ni puñales dorados, por las aradas y no en poblado, que le saquen el corazón..., si no dijere la verdad.

Los que a tanto se atreven varones son esforzados, libres e independientes, merecedores de ser señores del mundo. Y tales fueron los castellanos y en particular el Cid. Ya os he dicho que mientras hombres tan magnánimos criaba Castilla, fuera de España el feudalismo, no sólo de los reyes, pero de cualquier señor, tenía en servidumbre incomportable a sus vasallos, siendo señor de sus vidas y haciendas. Porque no turbasen el sueño del señor que dormía en el castillo, se pasaban la noche los tristes villanos apaleando las lagunas por acallar a las ranas. En Castilla se servía al rey con lealtad inquebrantable; pero no como esclavos, sino como hombres libres que sabían cumplir su deber y exigían el cumplimiento del suyo a reyes y señores. Este fue el espíritu de la política española cuando había españoles dignos de tal nombre. Ya no hay hombres de la entereza del Cid. Hasta algunos, que se llaman intelectuales, han gritado que se eche doble candado a su sepulcro y no nos acordemos más de él.

76

En las afueras de Burgos se levanta la Cartuja de Miraflores, fundada por D. Juan II, cuya sepultura y la de su esposa, de maravillosa labor, mandó labrar su hija Isabel la Católica. También está en las afueras el Monasterio de las Huelgas, lugar de huelga y recreo de los reyes de Castilla, que Alfonso VIII convirtió en convento de monjas, que tenían que pertenecer a la nobleza. Allí se admiran los preciosos mausoleos de aquel rey y de su esposa. Su primera abadesa fue D.ª Constanza, su hija. El rey Alfonso XI, después que se armó caballero en Santiago de Galicia, año de 1341, vino a Burgos, donde hizo grandes festejos, se coronó en las Huelgas y armó a 152 caballeros por su mano. Entonces instituyó la Orden de Caballería de la Banda, que profesaban servir y defender y guardar toda cortesía a las mujeres, conforme a las leyes de caballería y tradicional costumbre española, que siempre después se ha tenido muy en cuenta y de ello se precia todo buen caballero español. Y vosotros desde niños habéis de criaros con este ahidalgado espíritu de respetar y servir a las niñas, porque son más delicadas y sensibles y tienen menos fuerzas que los muchachos. No hay cosa más fea e indigna de un niño bien criado que el propasarse y molestar en sus juegos a las tiernas niñas.

Tienen fama los españoles de ser caballerosos, de sentimientos nobles y modales corteses y galantes. De ello hacían voto los caballeros de la Banda. En el siglo XV distinguióse por estas cualidades la elegante Corte de D. Juan II y de sus sucesores. Por eso abrazaron con tanta afición las leyendas caballerescas, que como en el reinado de los Reyes Católicos publicase Montalvo el *Amadís*, la más famosa de las novelas de caballería, durante el siglo XVI se publicaron otras muchas, que se copiaron fuera de España. De fuera había venido este género novelesco con los disparates que no ajustaban al realismo español; pero la caballerosidad encajaba al justo en nuestra manera de ser. Cervantes en el Quijote acabó con los disparates literarios de tales libros; pero pintó en el héroe el dechado de la caballería, los sentimientos nobilísimos y la cortesanía más acabada. España se apropió la extranjera novela caballeresca y de aquí se derramó a toda Europa, porque la tierra de la cortesía y caballerosidad era España.

Llevaron nuestros soldados a Italia la cortesanía caballeresca. Se combatían conforme a sus leyes en singulares combates con los franceses y se portaron como caballeros hasta con los vencidos. Es notable la diferencia que había entre ellos y los soldados franceses, que dondequiera que entraban se entregaban al saqueo y lo arruinaban todo, como en Capua el año 1501, donde destruyeron cuanto encontraron y mataron 7.000 personas. En el mismo saco de Roma, en los desórdenes y abusos de Milán, en medio de los horrores de la guerra, no se complacían los nuestros en la lujuria ni en el escándalo, no se entregaban, como los franceses y los alemanes, al vino ni a comprar por sistema los placeres y el favor de la mujer; muy al contrario, la conquistaban o

mataban caballerosamente a sus rivales. Nunca contribuyeron a la prostitución, que dominaba en toda la vida pública italiana. Por eso se sentían allí los españoles como superiores y más dignos que la gente de aquella nación y, mirando con desprecio tal rebajamiento de costumbres, natural era se tuviesen en más que ellos. De aquí la altanería que les achacaban. Fueron aventureros, atrevidos, batalladores, acuchilladizos, altivos; pero nobles, caballeros y generosos. Eran modelo de cortesía, de finura, de elegancia. En Roma, Nápoles y Milán era proverbial la delicadeza en el trato de los españoles y ellos introdujeron costumbres aristocráticas y fórmulas delicadas de etiqueta en la lengua italiana. Copiaron los italianos nuestras fórmulas sociales, nuestros saludos, y así dice Cantú que «las costumbres en la época del Galateo eran groseras, aunque ya comenzaban a modificarlas la etiqueta y las ceremonias españolas». Y Boccalini añade: «En la forma, en lo exterior, todo es en los españoles gentileza, todo se resuelve en cumplidos», y compara las palabras de los españoles, por su finura, con las de una princesa. Les chocaba mucho el que nuestros grandes capitanes tratasen a los soldados españoles de «señores soldados» o de «amigos» y que Gonzalo de Córdoba tuviese abierta la puerta hasta al último soldado y a la plebe italiana, cuando los barones napolitanos no se dignaban contestar a sus palabras ni a sus saludos. Era la cortesanía caballeresca española, muy bien casada con la llaneza democrática, propia de nuestra raza. Propagaron los españoles las fiestas caballerescas, los ejercicios de fuerza, gracia y destreza. Hasta nuestro adversario Julio II decía de los españoles que «eran más pobres y más soberbios que los franceses, pero más valerosos, más justos y más ilustrados».

77

Ofrece la provincia de Burgos lugares y poblaciones de gran relieve histórico. Prehistóricas son las necrópolis de la sierra de Quintanar. Clunia conserva las ruinas del anfiteatro y otras huellas romanas. Las del castillo que levantó Julio César, cuarenta y seis años antes de la era cristiana, se ven en Castrojeriz. Roa, la Rauda de los romanos, vio el suplicio del Empecinado en 1825 y el fallecimiento en 1517 del Cardenal Cisneros. Siones muestra su iglesia románica, y sus preciosas iglesias Aranda de Duero, Briviesca y Covarrubias. Salas de los Infantes nos trae a la memoria la más terrible tragedia de la epopeya castellana. Fres de Val, Santo Domingo de Silos, Oña, Arlanza y Cárdena nos atraen con sus celebérrimos monasterios y nos llevan en alas de la epopeya tras sus grandes héroes. Frías, Lerma y Peñaranda de Duero nos enseñan los castillos y palacios de sus duques y señores. La aldea de Vivar ha resonado en todas partes con el nombre de su hijo Rui Díaz de Vivar, el Cid Campeador.

78

Cuentan que D.ª Sancha, mujer del conde Garci Fernández, habiendo quedado viuda, quiso casarse con un rey moro y, viendo que le era estorbo su hijo el conde D. Sancho de Castilla, intentó matarle con un brebaje. No pudo buscar las yerbas venenosas para hacerlo sin que lo supiese una doncella su camarera, la cual tenía parte con un escudero del conde, por medio del cual llegó el malvado intento a noticia de D. Sancho. Cuando su madre la condesa quiso dárselo a beber diciéndole que era muy saludable, no lo quiso probar, antes tanto ahínco puso en que lo bebiese su madre, que hube de echárselo ella a pechos, falleciendo al punto.

Pesóle luego al hijo y dicen que mandó hacer el monasterio de Oña, donde le labró sepultura. Y viendo que por el aviso y lealtad de aquel escudero él se había librado de la muerte, casóle con la doncella e hízoles muchas mercedes y, porque este escudero era natural de Espinosa de los Monteros, que está a la banda del norte de la provincia de Burgos, sintiendo que de la naturaleza de donde era nacido procedía su gran lealtad, juzgó que los de aquella villa serian leales y así todo el tiempo que vivió confióse en la guarda de este escudero y de otros de Espinosa de los Monteros, y los reyes de Castilla después tuvieron y tienen en su guarda continuamente por la noche a los *Monteros de Espinosa*.

79

El monasterio de Oña está 28 kilómetros al norte de Briviesca. Fue fundado en 1011, tiene hermoso claustro gótico, otro clásico y enterramientos reales en el presbiterio. Fueron los fundadores el conde don Sancho Garcés y su mujer D.ª Urraca, que están allí enterrados. Santa fue su hija Trijidia y abadesa de monjas en aquel monasterio. Sancho el Mayor, rey de Navarra, que también tiene allí su enterramiento, casó con D.ª Mayor, hija no menos del fundador del monasterio. Por ella le vino el condado de Castilla. Él fue quien suprimió el convento de monjas, que había venido a menos, y trajo monjes de San Juan de la Peña con su abad Paterno, reformador de aquella abadía según la regla de Cluny. Luego fue abad San Íñigo, monje que vivía en Santa María de Tobet, cerca de Calatayud. Monjes de Oña fueron Gregorio de Alfaro, traductor de Blosio, y Pedro Ponce de León, fallecido en 1584, que inventó y practicó allí el admirable método de enseñar a hablar a los mudos, enseñado poco después en libro por el aragonés Juan Pablo Bonet en 1620, y divulgado en Francia por Pereira, en Italia por Pedro de Castro, ambos españoles. Habitan hoy el monasterio de Oña los padres jesuitas.

El monasterio de Cardeña remonta su fundación al siglo VI, fue reedificado por el conde Garci Fernández, que recibió allí enterramiento y debe su fama al Cid, que al salir desterrado de Castilla dejó en él a su mujer, D.ª Jimena, con sus hijas y en él quiso ser enterrado. Dista ocho kilómetros de la Cartuja de Miraflores y hoy está abandonado.

El monasterio de Silos fue fundado por el rey Recaredo, probablemente en el año 593, y hoy lo habitan los benedictinos. Hermoso es el claustro románico, edificado por Santo Domingo de Silos, que fue abad de 1047 a 1073. Tiene 60 arcos y 137 columnas. El piso alto es del siglo XII. El sepulcro de Santo Domingo y el archivo están en la iglesia. Del monasterio de Fres de Val ya no quedan más que ruinas. Allí estaba el enterramiento de los Padillas.

Gloria de la provincia de Burgos y de España es Santo Domingo de Guzmán, nacido en Caleruega el año 1170 y fallecido en Bolonia el 1221. Varón de pecho y espíritu apostólico, según el Breviario, sostén de la Fe, trompeta del Evangelio, luz del mundo, resplandor de Cristo, segundo precursor y gran ecónomo de las almas. Siete años se ocupó en convertir a los herejes Albigenses de Provenza y en penitencias austeras. Honorio III confirmó la Orden de Predicadores por él fundada el año 1216. El principal convento que levantó en España fue el de Segovia, después el de Santo Domingo el Real, en Madrid. Su Orden fue de las más célebres, ha dado muchos santos y grandes teólogos a la Iglesia y ha llevado el Evangelio a remotas regiones.

80

Hubo en Toledo, en tiempo de Femando I de Castilla, una princesa de peregrina hermosura y de tan singular virtud que, habiéndole ofrecido su padre, que la quería mucho, grandes casamientos, había ella propuesto en su voluntad de guardar castidad, por lo cual no se quería casar. Era muy piadosa con los cautivos cristianos, tanto que ella por su persona los iba a visitar a la mazmorra donde estaban presos, en el alcázar del rey su padre, y los proveía de lo que habían menester para su mantenimiento y, como lo supo su padre, enojóse mucho contra ella y maltratóla de palabra, haciéndole grandes amenazas. Mas no curando de ellas no cesó en su buena obra.

Acaeció que el rey estaba un día a la puerta de su aposento, por donde ella venía llevando en el halda pan y otras cosas para ellos y preguntóle qué llevaba allí. Ella súbitamente respondió; «Rosas.» Y así diciendo descubrió el halda y apareció llena de rosas blancas y coloradas. Espantóse la misma doncella del caso y se lo contó a los cristianos y ellos le dijeron que diese por ello muchas gracias a Dios. En esto adoleció la virginal doncella y, no habiendo sanado con cuantos medicamentos le dieron, púsosele en pensamiento que, si fuera a lavarse al lago de San Vicente, que sanaría. No hallando otro remedio, el rey envióla con los cautivos cristianos y una carta para el rey de Castilla, el cual la recibió muy bien. Bañóse en aquel lago y luego quedó sana. Bautizóse y no quiso volver al rey su padre, antes hizo su habitación y morada en una ermita que mandó aparejar

cerca del lago y allí vivió toda su vida muy casta y santamente, sustentándose de yerbas y allí murió hacia 1125 y allí está sepultada. Llamábase Casilda esta santa virgen, fue canonizada y hasta hoy llaman Santa Casilda la iglesia que hicieron después de su muerte los burgaleses para guardar su sepulcro. Hay muchos exvotos colgados de las paredes. La iglesia está sobre un cerro cerca de Briviesca, junto al lago de San Vicente, y allá van las gentes en romería.

81

¡Tierras épicas de Castilla, recias y bravas, que criaste los gran- des héroes y los supiste cantar en envidiables romances! Nuestros padres los repetían al son de la vihuela cantándolos en graves tonadas. Con ellos se amamantaron los guerreros que en la vega de Granada lucían su bizarría y valor lidiando en singulares combates con los moros, con ellos los guerreros que vencieron en cien lides particulares y campales a los franceses en Italia y a otras naciones en toda Europa, con ellos los aventureros esforzados que conquistaron el Nuevo Mundo. Castilla fue la tierra épica por excelencia. Por sus cañadas y valles, alfoces y collados parece oírse todavía un rumor de héroes. Las sombras de Fernán González y del Cid vagan por los claustros de los viejos monasterios de Arlanza y de Cárdena. Un tenue polvo épico flota aún por el aire en estas tierras burgalesas. Dichoso el que pueda sentirlo y aprisionarlo y expresarlo, porque habrá recogido el alma de nuestra raza. Voy a deciros en qué consiste la epopeya castellana o romancero y el estado de la sociedad española medioeval, que tan al vivo nos recuerda.

La invasión mahometana del año 711 no sólo fue universal inundación, diluvio, mejor diríamos, que arrasó ciudades, yermó campos, destruyó hasta sus raíces la cultura romana y visigótica, sino que tronzó hasta los mismos cimientos de la vieja sociedad hispanolatina. Con la corona de oro del rey D. Rodrigo llaváronse las aguas del río Barbate las demás insignias cortesanas, los privilegios de raza, el engreimiento de los nobles, hasta las cadenas de los esclavos.

Un puñado de valientes, malavenidos con extraños dominadores, al mando de algunos infanzones o adalides se encastillan en las crestas del Pireneo, en Covadonga, en el rincón de Liebana, en las montañas de Burgos, en las provincias Bascas, en las asperezas de Navarra, Aragón y Cataluña. Alléganseles poco a poco otros muchos, rompen el cerco de los enemigos, descuélganse de los picachos donde se habían guarecido, bajan a la llanura y paso tras paso avanzan, ensanchan los estrechos términos de aquellos nuevos reinos, levantan castillos, crean municipios, restauran ciudades.

Es la España nueva que se desgalga impetuosa de los riscos con el alma como remozada y va ganando tierra a la morisma. Guerreros todos, todos son iguales por la sangre y nacimiento. Tan sólo se van distinguiendo los *infanzones* o primeros adalides de la reconquista, los *hijosdalgo* que ganan con su esfuerzo hacienda propia, los *caballeros* que se ofrecen al rey con su caballo, los *homes buenos* u honrados a carta cabal, los *ricos homes*. Nueva nobleza y distinción de clases nacerá; pero el amor a la independencia los une a todos y la guerra los iguala. Es un nuevo pueblo, que nada tiene ya que ver con el godo ni con el romano: es el pueblo español. Este nuevo pueblo tiene nuevas ideas: las del guerrero cristiano, valiente y sufrido, entero, frugal, honrado. Las nuevas ideas tienen su expresión: el cantar o romance.

Allá en contados rincones guarécense algunos monjes en pobres monasterios. Son los únicos que con los clérigos y los escribas de la curia saben algo de letra y siguen escribiendo en estropajoso latín, bajo latín, romance vulgar latinizado, a vueltas de tradicionales fórmulas curialescas y frases bíblicas. A nadie se le había ocurrido escribir en habla vulgar, que se consideraba como un latín corrompido, indigno de llevarse a los escritos. No había literatura. Y sin embargo, entre las gentes, y de labio en labio, corrían esos romances y cantares heroico-trágicos, anónimos, porque todos contribuían a hacerlos y perfeccionarlos. El autor era España entera que se cantaba a sí misma. Un género literario no escrito, popular enteramente, fermentaba como expresión artística espontánea de las nuevas ideas: *era la epopeya castellana o romancero.*

Ni en Francia ni en Italia hubo epopeya popular: ¿sabéis por qué? Porque ni en la una ni en la otra hubo verdadero pueblo, o sea el conjunto de todas las clases sociales animadas de un solo espíritu nacional, formando una sola nación. En Francia el feudalismo trajo la división de clases sociales, apartando a los señores o aristocracia por una parte y por otra a los vasallos, verdaderos siervos, propiedad de los señores, ignorantes entregados al trabajo del campo o a la guerra, siempre a las órdenes de los señores, sin ideas propias, sin libertad, manejados despóticamente. No hubo una guerra nacional, como la de España, que libertase a los esclavos, hiciese iguales a todos, uniese a todos para una empresa grande y de toda la nación. Francia se desmenuzó, se desmigajó en infinidad de pequeñísimos señoríos, de castillos donde reinaban los señores y en tomo de los cuales vivían, a los señores sometidos como esclavos, los infelices villanos. En Italia los municipios a la romana se fueron convirtiendo en repúblicas independientes, a las cuales tampoco unió nunca guerra ni empresa alguna nacional, siempre divididas entre sí y a merced de invasores extranjeros; como las repúblicas griegas, que por su disgregación y divisiones, cuando no las unió la guerra contra el Asia, se despedazaron entre sí y cayeron en poder de la Macedonia y de Roma. En España la unidad nacional, religiosa, social y política, fraguada por los concilios toledanos y las leyes godas dictadas por los prelados en aquellos concilios, halló ocasión de apretarse más y más con la reconquista, con la cual desapareció la servidumbre, nació la igualdad de clases, y la guerra común contra los moros unió más los ánimos con un solo espíritu nacional. Así nació el pueblo español, formado de todas las clases sociales y gobernado por un solo señor, el rey, elegido por el pueblo, como Pelayo, sometido a las leyes comunes y a las Cortes, formadas por todas las clases sociales. De esta manera la invasión de los árabes, que tantas calamidades trajo a España, fue ocasión providencial de que por la reconquista naciese el pueblo español, verdadero pueblo libre y unido por un solo espíritu nacional, cuya voz fue la *epopeya* o *romancero*.

82

¿Qué cantaban aquellos romances? Cantaban a los adalides de la independencia de la patria, a los defensores de los derechos y de las libertades populares, a los héroes que por la justicia y el derecho fueron víctimas de los desafueros de los poderosos. Y antes que nada cantaban la pérdida y destrucción de España y al rey D. Rodrigo. ¿Como causante de ella? Ni mucho menos; como símbolo de la patria, como bueno que cae defendiéndola y expiando con ella sus pecados contra el cielo. Héroe trágico, como todo héroe popular, llega hasta hacer penitencia y subir al cielo, volteándose solas las campanas a la hora de su muerte. Tal lo concibió la leyenda popular primitiva. La saña recae sobre los traidores, D. Opas y, sobre todo, el conde D. Julián. La maldición brota natural y candente en los romances para herrar con el fuego del odio nacional al aleve y traidor, al *destruidor* de la nación española, que abre la puerta de la patria a los moros. Ellos inventaron después el que D. Rodrigo forzara a la Cava, hija del conde traidor, para disculpar su traición.

83

Vengamos ya a Fernán González, fundador del condado de Castilla, que encarna el alma castellana, héroe burgalés, símbolo de su pueblo, que tanto hubo de padecer de parte de los reyes de León, hasta hacerse independiente. Denuestos, atropellos, traiciones, cárceles, mil penalidades tiene que soportar de los leoneses y de sus reyes. Hasta en la propia casa sus dos esposas le son infieles. El infante D. García, niño de trece años, la novia D.ª Sancha, tienen no menos que pasar. Hay también condes traidores, los hijos de D. Vela. Pero la providencia premia todos estos trabajos. Fernán González saca el condado de Castilla de la servidumbre leonesa y parece ya como independiente el año 950. Pelea continuamente con los moros, viéndose en muy apretados lances por la muchedumbre de ellos y lo corto de sus huestes; pero logra vencerlos y ensanchar las fronteras del condado. La Providencia divina muéstrase no menos correspondiendo a sus santos propósitos y a su cristiandad.

Cuentan que yendo de caza metióse, siguiendo a un jabalí, en una ermita que llamaban de San Pedro, donde vivían tres monjes en suma pobreza. Pidió perdón al Señor ante el altar por su descuido en entrar de aquella manera en la iglesia. Pelayo, uno de los monjes, sale a su encuentro y le alienta a pelear con los moros, de los cuales andaban a la sazón muy temerosos los burgaleses, y le promete segura victoria. Cuenta el conde a los suyos lo sucedido y al grito de *¡Castilla!* embisten en la morisma y la desbaratan. El conde agradecido levanta donde estaba la ermita el monasterio de Arlanza y sus monjes le tienen particular devoción. Uno de ellos escribió el *Poema de Fernán González*.

84

Grandes festejos se celebran en Briviesca por las bodas de Rui Velázquez con D.ª Lambra, de la familia del conde de Castilla. Allí se han juntado los deudos de los novios y otros muchos señores. Allí están los Siete Infantes de Lara con sus padres Gonzalo Gustioz y D.ª Sancha, hermana del novio. Acaeció que, entre otros juegos, alzaron un tablado al cual arrojaban sus lanzas los caballeros por ver quién lo echaría abajo. No hubo quien lo lograse hasta que Alvar Sánchez rompió una de las tablas, con gran contento de su prima D.ª Lambra, la cual entre las otras damas anduvo vanagloriándose del esfuerzo de su primo. Siéntese picado Gonzalo González, el menor de los Infantes, toma caballo y lanza, vase al tablado y del primer golpe, no sólo rompe una tabla, como Alvar Sánchez, sino que lo derriba todo al suelo. Pregonan todos su esfuerzo, Alvar Sánchez se siente rebajado, trábanse de palabras entrambos gallardos mozos: aunque al fin hacen las paces.

Mas otra cosa guarda en su pecho D.ª Lambra, que se tiene por corrida y desairada por haber alardeado tanto de la bizarría de su primo delante de las damas. No hay rencor como el de la mujer herida en lo más vivo de su vanidad. Jura vengarse solapadamente y, acabadas las fiestas y puestos los infantes al servicio de su tío Rui Velázquez para guerrear con los moros, aprovecha la ocasión la rencorosa D.ª Lambra azuzando a su esposo para que envíe al padre de ellos, Gonzalo Gustioz, con carta escrita en arábigo para el rey de Córdoba, Almanzor, en la cual le diga que por su amistad se deshaga del que la lleva y que envíe sus huestes contra los Infantes, que él los dejará solos en el campo para que, tomándolos desprevenidos, acaben con ellos. Hácelo así Rui Velázquez, dócil esposo de la cruel D.ª Lambra. Los moros, en gran muchedumbre, acorralan a los desprevenidos Infantes y por más que se defienden valientemente ellos solos contra tantos, son cogidos y descabezados. Llevan las cabezas a Córdoba, donde Almanzor, compadecido de su padre, en vez de matarle, le tenía guardado en un calabozo. Allí le presentan las cabezas de sus hijos los Infantes, ¡Qué duelo no haría sobre ellas aquel padre desdichado!

Ved aquí a los siete valerosos Infantes, esperanza de sus padres y del alfoz de Lara, tronchados en flor por la vanidad de una mujer rencorosa. Eso es lo que lastima los pechos castellanos y les llega al alma: ver que aquellos inocentes, flor y prez de caballeros castellanos, sean víctimas de la altanería y traición de los poderosos. Pero ved también cómo el pueblo cree en la Providencia divina que venga la inocencia, castiga la soberbia y sale por la justicia. Gonzalo Gustioz había tenido un hijo, llamado Mudarra, en una noble mora que en la prisión le había cuidado. Pasaron algunos años, murió el padre y Mudarra, mozo ya crecido y bizarro, se entera de la alevosía que Rui Velázquez, malaconsejado de su mujer D.ª Lambra, había cometido con su padre y hermanos. Viene entonces a Castilla y los venga matando a entrambos.

Altivos, pundonorosos, vengativos se muestran todos los que intervienen en esta tragedia: vanidosa la novia, valientes los Infantes, leal su ayo Muño Salido que con ellos muere peleando. La acción no puede ser más trágica ni más humana, los personajes están admirablemente cincelados, las escenas son fuertes y llenas de vida. El pueblo castellano, que supo recoger el hecho y cantarlo con tal brío y color, alzóse a las más altas cimas de la poesía épica y trágica. Vese bien aquí el robusto pundonor de los castellanos y su amor a la justicia y odio a la altanería de los poderosos, ensalzando a los buenos e inocentes.

85

Grandes habían sido los servicios que al rey Alfonso VI y a su predecesor había hecho el Cid, inquebrantable la fidelidad y lealtad que les había guardado, ruidosas las victorias que sobre los moros había alcanzado; pero resentido el monarca por haber sido el principal de los que le tomaron la jura en Santa Gadea y azuzado por envidiosos cortesanos, destiérrale de Castilla. Sale de ella el Cid y su paso por tierras de moros es una cadena de victorias, vence a varios reyes, prende en batalla al conde de Barcelona y generosamente le da libertad. El ruido de sus hazañas llega al rey Alfonso a la par que ricos regalos que el Cid le envía, acatándole siempre como a su rey y señor. Asombrado el rey de tan desusada lealtad y comprendiendo la grandeza de alma, el magnánimo corazón del Cid, le llama a Castilla, le vuelve en su gracia y le hace acompañar en la guerra y conquista de Toledo.

Torna el Cid a Aragón, venciendo cien veces a los moros y conquista de ellos la ciudad de Valencia. Moros y cristianos se le declaran sus vsallos o sus aliados, todos le admiran, le quieren o le temen. Su fama llena España entera. Los Infantes de Carrión desean emparentar con él para tener parte en las grandes riquezas que ha atesorado y ruegan al rey le pidan para ellos en matrimonio sus dos hijas. Pídeselas el rey. Bien conoce el Cid a los Infantes y sus propósitos interesados; pero acatando la voluntad del monarca: «Vos las casáis, que yo no», le dice. Celébranse aparatosamente las bodas en Valencia y el Cid agasaja a sus yernos y procura que se señalen en la guerra y cobren gloria y fama de esforzados.

Pero ellos eran de suyo cobardes y para poco. Una tarde estaba descansando el Cid en su palacio, echado en el famoso escaño de marfil que había ganado a un rey moro. De repente entra un león que se había escapado de su jaula. Rodean al Cid todos los suyos para defenderle. Despierta el Cid y, como él le había criado de cachorro y su gallardo denuedo ponía espanto hasta a las fieras, tómale mansamente por las melenas y lo vuelve a la jaula. Los Infantes se habían puesto en cobro temblando, el uno acurrucándose debajo del escaño y el otro saltando por una ventana al corral, por donde huyendo todavía más lejos habíase caído en un lugar inmundo.

Corridos hubieron de presentarse delante de todos y el uno con el traje todo sucio; pero el Cid salió en su favor disculpándolos como pudo y luego en privado les afeó paternalmente el caso, porque en toda la Corte hacían fisga de ellos. En cierto combate huyó uno de los infantes de un moro que le arremetía con furor. Viole en este aprieto solamente Ordoño, sobrino del Cid, y le salvó la vida matando .al morazo; y tomándole el caballo dióselo al Infante, diciéndole que se presentase delante de todos proclamando cómo él mismo había dado muerte al moro, y que de su parte le guardaría secreto sobre ello.

Todo esto traía avergonzados y rabiosos a los Infantes, que en vez de arrepentirse de su cobardía, tramaron vengarse del Cid, que nada les había hecho más que honrarlos y enriquecerlos. Dícenle que quieren llevar a sus esposas a sus tierras de Carrión. Viene en ello el Cid y trátalos como a hijos. Sale a despedir a los que se van, colmándolos de agasajos. Pero a la mitad del camino apártanse los Infantes del acompañamiento con solas sus esposas y en lo más cerrado del Robledo de Corpes las desnudan y con las cinchas de los caballos las golpean sin compasión hasta dejarlas ensangrentadas y desmayadas, abandónanlas allí, y se van a sus tierras. ¡Cobardes y villanos Infantes, que así descargan su despecho en unas inocentes para afrentar al Cid! Pero el rey convoca Cortes en Toledo y el Cid queda desagraviado y ellos puestos a la vergüenza de los hijosdalgo castellanos. Y síguese en Carrión el duelo caballeresco de los Infantes con dos del bando del Cid y quedan feamente vencidos en el campo; emparentando, en cambio, el Cid con los reyes de España al casarse sus hijas con los Infantes de Aragón y de Navarra.

Todas las virtudes de la hidalguía cristiana y española se cifran en el Cid. En la guerra es el temido Campeador jamás vencido, en la victoria el corazón clemente y generoso, en la Corte el avisado consejero de los reyes, en el gobierno el padre de los pueblos y de sus mesnadas, en lo público el varón entero que defiende los fueros populares y exige al rey el juramento de no haberse

manchado con la muerte de su hermano y el vasallo leal que acata al rey hasta después de verse injustamente desterrado: en lo privado el leal amigo hasta con los moros, y el cariñoso padre y esposo. No hay espíritu de altanería en él ni de egoísmo ni de interés ni menos de crueldad ni de venganza. La justicia y la honradez son normas de su obrar. No se doblega a nadie como cortesano ni se ensaña como vencedor ni se abate en la desgracia ni se engríe en la prosperidad. Es el cumplido caballero cristiano y español, tal como el pueblo español lo concebía.

Pero notad que, más que al héroe vencedor jamás vencido, lo que cantan los romances es al héroe injustamente agraviado, primero por el rey al desterrarle y por los cortesanos envidiosos que a ello le instigan, después por los cobardes Infantes de Carrión. No ensalzan los romances a los grandes reyes, por más que hubieran hecho por la patria, sino a los adalides que, defendiendo las libertades y derechos de los pueblos, sufrieron atropellos de los poderosos, a los que sufrieron por la justicia. Esos romances que así cantan las desgracias del Cid, de Bernardo, de Fernán González, de los inocentes Infantes de Lara, son el grito doliente y lastimero de la conciencia española, que ve en sus héroes ultrajada la entereza, la lealtad, el amor a la independencia, las virtudes más grandes de la raza. Son la voz del alma española que condena los desafueros de los poderosos, de reyes y señores, y enaltece a las víctimas de esos desafueros. Tal es el espíritu que alienta en nuestra epopeya y romancero. El Cid para el pueblo español es el más alto dechado de virtudes guerreras y cívicas, públicas y privadas, y en él resaltan más los agravios y la altanería de los magnates. En el Cid, como en Bernardo y en Fernán González, la epopeya castellana es una apoteosis del deber y un himno a la justicia: hace del derecho una religión. Ante él cede la fuerza de los grandes y se humilla la soberbia de los reyes. Sólo glorifica la epopeya al que ha padecido persecución por la justicia. Sus héroes son los defensores de la independencia de la patria y de los particulares, contra los desafueros de los extraños y de los domésticos, de los moros, de los franceses y de los mismos reyes y señores españoles. Son el terror de los injustos, los fieles custodios de las libertades, los guardadores de la ley, los defensores de la justicia. Por eso los ensalzó el pueblo en sus romances, más que por su valor.

Tal es la voz robusta y sonora de nuestra epopeya, tal es la voz del alma española. Gloria es de España el que, en aquellos tiempos de bárbaro feudalismo, el pueblo español tuviese un tan levantado sentido de justicia, de entereza, de honradez. Bendita podemos llamar aquella, al parecer tan desdichada, venida de los moros a nuestro suelo, que haciendo pasar a los españoles por el crisol de los desastres y penalidades de la reconquista, creó un pueblo tan independiente, democrático de verdad, igual y libre, guerrero, entero y honrado, defensor de la justicia y del derecho, cual en la epopeya se nos descubre. Ninguna epopeya del mundo presenta tan noble dechado del alma humana ni tal concepto de la justicia ni corona tan resplandeciente de virtudes en sus héroes ni por consiguiente ha alzado tan alto los vuelos de la más sublime poesía. Bárbara es la epopeya griega comparada con la nuestra, bárbaros sus héroes, bárbaros sus dioses.

Los restos del Cid y de su mujer D.ª Jimena estuvieron en Cárdena varios siglos y ahora están en la catedral de Burgos, adonde todo buen español debe ir a hacerles respetuoso acatamiento y cariñosa visita. Son símbolo vivo de la independiente, noble, honrada y altiva alma española.

86

Hubo en el siglo XV una familia burgalesa de judíos conversos, que dio grandes hombres a la patria. Ellos fueron los que más contribuyeron al Renacimiento clásico en España. Pablo de Santa María, obispo de Burgos desde 1415, canciller mayor de Castilla y ayo de Don Juan II, fue el primero que se había convertido. Fue sapientísimo y la mayor autoridad de su tiempo. Tras él se convirtieron sus seis hermanos y uno de ellos, Alvar García de Santa María, fue consejero de D. Juan II y el que más parte tuvo en la redacción de la *Crónica* de este rey. Hijos de D. Pablo fueron cinco hombres a cual más eminentes, descollando sobre todos Alonso de Santa María o de Cartagena o *El Burgense*, que sucedió en 1435 a su padre en el obispado de Burgos y fue consejero

de D. Juan II, su embajador, y de tanta autoridad y valer que el papa Eugenio IV dijo: «Si el obispo de Burgos viene a nuestra Corte, con gran vergüenza nos asentaremos en la silla de San Pedro.» Fue gran humanista, cronista, polígrafo, exégeta y legisperito; tradujo varias obras, sobre todo de Séneca y Cicerón. Su palacio fue «escuela pública de toda doctrina, según sus contemporáneos, y el maestro de toda dulce elocuencia, de toda verísima historia y de toda sotil poesía». Recomenzó los interrumpidos trabajos de la catedral de Burgos, en cuya capilla de la Visitación está su sepulcro gótico, que él se hizo labrar en vida. Puede decirse que al volver de Italia en 1440 él fue quien trajo el afán por los estudios clásicos, que despertó en las personas cultas de España.

En el siglo XVI dio la provincia de Burgos otra familia de ilustres varones: son los Covarrubias, nacidos en la villa así llamada. Alonso de Covarrubias, fallecido en 1570, estudió arquitectura en la escuela del alemán Simón de Colonia y después con el flamenco Enrique de Egas. Nombrado en 1534 maestro mayor de las obras de la catedral de Toledo, labró la capilla de los Reyes Nuevos, los dos patios y fachadas del palacio arzobispal de Alcalá y la portada del Colegio Mayor de Salamanca. Nombróle su arquitecto Carlos V en 1537 y reedificó los alcázares de Toledo y Madrid con Luis de Vega. Él y Diego de Siloé introdujeron en España el estilo grecorromano. Su hermano Marcos de Covarrubias fue famoso bordador de Toledo, donde en 1514 bordó el terno del cardenal Cisneros. Otro hermano, el doctor Juan de Covarrubias. fue magistral de Cuenca. Hijos de Alonso fueron Diego y Antonio de Covarrubias y Leiva, a cual más famosos juristas y teólogos toledanos. El D. Antonio, después de acompañar a su hermano al Concilio de Trento, fue canónigo y maestrescuela de la metropolitana de Toledo y miembro del Consejo de Castilla, helenista, anticuario y escritor. El Greco le hizo dos retratos. Mayor fama tuvo todavía su hermano Diego, profesor de Derecho canónico en Salamanca y organizador de aquella Universidad, llamado el *Bártolo español*, catedrático también en la Universidad de Oviedo, juez en Burgos y oidor en Granada. Propúsole en 1549 para el arzobispado de Santo Domingo el emperador Carlos V y luego fue nombrado obispo de Ciudad Rodrigo. En Trento redactó, con el cardenal Buoncompagni (después Gregorio XIII), los famosos decretos *De reformatione*. Nombrado miembro del Consejo de Castilla en 1572, dos años después fue su presidente. Sus obras son muy celebradas.

Todos estos burgaleses llevan el sello de la seriedad castellana y del amor a la justicia. Mateo Cerezo, burgalés, fue gran pintor colorista y suntuoso. En Santo Domingo de Silos nació fray Antonio Pérez, benedictino, arzobispo de Tarragona, elocuentísimo escritor.

Santander

87

Tierra de los blasones castellanos, de los linajes de añeja alcurnia, retraído rincón de la patria, resguardado por las empinadas moles de los Picos de Europa, donde los castellanos tenían en seguro los solares de su abolengo glorioso desde los tiempos de los indomables cántabros, terror de Roma, último baluarte de la vieja Iberia. Son las Montañas de Burgos, son por antonomasia *La Montaña*. Sus encumbrados riscos y atrevidas cresterías, tocadas de eternas nieves, en cuya grandiosa descripción agotó Pereda los colores de su rica paleta, sobre todo en la novela *Peñas arriba*: sus gargantas que ponen espanto y admiración, sólo comparables con el famoso Cañón del Colorado: sus cumbres azotadas por celliscas, sus hondonadas y hoyas en que se derrumban inmensos aludes de nieve y peñascos, sus valles vestidos de verdor, sus costas acantiladas y a pico en las que el furioso mar Cantábrico rompe y quebranta las olas gigantes de sus temibles galernas, sepultando las barcas de los arriesgados pescadores, como el mismo Pereda pintó en *Sutileza* por manera insuperable; sus altaneras águilas que se encumbran sobre las nubes y anidan en los picachos; sus gamuzas y rebecos que brincando saltan abismos; sus anchas y dilatadas bahías pintorescas: la naturaleza entera parece quiso echar aquí el resto mostrándose en toda su bravía desnudez y hermosura, para aparejar el lugar de refugio a lo más castizo de la raza y fraguar a sus moradores

duros y recios como sus montañas, altivos y pundonorosos como sus empinadas crestas, libres e independientes como sus neveras, sus águilas, sus rebecos.

Tal fue la raza prehistórica que en las antiquísimas edades llamadas de la piedra sin pulimentar, cuando los hombres todavía no conocían los metales, vivía entre estos riscos, albergábase en cuevas, manteníase de la caza persiguiendo extrañas alimañas, hoy desaparecidas de sobre la haz de la tierra.

88

A unos kilómetros de Santillana del Mar hállase la famosa cueva de Altamira. Es la Meca de los prehistoriadores del mundo entero. Es la cuna del arte de la pintura, arte en que ninguna nación aventajó a España en originalidad, verdad, realismo y reciura de expresión. El que descubrió la cueva y sus pinturas prehistóricas fue Marcelino Santuola. Combatióle rudamente años y años el célebre M. de Cartailhac en revistas y libros franceses. Pero él y nuestro gran geólogo Vilanova sostuvieron su opinión con entereza en libros y conferencias. Los investigadores extranjeros no llegaron a convencerse. ¿De España puede salir nada bueno? ¿Puede haber nada bueno en España? Burláronse a mansalva de los sabios españoles, si es que en España puede haber sabios. Más de veinte años duró la lucha y chacota con que se reían de los nuestros los sabios franceses. Pero sucedió que M. Riviére tuvo la suerte de hallar también en Francia una cueva con pinturas... Los sabios franceses reconocieron ser antiguas, prehistóricas, las pinturas rupestres de Francia y ya podían serlo las de España. La vanagloria y la patriotería se dan también en los sabios. Hoy nadie duda ya de la autenticidad y el doctor Obermaier asegura que España es la región propia de estas pinturas, pues sólo se dan en ella y en la parte de Francia que con ella confina, donde habitó la misma raza.

Muchas otras cuevas se han hallado en otras regiones españolas con pinturas; pero la más rica es la región cantábrica. Caravanas de extranjeros acuden de todo el mundo sabio a visitar las de Altamira y Puente Viesgo. Esta última es la que mejor ha sido estudiada y se han hallado en ella abundantes fósiles de *Ursus, Hyaena, Felis Spelaea, Cervus.* Las pinturas y grabados son obras maestras y cuenta que están allí hará la friolera de miles de años, siendo anteriores a toda historia. Representan bisontes, ciervos, caballos, un mammuth y signos indescifrables. Las pinturas son de ocre y carbón. Mejores y más abundantes figuras hay en la cueva de Altamira. La edad de las pinturas la indican los terrenos, osamentas de animales, propios de cada uno de ellos y de cada edad, y los utensilios humanos hechos de piedra tosca sin pulimentar, de antes de ser conocidos los metales por el hombre. Se cree que hacían las pinturas los magos o sacerdotes, para que los animales pintados cayesen en manos de los cazadores y lo que más se admira es, además del trazo seguro, que es de mano maestra, y la esbeltez y elegancia de las figuras, el que están tomados en el momento de correr y saltar o de sentirse heridos o furiosos los animales. No puede pintarse mejor el movimiento. Tenemos, pues, aquí la cuna antiquísima de la gloriosa pintura española.

89

Cuatro hermosos puertos tiene la provincia: San Vicente de la Barquera, Santander, Laredo y Castro Urdiales. San Vicente de la Barquera está en el ángulo que hacen los dos brazos de la ría y tiene un gran puente de 480 metros sobre el mar. La bahía de Laredo os encantará si la miráis desde el tren, que no parece sino paisaje de Nacimiento. Está amurallada y a un lado se divisa la plaza fuerte de Santoña. Castro Urdiales deja ver sus murallas y el castillo de Castro. Santander, cabeza de la provincia, posee la bahía más grande del mar Cantábrico y una hermosa doble playa en el Sardinero, lugar de moda como San Sebastián, desde que se levantó el gran casino con otros vistosos hoteles y sobre todo el palacio que la ciudad regaló a Alfonso XIII en la península de la Magdalena, donde los reyes suelen veranear.

La ciudad, antes en cuesta, se ha bajado también al terreno llano robado al mar, donde se han edificado muchas manzanas de casas y se ha hecho el Paseo de Pereda y los amplios muelles. Por otra parte se ha subido a lo alto dirigiéndose al Sardinero por el lindo Paseo de Menéndez y Pelayo, bordeado todo él de hoteles magníficos.

90

Gloria de Santander fueron José María Pereda, que alcanzó a pintar en sus novelas, no sólo la tierra, sino el alma de los santanderinos; y Marcelino Menéndez y Pelayo, extraordinario humanista y crítico, conocedor como pocos de nuestra literatura y amantísimo de las glorias patrias. Dejó a Santander su preciosa biblioteca de 40.000 volúmenes. De Treceño fue D. Antonio de Guevara, obispo de Mondoñedo, y uno de los mejores prosistas del tiempo de Carlos V. De la provincia fueron originarios, aunque nacieran en Madrid, los tres grandes ingenios Lope de Vega, Quevedo y Calderón de la Barca.

La ocupación de los montañeses es la misma que la de los gallegos, el cultivo de sus campos, la cría de vacas, industrias de leche y quesos y la pesca y salazones.

91

Merece particular visita en la provincia de Santander la población de Santillana del Mar, verdadero museo de la España del siglo XV, de los tiempos del marqués de Santillana y del rey D. Juan II. La célebre Colegiata es muy anterior, de estilo románico, con un claustro que es un portento por lo que trae a la memoria de los tiempos cristianos añejos. Pero, ¿qué no recuerda y evoca toda la población? Aquellos palacios y casas señoriales, que apenas hay una que no tenga sus blasones, nos dicen la elegancia del siglo XV y casi nos hacen ver a los hidalgos aquellos saliendo erguidos por los historiados portalones de sus casas solariegas y arrastrando altivos la sonante espada por el empedrado de las calles.

Tanta morada señorial de precioso estilo gótico, otro tiempo vestidas las paredes de ricos tapices, alfombrados los estrados de alcatifas, adornados los salones con bargueños taraceados de marfil, oro y carey, con elegantes escaños, vajillas de plata, aparadores, reposteros, lienzos flamencos, sin que faltase la alegre vihuela y el entretenido ajedrez y el pulido manuscrito miniado de trovas; tanta riqueza, cortesanía y galanura tanta ¿en qué pararon? Desnudas las paredes, desmantelados los muros, vense las casas o solitarias sin morador o cobijando familias campesinas, convertidas otras en establos de puercos, en sucios gallineros, en estercoleros inmundos.

El pensamiento de las mudanzas que el tiempo acarrea y de la huera vanidad de las cosas y glorias humanas penetra el alma como puñal buído y nos trae a los labios las *Coplas* famosas que Jorge Manrique escribió por aquel mismo tiempo:

¿Qué se hizo el rey don Juan,
los Infantes de Aragón
qué se hicieron?
¿qué fue de tanto galán,
qué fue de tanta invención
como trujeron?
Las justas y los torneos,
paramentos, bordaduras
y cimeras
¿fueron sino devaneos?
¿qué fueron sino verduras
de las eras?»

Ricos fueron nuestros padres, artistas fueron, fueron muy hidalgos. Y nosotros ¿qué somos? Ved lo que fue Santillana y ved lo que es. Hoy todo son ruinas. Pero Santillana representa en su

tanto a toda España. Toda España es un museo de antigüedades, está sembrada de admirables monumentos antiguos que los artistas vienen a visitar de todo el mundo. Y los más de esos monumentos son ruinas. España es una ruina. ¿Cuántos de los que ahora se levantan pueden sufrir la comparación con los antiguos? No lamentemos sin embargo demasiado sobre estas ruinas. La vida es mudanza y renovación. Admiremos lo que fueron nuestros padres y procuremos ser algo moderno que pueda aparearse en grandeza con lo pasado. O renovarse o morir. Santillana no quiso renovarse y se dejó morir. Es un cementerio y un montón de ruinas.

Miremos nosotros a lo porvenir y a los veneros de la riqueza moderna, la agricultura, la industria, el comercio, y trabajemos con denuedo para sacar de estas ruinas una nueva España. Renovemos sin cesar las ansias de ser hijos dignos de nuestros padres. El año 1475, cuando Jorge Manrique endechaba la deleznable caducidad de las cosas humanas, España no era nada entre las naciones y ni le hubiera pasado por el pensamiento al poeta figurarse las no barruntadas cimas adonde en pocos años había de encumbrarse su poderío, hasta dar leves al mundo, siendo reina de los pueblos. La sabiduría de los Reyes Católicos obró ese milagro, porque sanas y robustas estaban las raíces de la raza No lo están ahora menos y ¿quién puede predecir los destinos reservados a España, si sus hijos se entregan con ardor al trabajo? Y que con empeño se han entregado ya a él estos últimos años se ve por el enriquecimiento de la nación, que aumenta por días, a pesar del descorazonamiento que los intelectuales han metido en el ánimo de los más y a pesar del entorpecimiento y de la injusticia, con que la política trata a los que valen y trabajan por el levantamiento de la patria, con esfuerzo increíble contra viento y marea.

Logroño

92

Es la ciudad de los pares. Un par de puentes sobre el Ebro: el de piedra, que se hizo el año 1138 y se renovó en 1884, y el de hierro, labrado en 1882. Un par de iglesias casi con el mismo nombre: Santa María del Palacio, con una aguja notable y que dicen fue fundación del emperador Constantino: y Santa María de la Redonda, con sus torres, obra de los siglos XV a XVII. Dos paseos con dos estatuas de dos grandes hombres: el paseo del Principe de Vergara o Espartero y el paseo de Sagasta. El que haya visto estos doses o pares ha visto Logroño. Espartero está enterrado en Santa María de la Redonda. No os hablaré de Espartero, el general, ni de Sagasta, el político, porque, por grandes que fueran, no añadieron un jeme a la grandeza ni a las glorias de España.

En los bandos políticos españoles del siglo XIX se habla mucho de ellos y Logroño debe bastante a Sagasta; pero en época tan menguada, hombres que no sacaron a la nación de sus menguas y de su achicamiento, quédense para que los recuerde la triste historia del siglo XIX. Sólo sí conviene que saquéis un provecho de tan desdichada época, que también es época de pares y divisiones. No puede levantarse ni ser grande un pueblo desgarrado y dividido en partidos y banderías. Cuando os quieran explicar las causas por las cuales España no se levanta de su postración, decidles que no pierdan el tiempo en discurrir sobre cosa más clara que la luz. La unión hace la fuerza y la división enflaquece y arruina a las naciones.

93.

Tristísima es la historia de España en el siglo XIX. No hizo durante todo él más que hundirse más de lo que lo estaba en el siglo XVIII. El siglo entero se pasó en guerras sangrientas, de españoles contra españoles. De tal manera la política absoluta había puesto en olvido las antiguas instituciones políticas españolas, que habían aceptado muchos españoles la leyenda negra inventada por los extranjeros y, creyendo que España no había servido nunca para nada, quisieron traer acá las novedades de Francia, que juzgaban ser verdaderas libertades populares. Entraron en esto los franceses en España en son de amigos y quitándonos nuestro rey nos impusieron otro, el hermano

de Napoleón. Levantóse el pueblo español, echó a los franceses y, cuando parece que desengañados de que la política francesa no era más que un absolutismo imperialista disfrazado de libertad, habían de volver nuestros políticos a las antiguas instituciones libérrimas españolas, por desconocerlas implantaron en España una Constitución copiada de Francia. Aquellas nuevas ideas francesas dividieron a los españoles. Primero los españoles de América, luchando por ellas contra el gobierno absoluto español y apoyados de Francia y de Inglaterra, se levantan, pelean con los españoles de la península y acaban desgarrándose de la madre patria y siguen furiosamente peleándose allí unos con otros en cada nueva República hasta el día de hoy. Y es muy de advertir que no solamente se levantaron los españoles en América contra el Gobierno peninsular movidos por las doctrinas francesas de la Enciclopedia en que se habían educado los más distinguidos y cultos de aquí y de allí, sino que a nadie le ocurrió dar allí ni un grito de ¡muera España!, ni siquiera de ¡muera Fernando VII!

En España se pelean los partidarios de Fernando VII con los revolucionarios, después los isabelinos o seguidores de Isabel II con los carlistas o seguidores de Carlos V. Vencen los de Isabel II y se dividen y arman la revolución de 1868 y destronan a la reina y traen la república y surgen liberales y carlistas o partidarios de Carlos VII y otra guerra civil ensangrienta a España, hasta que vuelven al trono a la familia real alzando a Alfonso XII, hijo de Isabel II. Y siguen las banderías y gobierna como regenta la reina madre y piérdense Cuba y Filipinas, últimos restos del imperio heredado de nuestros padres, de aquel imperio de vastísimas posesiones, donde jamás se ponía el sol, el mayor que vieron los siglos. Y ese imperio se pierde con la horriblemente fría resignación de los españoles, que diríase no haberlo sentido ni notado siquiera. Esta división de los españoles, esta pérdida de América, estas guerras de todo el siglo XIX, es el precio a que hemos pagado la Constitución política que trajimos de Francia. ¿Tanto valía que tan cara nos costó? Creyeron los que la trajeron que en ella se encerraban las libertades populares, como creen los niños que los colores del arco iris están en las gotas de agua por él coloreadas. Los niños quedan desengañados al ir a coger esas gotas para su caja de pinturas, hallando que no son más que agua pura sin color; pero nuestros políticos todavía no se han desengañado, todavía nos hablan de «las esencias liberales» que ellos defienden. Pues bien: salimos de un absolutismo que arruinó a España: el de los reyes absolutos venidos de fuera; y hemos copiado y traído, a tanta costa, de fuera otro absolutismo que la ha hundido más y más: el de la oligarquía de unos cuantos jefes de partido. España estaba antes a merced de un rey absoluto, que por lo menos se creía interesado en entregar sin menoscabo el trono a su hijo heredero; ahora está a merced de unos cuantos jefes de partido o caciques, que sólo miran por sus propios intereses. Las Cortes ya no representan a los pueblos; representan solamente a esos jefes de partido. La política se ha reducido a que suba, como dicen, este o aquel partido para aprovecharse de las prebendas, cargos y favores. De nada sirve el mérito ni el verdadero valer; sólo reina el favoritismo. Prevarican los administradores de la Justicia, un enjambre de empleados sangran la Hacienda, la Administración se entorpece y los intereses de los pueblos quedan enteramente abandonados. Una nación así se desmorona, se descompone como un cadáver y efectivamente las regiones quieren desgarrarse una tras otra y con baldón de España hay españoles que se avergüenzan de serlo y quieren apartarse de la patria común, como los catalanistas y bizcaitarras. Crimen de lesa patria, espíritu mezquino, ruin y cobarde, tan contrario al tradicional espíritu español, siempre magnánimo y valiente, pues quieren aprovecharse de la postración de la patria para apartarse de ella. Doleos, niños españoles, de que en España hayan nacido hombres de tan ruines sentimientos y, cuando seáis mayores, apiñaos piadosos en tomo de la madre patria para defenderla de tan aviesos hijos. Aprended a odiar las divisiones de partidos que así la han postrado y trabajad por la verdadera política tradicional española de la verdadera representación de los pueblos, no de partidos ni de jefes particulares, reíos de esas «esencias liberales», verdadero absolutismo de caciques, y que por encima de todo y de todos los intereses regionales sea el lema de vuestra bandera la unidad de la patria común.

94

La Rioja ha prosperado bastante con las industrias que elaboran sus vinos, sobre todo en Haro, y las conservas de sus frutas que se llevan a América y a otras partes.

Calahorra fue ciudad ibérica y romana de gran lustre. Reedificóla Augusto y fue cuna de Quintiliano, el más célebre pedagogo y retórico entre los romanos. Nájera se señaló como segunda capital del reino de Navarra. Sancho el Mayor tuvo allí su Corte y edificó palacio y castillo. Pero lo mejor es el monasterio de Santa María la Real, fundado en 1044 por García VI, aunque todo él desapareció y el conservado es de los siglos XV y XVI. La iglesia es gótica de tres naves, con una sillería en el coro alto de lo mejor que se conoce, obra de Andrés y Nicolás de Nájera, hecha hacia 1495. Hay panteón de los reyes de Navarra y magnífico claustro.

95

San Millán de la Cogolla es otro antiquísimo monasterio, edificado en el barrio de Berceo, donde nació aquel santo y no menos el poeta del siglo XIII Gonzalo de Berceo. Santo Domingo de la Calzada fundó la ciudad que lleva su nombre. La fortificó Pedro I con torres y el santo está sepultado en la catedral, que también guarda el corazón de Enrique II. Como este rey había peleado con su hermano D. Pedro el Cruel, de quien había sido aliado el rey moro de Granada, cuando, después que le hubo asesinado en Montiel, le sucedió en el trono de Castilla, el rey de Granada por congraciarse con él envióle a Santo Domingo de la Calzada, donde a la sazón celebraba con cañas, músicas y otros festejos sus paces con el rey de Navarra, un embajador astuto y redomado con ricos presentes orientales. Recibiólos de buen talante D. Enrique; pero nada le gustó tanto como unos riquísimos borceguíes de blanca y olorosa piel, primorosamente bordados, con botonadura de perlas y hebillas de rubíes. En tanto grado le contentaron, que ordenó una cacería aquel mismo día para lucirlos y celebrar el regalo.

Salieron al monte e iba el rey tan hueco con sus borceguíes, cuando, aun no las dos de la tarde, se eclipsa de repente el sol y, como tal cosa se tuviese entonces por mal agüero, volviéronse todos tristes y mohínos por demás a palacio. Confirmáronse más en tal creencia al saber que, apenas llegado, el rey se acostó y que a la mañana siguiente no pudo levantarse y, según decían los físicos, lo que padecía era mal de gota a los pies. Vanas fueron las medicinas todas que le propinó el embajador moro, que era muy afamado en esta facultad. A los diez días falleció el rey D. Enrique. El eclipse, dijeron todos, auguraba este desgraciado suceso. Pero más en el clavo dio el que advirtió que el día mismo que el rey se puso y estrenó los borceguíes fue cabalmente el que dio con él en la cama para no levantarse más. El rey moro de Granada, amigo de D. Pedro el Cruel, había causado la muerte con aquellos borceguíes a D. Enrique, el matador de su hermano D. Pedro. Así se verificó el refrán que reza: Quien a hierro mata a hierro muere.

96.

Habréis oído una copla que dice:

Santo Domingo de la Calzada,
que cantó la gallina después de asada.

Quiero contaros el milagro, que la tradición cuenta de la Virgen, que, aunque huele a pura leyenda, muestra el sentir de nuestro pueblo y es moral y poética. Un hombre de buena vida, con su mujer y un hijo de basta diez y ocho años, yendo en romería a Santiago, llegaron a esta ciudad. La hija del mesonero donde se albergaron en viendo al mancebo se enamoró de él y le requirió de amores; pero como él no le respondiera a su sabor, púsole secretamente en las alforjas, cuando ya se partían, una taza de plata de la casa de su padre, para que apareciera como ladrón. Y en saliendo los romeros dio gritos la mala moza que la taza no parecía y que se la habría llevado el mozo aquel. Fue la Justicia, los detuvo, halláronle la taza y lo ahorcaron. Sus padres muy tristes fuéronse su camino y al volver de Santiago, llegóse la madre junto al palo de donde todavía colgaba el cuerpo del

desgraciado hijo. Pero ¡qué sorpresa! El hijo le habló diciéndole que la Virgen y Santiago le habían sostenido todo el tiempo en volandas, que fuese a la Justicia para que le bajasen. Rióse el corregidor de la madre. Estaba sentado a la mesa con una gallina asada delante que iba ya a trinchar y dijo a la madre: «Así puede vivir tu hijo como cantar esta gallina.» No lo había dicho, que la gallina salta del plato, corre por el aposento y echa a cantar. Descolgaron al mozo y llevaron la gallina a la iglesia y aun dicen que vivió varios años y que, cuando murió, todos los romeros de Santiago al pasar por allí le arrancaban una pluma como recuerdo y que siempre la gallina estaba sin que le faltase pluma. Y si me decís que ésta sí que es dura de pelar y que es fábula y comento,

«Como me lo contaron os lo cuento.»

97

Dignos son de recuerdo dos hombres ilustres de la provincia. El marqués de la Ensenada, que nació en Alesanco o en Hervias el año 1702 y falleció en 1781, por nombre Simón de Somodevilla, ministro de Femando VI y estadista. Fundó el Observatorio Astronómico de San Femando, los Arsenales de El Ferrol, la Carraca y Cartagena y puede decirse que resucitó la marina española moderna. Emprendió las obras del Canal de Castilla, fortificó varias plazas y reformó las Universidades. Hombre muy patriótico y que hizo por engrandecer a España cuanto pudo, atendiendo a todas las fuentes de su riqueza y poderío. En Quel nació Bretón de los Herreros, gran poeta y autor dramático de comedias del siglo XIX.

Soria

98

Casi estaba para deciros que no vayáis a Soria. ¿Para qué? Unos 7.000 son los habitantes de la ciudad y no se ven más que ruinas. Ruinas de sus murallas, ruinas de su castillo, ruinas de la iglesia de San Nicolás, ruinas de la iglesia y convento de Santa Clara, ruinas de la iglesia de San Juan del Duero. Sólo quedan en pie un hermoso puente, una Colegiata y un convento de Santo Domingo. La provincia entera es otra ruina: montes áridos, páramos desolados. Pero en Soria hay una finísima mantequilla que habréis saboreado, y donde hay manteca hay ganado y hierbas y deben de ser finísimas las pocas hierbas que hay en Soria, pues tan fina es la mantequilla.

Sí, id a Soria para que aprendáis una lección que os quiero dar. En otros tiempos esos montes pelados estaban vestidos de verdor, de hierba y bosques. Inmensos rebaños pastaban por aquí, tanto que se dijo: «Soria cabeza de Extremadura», porque *extremos* eran los sitios frecuentados por los ganados trashumantes y Soria parece era sitio preferido: tan finos eran los pastos. Cuenca, Soria y Segovia eran tierras riquísimas y acaudaladas por sus muchos ganados. Pero, a pesar de las sabias ordenanzas de los Reyes Católicos sobre montes y plantíos, los bosques fueron talados por la pobreza en que ya os dije fueron cayendo los pueblos durante el siglo XVI, agobiados de las cargas que los reyes absolutos echaron encima de ellos contra la voluntad de las Cortes. Comenzaron los señores a acotar las dehesas y pastizales y a venderlos a particulares, y los labradores, que todos tenían antes su ganadillo, ya no pudieron por falta de pastos. Dieron en cortar el arbolado para vender la madera y los leñadores para hacer leña y carbón, sin orden ni concierto y sin mirar al día de mañana. Arbolado y monte bajo desaparecieron, con lo cual ganadería y colmenas vinieron a menos.

Los montes al quedarse desnudos de árboles y hierbas perdieron la tierra vegetal, que las aguas torrenciales arrastraron a los bajos, quedando descarnados, descubriendo la peña viva, con lo cual tampoco sirvieron para el cultivo con el que muchos habían creído saldrían de laceria rozando montes, que por lo visto sólo para montes servían. Viéronse así sin montes y sin terrenos de cultivo,

con solas vivas peñas y pedregales estériles de todo punto. El arbolado además atrae las nubes y la lluvia, de modo que sin arbolado en los montes la sequía hace riza en los mismos valles y sin agua no hay agricultura.

Y lo que pasó en Soria sucedió en toda la meseta central castellana, tierra apropiada para bosques, que antiguamente la cubrían, con lo que había pastos y tomillo, ganados y colmenas y se cogía la finísima lana tan apreciada de los romanos y la abundantísima miel y cera no menos celebradas de España. Los reyes absolutos descuidaron todo esto que nuestros Reyes Católicos habían tan solícitamente proveído; pero en cambio agobiaron a los pueblos con cargas que no podían sobrellevar y éstos se dieron a talar bosques para hacer dinero con la herencia de sus sucesores, despilfarrando en pocos años la riqueza venidera de la nación, arrancándola, como quien dice, de cuajo. Tal es la razón de que la mayor parte de España sean hoy páramos desolados y sin provecho.

Cuando Felipe II subió al trono en 1555 poseía la Mesta o asociación de ganaderos, siete millones de cabezas y a su muerte en 1598 sólo tenía ya dos millones. El año 1572 ya iban faltando los montes por las talas que se hacían y sin embargo sólo en los lavaderos de la ciudad de Cuenca se lavaban 250.000 arrobas de lana por año para embarcar y sacar fuera del reino y en los tintes se labraban 150.000 arrobas hacia 1600. Un ta Luis de Guzmán tenía en Cuenca a fines del siglo XVI hasta 60.000 cabezas de ganado lanar, sin las crías. Pues bien, en treinta años dio tal bajón la ganadería, que sólo se labraron 10.000 arrobas y se lavaron 8.000 el año 1631. Y es que el gobierno, los pueblos y los particulares abandonaron los bosques a los ladrones y puede decirse que ladrones eran todos, pues muchos pueblos se dieron a procurarse dinero para pagar las contribuciones y malvivir como podían cortando y robando sin miramiento sus maderas. Y nadie ponía en ello remedio. Aquellos reyes no se cuidaban más que de lo que pasaba fuera de España y no tenían ojos para mirar lo que pasaba dentro de casa.

Horrible política que empobreció a la nación. En 1562 para la armada de Barcelona hubo que traer árboles de Flandes y remos de Italia: sólo de Vizcaya pudieron sacarse 4.000 picas; y a principios del siglo XVII era tal la falta de madera, que varios pueblos pidieron al rey les permitiera traerla de fuera del reino, «donde había comercio de esta materia y más se cuidaban de los árboles.» Por ley del reino todos los municipios deben celebrar cada año la fiesta del árbol, a la cual asisten los niños de las escuelas. Cuando en esa fiesta veáis plantar un árbol con todas las ceremonias, recordad que ese acto significa que el árbol es la principal riqueza de la nación, que es cosa sagrada y respetable, que no debe cortarse un árbol sin necesidad y que, si se corta uno, debe plantarse otro o muchos para que las tierras yermas por haberse talado el arbolado vuelvan a repoblarse. Y ésta es la lección que habéis de sacar de la presente pobreza de Soria, otro tiempo opulenta y rica, porque su riqueza propia era el arbolado y hierbas y la ganadería y colmenas. Sin árboles no hay ganadería ni colmenas ni siquiera agricultura.

Cantemos, pues, con el poeta:

Los árboles nos aman:
nos dan en el estío
su fresca y grata sombra,
sus frutas en sazón;
desnúdanse en invierno
de su follaje umbrío,
por no privar al hombre
de los rayos del sol.

Los árboles nos quieren:
sus troncos y sus ramas
labrados por el hombre
nos dan comodidad

y aun saben consumirse
ardiendo entre las llamas
por damos generosos
calor para el hogar.
Los árboles nos quieren:
¡qué gloria en primavera
ver cómo reverdecen
y cómo echan la flor!
Son ellos el adorno
de la creación entera
y jaulas naturales
que dio a las aves Dios.
Los árboles nos aman:
amémoslos nosotros,
paguemos su cariño
sabiéndolos cuidar;
por los que derribamos
plantemos muchos otros,
seguros de sus frutos,
salud y bienestar.

Los sorianos tienen asegurado su porvenir, si acrecientan el arbolado, si cuidan y aumentan la ganadería y si saben aprovechar arbolado y ganadería valiéndose de la industria. Industria de maderas, fábricas de aserrar, de convertir la madera en piezas labradas para el uso de la vida. Industrias de lanas, mantecas y quesos. En las montañas del Jura hacen mancomunadamente los quesos de Gruyère, aportando cada uno la leche de sus vacas. ¿Por qué no se mancomunan igualmente los sorianos, los santanderinos, los gallegos, etc., etc., para fabricar productos del ganado y de la manteca? Australia, Sajonia y Moravia se enriquecen con las merinas que salieron de España. Y España, que las crió y formó durante siglos, las ha perdido casi de todo punto. Ya no hay apenas cabañas. Por casualidad se ve alguna suelta por esas veredas.

99

Siete kilómetros al norte de Soria divisaréis desde lejos un obelisco de piedra caliza sobre un cerro, al este del Duero, que corre al pie de él. Trepad al cerro y el obelisco os dirá que allí estuvo Numancia, junto a la aldea que llaman Garray. Garray significa en idioma ibérico o bascongado *sitio quemado*. Todavía se están haciendo excavaciones; pero ya ha quedado a descubierto todo el contorno, las calles y muchas casas de la población romana, de la población anterior ibérica de los *Arévacos*, con sus utensilios de hierro, y la todavía mucho más antigua con sus objetos de piedra, de la época neolítica, cuando, antes de conocer los metales, se valían de piedras pulimentadas para sus armas y herramientas, digamos. Las sagradas ruinas de Numancia son el más antiguo monumento de la independencia española y testimonio del natural indomable de los iberos. Increíble parece que población tan pequeña tuviera en jaque por tantos años a las legiones romanas y sin embargo es tan cierto, que el cerco y destrucción de Numancia es uno de los acontecimientos mejor conocidos de la historia. Los mejores historiadores romanos hablaron de ello con toda minuciosidad, porque, después de Cartago, no hubo ciudad que tanto quehacer les diese. Los varios cónsules, que Roma envía con aguerridas legiones año tras año, todos son derrotados. Uno de ellos, Mancino, se ve cercado en su propio campamento, huye de noche y con un tratado vergonzoso asegura la retirada de un ejército donde había 20.000 ciudadanos romanos. Quiere Roma acabar a todo trance guerra tan bochornosa y envía a Cornelio Escipión Emiliano con 4.000 voluntarios y 60.000 hombres. Siete campos fortificados por él se han descubierto. El hambre enflaquece a los cercados, que llegan a comer cuero cocido y hasta los cadáveres de sus compañeros. Pidieron capitulación honrosa y,

como no se la concediese Escipión, prendieron fuego a las casas y se mataron unos a otros por no entregarse al vencedor. Algunos salieron embistiendo en los romanos, que se quedaron espantados al ver a aquellos hombres ahilados, de mortecino y vago mirar y como cadáveres ambulantes, que luchaban con la muerte dando su último aliento por la independencia de la patria. Ejemplo memorable e inaudito de la fiereza, de la tenacidad, del estoico valor, del amor a la patria y a la independencia que habían de repetir en el siglo XIX sus vecinos los zaragozanos.

Pero ¿qué es la patria por la cual muere esta ciudad? La patria, lo más sustancial de la patria, no es la tierra en que se nació y se vive; la patria para los padres son los hijos, para los hijos son sus padres. ¿Qué es la patria para un padre sin hijos? La patria de un padre es aquella donde sus hijos están. Creo que así lo sentirá todo padre. La grandeza de Numancia está en que supo apreciar que la madre y el padre deben tener como patria propia la patria de sus hijos. Este sentimiento llevó a los numantinos a su heroico arrojo. ¡Morir todos para buscar una patria común, antes que morir dejando en poder del vencedor las esposas, los hijos, las madres. Grande, sublime rasgo el de Guzmán el Bueno en Tarifa, entregando un hijo por salvar a muchos españoles. Pero ¿a quién salvaban los numantinos matándose todos mutuamente? Padres, madres e hijos se matan a la vez por no sobrevivir los unos a los otros: mueren los padres por sus hijos, los hijos por sus padres, los esposos por sus esposas, las esposas por sus esposos. Mueren por la patria, que eso es la patria sustancialmente. Y muriendo por la patria hallan la patria común, la España que fue y será, hallan la patria de la gloria de ellos y de la gloria de la nación. Ellos murieron; pero su heroicidad fue semilla de nuevos héroes entre los españoles que nacieron después. La gloria de los padres y antepasados estimula a los hijos y descendientes, el hervor heroico pasa de unos a otros y así vive una nación, una patria común, alimentándose de las comunes glorias. Ellos y sus descendientes y nosotros somos todos unos: la patria española. Sus glorias son nuestras glorias, su noble pensar es el nuestro, nuestro su heroico proceder. Vosotros, los niños españoles, debéis criar ánimos varoniles y esforzados, como sucesores de tan excelsos héroes, para que el día de mañana continuéis y no destruyáis, por cobardía o por bajos intereses personales, la gloriosa patria que ellos os legaron y que se llama España.

100

Suenan mucho en la historia de España, por las batallas que en ellas se dieron, las poblaciones de Gormaz y San Esteban de Gormaz, fortificadas por los moros y sobre todo la de Calatañazor, donde los cristianos derrotaron al famoso Almanzor, el caudillo cordobés, año 1002. Esta victoria fue de gran momento, no sólo porque Almanzor fue el mayor de los capitanes del Califato, sino porque con ella se echó para siempre a los moros de las partes septentrionales de España. Tuvo el desastre tal resonancia entre los moros, que dicen ellos se vio correr por las orillas del Guadalquivir una especie de *iblis* o diablillo cantando en árabe y en castellano:

En Calatañazor
perdió Almanzor
el atambor.

Ávila

101

Entre vuestros juegos hay uno que consiste en decir: «Yo he visto un barco cargado de...» Por su orden los del corro han de añadir al punto alguna cosa, como por ejemplo: «De manzanas.» El que tarda pierde. A veces el cargamento hace reír, como aquel de: «Yo he visto un barco cargado de moros.» Porque creéis que el tal cargamento es pura fantasía. Sin embargo yo he visto eso y no como quiera. Los moros llevaban chilaba o albornoz blanco e iban arracimados, no sólo sobre cubierta, sino como colgados de todos los palos del buque. Era cosa de ver. «¿Adonde va tanta

gente?» pregunté. «Son moros que van a la Meca.» Todo buen mahometano debe, según ley, ir a visitar el sepulcro de Mahoma que está en la Meca, por lo menos una vez en su vida. Es homenaje que hacen a su profeta y viaje religioso con que templan su espíritu mahometano.

Al pensar en Ávila me ocurre deciros que es para los españoles lo que para los mahometanos la Meca, y no por juego, sino muy en serio os digo que a Ávila debieran ir trenes continuos cargados de españoles. ¿Y a qué? No es nada placentero lo que en Ávila se siente. La piedra berroqueña o granito gris del caserío y de las murallas que parecen apretujarlo, lo frío y áspero del clima, lo descarnado y seco de sus alrededores, los montes que el horizonte cierran, todo da una impresión de dureza, de frialdad, de algo ceñudo y triste, de rudo y encapotado, que aleja los sentimientos plácidos y agradables de' la mente y parece que aprieta y oprime el pecho. Pero en estos tiempos de molicie refinada, de olvido de todo lo serio y grave, viene muy a cuento un baño de seriedad y gravedad que robustezca y dé fuerte temple al alma.

Tierra de caballeros, tierra de santos y de cantos, como aquí se dice, tierra de sabios es Ávila, adonde todo español debe ir a templar su espíritu, como se templa el acero sumergiéndolo en el agua fría. Sus templos son severos y graves, del grave y severo estilo románico, que lleva a los fieles que debajo de sus bóvedas se cobijan a reconcentrarse dentro de sí mismos, a darse a la vida interior espiritual. Sus palacios, señoriles, de dura piedra berroqueña, de tinte oscuro, gris, arrecian el alma y la fortalecen. Su cintura de murallas de la misma dureza y color, zanjadas en la roca viva, con sus nueve puertas, sus adarves y ochenta y seis torres, es como la recia armadura del campeón castellano medioeval, que armado de todas armas aguarda impávido sobre aquellas montañas los encuentros de los alárabes, que embisten y toman a embestir en él mil veces durante tres siglos mortales, que duró el disputarse la ciudad cristianos y moros.

Con razón se llamó *Ávila de los Caballeros*. Los blasones empotrados en las fachadas de sus palacios señoriales cuentan sus empresas. Católicos a machamartillo, fríos y duros como el granito de sus casas y de aquellas sierras, ofrecen como su dechado ejemplar al terrible Duque de Alba. Sus sabios son graves y enormes como el Tostado. Sus santos de tan recia hebra, de tan grandes alientos como San Juan de la Cruz, San Pedro de Alcántara y la divina Teresa de Jesús.

Tierra que tales hombres cría, empapada tiene que estar del espíritu viril y magnánimo de la raza castellana y española. No podía nacer en otra parte la reina más española y castellana, la varonil y magnánima D.ª Isabel la Católica, flor de reinas, estímulo de guerreros y conquistadores, madre de nuestra grandeza nacional pasada.

Templad, niños españoles, vuestro espíritu castizo y patriótico en el recuerdo de estos grandes nombres y visitad la ciudad de Ávila, como para templar su espíritu mahometano van los árabes una vez en su vida a visitar la para ellos sagrada ciudad de la Meca.

102.

Tierra montañosa, dura y fría por su mayor parte, la provincia de Ávila fraguó el espíritu de sus hijos a su imagen y semejanza. Echad un vistazo por el mapa. Las sierras de Ávila y la Paramera levantan el terreno hacia el centro de la provincia y unos 18 kilómetros, yendo hacia el mediodía, se yergue la pujante Sierra de Gredos, con sus picos nevados, blancos como el armiño, por donde brincan y corren un linaje de fuertes machos cabríos particulares de aquella serranía. En lo alto de sus cumbres hay una extensa y honda laguna alimentada por las nieves. Al pie de la Sierra de Gredos, a la parte del mediodía, se dilata el apacible y fértil valle del río Tiétar y en las faldas se extienden grandes pinares, robledales, encinales y bosques de toda clase de maderas.

Algo menos de la mitad de la provincia, a la banda del norte, crecen en terreno ya llano la vid, el olivo, el almendro y otros frutales, el trigo y la cebada. Cuando vayáis a Ávila, subiréis a una alta llanada, que se hace como ancho cerco rodeado de empinadas montañas todo en tomo, menos por la parte norte: la Sierra de Malagón a levante, la Sierra de Ávila al noroeste. La Paramera al sudoeste. En medio de esa llanada, llamada valle de Ambles, sobre escarpada mota a tajo por sus tres

vertientes, a cuyo pie corre el Adaja, veréis la ciudad de Ávila, ceñida de sus fuertes y bien conservadas murallas, que bojan y corren por 2.400 metros todo en tomo, sus almenas y sus torres, obra acabada de 1090 a 1099. No hay ciudad de Europa que mejor conserve y más fuertes parecidas murallas medioevales. En ellas pensaba sin duda Santa Teresa cuando en el libro de *Las Moradas* nos habla del castillo místico, dentro del cual, como dentro de un diamante, está el divino Esposo esperando a las almas.

Como parte de las mismas murallas se levanta la mole de la catedral a manera de castillo. Dicen que la fundó el conde Fernán González; pero renovóse en estilo románico después de la conquista definitiva de la ciudad por Alvar García de Navarra el año 1091. Sin embargo su tono general es del gótico de los siglos XIII y XIV. La parte más vieja está pegada a la muralla. La torre y el ábside más son de fortaleza que de templo. Románico severo es el estilo de la iglesia de San Pedro, hecha en los siglos XII y XIII; gótico florido el de la iglesia de Santo Tomás, acabada con el convento en 1482 por los Reyes Católicos, cuyo hijo el malogrado príncipe D. Juan tiene allí su sepulcro de mármol, obra del florentino Domenico Fancelli. La sillería del coro es de puro encaje hecho con madera. Románica es la iglesia de San Segundo, donde está el sepulcro del santo, obispo de Ávila, con su estatua arrodillada, obra de Berruguete. Del siglo XII al XV se trabajó en la célebre iglesia románica de San Vicente mártir, que con las santas mártires hermanas Sabina y Cristeta tiene allí su sepulcro. En la cripta o subterráneo se ve la roca sobre la que fueron martirizados el año 303. Románico florido es San Andrés. Señorea el estilo románico en los templos; esas bajas bóvedas, esas naves medio a oscuras, esas columnas gruesas y poco esbeltas. Todo lleva a la concentración del espíritu. Es el estilo que convenía al alma cristiana en tiempos nada ostentosos, pero sí devotos y penitentes, cuando aun duraba el recuerdo sombrío de las criptas y catacumbas donde se juntaban los fieles, lóbregas y soterranas, junto a los sepulcros de los mártires. Más tarde, desde el siglo XII, el alma cristiana sale afuera, los grandes templos góticos alzan sus bóvedas y aguzan sus arcos y adelgazan sus columnas en haces que soportan la pesadumbre de la mole, rásganse sus ventanales de elegantes vidrieras con pinturas de variados colores, erízase el edificio de torrecillas y cresterías, apuntálanle airosos arbotantes, levantan a las nubes sus empinadas agujas las primorosas torres y derrámase por todas partes, por dentro y por de fuera, la profusa y florida ornamentación, remedando animales, plantas, la naturaleza entera, que diríase vino a juntarse en la casa del Señor para hacerle homenaje y cantar a una voz las magnificencias de la creación.

Así se levantaron las asombrosas catedrales de Burgos y León, de Toledo y Sevilla. Cada época trae lo suyo. Ávila es de la época más seria y grave en que se lucha a la continua con el moro como en tierra fronteriza. La ciudad viste su berroqueña armadura, la catedral es una torre de tantas, la principal de las torres, el homenaje, de esta ciudad, que es una fortaleza. Sólo gente aguerrida, vestida de acero, con alma de bronce, puede y debe morar dentro de sus muros. Tal es Ávila de los Caballeros. Este duro temple conservó la ciudad los siglos adelante y con este recio y bien templado espíritu crió Ávila y su provincia a sus grandes hombres.

103

Y a sus grandes mujeres. Porque mujer es la que ha llevado el nombre de Ávila a todas partes, aunque mujer tan varonil, que vale por todos los hombres de guerra que vivieron en Ávila de los Caballeros. Al salir de la ciudad por la puerta de Santa Teresa, vese el Convento de Santa Teresa en una plazuela, de estilo herreriano, edificado donde estuvo la casa que vio nacer a la santa. Santa Teresa es una mujer incomparable, una de las esclarecidas mujeres que celebra la historia. No los españoles, los extranjeros y protestantes se han hecho lenguas en su alabanza y la ensalzan sobre las mujeres más gloriosas.

Y es que esta mujer es mucha mujer y vale no menos por muchos varones de los más esforzados. Junta las más excelsas virtudes de la mujer y las que del varón en una mujer caben. De temple tan recio como la piedra berroqueña de esta ciudad, donde nació el año 1515, de espíritu tan

guerrero en las lides del Señor como el de los Caballeros que le dieron fama, de tan íntima y misteriosa alma mística como sus templos románicos, posee a la vez las cualidades más apacibles de la mujer: sensibilidad refinada, delicadeza de doncella, trato afable y agradabilísimo, tierno cariño a las monjas sus hijas de verdadera madre, caridad infinita para con todo el mundo. Lléganle al alma los errores de los protestantes, por quienes reza continuamente y la ceguera de los moros cuya conversión codicia con tal ansia, que en la temprana edad de su niñez salió de casa con su hermanito con intento de irlos a convertir.

Niños españoles, tened gran devoción a esta santa, dechado de virtudes castellanas, amadla, queredla. Es muy buena, es todo bondad. No sabéis cuánto cariño tuvo a los niños chiquitos. Tanto que, por seguirle el gusto, en forma de niño se le apareció Jesús y le habló. Leed, cuanto podáis, sus libros, sus cartas. Por orden de sus superiores escribió cuanto había pasado por su alma durante su vida y es de ver la llaneza con que descubre los más íntimos repliegues de su corazón y alienta a sobrellevar las penas y dolores de la vida. Se la pasó fundando conventos carmelitas reformados, corriendo de ciudad en ciudad, andando caminos, durmiendo en ventas y posadas nada agradables y escribiendo centenares de cartas a las monjas, a los señores que la ayudaban en estas fundaciones, a los teólogos a quienes pedía consejo, al mismo rey Felipe II. ¡Qué caridad embebe sus palabras! ¡Qué humildad y modestia, qué prudencia y discreción, qué franqueza al propio tiempo, y qué llaneza y qué candor virginal y qué entereza varonil muestra en el trato con todo género de personas! Esta santa de vida interior, que vivía entre los ángeles en comunicación mística con el divino Esposo, parece mentira anduviera al mismo tiempo por caminos y posadas embelesando a las gentes con su charla donairosa, sonora y limpia. Visitad en Ávila los lugares santificados por sus plantas. Parece que sus huellas se ven todavía. Su casa, su huerto, donde de niña hacía ermitas con su hermanito, «poniendo unas piedrecillas que luego se nos caían», el convento de Gracia, el de Santo Tomás, el de la Encarnación, el de las Madres, la escalerilla en el subterráneo de San Vicente, que ella subió descalza. En aquel locutorio de la Encarnación tuvo conversaciones divinas con San Pedro de Alcántara, con San Juan de la Cruz y ¡qué de arrobos celestiales se contaron y qué de celestiales sentencias allí resonaron! De sus libros escritos al correr de la pluma dijo fray Luis de León que «en la alteza de las cosas que trata y en la delicadeza y claridad con que las trata excede a muchos ingenios y en la forma del decir y en la pureza y facilidad del estilo y en la gracia y buena compostura de las palabras y en una elegancia desafeitada que deleita en extremo, dudo yo que haya en nuestra lengua escritura que con ellos se iguale.»

Falleció el año 1582 rodeada de sus hijas en Alba de Tormes, donde se le ha levantado una hermosa basílica. Canonizada en 1622, fue enaltecida por Urbano VIII con los dictados de *Patrona de España* y *Doctora de la Iglesia*. España entera lo deseó y lo pidió, porque los españoles, enamorados de tan divina mujer, vieron como cifradas y encamadas en ella las virtudes todas castellanas. Cada nación tiene su dechado de mujer. Cuando os pregunten cuál es la primera mujer española, el dechado ejemplar femenino de nuestra raza, responded con orgullo: Santa Teresa de Jesús. Y seguros podéis quedar que ninguna nación se atreverá a poner a par de ella otra mujer alguna, si no fuere la divina María, Madre de Dios.

104

¿Qué os diré de San Pedro de Alcántara, tan enflaquecido por las penitencias que hacía en su retiro que, como dice Santa Teresa, «no parecía sino hecho de raíces de árboles»? ¿Y el divino San Juan de la Cruz, compañero de Santa Teresa en la reforma del Carmelo, varón extático y contemplativo, nacido en Hontiveros, que sufrió mil persecuciones de sus mismos hermanos de la Orden carmelitana y vivía en la tierra como si estuviera entre los ángeles del cielo? Así son de celestiales y divinas sus poesías místicas y los comentarios en prosa que les añadió, donde se trata de la vida santa y espiritual hasta llegar a lo más subido de los éxtasis y arrobos, con una dulcedumbre de estilo tan de mieles, tan fluido y transparente, que no parece habla de hombres, sino de bienaventurados:

¿Adonde te escondiste,
amado, y me dejaste con gemido?
Como ciervo huiste,
habiéndome herido:
salí tras ti clamando y eras ido.
Pastores, los que fuerdes
allá por las majadas al otero,
si por ventura vierdes
aquel que yo más quiero,
decidle que adolezco, peno y muero.

105

Tales eran los santos españoles que reformaban las Órdenes religiosas en España, mientras Lutero alardeaba en Alemania de reformar la Iglesia negando la libertad del libre albedrío y por consiguiente el mérito de las buenas obras, y colgaba los hábitos y se casaba con una monja, a cuyo ejemplo frailes y monjas saltaron a manadas de sus conventos imitándole y los señores se apoderaban de los bienes de las iglesias y los aldeanos entraban a sangre y fuego en las ciudades y ardía toda Alemania en guerras y crímenes. ¿Qué hombre de seso se pondrá a comparar con Lutero o con Calvino a San Juan de la Cruz o a San Pedro de Alcántara? ¿Quién pondrá a la par, no ya a Santa Teresa, pero ni a nuestra reina Isabel la Católica con Isabel la reina de Inglaterra, perseguidora de los católicos y defensora de los protestantes? Llámanla los ingleses la gran reina. Ved qué tal fue, según un autor francés nada afecto a España:

«Isabel, como su abuelo Enrique VIII, tenía la pasión de la avaricia como una manía morbosa, sentía una voluptuosa fruición en juntar y tentar monedas de oro, telas y piedras preciosas, y había entrado a la parte con el corsario John Hawkins en las piraterías contra las posesiones españolas. Ningún sentimiento honrado justificaba semejantes empresas: era simple piratería... Su alma estaba pervertida, eran sacudidas sus pasiones por violencias morbosas y sus nervios por sobreexcitaciones malsanas. Cuando se presentaba un embajador, le preguntaba vanidosamente: ¿Es vuestra reina hermosa como yo? Ya me veréis bailar: creo hacerlo mejor que ella. Mi mano es más bella que la suya; mirad. A un embajador holandés que simuló extasiarse de su belleza, le dio al punto una cadena de oro. Tenía a la sazón sesenta y seis años; pero la edad agravaba estas extravagancias. Si un capellán se atrevía a predicarle la muerte, al momento lo despedía. Quiere ser adorada como una princesa oriental: sus ministros no le hablan sino de rodillas y de rodillas le sirven a la mesa. Si cruza una galería, todos han de hincarse de rodillas a sus pies. No sólo de los hombres exige tales homenajes, sino que las mujeres deber reconocer y confesar que a todas vence en hermosura. Las más favorecidas son admitidas al honor de besarle el seno. Se abandona a veces a excesos de furor, echa palabrotas por su boca y juramentos, se tira al suelo, se araña la cara y maltrata a las damas. Lady Scrope ha sido abofeteada y golpeada muchas veces por su majestad. La hermosa Brígida, por atraerse las miradas del conde de Essex, ha sido abofeteada cruelmente. A una doncella le quebró un dedo, a otra le atravesó la mano con un cuchillo.»

106

No compararé con este monstruo a nuestra reina Isabel: sería rebajarla sólo con ponerme a hacerlo. Pero notad que los ingleses, los libres hijos de Inglaterra, llevaban estas cosas en paciencia y aun alaban a esta reina despótica, mientras los españoles, los para los ingleses fanáticos españoles, le negaban al poderoso Carlos V los tributos que les pedía y se atrevían con entereza a representarle que los pueblos no querían pasar por sus arbitrariedades, aunque ellas fueran tales que en comparación con los desmanes de Isabel de Inglaterra ni siquiera se echan de ver.

Isabel la Católica nació en Madrigal. Casó con D. Fernando, rey de Aragón, y en cuanto fueron proclamados reyes, echóse a los moros que en el reino de Granada se habían encastillado, viose unida toda España, reprimidos los turbulentos magnates, cesaron los desafueros, los caminos quedaron limpios de los bandidos que los infestaban, los portugueses salieron vencidos de Castilla, el Gran Capitán conquistó a Italia derrotando a los franceses y echándolos repetidamente de toda ella. Colón descubrió el Nuevo Mundo, florecieron como nunca las artes, las ciencias, las letras, la agricultura, la industria, y de la nada que hasta entonces había sido entre las naciones, «fue en España la mayor empinación, triunfo e honra e prosperidad que nunca tuvo», como escribió el Cura de los Palacios que historió aquel incomparable reinado. La misma reina daba ejemplo a la corte de gravedad, cortesanía, amor a las letras, aprendiendo perfectamente el latín y no menos sus damas. Sus virtudes fueron tantas, que los españoles la querían como a una madre y la admiraban y servían y alababan por doquier: y con gran razón porque, aunque hubo en otros tiempos grandes reinas en Castilla, D.ª Isabel las oscureció a todas.

Da pena ver cómo, por el abandono de los reyes anteriores, andaban de engreídos los nobles y lo revueltos que traían a los pueblos, mirando tan sólo a sus particulares intereses. Mano dura y gran entereza se necesitaba para someterlos. Pues bien, los Reyes Católicos lo consiguieron. Fue su primer propósito. Vedle por este cuento. Jugaba el rey Católico un día con unos grandes a los naipes y entre ellos el Almirante, y cuando tomaba naipe decía: «Paro a mi sobrino.» «Topo a mi sobrino», entendiendo por el rey Católico que era hijo de su hermana. Oyólo la reina Isabel, que sesteaba en una recámara más adentro, y asomando la cabeza a la puerta dijo alto: «El rey mi señor no tiene parientes, sino criados y vasallos.» Esta salida de la reina pinta bien su entereza y el propósito que los Reyes Católicos tuvieron de abajar los humos a los nobles y someterlos a la autoridad real.

107

Hay quienes al hablar del reinado de los Reyes Católicos todo se les vuelve repetir *La Reina de Castilla*, perpetuando aquella división de reinos españoles que se esforzaban en distinguir los antiguos. «Después que los grandes del reino juraron a los católicos príncipes, hubo alteraciones, dice un escritor del siglo XVI, sobre quién había de reinar en los reinos de Castilla y León, porque algunos decían que muerto el rey don Enrique sin hijos, el reino de Castilla pertenecía al rey de Aragón D. Juan, padre del rey D. Fernando, porque era hijo de D. Fernando, hijo del rey de Aragón y nieto del rey D. Juan de Castilla, y porque era varón y prefería a la mujer y por esta razón todo el derecho de sucesión como de gobernación pertenecía al rey D. Femando su hijo. Por la parte de la reina se alegaban las leyes de España y las crónicas antiguas por las cuales decían estaba ordenado y establecido que en la sucesión del reino de Castilla las mujeres, que por derecha línea descendiesen, se prefiriesen a los varones que fuesen de línea trasversal y no derecha y que por esto la reina D.ª Isabel, hija del rey D. Juan de Castilla, que venía por línea recta, se prefería al rey D. Juan de Aragón que venía por línea trasversal... Y así por muchas razones y ejemplos se juzgó que la sucesión y gobernación del reino perteneciese a la reina así como propia señora de él y no del rey por manera que el rey no debía gobernar reino que no le había sido dado en nombre de dote ni se le podía dar por derecho.»

Así parece que siguen pensando los que sólo hablan de la Reina de Castilla, como si D. Femando no hubiera sido rey más que de Aragón. Estrechez de miras, ruindad de política menuda de campanario, excusable entonces en los políticos que no alcanzaban los altos propósitos de los Reyes Católicos de unir a toda España; pero no en los modernos, que todavía suelen añadir un cierto menosprecio hacia aquel rey, sacándole siempre los defectos, como si con estas sombras brillara más esplendorosamente la reina Isabel. La cual les dio a los grandes de entonces y a tales escritores de ahora una lección admirable de levantada política y de grandeza de ánimo, propia de aquella reina, varonil, esforzada, prudente y sabia, que no miraba así las cosas, sino que como mujer era todo cariño para con su esposo y como reina veía las cosas por encima del momento político aquel y

pensaba en la gran unión de la nación española para lo porvenir. Oíd, pues, lo que, dada aquella sentencia, dijo en Consejo y ante los grandes al rey la magnánima Isabel:

«Muy caro y amado marido. Aunque el reino de Castilla y su gobernación me viene de derecho, pues que Dios vos ha dado por mi marido y compañero de mis trabajos, vos, así como varón, como rey y como marido, ordenaréis todas las cosas, vos los poseeréis, vos las gobernaréis. Ninguna cosa reservo para mí, sino que, como es razón, todas las cosas serán comunes entre ambos, y pues que Dios nos ha ayuntado iguales en una compañía en todo el derecho del reino, en todos nuestros señoríos así se guardarán vuestros mandamientos como los míos y lo que los grandes y los de nuestro Consejo han querido saber a cuál de nosotros compete el reino y gobernación, no ha de ser enojoso a nosotros.»

El rey, maravillándose de la prudencia de la reina y alabando el parecer de los grandes, dijo que había holgado mucho de lo que la reina le había dicho y finalmente dijo que la reina era digna y merecedora de gobernar, no solamente a España, mas a todo el mundo. Y aquel día ordenaron que todas las cartas y privilegios en que se despachasen negocios se pusiese el nombre del rey y de la reina en esta manera: «Nos D. Fernando y D.ª Isabel, por la gracia de Dios rey y reina de Castilla, de León, de Aragón, de Cecilia, etc.», y que las cartas y provisiones se sellasen con sello que tuviese castillos y leones y bastones y águilas, que son las insignias de los cuatro reinos susodichos. Y asimismo en la moneda de oro que mandaron labrar mandaron poner el nombre del rey y de la reina, así como en las cartas y más sus rostros con sus coronas.»

Nadie en España se opuso a esta determinación; antes la aceptaron todos, el Consejo y los grandes. Veis, pues, aquí, niños españoles, unidos los reinos de España indisolublemente, ved aquí a España. Y ved además cómo D. Fernando es rey de Castilla y de León y de Aragón y de Sicilia. Los que sólo hablan de Isabel como reina de Castilla van contra la voluntad de la misma reina y de España entera y muestran increíble ruindad. Juntos reinaron con amor envidiable y juntos quisieron descansar en la Capilla Real de Granada. Y porque algunos atribuyen el descubrimiento de América tan sólo a la reina, os conviene conocer lo que escribió Juan de Timoneda en su *Memoria Hispana*: «En el año 1492 a costas y por consejo del rey D. Femando, fueron descubiertas las Indias.» Dineros aragoneses fueron los que costearon el viaje de Colón y don Femando fue quien aconsejó a la reina y la determinó a aceptar la empresa. Y si queréis saber quién fue el rey Católico, preguntádselo a Felipe II, el cual, cuando veía el retrato de aquel rey, haciéndole acatamiento, solía decir: «A éste lo debemos todo.» La desgracia de España, la más terrible desventura de nuestra patria, jamás bastantemente llorada, estuvo en que falleciese en su mocedad el príncipe D. Juan, hijo de los Reyes Católicos, en quien todos tenían puestas sus esperanzas por las grandes virtudes que mostró y porque hubiera continuado la admirable política de sus padres. Por su falta vino al trono de España la dinastía austríaca con la política extraña que llevó a su ruina a la nación.

Y ya que hemos hablado de los Reyes Católicos, que dejaron imperecedera memoria y a quienes los españoles tanto amaron, conviene que los niños españoles se acostumbren a reverenciar, acatar y cobrar amor al rey, por ser como la cabeza de España, su personificación y símbolo vivo. Los españoles siempre se distinguieron por la lealtad y amor a sus reyes y en ello mostraban su patriotismo. El rey significa la nación entera, por hallarse en él compendiada como en su cabeza. Las honras que al rey se hacen, se hacen a la patria y todo el amor que a la patria tenemos hemos de ponerlo en el amor a nuestro rey que la representa.

108

En Piedrahita nació el gran Duque de Alba, D. Femando Álvarez de Toledo, que vivió de 1508 a 1582. Dechado de Grandes de España, honra de la nobleza castellana, brazo derecho del emperador Carlos V y de Felipe II, hallóse en todos los renombrados hechos de armas que coronaron de gloria a la nación, peleando valientemente en Alemania, en Argel, en Túnez, contra

Francisco I de Francia, en Sajonia, en Flandes y ya tenía sesenta y seis años de edad cuando conquistó el reino de Portugal, añadiéndolo a la monarquía española.

Pedro de Lagasca, de Navarregadilla, político sagaz, pacificó el Perú, donde los conquistadores se habían sublevado en 1545, fue después obispo de Palencia y de Sigüenza. Blasco Núñez Vela, avilés, fue virrey del Perú, asesinado en aquella sublevación, en la que también intervinieron Francisco Carvajal, el licenciado Cianca, Luis de Lovera y Juan Sedeño, todos avileses, así como Álvaro Dávila Alvarado, capitán de la guardia de Hernán Cortés y gobernador de Méjico. De los más insignes capitanes en Italia y Flandes fue Sancho Dávila Daza, apellidado *Rayo de la guerra* y nacido en Ávila. Avileses fueron Alonso Díaz de Montalvo, el más famoso legisperito del tiempo de los Reyes Católicos; Luis Dávila, historiador de Carlos V; Gil González Dávila, historiador de Felipe III; Juan Díaz Rengifo, preceptista. El beato Alonso de Orozco nació en Oropesa, en Cardeñosa la venerable María Vela, San Pedro del Barco fue anacoreta de la ribera del Tormes.

Segovia

109

Lo primero que se os vendrá a los ojos al entrar en Segovia es su famoso acueducto. Asentada la ciudad sobre extendido peñasco de cien metros de alto, necesitaba agua traída de otra parte. Encañada viene desde la sierra de Fuenfría, corriendo 16 kilómetros. Pero ¿cómo pasará a la ciudad salvando la hondonada? Para ello sirve el acueducto de 818 metros de largo, formado de 170 arcos, con otros sobre puestos, llegando su elevación hasta 28 metros. Y lo más de maravillar es que las piedras berroqueñas de que está hecho no se juntaron con argamasa ni otra cosa alguna. Parece cosa de milagro el que se sostenga tan gigantesca mole. Corre la leyenda de que aquello lo hizo el diablo. ¡El diablo fueron los romanos! Porque ellos son los que lo hicieron y eso hará la friolera de veinte siglos, en tiempo de Augusto. Es un prodigio de equilibrio, estabilidad y firmeza. Y parece que está en el aire y que un soplo de aire dará con toda la inmensa mole en tierra. Debajo de él, en lo hondo, está la plaza del Azoguejo.

Segovia no es más que un museo de antigüedades, que debéis visitar; pero que no tenemos vagar aquí para describir como merecía: las murallas, el admirable Alcázar, que ha sufrido un incendio que se llevó sus riquezas interiores, la iglesia de San Martín, de románica traza, San Millán, de severa mole, el grandioso palacio de Lozoya, la casa de los Picos, de rara ornamentación, y tantos otros templos y palacios, en que domina el arte románico. Pero el arruinado monasterio del Parral merecería estudio especial. Fundado por D. Juan Pacheco, marqués de Villena, e inaugurado en 1459, nos atrae por su capilla mayor, obra maravillosa en alabastro, de Juan y Bonifacio Guas, de Toledo, y de Pedro Pulido, y por los enterramientos y estatuas arrodilladas del fundador y de su esposa a los dos lados. El templo de la Vera Cruz, de traza hexagonal, fue de los templarios. Devoto es el santuario de la Fuencisla con su hermosa leyenda.

110

Pero subamos a la torre de la catedral, que tiene 330 pies de altura. Descubrís desde aquí un extendido campo árido, casi sin mancha alguna de verdor, todo terroso, seco, sin vegetación. El que haya contemplado cualquiera población europea desde alta torre, las fábricas que la ciñen todo en tomo, las mil humeantes chimeneas, las casas de campo, quintas, caminos, el movimiento industrial, al ver este campo de desolación, esta soledad, no podrá menos de sentir que el corazón se le aprieta y angustia y comparará y se preguntará: ¿Dónde están aquí las fábricas y las tierras cultivadas que mantienen esta ciudad? ¿Quién trabaja aquí? ¿De qué vive toda esta gente? ¿Qué pueden dar de sí las raquíticas tiendas que surten a los pobres aldeanos que vienen a proveerse de lo más

indispensable para vestirse y calzarse? Algunos vivirán de sus rentas heredadas; pero los demás, ¿de qué viven, qué comen?

Malviven, malcomen y descansan sin haber hecho nada. Hay aquí siesta perpetua. Segovia fue gran ciudad; hoy no es más que museo de sus magníficos monumentos antiguos, muchos medio arruinados. Segovia está muerta. El artista revive con su fantasía el maravilloso pasado: pero realmente de aquí desapareció la vida. Y lo peor es que no se vislumbra por dónde pueda resucitar esta ciudad, levantada sobre un peñasco, como castillo en medio de un desierto.

Y ¿cómo en otro tiempo pudo vivir? Por el trabajo. Miles de telares rechinaban por doquier y no sólo en la ciudad, sino en otras poblaciones de la provincia. Los paños segovianos eran famosos y vestían a toda España y se llevaban fuera de ella. Es que había lana que tejer y ahora no la hay. Y había lana porque había mucho ganado trashumante que venía los veranos a los frescores de esta sierra de Guadarrama, cuyas laderas septentrionales son la provincia de Segovia. Ahora apenas se ve algún rebaño. La sierra estaba cubierta de praderías y bosques. Desapareció el bosque, con él las praderías, con ellas los ganados, con ellos la lana, con ella los telares y con ellos la riqueza y la vida. Es otra gran lección, niños españoles, para cuando vayáis a la fiesta del árbol.

Nunca tuvo mejor aplicación el cuento aquel de que por un clavo se pierde un reino y una nación. Chica cosa es un clavo; pero se le desprendió de la herradura al caballo del ayudante que llevaba orden importantísima de su general y, por no haber hecho caso, tras el clavo se le fue la herradura y por la falta de la herradura se le despeñó el caballo y no pudo llegar a tiempo el ayudante para que la orden del general se cumpliese y la batalla se perdió y con ella perdió el rey el trono y la nación cayó en poder del enemigo. No os parezca poca cosa el árbol, que de él pende la riqueza de una nación y sin riqueza no hay nación grande ni poderosa.

El año 1555, que comenzó a reinar Felipe II, había en Sevilla 16.000 telares y el año 1598, que falleció, no contaba ya más que con 400. Es que la ganadería había bajado en igual espacio de tiempo de siete millones de cabezas, que tenía la Mesta o sociedad de ganaderos, a dos millones. Pero ya os he dicho que los pastos habían desaparecido por días porque se descuajaron montes para hacerse con dinero para salir de los apuros en que pusieron a los pueblos las contribuciones que los reyes cargaron sobre ellos para sus gastos en las guerras que se traían fuera de España, harto contra el parecer de la nación, manifestado por las Cortes. La despoblación siguió el mismo camino, disminuyendo en una quinta parte, porque donde falta el pan la gente no puede vivir y una nación en la que ve menguando la riqueza y población, si no se pone remedio, se acaba por momentos. De diez millones de habitantes bajó en esos años hasta ocho. Las Cortes de Castilla declaran en 1566 que los recursos del reino ya no bastan para las cargas y obligaciones. Así fue empobreciéndose España. Todavía en el siglo XVII surtían a gran parte de Europa las lanas segovianas. Sólo los ganaderos de la parroquia de San Juan diezmaban de 400.000 cabezas de ganado en vida de Colmenares, el historiador de la ciudad, y 34.000 obreros producían cada año 25.000 piezas de paño, consumiéndose 4.500.000 libras de lana. De la población de Segovia, consiguiente a esta riqueza, sabemos que el año 1520 se alistaron 12.000 segovianos en las Comunidades y en la peste de 1599 murieron 12.000 personas. ¿Podrían sacarse hoy de Segovia 12.000 soldados? ¿Hay 34.000 tejedores? Hoy ya no hay tejedores. En el siglo XVII se perdieron más de las dos terceras partes de la población de Segovia y ahora no es más que un museo de antigüedades. Pero toda España, ¿qué era pocos años ha y qué es todavía más que un museo? Y un documento fehaciente de que en otros tiempos vivió y fue poderosa y rica y de que ya apenas vive ni puede nada. A Dios gracias, comenzó a respirar, a levantarse, a menearse, a correr por los caminos del progreso, primero en los puertos, poco a poco en algunas regiones centrales. Algunas todavía aguardan tendidas y postradas. La agricultura, la minería, la industria son las que van levantando a la nación, a pesar de las rémoras e impedimentos de los Gobiernos, que por sus medros personales en vez de desembarazar el paso no hacen a menudo más que embarazarlo. En Segovia todavía no hay nada más que campos secos y baldíos.

111

En San Ildefonso, al pie de Peñalara, está el Real Sitio de La Granja, donde Felipe V, nacido en Francia, primer rey de nuestra dinastía borbónica, quiso copiar los esplendores de Versalles. Las fuentes, como no las hay en ningún otro sitio de Europa, las mandó hacer su mujer en 1727, mientras el rey andaba de viaje. «Me han costado tres millones para entretenerme tres minutos», le dijo al volver. La reina viuda Isabel de Famesio, segunda mujer de Felipe V, mandó labrar hacia 1751 el palacio de Riofrío. Carlos IV se solazaba en el palacio y jardines de Aranjuez, reconstruido, después de haberse quemado, por Felipe V y Fernando VI, y acrecentado por Carlos III. El mismo Carlos IV gastó un dineral en edificar la Casa del labrador en Aranjuez el año 1803.

Como veis, estos reyes y reinas despilfarraban las rentas de la nación en hacer palacios, jardines, en labrar fuentes de tres millones para entretenerse tres minutos. Y esto clama al cielo. Segovia, a dos pasos, y España entera era un páramo seco y desierto, por donde sesteaban tumbados sin trabajo varios millones de hambrientos españoles, contemplando esas fuentes desde lejos, las más hermosas de Europa, y viendo holgarse durante tres minutos a su entonada reina, que creía haber hecho y dicho una gracia. Y tales reyes y reinas, por añadidura y para colmo del sarcasmo, no eran españoles; eran venidos de allende y para que viniesen se había desangrado España con la guerra de Sucesión.

112

Ese es el absolutismo, niños españoles, si no lo habíais entendido antes. Diréis que esos millones así malrotados se hubieran empleado harto mejor repartiéndolos a los pobres, que eran casi todos los españoles. Os equivocáis. Eso sería pan para hoy y hambre para mañana. Sería además fomentar la pobretería y poltronería y la ociosidad. Esos millones se hubiesen bien empleado en bueyes, arados y otros aperos, para los que quisiesen labrar las tierras, y en abrir acequias y canales para llevar agua a los campos sedientos, que así se podrían cultivar con provecho, y en levantar fábricas donde los sesteadores de ese páramo, que se llama España, se hiciesen al trabajo y enriqueciesen a sí y a la nación.

Y os digo esto, porque en España muchos creen hacer una buena obra dando limosnas copiosas a los mendigos y pordioseros, que se amontonan a las puertas de las iglesias y tras cada cantón. Y ordinariamente no hacen con eso más que fomentar la ociosidad y la vagancia, porque muchos, los más de esos pordioseros, no quieren trabajar, sacando más de las limosnas. Odiad esa caridad mal entendida, que llena a España de esa sucia lepra de mendigos, nuestra mayor deshonra. El Evangelio no manda dar a los pobres que pueden trabajar; antes la primera ley que dio Dios al hombre dice: «Ganarás el pan con el sudor de tu rostro.» La pobreza, cuando se puede trabajar, es una deshonra. No son esos los pobres que el Evangelio llama bienaventurados, sino los de espíritu, esto es, los que desprecian las riquezas y no ponen toda su alma en ellas, después de trabajar para vivir y para enriquecer a sus hermanos, a la patria.

113

De entre los guerreros ilustres de Segovia, Díaz Sanz y Fernán García conquistaron a Madrid el año 932, Pedro Rodríguez Bezudo ganó a Cuenca, Domingo Muñoz a Córdoba, Martín Fernández Portocarrero ganó la batalla de Fitero a los Navarros, Diego Cáceres y Ovando ganó a los portugueses la de Torres, Alonso Arévalo Zuazo se distinguió en la guerra de los moriscos, Cristóbal Juárez de la Concha fue el primero que aferró en Lepanto a una galera turca.

Los más eminentes teólogos del Concilio de Trento salieron de Segovia: Domingo de Soto, por quien se decía: «Qui scit Sotum, scit totum», que el que sabe a Soto lo sabe todo; Andrés Vega, Gaspar Carrillo de Villalpando, Francisco Florantes y Pedro Fuentidueña. Fue alma del de Basilea Juan González de Contreras, llamado Juan de Segovia. Jurisconsultos segovianos fueron Diego Rodríguez de Alvarado, López Daza y Antonio Pichardo de Sepúlveda. Andrés Laguna, médico de

Carlos V y del papa Julio III, que vivió de 1499 a 1560, fue famoso en toda Europa. Jerónimo de Alcalá fue autor de la novela picaresca *El Donado hablador*. Diego Colmenares, que vivió de 1586 a 1651, escribió la hermosa *Historia de Segovia*. El marqués de Mondéjar, uno de los mayores eruditos de fines del siglo XVII y comienzos del siguiente, trabajó más que nadie por echar abajo la autoridad de los falsos cronicones, que infestaban y llenaban de embustes nuestras historias.

Entre los modernos bastará recordar al general Arsenio Martínez Campos, que peleó por la patria toda su vida y vivió de 1831 a 1900; y a Aniceto Marinas, que nació en 1862 y ha sido de nuestros mejores escultores.

De Cuéllar fue Diego Velázquez, que pasó al Nuevo Mundo con Colón en su segundo viaje y con 300 hombres conquistó en 1511 la Isla de Cuba. Él envío a Francisco Hernández de Córdoba a descubrir el Yucatán y a Juan de Grijalva, su sobrino, también de Cuéllar, con 240 hombres al descubrimiento de la costa de Méjico; finalmente a Hernán Cortés a la conquista de aquel imperio. De Cuéllar fue no menos el gran cronista de Indias Antonio de Herrera.

PRINCIPADO DE CATALUÑA

Barcelona

114

He aquí la tierra del trabajo. Esta palabra os dirá todo lo demás. Apenas ponéis el pie en el Principado, os maravilla ver los campos todos aprovechados para el cultivo, como en las Bascongadas; como en ellas, por dondequiera sube el humo de las chimeneas de sus fábricas. No halláis vagos: jóvenes y viejos, hombres y mujeres, entienden cada uno en su menester, No hay mendigos: entre catalanes el mendigar es afrenta. Desde niños les enseñan a ganar y a ahorrar y no sólo a no pedir, sino a tener por cosa bochornosa el que les den nada de balde. El trabajo y el ahorro hacen que todos puedan vivir sin mendigar nada de nadie, crían espíritus independientes y varoniles, amontonan la riqueza pública y privada y levantan ciudades como Barcelona, que puede competir con las más hermosas del mundo. No es menester describirla, no hay más que recorrer sus largas, anchurosas y limpias calles y plazas, sus parques y paseos, subir a Montjuich o al Tibidabo. La suntuosidad de los edificios, el movimiento industrial y mercantil, el tráfago, la riqueza se os entran por los ojos. El poderío industrial y comercial se ha extendido a todos los órdenes de la vida. Barcelona es hoy la ciudad de mayor cultura artística e intelectual después de Madrid. Se cultiva mucho la música, la arquitectura, la pintura, y más la literatura catalana. Hay Palacio de Bellas Artes y de Música Catalana, Instituto de Estudios Catalanes, Museos varios, Bibliotecas, Sociedades innumerables de todo género.

115

Si tuviéramos vagar, os llevaría a las fábricas, fuentes de todo este bienestar y riqueza. De ellas sale el oro que ha hermoseado y engrandecido esta ciudad. Estamos en la tierra de la industria y del trabajo. Yo os enseñaría en esas fábricas cómo la lana, el lino, el algodón, que entran por una puerta, salen por otra convertidos en piezas de tela y paño, en prendas ya labradas de punto. Veríais el artificio e ingenio del hombre que ha sabido inventar toda clase de complicadas máquinas para hilar, tejer, cardar, estampar. Sería lección de cosas y de palabras, con que aprenderíais más, mucho más, más fácilmente y más a gusto que en los libros. Pero ya que no lo podamos hacer ahora, tomad mi consejo y en vuestro pueblo aprovechaos de las industrias y fábricas que haya y que vuestro padre y vuestros maestros os lleven a verlas. Enteraos de las variadísimas operaciones y máquinas que intervienen en la fabricación de las cosas que usamos. Preguntad sin temor cuanto no entendáis a los que lo saben: preguntando se aprende. Más tarde, cuando mayores, acaso tengáis empacho de preguntar cosas que no sabréis y que debierais haber antes aprendido. En una carpintería o herrería, en el taller del sastre, en la huerta, en el jardín, en la era de trillar, en cualquier tienda ¿cuántas cosas no hay que no sabéis y de que pudierais enteraros? Y con ellas de los nombres correspondientes, de cosas, herramientas, operaciones. Esto, que llaman lección de cosas, es no menos lección de palabras: y es la más importante lección que se os puede dar. Deteneos delante de cualquier escaparate. ¡Cuánto tenéis que aprender! ¿Sabéis los nombres de todos esos objetos? ¿Sabéis cómo se hicieron, dónde, con qué herramientas y máquinas? Una petaca. Está hecha en Ubrique. ¿Dónde está ese pueblo? ¿Cómo la cosieron? ¿Qué piel es la suya? ¿Cómo la adobaron y la fueron preparando desde que desollaron el animal? Un libro. ¿Quién lo escribió? ¿Cuándo, dónde y para qué? ¿Cómo se imprimió, cómo se hizo el papel y se fabricó la tinta, cuál es el mecanismo de esas máquinas de imprimir, de esas linotipias, de esas prensas? Sólo para enteraros de las operaciones de la imprenta necesitaríais varios días. La curiosidad es madre del saber. Pensad en el pan que coméis.

La panadería donde se amasó, el molino donde se molió la harina, la era donde se trilló la mies, el campo donde se sembró el grano, donde nació, se espigó, se segó, son otros tantos lugares donde podéis preguntar y aprender tanto como en la escuela y enteraros mucho mejor de las cosas, operaciones y nombres. Toda persona culta debe saber todas estas cosas para poder tratar, pensar, hablar y escribir acerca de ellas. Y esto no se aprende en los libros. El gañán en la arada, el zapatero, el carpintero, el tejedor, el sastre, cada uno en su taller, mostrándoos las herramientas y viéndoles trabajar, os enseñarán más que muchos años de lectura. La mayor parte de estas cosas no se aprenden más que viéndolas hacer.

116

Antes que dejemos Barcelona quisiera preveniros contra una idea, que acaso pudiera haceros sentir mal de esta ciudad. Acaso y aun sin acaso os hayáis sentido en esta hermosa ciudad como en tierra extranjera. Acaso por no hablar catalán hayáis notado algún desvío entre los que lo hablan. Acaso habrán llegado a vuestros oídos quejas y aun baldones contra Castilla, contra Madrid, contra el mismo sagrado nombre de España. De todos modos habréis oído hablar del separatismo catalán. Os diré toda la verdad. Puede asegurarse que casi toda la más joven generación de Barcelona siente mal de España y desea apartarse de ella, y todo buen español se siente aquí como en tierra extraña, se siente lastimado en el más hondo, entrañable y sagrado de sus sentimientos, en el amor a la patria. Pues bien, niños españoles, esa especie de inquina que en Barcelona hasta se mastica y se palpa en calles y plazas, en el mismo aire que se respira, contra Castilla, Madrid y el mismo nombre de España, si bien se mira, es efecto de las más nobles virtudes, de la grandeza del alma catalana, que no es más que el alma misma española.

Conociendo los catalanes su propio valer, sus envidiables cualidades de amor al trabajo y al ahorro, cuando comparan su Barcelona, donde todo el mundo vive de sus manos, con Madrid donde la mitad de la población vive de los empleos públicos, donde los paseantes en corte y los pordioseros, la picardía y la intriga, alimentada por la detestable política de caciquismo interesado, campean a todo ruedo, no pueden menos de echar de ver tan manifiesta diferencia y no faltaron algunos que creyeron evidente ser esta diferencia cosa fundada en la diversidad de razas. Envaneciéronse, menospreciaron a Castilla, odiaron a Madrid y quisieron apartarse de España. Los vivos hallaron en este movimiento campo apropiado para hacer su agosto y medrar, enmascarando sus ambiciones y bastardos intereses con el siempre sagrado nombre de patriotismo regional, alzando la gloriosa bandera catalana cual si fuese contraria a la bandera española, pintando a Cataluña como aherrojada y tiranizada por Castilla, que no ha hecho sino padecer más que las demás regiones de la desastrada política que nos desgobierna. En este hervidero de pasiones las más destructoras doctrinas, los revoltosos, la hez de la sociedad han hallado donde repastarse a sus anchas y a todo su sabor.

Muchos catalanes, lastimándose de que no todos los españoles tengan el amor al trabajo que ellos, duélense mucho más de que haya catalanes tan cobardes, tan ruines, que quieran apartarse de la madre patria en el momento y hora que la ven abatida y postrada. Hijo descastado aquél, que en vez de cuidar, de regalar, de encariñarse más con la madre enferma que yace en el lecho, se quiere aprovechar de la ocasión para desgarrarse de la casa y correr sus aventuras, dejándola abandonada, cuando más necesitaba de sus cuidados y caricias. Valentía hubiera sido irse cuando España estaba sana y pujante; lo demás es de cobardes. Pero así obran los ruines y los hijos de entrañas de fiera. Es efecto natural de los cuerpos vivos al descomponerse el que cada elemento se vaya por su lado. Eso es la muerte, eso es la putrefacción, eso es el cadáver. No lo es ciertamente España; pero en su tanto acaece lo mismo cuando un organismo enferma y decae y decaída y enferma sí que está nuestra patria. Y en tales casos es cuando se muestra el cariño de los hijos, como las madres que quieren cabalmente más a sus hijos cuando los ven canijos y achacosos.

Y ved a los valerosos vizcaínos. Al contemplar desfallecida a la patria, acuden a socorrerla y traen a Madrid y llevan a todas las provincias sus caudales y entablan empresas y construcciones de todas clases. El separatismo ha impedido a Cataluña hacer lo que está haciendo Vizcaya, aunque algunos particulares y aun sociedades han hecho no poco en pro de la patria común. Odiad, niños españoles, el separatismo de esos desgraciados como verdadera peste y traición a la patria; pero compadeceos de los mismos separatistas, desvanecidos y engañados y no los confundáis con Cataluña, siempre patriótica. ¿Qué no hicieron los catalanes por la independencia española, en la reconquista, en la guerra contra los franceses en el siglo XIX, en la de África a mediados del mismo siglo? Amad, pues, a Cataluña como a una de las regiones más florecientes de España, que ha dado y está dando gloria inmarcesible a la nación.

El espíritu industrial y comercial es ibérico en Cataluña como en las Bascongadas y lo fue cuando todavía no habían venido acá los godos, para que no vaya nadie a creerlo importado en Cataluña por aquella nación. La región catalana era ibérica. Fenicios, griegos y cartagineses asentaron en sus puertos almacenes y escalas de comercio; pero también las asentaron en el resto de la costa hasta más allá de Cádiz. Lo que hay es que Barcelona fue gran puerto comercial durante la Edad media, gracias al poderío del reino de Aragón en el Mediterráneo y que los catalanes siempre fueron trabajadores como los bascongados y no tuvieron que padecer los efectos de las gabelas y tributos ni del descuaje de montes de las provincias centrales. Famoso es el *Libro del Consulado del Mar*, donde se hallan las reglas que en el siglo XIII se dieron sobre navegación y comercio en Cataluña y sirvieron de base al derecho común marítimo europeo durante cuatro siglos. Tradújose a los principales idiomas.

Barcelona fue en varias ocasiones y es hoy la más industrial y comercial de las ciudades españolas. Cierto que el Estado ha favorecido con el arancel o pago de aduanas las industrias, sobre todo de tejidos de algodón, la primera de Cataluña y aun por eso es más odioso el separatismo catalán; pero igualmente hubiera favorecido cualquiera otra industria notable que hubiera descollado en cualquiera otra provincia española. No se debe, pues, todo a Cataluña ni al Estado español; pero la laboriosidad catalana es sin duda la raíz de su industria y riqueza. Ninguna otra ciudad de España tiene tanta ni tanto comercio ni tan grandes capitales invertidos en negocios, aunque Bilbao vaya igualándola y aun aventajándola en invertir sus caudales en más universales empresas por toda España. Las ideas catalanistas, nacidas del separatismo, han sido harto exclusivas, encerrándose en los limites del Principado y sobre todo de Barcelona, que diríase absorbe los jugos de toda Cataluña. Conviene que los catalanes se percaten de que esa estrechez de miras no puede ser bien vista por el resto de España ni aprovecharles a ellos mismos tanto como pudiera. El gran movimiento cultural y literario de Barcelona es en demasía regionalista. Muy de alabar es cuanto los catalanes hagan en pro de su idioma y literatura catalana; empero el abandono que ahora se nota de las letras castellanas, que tanto lustre dieron a Cataluña, reduce todo el trabajo y gloria de lo regional a que lo celebren los de dentro de casa sin que llegue al mundo entero, como llegan los estudios castellanos, por la universalidad de nuestro idioma nacional.

Ahora, si dejamos a un lado lo que en este movimiento separatista hay de intereses particulares que en toda revolución fermentan y malean los más elevados propósitos, queda una especie de protesta de una región trabajadora y amante de sus libertades tradicionales, protesta muy parecida a la que todas las otras regiones españolas han manifestado, contra el desgobierno, el caciquismo, la injusticia, el desbarajuste de la política española. Sino que la protesta de Cataluña es más clamorosa y extremada, más robusta de voz, más rugiente y preñada de odios, como voz de la región, no la más desatendida, pero sí la más fuerte y poderosa y que ve más claro el daño y horribles consecuencias de esa pestilencial política para los intereses de la patria, para el progreso y bienestar de España. Es la voz de la raza española que alza un grito de desesperación, de amenaza contra los que le arrebatan sus tradicionales libertades, la tiranizan y la tienen secuestrada villanamente por intereses bastardos. Es la misma voz que se alzó siempre en parecidas ocasiones, la voz del antiguo romancero, la voz de las Cortes al advenimiento de los Austrias, la voz de la

guerra de la Independencia, la voz de las Provincias Bascas durante todo el siglo XIX, la voz de toda España, que se oye por doquier, pero que resuena con más pujanza en la más pujante de las regiones españolas. Lo que parece traición a la patria es sustancialmente el cariño más entrañable a ella, el ansia de su grandeza. Es, en suma, la voz misma de la patria, la voz del alma española, siempre independiente y libre, siempre amante de la justicia y del derecho.

117

Las demás poblaciones de la provincia de Barcelona distínguense, como la capital, por la industria. A fábricas suenan los nombres de Sabadell y Tarrasa, sobre todo a las de paños, que abastecen a España y a la América española. Igualada les sigue muy de cerca. Mataró se señala en los tejidos de algodón e hilo. Vich es famosa por sus salchichones, tiene hermosa catedral y museo.

Montserrat es de los lugares más agrestes y pintorescos de España. Su grandioso monasterio y los peñascales y formas peregrinas que representan y las dilatadas vistas atraen continuo rosario de gentes. Había grutas y ermitas donde algunos ermitaños vivían en la soledad dados a la vida espiritual y divina. Y si me preguntáis en qué se entretienen los hombres que así viven vida solitaria, os diré que dondequiera que se hallen tienen a mano dos libros de los cuales también vosotros podéis disponer cuando queráis y son los mejores libros del mundo. El uno es el libro abierto de la creación y de las obras de Dios, que nos rodean y que nos enseñan su sabiduría, su omnipotencia y su infinita bondad. El otro es la propia conciencia, que nos enseña lo que debemos hacer y lo que debemos evitar, pues no hay libro que con mayor certeza nos enseñe a discernir el bien del mal. Otro libro hay en todas partes, que es la *Biblia* o Libros Santos, que nos enseñan cuanto Dios hizo por el hombre y cómo envió a su Hijo Jesús, su vida y su doctrina. Estos tres libros son los mejores libros del mundo en que deben leer todos los hombres y en que leen los solitarios para alcanzar la santidad y la sabiduría. Los franceses el año 1811 mataron a los ermitaños y destruyeron las ermitas de Montserrat, hazaña más de bárbaros que de gentes civilizadas.

Tarragona

118

Ciudad ibérica de los cosetanos, cuyas murallas bojan tres kilómetros, en lo alto de la población actual, de aparejo ciclópeo, sin argamasa, de grandes bloques de piedra de unos tres metros y medio o cuatro de largo por dos de ancho y uno y medio de alto, con torres cuadradas y seis puertas. Tomada el año 218 antes de Cristo por los dos Escipiones Cneo y Publio, cuyo sepulcro o Torre de los Escipiones se ve junto al mar en las afueras, fue asiento principal de los romanos en España. Augusto la hermoseó y no menos después Adriano. Consérvanse ruinas del circo, de las termas, del foro, del anfiteatro. La catedral se abrió al culto en 1292. La Torre de Pilatos, hoy cárcel, es obra del tiempo de Augusto y debe su nombre a la leyenda de haber nacido Poncio Pilatos en Tarragona. Hay un museo arqueológico notable, aunque descuidado. En el camino a Barcelona se conserva el Arco de Bará, de los arcos triunfales más hermosos de la península. A menos de una legua está el acueducto romano, llamado Puente de las Perreras, que traía las aguas del Gayá. Es obra de principios del imperio y tiene dos pisos, el más bajo de 11, el de encima de 25 arcos; el primero de 73 metros de largo y 13 y medio de alto, el segundo de 217 metros y cerca de 24, respectivamente. Todo el conducto del agua, en parte subterráneo, es de 35 kilómetros.

119

En la cuenca de Barberá, no lejos de Tarragona, vivía solitario en una choza un ermitaño llamado Poblet. Era tan virtuoso que los mismos moros le respetaban y le dieron las tierras de la Hardeta. Esto pasaba hacia el año 1120. Cuando conquistó Ramón Berenguer IV aquella tierra, fundó allí el afamado monasterio de Poblet, para que sirviese de panteón de los reyes aragoneses.

Obra regia y espléndida, como un Escorial de Aragón. Románica es la iglesia, magnífico el claustro, hermosa la sala capitular. Allí fueron sepultados Alfonso II, Juan I, Jaime I el Conquistador, Pedro IV, Femando I, Martín I y otros príncipes, infantes, cortesanos y guerreros. Los reyes de Aragón lo enriquecieron a porfía y llegó a ser un verdadero museo de arte, sobre todo por sus esculturas.

Unas cinco leguas de Poblet hacia levante fundó el mismo Berenguer IV en 1157 otro monasterio que casi podía competir con el anterior: el monasterio de Santas Creus. Allí fueron sepultados Pedro III, Roger de Lauria, su famoso almirante y dueño del Mediterráneo, Jaime II, Ramón y Guillermo de Moncada y otros ilustres personajes. El claustro se hizo de 1303 a 1341.

Estos dos célebres monasterios, con el antiquísimo de Ripoll y el de Roda, perpetuaban las grandezas del reino de Aragón. Habían ellas pasado, habían desaparecido sus grandes hombres; pero seguían viviendo por medio del arte en las obras vivas que dejaron. Sus descendientes tenían presente lo que fue otro tiempo Aragón, convertido en piedra artística, en esculturas, en obras arquitectónicas, en sepulcros, que encerraban las cenizas de sus gloriosos antepasados. Y este vivir por el arte lo que materialmente feneció es un más alto y perpetuo vivir, porque dura más y porque es mi vivir en el alma de muchas gentes. Tal es el vivir de las naciones, tal es el vivir del alma de una raza. ¿No os parece, niños españoles, que tales monumentos son los que forman la sustancia misma de la patria? Es realmente esa la patria en toda su sustancia, acrisolada por el arte, hermoseada, perpetuada sin las miserias y sin las groserías que lleva siempre consigo la realidad y la fragilidad humana, depurada de sus heces, abrillantada por el arte purificador. Así habéis de mirar esos monumentos de nuestro glorioso pasado, de los cuales España entera está como sembrada.

Pues bien, llegó el año tristísimo de 1835 y los españoles, muchos españoles, sin qué ni para qué, arrebatados de increíble furor, con locura inexplicable, entraron en esos monasterios y en todos los monasterios de España, donde así vivía la patria de los siglos hecha arte maravilloso, y la destruyeron y arruinaron. Acabaron en un día de locura lo que tantos siglos de veneración habían conservado. Destruyeron, luchando con la dura piedra, lo que tantos ingenios españoles, tantas manos de hábiles artistas, tantos caudales de reyes poderosos, tantos años de trabajo habían levantado y labrado. ¿No es para llorar con lágrimas de sangre el haber así despilfarrado en unas horas la herencia de tantos siglos, el haber destruido infinitas obras de arte, que ya no se pueden volver a labrar?

Y es que a algunos políticos españoles les había ocurrido la idea de enriquecer al Estado con los inmensos bienes que habían ido a parar a manos del clero y de los monasterios y decretaron la exclaustración de los frailes, quiere decir, el desposeerlos de sus bienes, el echarlos a la calle, para apoderarse de todo aquello. Pasemos por alto lo que haya de injusto en este inmenso atropello. Que si convenía repartir y devolver a otros españoles lo que los frailes españoles tenían porque los españoles se lo habían dado y frailes españoles eran y el provecho dentro de España se quedaba, otros medios había para, dejándoles lo necesario por lo menos, hacer que disminuyese el número de religiosos. Lo que no tiene la menor disculpa es despilfarrar esos bienes como se despilfarraron, no habiendo sacado de ellos el Estado más que la deuda perpetua de tener que pagar al clero seglar. Porque malvendidas tan inmensas riquezas, todo fue a parar a manos de particulares. Además éstos abandonaron los monasterios y las tierras antes cultivadas por los frailes y hoy son eriales las que antes fueron huertas frondosas y campos fértiles.

Y mucho menor disculpa, ninguna disculpa, tuvo el permitir que el hecho se hiciese con tal furor y locura, que se destrozasen estatuas y sepulcros y se arruinasen iglesias y claustros y se acabase con obras de arte irreparables y se asesinase, en cuanto cabe y en su mano estaba, la patria convertida en arte, perpetuada en tan admirables monumentos.

¿Qué motivo habían dado los grandes varones que en aquellas sepulturas dormían el sueño de los siglos, aquellos antepasados nuestros, que dieron gloria a la patria, para que así se profanasen sus cenizas y enterramientos? ¿Qué motivo habían dado los obreros que pusieron todo su trabajo

durante siglos, los españoles todos de miles de años que trabajaron en labrar obras de arte maravillosas, para que así se ensañaren en ellas y las destrozasen?

Aquellos días del tristísimo año de 1835 me figuro yo que fue un continuado grito de dolor de la patria, que se sentía profanada por sus propios hijos. Grito desgarrador, salido de lo hondo de las entrañas, que lanzó España.

Y ese grito está allí, en esas ruinas de Poblet, de Santas Creus y de todos los arruinados monasterios de España. Todavía ese grito se oye y se seguirá oyendo, para perpetua maldición contra los que tal barbarie cometieron y tal herida hicieron a la patria. Porque, si el acabado arte de nuestros mayores perpetuó las glorias pasadas, trasmitiéndolas en piedra artística, la barbarie de los españoles del año 1835 dejó perpetuada la ruindad de sus sentimientos en las piedras de esas ruinas.

Y ved ahora, niños españoles, en todo esto lo que fue España y lo que España es: fue una nación que sabía conservar sus glorias convirtiéndolas en piedra artística perdurable; es un país salvaje que ha tenido tan ruines sentimientos que ha acabado con todo. Edificaban aquellos españoles; éstos destruyen. Eran ellos artistas; éstos incapaces de apreciar el arte. Amantísimos los unos de su patria que por el arte perpetuaron; traidores a ella, hijos descastados los otros, que no quisieron ver ya ante sus ojos las obras de arte que la perpetuaban. Pero España ha abierto ya los ojos y, reparando aquellos atropellos, va restaurando como puede todas aquellas ruinas: señal de que va volviendo a engrandecerse.

Gerona

120

Arrinconada la provincia en lo más retirado de la parte nordeste de la península, lindando con Francia y formada por los últimos escarpes y vertientes de la cordillera pirenaica que caen al mar, es toda ella con sus riscos y quebradas un castillo roquero que atalaya el mar y la nación vecina y defiende la entrada y frontera de la patria. Su historia es la historia de heroicas defensas, la historia de choques de pueblos que van y vienen y tienen que abrirse paso por aquellos parajes, la historia de la bravía independencia del pueblo español en su más peligrosa frontera.

Y eso es la ciudad de Gerona, la *Gerunda* de los romanos, tomada por Wamba el año 713, por Carlo Magno a los moros el 785, por los moros otra vez el 795. Cuando la cercaron en vano los franceses en 1684 con pérdida de miles de soldados, ya llevaba la ciudad 23 sitios y otras tantas heroicas defensas. En 1808 dos mil españoles y el pueblo de Gerona derrotaron a 8.000 franceses, haciéndoles abandonar el cerco. El año siguiente la embistieron de nuevo 35.000 hombres y resistió siete meses con increíble heroicidad. Hasta las mujeres formaron la compañía de Santa Bárbara, que se empleaba en llevar víveres y municiones a los sitiados y defensores y en cuidar de los heridos. Cuando dentro de la plaza eran más los muertos sin enterrar que los vivos para enterrarlos, Juan Álvarez de Castro, que dirigía la defensa, tan hambriento y enfermo como todos, tuvo, más que fuerza corporal, fuerza de ánimo para decir: «Hijos míos, ¡a la brecha! Más vale morir de un balazo en ella, que de hambre en la ciudad.» Y dictó con una sola frase homérica toda la táctica de los héroes, cuando, al ser preguntado por el jefe de un destacamento, adonde se retirarían en caso de derrota, le contestó secamente: «¡Al cementerio!» Sólo capituló honrosamente la ciudad, cuando todos enfermos, heridos y muertos de hambre y sin municiones no se podían ya menear. Más de 15.000 franceses habían perecido. Contra todas las leyes del Derecho, de la piedad humana y de la capitulación, encerraron los franceses al glorioso general en el castillo de Figueras, hasta que falleció a poder de penalidades y malos tratos.

El admirable y románico monasterio de Ripoll fue fundado por el Conde de Barcelona Wifredo el Velloso en el siglo IX y se acabó del todo en el XVI: sirvió de panteón a los Condes de Barcelona y Besalú.

La provincia de Gerona es industrial y agrícola y se distingue por el cultivo de los alcornoques y su industria corchera, sobre todo San Feliú de Guíxols. El corcho de las encinas españolas, en cantidad y calidad, gana al del resto de Europa.

Lérida

121

Es la *Ilerda* de los iberos. Los árabes desecaron su terreno pantanoso con acequias, convirtiendo la llanura en hermosa huerta. Hay una vieja catedral románica y gótica y ruinas del alcázar. Tomáronla los franceses en 1642; pero habiéndola perdido en 1644 en vano volvieron a cercarla en 1646 al mando del conde d'Harcourt, pues tras una resistencia de seis meses el marqués de Leganés acudió con su ejército y, fingiendo una retirada y dando largo rodeo por unos desfiladeros, cayó de repente sobre los descuidados franceses desbaratándolos enteramente. Para vengar esta afrenta vino el príncipe de Condé el año 1647. Aun estaban levantadas las líneas de circunvalación del año anterior, de modo que fácilmente sitió la plaza comenzando fanfarronamente los trabajos al son del violín; pero antes de dos meses tuvo que alzar el cerco y retirarse. Fracaso que le cantaban en Francia con coplas satíricas, que fueron tales que llamaban Lérida a cualquier copla satírica.

122

La provincia de Lérida es la menos industrial de Cataluña; pero ya desde muy antiguo fue celebrada por sus cereales y otros productos agrícolas. Tiene mucha montaña, con cimas hasta de 3.000 metros y llanuras dilatadas. Los muchos ríos que en sus montes brotan y de ellos se despeñan son la esperanza de la región, ya por el regadío, ya por la fuerza eléctrica que producen a causa del desnivel. Se formó una compañía llamada de *Riegos y fuerzas del Ebro*, vulgarmente *La Canadiense*, que ha hecho un salto de agua artificial tan importante, que no tiene igual en Europa y sólo queda vencido por el del Niágara. Se tomaron las aguas del río Segre en Lérida con una hermosa presa y, llevadas por un canal de 28 kilómetros, llamado de Serós, llegan al Aytona, donde vuelven al mismo río, pero cayendo de una altura de 47 metros, con lo que se produce la enorme fuerza de 80.000 caballos, que se trasmite a Sabadell y Barcelona, esto es, a cien kilómetros de distancia. Costó 30 millones de pesetas. Es la obra de ingeniería más admirable de Europa.

España es terreno de gran porvenir por sus cordilleras y hondos valles, por sus ríos arrebatados y grandes desniveles. Es de las naciones que ya producen más electricidad por medio de estos saltos de agua, que llaman *hulla blanca;* pero puede producir muchísima más. Igualmente el riego puede hacer fértiles muchos terrenos, embalsando en extensos pantanos las aguas de terrenos elevados para llevarlas canalizadas a los más bajos y ya se han construido algunos. Hace mucha falta en España alumbrar estas dos grandes fuentes de riqueza: el agua de regadío asegura la riqueza agrícola y la electricidad es fuerza motriz de que se mantiene la industria. Y lo que en España falta es cultivo intenso e industria o aprovechamiento de las primeras materias, que en su suelo se dan tan generosamente.

De los 50 millones de hectáreas cultivables que hay en España, ¿sabéis cuántas se cultivan? Pues sólo 21 millones. Quedan otros 29 millones de hectáreas enteramente improductivas y aun las cultivadas, con cultivo intenso darían muchísimo más de lo que dan. La causa principal de no cultivarse tantos terrenos es la falta de agua, por haberse desatendido el regadío. Pero esas primeras materias agrícolas y más todavía la riqueza mineral, sale de España por falta de industria e, industrializada por los extranjeros, vuelve a España, perdiendo nosotros lo que les pagamos por haberla transformado en objetos con su mano de obra y su industria, que es un capital inmenso. De los 15.000 kilómetros cuadrados en que se calculan nuestros terrenos mineros, escasamente, además, se benefician hoy unos 2.000. ¿Qué riqueza de materias primeras minerales se sacaría cada

año y qué tesoro anual lograría España, si ese mineral se elaborase aquí sin llevarlo fuera? No necesitaría España traer de fuera casi nada, porque apenas hay mineral que en su suelo no se dé y con abundancia. Pero hace falta industria y obtener la potencia eléctrica inmensa que España puede dar de sí.

123

Entre los ilustres catalanes recordemos a San Raimundo de Peñafort, dominico y consejero de D. Jaime el Conquistador; al Conceller barcelonés Juan Fivaller; a Juan Boscán, que trajo la versificación italiana; a Jaime Balmes, gran filósofo y polemista, natural de Vich; a Antonio Capmany y a Carlos Aribau, eruditos; a Pablo Piferrer y Víctor Balaguer, historiadores; a Milá y Fontanals, maestro de crítica histórico-literaria; a Juan Prim, glorioso caudillo de la guerra de África; a Mariano Fortuny, pintor colorista; a los grandes músicos José Anselmo Clavé, fundador de los célebres coros y orfeones, Isaac Albéniz y Enrique Granados.

Entre los cultivadores de la literatura catalana han descollado en el siglo XIX Joaquín Rubio y Ors, poeta popular; Federico Soler o Serafí Pitarra, poeta dramático; Mosén Jacinto Verdaguer, maravilloso poeta místico; Ángel Guimerá, nacido en Canarias, el más recio de los dramaturgos catalanes; Santiago Rusiñol, pintor y poeta; Juan Maragall, poeta admirable, muy amante de España y de Cataluña.

CASTILLA LA NUEVA

Toledo

124

¿Veis esa mole que se levanta sobre alto y extendido peñasco, ceñido casi todo en torno por el caudaloso Tajo, que corre por honda garganta? Es Toledo. Otro museo, como Segovia; pero mucho más grandioso, porque fue cabeza de España durante muchos siglos. Libro de piedra para el que quiera leer la vida de la patria; museo de maravillas para el artista. Muerta la ciudad para la vida moderna de la industria y del tráfago, logrará vida inmortal por el arte: vida más fecunda, pues pasa a las almas de cuantos la visitan, vida más levantada por ser toda espiritual, vida más honda por meterse en el corazón, vida más duradera por no pender ya de los vaivenes del tiempo, que en otras ciudades aumenta o amengua con la maquinaria industrial. Toledo es la historia de España petrificada, la vida del arte hecha piedra. Debiera encerrarse en un estuche y no mudarse un solo sillar. Esas piedras envisten un alma que les da vida y esa alma es el alma española. El hombre moderno, que no entienda de arte ni de historia, no penetrará el vivir mudo, pero bullente, de estas piedras fríamente cálidas, que le miran y que miran con mirada de siglos a los cadetes que remanecen por estas calles una mañana y se van tras unos cursos de Colegio, mientras ellas duran burlándose de cursos, años y siglos que pasan.

¡Qué otra vida de ensueños (y sueño es nuestra vida) vive el hombre que piensa, siente y fantasea rondando, en noche toledana, por estas callejuelas guijarrosas, estrechas y desiguales, en empinadas cuestas, enredadas unas en otras como madeja sin cuenda, a la luz de la luna que blanquea allá en lo alto un pedazo de altísima tapia conventual, que por lo estrecho de la calle casi se junta con el paredón frontero! Paréceme ver al poeta Bécquer arrimado a aquella esquina, mirando al atardecer a esas misteriosas celosías, por entre las cuales cree divisar una blanca mano. A tales hombres hablan estas piedras y les cuentan la vida de la raza, que diríase petrificada en Toledo. Estas cuestas, estos pasadizos oscuros, ¡a cuántos hidalgos no vieron cruzar como fantasmas, chispeando la joya del cintillo entre el plumaje de la gorra, sonando al chocar en los guijos del suelo el bien templado acero toledano, el embozo hasta las cejas, el paso escurrido! ¡Cuántos encuentros vieron de caballeros que no se buscaban o que se buscaban, qué de tajos, mandobles y reveses han oído, qué de cuerpos caer sin vida, qué de rondas llegar con el «ténganse al rey», huyendo los que se acuchillaban como sombras que lleva el diablo, qué de capeadores o hurtadores nocharniegos han salido por aquí al paso del trasnochador que volvía de la tahurería, soltando la capa por ponerse en cobro con los escudos que ganó o sacó de barato como mirón, qué de canciones deliciosas y tiernas al son doliente de la vihuela resonaron y recudieron por estos rincones y, mientras el enamorado doncel daba su serenata a la doncella, cómo atisbaba ella por la alta celosía y caían dulces en los oídos del galán trovador los suspiros de la linda encubierta!

Todo ello sueños son del poeta correteador de estas encrucijadas, pero realidades fueron y vida muy vivida antaño. Y las piedras de esos muros la cuentan y el aire que se quiebra en las esquinas la repite y retiñe en los oídos del soñador que callejea, al parecer solitario, de hecho acompañado de un mundo de seres que resucita la vista de esta evocadora ciudad.

Pero no hace falta soñar como poeta; basta irse a sentar, al filo de la medianoche, en esas gradas que bajan al pequeño pórtico de Santo Domingo el Real, para oír el elocuente silencio a que ha quedado reducido aquel bullicio de antaño. Ese silencio, que se mete en el alma y le habla de la soledad presente en contraste con el estruendo del pasado. Ni una ventana, ni una saetera se abre en

los viejos paredones de esta irregular plazoleta. Créese uno aquí transportado a otro mundo desconocido, en el cual el tiempo se detuvo hace siglos. Sólo señorea ahora el silencio misterioso de lo eterno. Todo habla aquí al alma y la levanta y arroba sobre los vaivenes y afanes de lo transitorio y perecedero. De repente. en medio de este silencio inefable, suena una campana del convento, no se sabe dónde, por no verse torre alguna; luego se oye otra de timbre más delgado que alterna con la primera, después otra más grave: y una mágica música de campanas trenza sus acordes sin ritmo fijo. A poco toma a envolverse todo en el hondo silencio de la lóbrega noche. Las vírgenes del Señor, por más que nada se oiga desde afuera, allá dentro están entonando sus plegarias y cantando al Esposo, uniendo sus voces a la de los espíritus bienaventurados que le alaban en las alturas del empíreo. Aquí es donde se comprende el sacrificio de estas almas escogidas, que dejan el mundo, se encierran entre cuatro paredes y se sepultan en la soledad y en el silencio, en medio del adusto caserío de esta ciudad, donde todo suena a hueco, donde no parece haya habitantes que den vida a estas casas y calles, henchidas antaño de estruendo y algazara, donde vivieron tantas variedades de gentes, donde tan variadas hablas resonaron. Por aquí han pasado muchos pueblos, aquí han dejado huellas muchas civilizaciones, aquí han convivido razas y religiones en envidiable armonía.

125

Toledo es muy vieja, no se conocen sus orígenes, aunque su nombre es ibérico y fue cabeza de la Carpetania. Los romanos la tomaron 192 años antes de nuestra era. Leovigildo la escogió para corte de los godos y entonces brilló como la ciudad más culta de Europa. Despedazado el imperio romano, hecho trizas bajo los cascos de los caballos de los bárbaros del Norte, humeando en incendios y ruinas las más famosas ciudades del mundo antiguo, cerradas las escuelas, desaparecidos los últimos sabios y escritores, la civilización naufragaba en todas partes. Entre aquellas negras y densas tinieblas que habían caído sobre el imperio romano sólo se ven chispear en España por entre las cenizas algunas centellas. Los concilios toledanos, convocados por los prelados españoles, reavivan aquellas mortecinas centellas y puede decirse que todo el saber antiguo renace y se reconcentra en esta ciudad.

Los concilios toledanos fueron Juntas religiosas y civiles a la vez. Los obispos españoles daban en ellos leyes, firmeza, doctrina a las iglesias de España y a los fieles. Los monarcas godos los tomaron debajo de su amparo, se coronaban en ellos y en el tercero San Leandro recibió en el gremio del catolicismo al rey Recaredo, el primero que dejó la herejía arriana de los godos, año de 589. Dos pueblos, antes discordes y hostiles, se unen en fraternal abrazo con la bendición de la Iglesia: la civilización y la cultura estaban salvadas. Dio Recaredo un código común a godos y españoles y autorizó los matrimonios entre ellos, antes prohibidos, fundando así la nacionalidad española con la mayor unidad que puede tener una monarquía, pues, como dijo Saavedra Fajardo, «ningún vínculo humano puede tener unidos los ánimos, cuando discordan en el conocimiento de Dios.»

De esta manera en el tercer concilio toledano se logró la triple unidad, religiosa, política y social, que preparó a la nación para que, cuando a poco los árabes la destruyesen, pudiera alzarse con unidad de pensamiento, guiada por la cruz y empuñada la espada por los campos de la reconquista. Y mientras Europa yacía en las sombras de la incultura e ignorancia, recogida aquí, en Toledo sobre todo, la cultura antigua, brotaban santos Padres, teólogos, poetas, historiadores. Obras admirables fueron las filosóficas de Martín de Braga, las enciclopédicas de San Isidoro, las históricas de Orosio, Idacio y Juan de Biclara. las poéticas de San Eugenio.

Entonces se redactó el famoso *Fuero juzgo*, cuerpo de leyes único en su tiempo, de espíritu español y cristiano.

«En España —dice el francés Guizot— la fuerza de la Iglesia es la que empieza a reanimar la civilización, y en vez de las antiguas asambleas germanas y de las reuniones de guerreros, prevalece en ella el concilio de Toledo, en el cual dominan los obispos, a pesar de concurrir a él muchos legos.

Hojead la ley de los visigodos y veréis que no es bárbara, sino evidentemente redactada por los filósofos de la época, por el clero, pues abunda en ideas generales y en teorías que no son propias de las costumbres bárbaras. Ya sabéis que la legislación de los bárbaros era personal, es decir, que una ley se aplicaba sólo al hombre de una misma raza: la ley romana regía a los romanos, la franca a los francos y cada pueblo tenía su ley, aunque estuviesen reunidos bajo un mismo gobierno y morasen en el mismo territorio. Esto es lo que se llama sistema de legislación personal en oposición al de la real fundada en el territorio: pues bien, la legislación de los visigodos no es personal, sino real, pues somete a la misma ley a todos los moradores de España. Continuad vuestra lectura y encontraréis todavía más patentes vestigios filosóficos. Entre los bárbaros, según su situación, tenían los hombres un valor determinado, pues no eran apreciados en lo mismo el bárbaro, el romano, el hombre libre, el leudo, etc.. antes tenían una especie de tarifa su vidas. El código de los visigodos establece el principio de la igualdad de los hombres ante la ley. Observad su sistema de enjuiciamiento y en lugar del juramento de los compurgadores o del duelo judicial, hallaréis la prueba por testigos y el examen racional del hecho, tal como puede hacerse en una sociedad civilizada: en una palabra, vese impreso en el códice un carácter sabio, sistemático y social y se descubre la obra de este mismo clero que dominaba en los concilios de Toledo e influía poderosamente en el gobierno del país.»

Y otro francés, Legendre, observa que la Iglesia española fundó un gobierno regular y nuevo, creando, sin esperar al protestantismo ni a los filósofos del siglo XVIII, un régimen parlamentario. El concilio cuarto, presidido por San Isidoro, sentó el principio de que para ser rey había de preceder el consentimiento de los concilios. Es sustancialmente el principio que siguió rigiendo en España y hoy mismo rige. Monarquía absoluta y de derecho divino no la hubo nunca en España. El poder radicaba en el pueblo, esto es, en toda la nación.

Poco a poco la monarquía electiva fue haciéndose hereditaria, valiéndose para ello los reyes de viejas leyes godas que resucitaron, ajenas al espíritu español; pero siempre se exigió el reconocimiento por las Cortes. En ellas toma participación el estado llano desde las de Barcelona de 1064, en Aragón desde las de Jaca de 1071, en Castilla desde las de Burgos de 1169. Las Cortes aragonesas, navarras y catalanas difieren de las castellanas en que compartían con el monarca la potestad legislativa, el dictar leyes, como hoy sucede en todas partes; pero fuera de España no hubo tal poder hasta mucho más tarde; en Inglaterra hasta el siglo XIII y en Francia hasta el año 1789. A propósito de lo cual dice Du Hamel: «La Constitución siguió compuesta de los triples elementos del trono, la aristocracia y la democracia, tan útiles a las sociedades cuando los tres están combinados en justa y exacta proporción. Bajo su imperio llegó España a un grado de prosperidad y de civilización superior al de los otros Estados del continente... Los españoles habían adquirido ideas más liberales y mayor respeto por sus derechos y sus privilegios; sus opiniones sobre las formas del gobierno municipal y provincial, lo mismo que sus miras políticas, tenían una extensión y amplitud a que los ingleses mismos no llegaron hasta más de un siglo después. Desde el tiempo de los godos el rey se considera sometido a las leyes como los súbditos y en tanto es rey en cuanto guarda a todos justicia. El rey se llama rey, dice el *Fuero juzgo*, porque gobierna rectamente. Si obra con justicia posee legítimamente el nombre de rey; si con injusticia, lo pierde miserablemente. Nuestros padres decían con razón: *rex eius eris si recte facis; si autem non facis, non eris*: rey serás, si obras con justicia; si no, no lo serás. Las dos principales virtudes reales son la justicia y la verdad. La potestad real así como la totalidad de los pueblos está obligada a respetar las leyes... Cumpliendo con la voluntad del cielo, damos a nosotros y a nuestros súbditos leyes sabias, a las cuales está obligada a obedecer nuestra propia grandeza y la de nuestros sucesores, lo mismo que toda la población de nuestro reino.»

126

Los moros acabaron con todo el año 711. Pero Alfonso VI volvió a conquistar la ciudad. Esta fecha de la toma de Toledo, 1085, es de las que los niños deben tomar de memoria por ser de gran

importancia para la historia de España. Toledo vino a ser cabeza del reino de Castilla, comprendiendo además el antiguo reino de León. Era de ver la variedad de naciones que en Toledo se juntaron y vivieron desde entonces pacífica y amigablemente debajo del régimen de nuestros grandes reyes, que a todos amparaban y hacían justicia. La comunicación de tantas naciones levantó la cultura de Toledo sobre la de todas las ciudades de Europa. Testigos son todavía los admirables monumentos conservados, los estudios que florecieron y grandes sabios que brillaron, judíos, árabes y españoles.

Los *mozárabes* eran los cristianos del tiempo de los godos, que cuatro siglos antes se habían entregado a los moros por pacto y habían conservado la Fe, la jerarquía eclesiástica y las antiguas leyes godas en medio de la opresión mahometana. Teníanse con razón por muy nobles, porque no llevaban sangre mora en sus venas, ya que, según el *Corán* o ley de los árabes, los hijos del que o la que con moro o mora se casase habían de seguir la religión mahometana y así su descendencia perdíase para el pueblo cristiano. Por lo cual el rey conquistador honró mucho a los mozárabes, confiándoles la alcaldía y alguacilazgo o supremo gobierno de la ciudad y provincia, mandando que la economía y justicia criminal estuviese en manos de sólo el alcalde y alguacil mozárabes, según el *Forum Judicum*. Permitióles en sus antiquísimas parroquias el uso del rito mozárabe o gótico, que había abrogado en todo el resto del reino, introduciendo en su lugar el romano o galicano.

Por *castellanos* se entendían todos los nuevos pobladores, aunque fuesen leoneses, gallegos, etc., porque la conquista se hizo por la Corona de Castilla. Por lo cual el nuevo reino conquistado se llamó Castilla la Nueva y a todos gobernaba un juez subalterno, según el *Fuero viejo de Castilla.*

En el nombre de *francos* se comprendían todos los extranjeros que vinieron en gran número a la guerra santa o a poblar y comerciar. Todavía hay muchas poblaciones donde se conserva el barrio o calle de francos. Tenían juez de su nación y su fuero era tan privilegiado que de aquí nacieron los vocablos franquear, franquicia, franqueza. El nuevo arzobispo D. Bernardo y gran parte del clero, que estableció, eran francos y también lo eran los monjes del único monasterio de varones que el rey fundó en Toledo, esto es, el de San Servando, sujeto a la abadía de San Víctor de Marsella.

Los moros que se quedaron tomaron nombre de *mudéjares* y tenían sus aljamas o juntas e igualmente sus sinagogas los *judíos*. Vivían unos y otros con libertad, aun en el uso de su religión, gobernados por jueces de sus naciones.

127

La conquista de Toledo abre nueva era a la cultura española. Tanta variedad de naciones debajo del sabio gobierno de nuestros grandes reyes hizo de la ciudad a manera de frondoso jardín en el que se cultivaban las más raras flores de la cultura oriental y occidental. Escribíase en árabe, en hebreo, en latín y comenzóse a escribir por primera vez en castellano. Todos esos cuentos morales, consejos, fábulas orientales que corren llegaron entonces traídos por estos pueblos de Oriente y traducidos se desparramaron por toda Europa. La filosofía, la medicina, la astronomía, las matemáticas, la agricultura, las ciencias todas, tan gloriosamente cultivadas por árabes y judíos, atraen a Toledo a las personas más estudiosas de fuera de España y no hubo ciudad más sabia y erudita por aquellos tiempos. Abrióse una escuela de traductores que vertió al latín aquellos peregrinos conocimientos. Los francos, sobre todo los cluniacenses, trajeron la cultura francesa, sus Cantares de Gesta y el Mester de clerecía o poemas y escritos latinos y franceses eclesiásticos, en que sobresalió el poeta Berceo y otros que escribieron poemas en castellano y en metros franceses, de materias devotas y de la antigüedad gentílica, como el *Libro de Alejandro*, el de *Apolonio*, el *Auto de los reyes magos*, etc. Todo este movimiento científico y literario lo encauza sobre todo el rey D. Alonso el Sabio, que se vale de judíos, moros y cristianos para traducir todo linaje de obras y que además compone en castellano las suyas propias.

128

Entonces nació en sus manos el castellano literario, mucho antes que el italiano naciese en manos de Petrarca. El rey Sabio, padre de la prosa castellana, ordenó en las Cortes de 1253 «que si de allí adelante en alguna parte de su reino hubiese diferencia en el entendimiento de algún vocablo castellano, recurriesen con él a esta ciudad como a metro de la lengua castellana y que pasasen por el entendimiento y declaración que al tal vocablo aquí se diese». Señaló así por norma del lenguaje literario y como dechado el más castizo el habla toledana, y realmente los escritores del antiguo reino de Toledo son los más castizos y sobresalientes de nuestra literatura.

Es menester que los niños españoles se hagan cargo de lo que es el idioma castellano y se encariñen con él, como con la cosa más entrañable de la patria. El idioma es la obra más acabada del ingenio de un pueblo y espejo de sus facultades creadoras, es su propia alma en sonidos, la expresión de ella, de sus quereres y sentires, la obra maestra de su fantasía, de sus facultades artísticas. En el idioma han quedado como acuñadas las instituciones, costumbres y maneras de pensar del pueblo, mejor que en ningún otro monumento de arte ni libro escrito. Es el lazo más entrañable y firme de todos los individuos de la raza que lo hablan. Debéis, pues, apreciar como la cosa más española el idioma castellano y encariñaros con él. Habéis de mirar con amor todos los idiomas que se hablan en España, porque son españoles todos ellos, puesto que son hablados por españoles; pero por encima de todos esos idiomas habéis de encariñaros con el idioma castellano, lazo de unión de todos los españoles y retrato del pensar de toda la raza. Cuanto de vosotros dependa, no habéis de permitir que empuerquen este nuestro idioma con voces y giros extraños, como hoy hacen muchos, llenando sus escritos y conversaciones de palabras francesas o inglesas no necesarias. Lenguaje castizo es el puro y limpio que os enseñaron y hablan vuestras madres y hablan y entienden todos, sin voeces extrañas de ninguna clase, a no ser que por no haber voz particular para mi objeto extraño se haya tomado la voz extranjera correspondiente que con el objeto vino, que entonces no hay para qué hacer melindres en usarla.

Sin exageración alguna podéis tener por cierto y seguro que el castellano es el idioma más hermoso de Europa. Hay en sus modismos, en sus metáforas, en sus frases hechas, en sus refranes, más hondura de pensamiento, mayor sutileza de ingenio, más brillante colorido, chiste más delicado que en las demás lenguas europeas. Es más rico en voces, más suelto y desembarazado en la construcción, más sonoro y musical, más grandilocuente y regio, más expresivo y pintoresco, más sensible y delicado.

Y si, como hemos dicho, el idioma es claro espejo del ingenio y del alma de la raza, el que quiera comparar el ingenio español con el de otras naciones no tiene más que cotejar idioma con idioma. No hay lengua que tenga más armonía y majestuosa gravedad ni que sea tan rica en refranes que encierran la doctrina moral, ni en frases que muestran la fantasía y poder artístico inventivo. Su riqueza, desenfado y soltura responden al natural generoso, libre e independiente de la raza española. Sus agudezas, chistes, salidas, ironías y donaires retratan la perspicacia, sutileza y buen humor del ingenio español.

129

Después de la conquista de Toledo vienen los grandes reyes, que dieron nuevo empuje a la reconquista. Alfonso VII acaba de reconquistar Castilla la Nueva y Extremadura, Alfonso VIII vence a los almohades en las Navas de Tolosa, San Femando reconquista Andalucía y acorrala a los moros en el reino de Granada, Alfonso X redondea el reino de Castilla y engrandece el poder del trono y da desusado esplendor a la corte, a la cultura y al Derecho. Toledo siguió siendo el centro de la monarquía al advenimiento de los Reyes Católicos, aunque la corte asentara comúnmente en Valladolid. Ellos labraron San Juan de los Reyes, Carlos V el Alcázar, Felipe II volvió la Corte de Valladolid a Toledo en 1559, aunque en 1561 trasladóla a Madrid y desde entonces Toledo fue decayendo hasta quedar reducida de los 200.000 habitantes que tuvo a los 20.000 que ahora tiene.

Desaparecieron sus florecientes industrias, la de la seda, la de gorras y hasta la de armas blancas, de los aceros toledanos, famosos desde el tiempo de los romanos y los mejores del mundo. Nada tiene que ver con aquella antigua fabricación la de armas blancas que hoy conserva en Toledo el Estado. La orfebrería o arte de labrar el oro y la plata, la cerrajería o arte de labrar el hierro, el tallado de madera, la alfarería o arte del barro cocido, de la loza policroma, de los azulejos, sobre todo con esmaltes de reflejo metálico, industria exclusivamente española, artes todas en que se señaló España entre todas las naciones, fueron desapareciendo hasta el punto de que cuando Carlos III quiso restaurarlas, no quedaba ni sombra de ellas y no había quien se acordase del secreto y procedimientos de tales industrias. Talavera se había distinguido en la alfarería y sólo producía ya ollas, tinajas y alcarrazas comunes.

Había en Toledo una iglesia goda consagrada el año 587 por Recaredo, que fue la sede episcopal de los santos Eugenio, Ildefonso, Julián. Convirtiéronla los moros en su principal mezquita el año 712. Mandóla destruir San Femando en 1227 y puso allí mismo la primera piedra de la catedral, que es de estilo gótico con añadiduras posteriores de otros estilos, por no haberse acabado del todo hasta 1493. Tiene cinco naves, su largura 120 metros, su anchura 59, la altura de la nave central 30 y medio. Toda es de piedra berroqueña o granito, menos la ornamentación, que es de piedra caliza de Olihuelas, cerca de la ciudad. Tiene la torre 90 metros, hay ocho puertas y es sin duda la mejor catedral de España y la más rica en todo género de tesoros y de obras artísticas.

El Cardenal Cisneros mandó labrar la capilla mayor y la reja plateresca que la cierra hízola Francisco de Villalpando. En esta capilla está la estatua del pastor de Las Navas, Martín Alhaga, que enseñó a Alfonso VIII el sendero por donde subió el ejército cristiano a la montaña donde estaba el campamento moro, derrotado en 1212. También está el sepulcro del Gran Cardenal de España, Pedro González de Mendoza, con su estatua yacente. Fue hijo del marqués de Santillana, nació en Guadalajara, vivió de 1428 a 1495 y edificó el Hospital de Santa Cruz, admirable ejemplar del estilo de transición del ojival al plateresco. También están aquí los enterramientos de Alfonso VII, de Sancho IV el Bravo y de Sancho III el Deseado. El grandioso altar mayor, de cinco pisos, con escenas del Viejo Testamento, de talla natural, es obra de Enrique de Egas y Pedro Gumiel. El coro, con reja de Domingo Céspedes, tres atriles magníficos y sillería de nogal, de dos pisos, cada uno de 50 asientos, tiene esculpidos en medallones escenas de la guerra de Granada. La sillería alta es de Berruguete y Felipe de Borgoña. Los respaldos del coro son arcos góticos sobre 52 columnas de jaspe toledano.

La capilla mozárabe conserva todavía aquel antiguo rito y es obra de Enrique de Egas. Hay otras hermosas capillas, de San Eugenio, de San Ildefonso con el mausoleo del cardenal arzobispo de Toledo, D. Gil de Albornoz, el que fundó el Colegio de los españoles de Bolonia, en Italia. La capilla de Santiago la mandó hacer para su sepultura el condestable D. Álvaro de Luna y allí está enterrado. La de los Reyes Nuevos, esto es, de la dinastía de Trastamara, que comienza con Enrique II, obra renaciente de Alonso de Covarrubias, tiene el sepulcro de aquel rey, de Enrique III, de sus esposas, etc. La sala capitular, la sacristía, los claustros, las magníficas ropas, los tesoros y sobre todo la Virgen del Sagrario, ¿quién se pondrá a describirlos?

Saliendo de la catedral hay una gran plaza donde están el palacio arzobispal a un lado y enfrente el Ayuntamiento, renovado por el Greco. En la escalera se leen estos versos de oro sobre fondo azul, que hizo Gómez Manrique y que debieran estar en todos los municipios y más en el corazón de todos los concejales:

Nobles discretos varones,
que gobernáis a Toledo,
en aquestos escalones
desechad las aficiones,
codicias, amor y miedo.
Por los comunes provechos

dejad los particulares:
pues os hizo Dios pilares
de tan riquísimos techos,
estad firmes y derechos.

San Juan de los Reyes es convento que fundaron los Reyes Católicos en 1476, después de la victoria de Toro, para su enterramiento y el de sus sucesores; aunque más tarde se labró para este fin la Capilla Real de Granada. La iglesia, con muchas cadenas colgadas por de fuera de cautivos cristianos libertados, y el claustro son del gótico florido y reflejan por su señoril elegancia el fino gusto artístico de aquel reinado.

130

Saliendo por la *puerta del Cambrón*, edificada por Alfonso VI en 1102 y renovada en 1576, se baja al *Cristo de la Vega*, antes *Basílica de Santa Leocadia*, hecha en el siglo IV donde aquella santa sufrió el martirio. La devoción de los toledanos a este Santo Cristo la veréis por la leyenda que os voy a contar. Vivía en Toledo en tiempos de Felipe II un mozo de humilde cuna; pero arriscado, fantasioso y acuchilladizo, llamado Diego Martínez, que se había enamorado de una doncella llamada Inés, hija del viejo hidalgo D. Iván de Vargas y Acuña. Correspondióle ella con toda la fuerza de su corazón. Tan adelante fueron los amores y él tuvo tan en poco el respeto y honor de la doncella, que penetraba todas las noches en su aposento, descolgándose al partirse por el balcón a la calle. No tardó en saberlo el pundonoroso hidalgo y, encerrándose con su hija en un aposento, tales cosas hubo de decirle, que a la noche siguiente, encarándose con su amante, le dijo D.ª Inés con toda firmeza: «Mi padre está al tanto de todo y me ha exigido que me deis mano de esposo.» Prometióselo él hacerlo a su vuelta de Flandes para donde dentro de pocos días se partía, asegurándola que a la vuelta de un año le cumpliría su palabra. No se satisfizo la doncella si no se lo juraba ante el Cristo de la Vega y hubo de hacerlo con toda solemnidad. Partió el mozo y volvió al cabo de tres años con el grado de capitán. Inés, que iba todas las tardes a lo alto del Miradero, viole venir y entrar por la puerta del Cambrón y salió a su encuentro. ¡Triste de ella! Rechazóla altanero y dejóla desmayada y traspasado de dolor el corazón. Vanos fueron cuantos recados le envió, hasta que acudiendo al gobernador llamó éste al fementido capitán, el cual juró y perjuró que jamás tal promesa diera a D.ª Inés. Espantada quedó la cuitada doncella delante del gobernador cuando tal oyó y ya quería salirse triunfante y libre el burlador. Empero la doncella se opuso diciendo: «Tengo un testigo que siempre salió por la verdad: el Cristo de la Vega.»

«Esta tarde, dijo el gobernador al escribano, tomaréis declaración al Cristo de la Vega.» Cundió la noticia por Toledo y a la hora señalada acudió gran muchedumbre y, adelantándose el escribano a la sagrada imagen con los Santos Evangelios en la mano, le dijo: «Jesús, Hijo de Dios, ¿juráis que D. Diego Martínez juró ante Vos de tomar por esposa a D.ª Inés de Vargas?» «Sí juro», se oyó decir al Cristo y todos vieron que desclavaba una mano y la ponía sobre los Evangelios.

131

En la judería o barrio de los judíos está *Santa María la Blanca*, sinagoga mudéjar del siglo XIII, convertida en iglesia el año 1405, con 28 arcos de herradura, estilo muy apreciado de los árabes, sobre 32 pilares octógonos, con azulejos y arabescos. Mudéjar es también la *Sinagoga del Tránsito*, hecha a mediados del siglo XIV, costeada por el tesorero judío del rey D. Pedro, Samuel Leví. La *Casa del Greco* es vivienda que pudiera haber sido del maravilloso pintor, así llamado por haber sido griego de nacimiento. Su propio nombre fue Domenico Theotocópuli, natural de Creta, que vivió de 1548 a 1625. Traía de su patria el espíritu bizantino, fue en Italia discípulo de Tiziano, vino a Castilla y paró en Toledo. Es el padre y precursor de la moderna pintura impresionista y colorista, tira a expresar los efectos de la luz por los colores, a pintar la luz, digamos, y fue además pensador y filósofo en sus cuadros, no contentándose con darnos la realidad aparencial, sino el alma

y espíritu de lo que pinta. Así ven todos en sus pinturas el alma castellana, estoica y mística, admirablemente expresada, como en unas sinfonías de colores. Tiende a alargar las figuras, que parecen subirse a lo alto y desprenderse de lo terreno, convertidas en almas corpóreas o cuerpos estilizados por el espíritu e iluminados a veces por la luz increada que baja de lo alto, cuando pinta escenas celestiales, como en el famoso *Entierro del Conde de Orgaz*, que está en la iglesia de Santo Tomé, o en la *Ascensión de la Virgen*, que está en la de San Vicente, acaso sus dos mejores e inimitables obras, desesperación de pintores y asombro del arte. A alargar las figuras le llevó tal vez su bizantinismo y el espiritualismo cristiano, que inspiró el arte gótico, en el cual todo parece elevarse piramidalmente como una llama espiritual que arde tendiendo a subir hacia Dios. Tendencia es ésta que hallaba en Toledo, donde la ciudad misma se encresta y empina, rematando en la aguja de la catedral, donde las portaladas son alargadas, a pesar de la increíble riqueza de estilos que en ellas pueden estudiarse, donde todo realmente parece subir y flamear, como el espíritu ardoroso de la Castilla mística y ascética, cuyo corazón diríase ser Toledo.

Mezquita fue la capilla del Santo Cristo de la Luz, notable edificación del año 922, con columnas de alguna vieja iglesia visigótica, convertida después en capilla cristiana. En lo más alto de la ciudad hubo un castillo romano que después sirvió de ciudadela a los visigodos. Convirtiólo en palacio San Fernando y lo agrandaron D. Juan II, los Reyes Católicos, Carlos V y Felipe II. Quemado en parte durante la guerra de Sucesión a principios del siglo XVIII, fue restaurado de 1772 a 1775 por el cardenal Lorenzana. Hoy es el Colegio de la Academia de Infantería. Tal es el Alcázar de Toledo.

132

¿Veis esta plaza? Es el solar, arrasado y sembrado de sal, donde se alzaba la casa de Juan de Padilla, el comunero que dio su vida por las libertades castellanas. El levantó y acaudilló a los toledanos, supliéndole en su ausencia su no menos valiente esposa D.ª María de Padilla. La carta que momentos antes de ser degollado sobre el cadalso en Villalar por tan sagrada causa escribió a los toledanos, es el testamento de la antigua España, libre y democrática, como ninguna otra nación, al ser sacrificada en aras de la independencia política por el absolutismo de la Casa de Austria. Y como esa carta debieran sabérsela de memoria todos los españoles, la copiaré aquí:

«A Toledo: A ti, corona de España y luz de todo el mundo, desde los altos godos muy libertada; a ti, que por derramamientos de sangres extrañas como de las tuyas cobraste libertad para ti e para tus vecinas ciudades; tu legítimo hijo Juan de Padilla te hago saber como con la sangre de mi cuerpo se refrescan tus victorias antepasadas. Si mi ventura no me dejó poner mis hechos entre tus nombradas hazañas, la culpa fue mi mala dicha y no mi buena voluntad, la cual, como a madre, te quiero me recibas, pues Dios no me dio más que perder por ti de lo que aventuré. Más me pesa de tu sentimiento que de mi vida; pero mira que son veces de la fortuna, que jamás tienen sosiego. Sólo voy con un consuelo muy grande: que yo, el menor de los tuyos, morí por ti, e que tú has criado a tus pechos a quien podía tomar enmienda de mi agravio. Muchas lenguas habrá que mi muerte contarán, que yo no lo sé aunque la tengo muy cerca; mi fin te dará testimonio de mi deseo. Mi ánima te encomiendo como patrona de la cristiandad; del cuerpo no hago nada, pues ya no es mío ni puedo más escribir, porque al punto que ésta acabo tengo a la garganta el cuchillo, con más pasión de tu enojo, que temor de mi pena.»

Otros insignes varones fueron hijos de Toledo, entre ellos algunos de los más esclarecidos ingenios y escritores. Garcilaso de la Vega, el delicado poeta a la italiana, muerto heroicamente al asaltar un castillo en Provenza en el siglo XVI; Alfonso Martínez de Toledo, el mejor prosista de la Edad media; el maestro Alejo Venegas, el padre jesuita Pedro de Ribadeneira, el sapientísimo Pedro Chacón, fray Damián de Vegas y José de Valdivielso, devotísimos poetas místicos; Francisco de Rojas Zorrilla, dramaturgo insigne; Luis Quiñones de Benavente, el mejor entremesista, fuera de Cervantes. En Talavera de la Reina nacieron el padre jesuita Juan de Mariana, nuestro más

cumplido y elegante historiador, y Gabriel Alonso de Herrera, el castizo escritor de agricultura. En Oropesa nació el beato Alonso de Orozco, en Ocaña fray Lorenzo de Zamora, en Santolalla fray Cristóbal de Fonseca, en Escalona el Infante D. Juan Manuel, Jerónimo de Huerta y fray Diego de Vega, todos prosistas de los mejores de España. Gran poeta popular y donairoso toledano es Sebastián de Horozco, probable autor de la famosa novela picaresca llamada *Lazarillo de Tormes*, dechado de este género literario exclusivo de España, que con pincel realista, aguda socarronería y recio estoicismo, tres cualidades de la literatura española, pinta la vida real de los pícaros y vagamundos en que España abundaba por aquel entonces, sacando deleite artístico de las mismas lacerías y calamidades que con la decadencia sobrevinieron. En la Puebla de Montalván nació Femando de Rojas, autor de la no menos famosa y gloriosa *Comedia de Calixto y Melibea*, comúnmente llamada *La Celestina*, impresa en 1499, joya inapreciable del teatro español.

Ciudad Real

133

Llanuras de La Mancha, inacabables, par- das V secas; parameras caldeadas por el sol, sin una fuente ni un árbol: imagen viva parecéis de la interminable y quieta eternidad. A caballo sobre Rocinante, con su casco y lanzón, Don Quijote semejaría desde lejos empinado gigante que se yergue sobre la línea de horizonte. ¡Qué extraño se le antojaran gigantes los molinos de viento del *Campo de Criptana*, que todavía voltean sus carcomidas aspas después de siglos! Estos llanos son los *Campos de Calatrava*, más allá están los *Campos de Montiel*, de esa otra banda los *Campos de San Juan*. Todos son *Campos*, el antiguo *Campo Espartario*, por donde bien podía fantasear Don Quijote que campeaban a su sabor los caballeros andantes. El Guadiana cruza estas tierras y desaparece entre arenales por largo trecho, tomando a parecer más abajo como por arte de encantamiento. Aquí están las sin par en el mundo minas de Almadén del azogue que abarcan más de 200.000 hectáreas: En Fernán Caballero se inauguró en 1915 el pantano *Gasset*, que embalsa 23.000.000 de metros cúbicos de agua y convierte en productivos vastos terrenos antes eriales y desaprovechados. ¿No podría cultivarse aquí el esparto para papel y otras plantas esteparias? ¿No se darían aquí los pinos cuya resina fuese un tesoro de riqueza alimentando varias industrias? Valdepeñas es célebre por sus vinos. Aquí nació Bernardo de Valbuena, obispo de Puerto Rico, gran poeta de brillante fantasía. De Almodóvar del Campo fue San Juan de Ávila, apóstol de Andalucía, de los primeros místicos españoles, autor de obras en las que se retrata su fervoroso espíritu.

134

Saliendo de Ciudad Real para Toledo hay un lugar que llaman Peralvillo. En tiempo de los Reyes Católicos hubierais visto allí junto al camino unos palos enhiestos y puestos en ellos unos cadáveres de hombres asaeteados. Más adelante en un cerro había una arca donde echaban los huesos de los que ya se caían de los palos. Bárbaro suplicio os parecerá; pero, además de que así lo llevaban los tiempos aquellos, más bárbaros eran los así asaeteados. Sucedió en el reinado anterior de Enrique IV que por abandono increíble hervían los caminos y despoblados de malhechores, que no se podía dar mi paso. Los Reyes Católicos los hicieron desaparecer en pocos meses, de modo que se podía cruzar toda España con dinero en las alforjas sin el menor temor de verse salteado. Establecieron que dos alcaldes en las ciudades y villas fuesen elegidos cada año entre las personas más honradas, el uno de entre los caballeros, de entre los pecheros el otro, que juzgasen a los ladrones de despoblado, castigándolos según el robo a azotes, a cortarles las orejas o el pie o, si el robo pasaba de 5.000 maravedís, a asaetearlos en un palo. Ordenaron además hermandades de cuadrilleros que los buscasen y persiguiesen. Con esto la justicia resplandeció en aquel reinado y-después quedó libre España de tales hombres.

Cuenca

135

Las llanuras manchegas de la parte meridional de la provincia van subiendo en collados y oteros, que al fin se convierten en sierras de tan encumbrados picos como la Muela de San Juan, de 1.610 metros, donde nacen el Tajo, el Júcar y el Gabriel, y como el cerro de San Felipe, de 1.839 metros, donde nace el Guadiela. Tierras cubiertas en otros tiempos de bosques y monte bajo, que van desapareciendo, fueron de las más ricas en ganados, hoy venidos muy a menos. Es un dolor. Esperemos que aquí, como en el resto de España, se caiga en la cuenta de que los árboles son como los pulmones de la tierra, que renuevan la vida. Las tierras despobladas de arbolado ¿qué son sino eriales tristes donde el hombre no puede hacer asiento porque no halla de qué sustentarse y porque faltan lluvias y sobra calor en verano y frío en invierno? Así era de rica en otro tiempo esta tierra, poblada de acaudalados ganaderos, y así ha venido a tanta pobreza.

No dejemos sin embargo de visitar la Serranía de Cuenca. Las maravillas de la naturaleza todavía atraen. La ciudad, asentada en la ladera de un alto cerro separado de otros tres todavía más elevados por hondos despeñaderos llamados hoces y rodeada por los ríos Júcar y Huécar que por lo hondo corren, ofrece una vista encantadora. Mirada desde el llano, donde ahora se extiende la nueva población, se la ve subir la cuesta hasta lo más empinado del castillo, pareciendo las casas unas sobre otras, algunas hasta de once pisos, el último a la altura de otras calles. Los peñascales y tajos sobre el hondón del cauce de los ríos la hacían inexpugnable en otro tiempo y presentan hermosísimas vistas. Tenía además murallas cuyas ruinas se conservan.

Elevados puentes unen las orillas de estos ríos encañados, el más moderno de hierro, acabado en 1903, de 106 metros de largo y 40 de altura. La preciosa catedral gótica es del siglo XIII; pero la torre se derrumbó el año 1902. En el siglo IX había allí un castillo llamado Conca, levantado por los moros y junto a él nació la población, que conquistó Alfonso VIII el año 1177 tras largo y reñido cerco. Concedió a sus moradores grandes privilegios y el *Fuero de Cuenca*, uno de los más antiguos y notables de Castilla. Alfonso el Sabio le dio título de ciudad en 1257. No tenemos tiempo para ir a la *Ciudad encantada*, que está en la Serranía de Cuenca y es una de las maravillas de la naturaleza.

136

Pocas regiones como Cuenca han dado a España tantos y tan esclarecidos varones. Don Álvaro de Luna, privado de D. Juan II, cuyo triste fin conocemos. Mosén Diego de Valera, caballero esforzado y gran prosista y consejero de los Reyes Católicos. Juan de Valdés y su hermano Alonso de Valdés, los mejores prosistas en tiempo de Carlos V. Antonio Enríquez Gómez, autor del *Siglo Pitagórico*. Fray Melchor Cano, nacido en Tarancón, dominico, gloria de la teología española. El padre jesuita Gabriel Vázquez, de los famosos teólogos, natural de Belmonte. Lorenzo Hervás, nacido en Horcajo de Santiago, gran filólogo del siglo XVIII.

En aquel vivero inagotable de varones grandes, escritores y sabios, del siglo XVI español, sobresale acaso por encima de todos fray Luis de León, nacido en Belmonte y que vivió de 1528 a 1591. Fue lumbrera de la Universidad de Salamanca y gloria de la Orden de San Agustín, hombre universal en todo linaje de conocimientos, teólogo, orador, filósofo, Y sobre todo exégeta, hondo conocedor del hebreo, del griego y del latín y más todavía del castellano, del cual es uno de los maestros y estilistas más esclarecidos. Y si como prosista le llegan pocos, ninguno puede emparejarle como poeta lírico. Es fray Luis de León la clave del Renacimiento español, cuanto a haber sabido mejor que nadie fundir en una las tres corrientes del pensamiento y de la forma, la puramente castellana, la grecolatina y la hebraica, y esto tanto en prosa como en verso. Hermanadas de esta manera estas tres tan diferentes culturas en las obras de fray Luis, la prosa adquiere el nervio y color que faltaba a sus predecesores, la poesía alcanza su más elevada expresión y más galana forma. Escribió comentarios al *Cantar de los Cantares* y al *Libro de Job*, los más poéticos y hondos

de la Biblia, *La Perfecta Casada*, *Los Nombres de Cristo* y las poesías de todo español conocidas; la *Profecía del Tajo, Al apartamiento, A Francisco de Salinas, A la Ascensión del Señor, A la noche serena.*

Merece recordarse el capitán D. Hernando de Alarcón, nacido en Palomares de Huete en 1466 y fallecido en 1540. Hizo sus primeras armas en la guerra de Granada y se halló en todos los grandes hechos de armas de Italia. Pero el hecho más curioso es que tuvo en prisión a dos reyes y a un papa, caso nunca visto. Tuvo prisionero al rey de Granada, al rey de Francia Francisco I y al papa Clemente V, dos veces, cuando D. Hugo de Moncada entró en Roma y cuando la saquearon las tropas del duque de Borbón.

Guadalajara

137

Estas tierras de La Alcarria, entre el Henares y el Tajo, colinas aromadas de tomillares y retamares, todavía rinden cera y miel de fama universal. ¡Qué de colmenas las poblaban en otros tiempos! ¡Qué de rebaños pastaban por estos collados! La capital se llamó *Arriaca*, voz bascongada que vertida al árabe sonó Guadalajara, esto es *pedregal*. Llena está de recuerdos de los Mendozas, casa de muy ilustres varones, que tuvieron cabida con los reyes en los siglos XV y XVI y amontonaron títulos y riquezas, las cuales derramaron con la largueza que reza la divisa del duque del Infantado: «Dar es señoría, recibir es servidumbre.»

Las obras benéficas y edificios que costearon largo sería de contar, descollando como obras de arte el Colegio de Santa Cruz, de Valladolid, y el Hospital de Santa Cruz, de Toledo, debidos a D. Pedro González de Mendoza, gran cardenal de España, uno de los siete hijos de D. Íñigo López de Mendoza, marqués de Santillana, famoso poeta del siglo XV. El segundo duque del Infantado labró el Palacio del Infantado en Guadalajara, año 1461, de estilo mudéjar. Fue nieto del marqués de Santillana y tuvo los títulos de primer marqués de Mondéjar y segundo conde de Tendilla; fue alcaide de la Alhambra y capitán general del reino de Granada; llegó a ser señor de 800 poblaciones y de 90.000 vasallos. Sus cinco hijos tuvieron elevados cargos, uno de ellos fue el marqués de Cañete, célebre virrey de Méjico y del Perú; y otro, D. Diego Hurtado de Mendoza, el poeta y escritor de la guerra de los moriscos. Tal era la nobleza española, sostén del trono y gloria de la nación en la guerra, en el gobierno, en la diplomacia y en las letras. Dondequiera hallaréis en España templos, hospitales, escuelas y colegios fundados por nuestros nobles. Así llegó a tener España hasta 39 Universidades y casi tantas escuelas, iglesias, capillas, ermitas, conventos y hospitales como casas.

Admirable era el panteón de los duques del Infantado en el convento de San Francisco de Guadalajara. Los franceses destrozaron en 1810 el convento y bajando al panteón machacaron las urnas sepulcrales, arrojando bárbaramente por el suelo los huesos de los duques y llevándose los ataúdes de plata.

Hay en Sigüenza hermosa catedral gótica y en lo más alto el alcázar. Brihuega conserva parte de sus viejas murallas y la Real fábrica de tejidos, fundada por Carlos III. Molina de Aragón fue otro tiempo condado. Atienza tiene castillo. Pastrana magnífico palacio de sus duques. Cogolludo el de los de Medinaceli.

En Guadalajara nacieron Luis Gálvez de Montalvo, autor del *Pastor de Filida*, novela pastoril, y D Bernardino de Mendoza, guerrero y escritor militar. De Sigüenza fue fray José de Sigüenza, jerónimo del Escorial, que escribió la historia de su Orden en elegante y rotundo estilo, y José de Villaviciosa, autor del poema burlesco *La Mosquea*.

Madrid

138

Cifra y resumen de la nación suele ser su capital, compendio de su historia, museo artístico de sus grandezas, tesoro de su riqueza, industria y comercio. Es el corazón de donde se reparte la vida a los demás miembros. Tal es Londres en Inglaterra, París en Francia, Berlín en Alemania. Estas capitales muestran como condensada el alma nacional de sus pueblos. Con razón esperáis que Madrid os muestre el alma española mejor que ninguna otra población de España. Convendría que vierais esas grandes capitales de Europa antes de venir a Madrid. ¡Qué desencanto! ¡Qué contraste! La industria y el comercio de aquellas ciudades hinchen de mercancías el mundo entero, sus alrededores son bosques de chimeneas y de fábricas, enmarañadas redes de ferrocarriles; más allá huertas y quintas vistosas y elegantes, arboledas, paseos, campiñas frondosas; dentro hermosas calles y plazas, estatuas y otros monumentos de gran valor artístico. En Madrid hasta nuestros días apenas había nada de eso; ahora comienza a haber algo. Ni siquiera tiene catedral, ni siquiera es ciudad; es sencillamente villa. Es que la capital de España fueron Oviedo, León, Burgos, Valladolid, Toledo, Zaragoza, conforme se fueron reconquistando los reinos de España. Madrid es capital desde la época de la decadencia de la nación: el alma española durante la decadencia de España es lo único que os podrá mostrar Madrid.

Fue pequeña villa con su castillo, ganada a los moros por Alfonso VI en 1083, a quien sirvió de plaza de armas para la conquista de Toledo. Convirtió el rey la mezquita en iglesia de la Virgen de la Almudena. Alfonso XI edificó la iglesia mudéjar de San Pedro. Los Reyes Católicos el monasterio de San Jerónimo. Cisneros vivió aquí durante su regencia y su casa se ve en la plaza de la Villa. Carlos V vino de Valladolid en 1524 a curarse de unas fiebres y aposentó al rey Francisco de Francia, prisionero de Pavía, en la Torre de los Lujanes, que está en la misma plaza, y después en el alcázar o castillo. Felipe II fue quien trajo a Madrid la Corte en 1560.

139

Aquel rey, el más poderoso de la tierra en su tiempo, ya hemos visto que por sus empresas fuera de España estaba arruinando a la nación y tenía adeudada la Hacienda pública. No esperéis, pues, que trace una ciudad digna de la Corte de tan gran imperio. Para colmo de pobretería y mezquindad se rebaja hasta pedir aposento para los nobles y cortesanos, como de limosna, ordenando la Regalía de aposentos, por la cual los propietarios de casas, que tuviesen algo más que cámara y cocina, estaban obligados a dar posada a los cortesanos. Para librarse de tal carga hicieron la mayor parte de las casas *a la malicia*, esto es, pequeñas y bajas, de un piso, y aun las repartían con armazón o tablado en aposentos. El terreno se aprovechó cuanto se pudo y se llenó la villa de casucas y callejuelas, feas y sucias hasta el siglo XVIII.

Puede decirse que ahora es cuando se está edificando Madrid. De nuestros días son los ensanches, se están renovando casas por centenares, se pavimentan todas las calles, se ensanchan y rectifican, se agranda el alcantarillado, se canaliza el Manzanares, cuyas márgenes eran inmundas, se urbanizan las afueras, antes asquerosas, se construyen o se acaban de construir Metropolitano o ferrocarril subterráneo, Matadero, Cementerio, Presidencia del Consejo, Ministerio de Marina, Palacio de Justicia, Instituto Geográfico, Casa de Correos, Banco de Bilbao, Banco del Río de la Plata, Casa de la Moneda, Catedral, Parque del Oeste, Gran Vía, puentes, hospitales, cuarteles, etc.

No hay agricultura en Madrid, a pesar de ser su patrón un labrador: San Isidro; ni hay ganadería ni hierbas ni bosques. Cifra de lo que sucedió en toda España fue nuestra villa.

Apenas llegada la Corte, la pobreza de los vecinos les llevó a arramblar con cuanto pudieron: talaron los bosques, yermaron los campos, quedando los alrededores de Madrid convertidos en páramo feísimo. La falta de arbolado acrecentó la sequía del clima, el frío y el calor. La villa del oso y del madroño se llama por un pleito entre el municipio, que acabó quedándose con los bosques, y

el clero, que se quedó con los pastos, que eran las cosas litigadas. Pero esto sucedió antes de ser Corte. También en el *Libro de Montería*, de Alfonso XI, se dice que Madrid era «lugar de puerco y oso», y un oso en campo blanco fue su blasón en el estandarte que sus hijos llevaron en la batalla de las Navas. Las siete estrellas aluden, sin duda, a las de la osa o carro del cielo, añadidas por el oso al escudo de la villa.

Un poblachón de bajo caserío, con callejuelas feas, en un páramo desolado: tal fue la Corte, obra de Felipe II. Villa y Corte que, por cierto, correspondía a una nación que se arruinaba por momentos, abandonada en sus fuentes de riqueza por reyes absolutos, que sólo atendían a empresas fuera de la patria. Bien de manifiesto queda el alma española en la decadencia de la nación. La industria se redujo a dos fábricas, montadas más tarde: la de loza fina, ya desaparecida, y la de tapices, que aun va tirando. El comercio se redujo a traerlo todo de fuera para el consumo, con lo cual se encarecen todas las cosas y la vida madrileña.

140

España comenzó a levantarse de su postración en el siglo XIX; pero tan lentamente, que más que levantarse, diríase el desperezarse del que despierta y que no acaba de ponerse en pie. Los edificios oficiales de Madrid lo están diciendo bien claro. En ellos moran y politiquean los gobernantes y políticos españoles como de prestado: suben y bajan, bajan y suben unos tras otros y fracasan todos. Pues bien, los tales edificios, levantados por ellos y para ellos, retratan el vaivén de esta interinidad y poco asiento: son hoy una cosa, mañana otra, son símbolo harto significativo de la política española del siglo XIX.

El *Senado* fue Colegio de Agustinos, donde se juntaron en 1814 las primeras Cortes, como las de 1812 se juntaron en una iglesia de Cádiz. El Ministerio de la Gobernación se hizo en tiempo de Carlos III para *Casa de Correos*; trasladóse a ella el Ministerio en 1847. El *Ministerio de Estado* trazólo en 1630 el marqués de Crescenti para *Sala de Alcaldes de Casa y Corte*, que es lo que hoy llamamos Audiencia. El *Ministerio de Hacienda* lo edificó Carlos III para Aduana. El *Ministerio de la Guerra* comenzó a edificarlo en 1782 el arquitecto Arnal para palacio de la duquesa de Alba. El *Palacio de Justicia* lo mandó hacer Dª Bárbara de Braganza, mujer de Fernando VI para convento de monjas salesas. La *Casa de la Villa* se levantó en el siglo XVII para casa particular. La *Casa de la Moneda* fue acabada por Jareño en 1860 para Escuela de Veterinaria. El *Museo de Pinturas*, proyectado por Juan de Villanueva, mandólo edificar Carlos III para Museo de Ciencias Naturales. El *Museo de Reproducciones* es el Casón de Felipe IV en el Retiro. El *Museo de Artillería* fue en el mismo Retiro Palacio Real. La *Presidencia del Consejo* se ha derrumbado. El *Instituto de San Isidro* fue convento de jesuitas y Noviciado la Universidad Central. De *Catedral* sirve la iglesia de San Isidro.

Los únicos edificios oficiales levantados de propósito son el *Ministerio de Marina*, que se va a dejar por otro nuevo, el de *Fomento*, que se hizo poco ha, y el *Congreso*. Hay que salir de la política para hallar algo apropiado y grande y aun eso es enteramente moderno: la *Bolsa*, el *Banco de España* y la *Biblioteca Nacional*.

141

El interés político ha dado a hermosas calles nombres de hombrecillos políticos que no pasarán a la historia, y, en cambio, calles pequeñas o arrinconadas llevan nombres de los más gloriosos de la historia española. Y estas pequeñeces ¿no os parece que muestran la poca cultura de nuestros ediles y el interés político que la inspira? ¿Por qué se ha ido a levantar la catedral que se está edificando en lugar donde la achicará el Palacio Real y donde ya acaba la población, al pie de un derrumbadero? La catedral debiera estar en plaza espaciosa y céntrica. El artístico templo de San Francisco se levanta no menos en otro rincón todavía menos frecuentado. Todo ello manifiesta la decadencia del pensamiento español, el cambio de ideas, el menosprecio de la religión, la falta de

pedagogía pública, que consiste en colocar cada cosa en su lugar; el poco gusto artístico que está en la armonía y relación de las cosas.

142

El mismo desconcertado desbarajuste reina en las estatuas y fuentes, algunas de gran mérito artístico; pero que se hallan fuera de su propio lugar. Hay calle de Lope de Vega ; pero su estatua está en la glorieta de Rubén Darío y la estatua de Rubén Darío quieren ponerla en El Retiro. Hay calle de Calderón y su estatua está en la plaza de Santa Ana: ¿por qué no llamarla plaza de Calderón? ¿Por qué no llamar plaza de Castelar aquella otra sin nombre donde está su hermoso monumento, en vez de llevar tal nombre la plaza donde está la Cibeles? La estatua de Rosales está en Recoletos y en el paseo de Rosales está la estatua de un héroe de la guerra de África. La estatua de Quevedo debiera estar en la glorieta de Quevedo y no en la glorieta de Alonso Martínez. Hay calle de Eloy Gonzalo y estatua; pero la estatua no está en su propia calle, sino junto al Rastro. Hay calle de Bravo Murillo y su estatua está en la glorieta de Bilbao. Y así sucede con la mayor parte de las estatuas y fuentes y unas y otras se llevan de un lado para otro con el mismo vaivén y poco asiento que los edificios oficiales.

De nuestros reyes hay dos magníficas estatuas: la de Felipe III, en la plaza Mayor, y la de Felipe IV, en la plaza de Oriente. Son ecuestres, fundidas en bronce por Pietro Tacca, florentino, la de Felipe III en 1613, la de Felipe IV en 1640. No las hay en cambio de Carlos V ni de Felipe II. ¿Tan grandes fueron aquellos reyes? No fueron sino harto menguados. A Felipe IV le llamaron por adulación el Grande. Sin duda lo fue; pero como los agujeros, que se hacen grandes quitando tierra: en su tiempo se perdieron muchas tierras y regiones para la monarquía.

143

Quedan otros edificios por mencionar. El *Observatorio Astronómico*, fundado por Carlos III a petición de Jorge Juan y el *Jardín Botánico* por el mismo rey. La *Puerta de Carlos III* o de Alcalá y la de *Toledo*. El *puente de Segovia*, obra de Juan Herrera, y el de *Toledo*, edificado en 1720. San Francisco el Grande, reedificado de 1761 a 1784 y hermoseado artísticamente a fines del siglo XIX. El *Viaducto*, inaugurado en 1873 y hecho con 700 toneladas de hierro y de 130 metros de largo por 23 de elevación. No son obras que realcen la capital de una nación tan poderosa como fue España; pero grandes monumentos no se levantan en épocas de decadencia. El Alcázar, hoy *Palacio Real*, y el *Retiro*, son los únicos que hermosean la villa. Y es muy de notar que entrambos fueron hechos por los reyes absolutos para su particular residencia. Habiéndose quemado el Alcázar en 1734, los reyes borbónicos levantaron y enriquecieron el Palacio Real, trazado por Juvara y edificado de 1734 a 1764 por Juan Bautista Saccheti. Es un enorme edificio clásico, cuadrado, de 150 metros de lado y de 50 de alto, con cuatro gruesas torres en los ángulos. Todo él de piedra berroqueña, con adornos de piedra de Colmenar. El coste hasta el año 1808 fue de 74 millones de pesetas. Tiene hermosa plaza de armas, jardines en el llamado Campo del Moro, riquísima Armería, colección fundada por Carlos V, de armas antiguas, preciosa Biblioteca de 100.000 volúmenes y 5.000 manuscritos y la mejor colección de tapices que se conoce. Al lado están las Reales Caballerizas con su bien surtido Guadarnés y lujosísimas carrozas antiguas. La *Plaza de Oriente*, delante del Palacio Real, la hizo José Bonaparte, llamado por ello chistosamente *Rey de Plazuelas*, que tuvo que echar abajo para hacerla varios conventos, una iglesia y 500 casas. También hizo otras varias en la villa.

La plaza Mayor se inauguró en 1620. Cinco meses después ajusticiaban en ella a D. Rodrigo Calderón. En 1623 hubo allí corridas de toros y auto de fe o ceremonia de condenar a los herejes con asistencia pomposa de la Corte. En 1629 se hicieron festejos por cuarenta días y costaron tres millones de pesetas. En 1873 los republicanos bajaron la estatua de su pedestal y la pusieron en venta, aunque fue repuesta el año siguiente.

144

El *Retiro* es lo mejor de Madrid y tal que en pocas poblaciones tiene par ni semejante. Fue obra de muchas generaciones. Comenzólo Felipe II con una casa de campo para su mujer, la reina María de Inglaterra. El Conde-Duque de Olivares, favorito de Felipe IV, hizo de aquéllos terrenos un parque el año 1631. Añadióse después el Palacio Real, hoy Museo de Artillería; el Casón de Felipe IV, hoy Museo de Reproducciones artísticas y los estanques. Grandes fiestas cortesanas se hacían allí y se representaban comedias de aparato. Lo habitaron Felipe IV, Felipe V, Femando VI y Carlos III hasta 1764. Femando VII lo restauró. Hoy es hermoso y bien cuidado parque, con paseo de coches, estatuas, palacios, fuentes monumentales y, sobre todo, el magnífico monumento a Alfonso XII y a la Restauración de la monarquía, junto al Estanque grande.

Notaréis que a los paseos del Retiro se han dado los nombres de las Repúblicas hispanoamericanas: Paseo de la Argentina, Avenida de Méjico, etc., etc. El que se los puso hizo más de lo que pensó. Es efectivamente, harto significativo. Diríase que se ha querido significar con ello que las inmensas y riquísimas regiones americanas, conquistadas por España, han quedado reducidas a este lugar solitario de árboles que se llama el Retiro. Nuestros padres conquistaron un Nuevo Mundo; nosotros, los españoles del siglo XIX, lo hemos perdido. Era aquel Nuevo Mundo demasiado grande para nuestra pequeñez, no hemos sabido conservarlo y nos hemos contentado con un parque que lo recuerde. Habíamos heredado casa demasiado grande y fincas en demasía extendidas; hemos reducido nuestra casa y heredad, de millones de leguas cuadradas, a un arbolado de 143 hectáreas de superficie. Nos venía ancho, demasiado ancho aquello; esto basta para nuestro apocamiento. Este pensamiento le embarga a uno cada vez que se pasea por el Retiro. Y debe apesadumbramos ciertamente; empero hemos de sacar de este pensamiento alientos para levantamos de nuestro abatimiento y postración, para imitar a nuestros antepasados. Ya que perdimos tantas tierras, cultivemos bien la nuestra, la tierra española. Por mucho que la trabajemos, nunca llegaremos a agotar las fuentes de riqueza que atesora el suelo de España. Porque lo que hace falta es mucho trabajo para beneficiar sus minas y sacar con un cultivo intenso de sus feraces campos cuanto puede dar de sí.

Consolémonos además con que la herencia de nuestros mayores, al dejarnos aquel Nuevo Mundo que hemos desbaratado, era tan grande, que ni podemos despilfarrar lo más sustancial de ella. Porque allí quedó nuestro idioma, nuestra raza, nuestro espíritu español, cosas que no pudimos enajenar ni malrotar y que no fenecen y aseguran para siempre la gloria de España y aun nos facilitan el que podamos ir allá, donde siempre encontraremos lo que no puede dejar de ser español, hermanos que nos entiendan, el habla nuestra, nuestra manera tradicional de sentir.

145

Esta es la villa de Madrid, retrato de España en su decadencia; ahora comienza a ser gran población: señal de que España se levanta. Pero notad bien el contraste. En aquel poblachón feo y descuidado se encerraba algo grande y magnífico que atraía las miradas de todo el mundo, que causaba envidia y temor a todas las naciones. Era el alma española levantada a su más alto poderío por los Reyes Católicos, por Carlos V y por Felipe II. Abandonadas las fuentes de la riqueza por una política absolutista y de aventuras exteriores, hallábase la nación tan empobrecida como se retrataba en el poblachón madrileño; empero todavía unos pocos tercios de españoles llenos de espíritu, grandes capitanes, estadistas admirables, sabios, escritores en inmensa falange, mantenían el poderío espiritual, más que el material de España en todas partes. Era un cuerpo enflaquecido y marchito; pero que envestía un alma grande. En aquel poblachón se encerraba más vida cultural, bullía un espíritu mucho más levantado que en cualquiera otra ciudad del mundo. ¿En qué otra ciudad del mundo han florecido como en Madrid las letras y las bellas artes, aun en el tiempo de la decadencia de la nación?

Ahí tenéis la Academia de San Femando, fundada en 1752, y sobre todo, el Museo del Prado, una de las galerías más principales del mundo, con unos 2.000 lienzos, sobresaliendo las escuelas españolas. Conviene que los niños españoles tengan verdadero concepto de lo que es la pintura española, una de las glorias más puras de la patria y sello inconfundible del ingenio español. No os podré decir nada mejor que lo que dijo un extranjero: que después de estudiadas las pinturas españolas, cualquiera otra pintura parece entretenimiento y juego de la fantasía delante de la realidad. Nuestra pintura es la realidad llevada al lienzo, viva como vive en la naturaleza, no como muñecos imaginados. Hay otros excelsos pintores extranjeros admirables por la elegancia académica, por cuanto la imaginación puede fantasear y el fino gusto recoger en color, dibujo, armonía de líneas; empero lo que es llevar la vida al lienzo, tal cual ella es en la realidad, eso se queda para los españoles. Después de vistas las pinturas españolas que hay en Madrid, toda pintura extranjera huele a artificial, parece un simple muñeco, lindo, vistoso, acabado, pero muñeco al fin y realidad falseada por ganas de embellecerla o de perfeccionarla. El realismo y la vida: ése es el triunfo de la pintura española.

146

Las letras tuvieron su asiento principal en Madrid desde fines del siglo XVI. Los más celebrados escritores nacidos en otras partes vinieron a lucir sus ingenios en la villa y corte. No citaré todos los escritores ni todos los de Madrid, aun los que afamarían cualquier ciudad; sólo escogeré los madrileños más sobresalientes. En el siglo XVI, Gonzalo Hernández de Oviedo, historiador de las Indias; Eugenio de Salazar, dechado maravilloso en el género epistolar; Alonso de Ercilla, autor del mejor poema clásico: *La Araucana*; fray Juan de los Angeles, apacible escritor místico. En el XVII, Lope de Vega, Quevedo, Villamediana, Tirso, Salas Barbadillo, Montalbán, Nieremberg, Calderón, Moreto, Zabaleta, Diamante. En el XVIII, Ramón de la Cruz. En el XIX, Larra, Mesonero Romanos, Hartzenbusch, Serra, Gayangos, Rosell, Tamayo, José Echegaray, Barbieri, Ricardo de la Vega, Federico Chueca, Jacinto Benavente.

Lope de Vega tiene en Madrid estatua y calle, que es en la que vivió. Es de los poetas más grandes de España y del mundo y fundador del gran teatro nacional. Llamóle Cervantes el *Monstruo de la naturaleza* por su fecundidad, pues llegó a escribir dos mil comedias, cosa que no ha alcanzado dramaturgo alguno y eran tan gustadas del pueblo español, que por decir de una cosa que era muy buena, decían que era de Lope. Vivió de 1562 a 1635 y era oriundo de Carriedo, en Santander. Además escribió muchas poesías y poemas de todo género, con gran facilidad en el versificar, frescura y sentimiento. Pero su obra principal fue fundar el teatro español.

Conviene que sepáis en qué consiste. El teatro griego es trágico y trata de las desgracias que por la fatalidad, en que los griegos creían, considerándola como algo real que rige los destinos humanos, tuvieron que padecer los héroes, hijos de dioses y de mujeres. El teatro inglés de Shakespeare, contemporáneo de Lope, era igualmente trágico, sobre desgracias de grandes reyes y otros personajes legendarios. Lope abarcó más, abarcó toda la vida humana, tejida de casos desgraciados y venturosos y, no sólo trató de héroes y reyes, sino de toda suerte de personas y de todos tiempos, juntando lo doloroso con lo alegre, lo trágico con lo cómico o de risa. A esta manera de teatro, tan universal, tan humano, que con ser tan natural a él sólo se le ocurrió, llamó *comedia*. Valióse sobre todo de la epopeya castellana, de nuestros héroes, y de los cantares populares, villancicos y coplas, que es una lírica tan admirable en España como la epopeya o romancero. Así juntó el género épico o narrativo y el género lírico o sentimental en el género dramático, en que personas vivas representan personajes históricos o fantaseados, poniendo por obra la acción de la fábula o asunto como si los personajes fuesen vivos.

Es la más alta gloria del arte español este teatro fundado por Lope a principios del siglo XVII y sólo pueden comparársele el teatro griego y el inglés de Shakespeare. Pero mientras en Inglaterra fue éste el único autor dramático sobresaliente, en España el teatro nacional tuvo muchísimos

cultivadores y las comedias son innumerables. Tal es la gran gloria de Lope. Madrid, si en todo no mostrara gran descuido como posada de gentes allegadizas, debiera levantar un gran teatro llamándole de Lope, en plaza hermosa, donde luciera su estatua. Fue además Lope en sus poe- sías y teatro muy amante de la patria y de las cosas populares y sus comedias un claro espejo en que se mira el alma española.

El pueblo español lo comprendió así, pues acudía con afán a las comedias y hasta el mismo Felipe IV las compuso. Cuando oigáis decir que la Inquisición sofocó el ingenio español o que los curas y frailes no sirvieron para nada, responded diciendo que jamás hubo más libertad en el teatro que en aquella España de curas, de inquisidores y de frailes, y que los mejores dramaturgos no fueron sino el cura Lope, el cura Montalván, el cura Calderón, el cura Moreto y el fraile Tirso. Los que tal dicen no comprenden el alma española. Los curas y frailes de entonces eran muy españoles y juntaban muy bien la religión con la vida espontánea y natural. La Inquisición no se metía más que con los rarísimos escritores que querían traer a España la herejía protestante, con las guerras y disensiones que consigo llevó a Alemania, Inglaterra y Francia y de las que se vio libre España Era obra patriótica y de verdadera política impedir que tal peste entrara a dividir a los españoles y justo era cortar el miembro gangrenado por salvar el cuerpo entero de la nación. La Inquisición entendía sólo en doctrinas religiosas y para nada se metía con las ciencias, las artes y las letras, que entonces brillaron en España como en ninguna otra parte. Y no es que alabemos por eso la Inquisición ni mucho menos sus abusos ni el haberse valido a veces de ella Felipe II y otros reyes absolutos para sus intereses particulares; pero mucho peor se portaron en Francia, Inglaterra y Alemania con los que profesaban diferentes doctrinas y con muchísima mayor crueldad y extraordinariamente mucho más abusaron de su absolutismo los reyes de aquellas naciones que los nuestros. Eran instituciones que llevaban los tiempos aquellos y no exclusivamente españolas; antes los españoles las consideraron como cosas ajenas a sus procedimientos, que en la Edad media habían sido muy otros con moros y judíos. De todas maneras las letras bien poco o nada tuvieron que padecer de la Inquisición y en ninguna parte de Europa había mayor libertad en escribir sobre asuntos profanos ni se escribió tanto ni tan bueno. Las comedias se representaban en corrales, de los cuales fueron los más famosos uno de la calle del Sol, otro de la del Príncipe y el tercero en la misma calle, perteneciente a Isabel Pacheco, y se llamó el corral de la Pacheca, al cual sustituyó otro en 1582 donde hoy está el Teatro Español. En 1579 se abrió el teatro de la calle de la Cruz, hoy desaparecido. Los *mosqueteros* o *infantería* eran los que veían la comedia de pies detrás de los bancos y aprobaban o silbaban las comedias.

Tirso de Molina, grave fraile mercedario, que vivió de 1571 a 1648, fue otro gran autor de comedias y ganó a Lope en los asuntos de intriga y en lo cómico. Ahondó más en el corazón humano, sobre todo en el de la mujer, presentándola más varonil, apasionada y trapisondista, mientras que Lope la ve en su sensibilidad femenina y delicada. Pintó tan bien como Lope la gente aldeaniega y acertó a tallar grandes personajes.

Calderón de la Barca, oriundo de la Montaña de Santander, vivió de 1600 a 1681 y su sepulcro está en la iglesia del Hospital de San Pedro de los naturales de Madrid, del cual fue capellán mayor. Es, en conjunto, el primer dramaturgo español y uno de los grandes del mundo. Sobresalió por el pensamiento filosófico de sus comedias y la robustez de la versificación. *La vida es sueño* acaso sea el mejor drama que se conoce y *El alcalde de Zalamea*, como pintura de personajes o caracteres, gana al mismo Shakespeare, que es en este género el autor más famoso. Tiene Calderón estatua en la plaza de Santa Ana, que debería llamarse plaza de Calderón, frente al teatro Español.

147

Los dos grandes escritores satíricos de la época de los Felipes fueron hijos de Madrid: el conde de Villamediana en la sátira individual y política y Francisco de Quevedo en la política y

social. Quevedo vivió de 1580 a 1645 y fue oriundo del valle de Toranzo en la Montaña de Santander. Es uno de los varones más significativos del ingenio español, de los más brillantes en el decir y hondos y filosóficos en el pensar. Parecido en ambas cosas a Séneca y Gracián. Su gran ingenio y el refinamiento urbano de la literatura de su tiempo le hicieron padre del conceptismo o juego de conceptos. Maneja el castellano como pocos, con brío y color extraordinarios. La *Vida del gran Tacaño* es pintura del pícaro de su tiempo en Madrid. Los *Sueños* son alegorías satíricas de los tipos sociales más ridículos y perniciosos. Sus poesías son también satíricas y caricaturescas, las mejores las letrillas, jácaras y romances. Tiene estatua en Madrid y glorieta, adonde debiera llevarse de donde la estatua está.

Larra es otro gran satírico del siglo XIX, crítico y gran periodista, que se suicidó por amores contrariados. Mesonero Romanos, que tiene estatua en los jardines del paseo de Recoletos, pintó muy bien el Madrid de su tiempo y vivió de 1803 a 1882. Barbieri fue excelente músico, sobre todo de zarzuelas.

148

Madrid tiene las mejores y más ricas bibliotecas donde se ha de estudiar nuestra historia y nuestra literatura. Las de las Academias de la Historia y de la Lengua, las del Senado, Cortes y Municipio, las de la Facultad de Letras de San Isidro y de Alcalá en la Universidad, y sobre todo, la Biblioteca Real de Palacio y la Nacional, construida en 1866, según planos de Jareño, con la mejor fachada que hay en Madrid, donde lucen las estatuas de nuestros grandes escritores. En medio de la monumental escalinata se adelantan San Isidoro y Alfonso el Sabio, los dos grandes maestros de la época visigótica y del siglo XIII. Juntó a la fachada, Nebrija, el gran filólogo, maestro de latín y de castellano; Vives, el gran filósofo y pedagogo; Lope de Vega, el gran dramaturgo, y Miguel de Cervantes, el gran novelista. Fundó la Biblioteca Felipe V en 1711 y aumentóse con la del duque de Osuna en 1886 y con las de los mejores bibliógrafos españoles. Tiene 35 salas con 1.200.000 volúmenes, 2.057 incunables o impresos del siglo XV, 30.000 manuscritos, 20.000 documentos, 28.000 dibujos, 100.000 estampas. Hay preciosos manuscritos miniados en vitrinas y las firmas de reyes y hombres ilustres de España. La mejor colección de obras de Cervantes o que de él tratan ocupa un bonito salón. Hállase en el mismo edificio el Archivo Histórico Nacional, el Museo Arqueológico y el Museo de Arte Moderno. Guárdanse, pues, allí además de los libros más raros españoles, los documentos recogidos de conventos y archivos públicos de toda España, muebles, utensilios, monedas, trajes y otras antiguallas y cuadros de pintores españoles modernos.

149

Hablar del pueblo madrileño es hablar de lo que los españoles tienen de común, dejadas las particularidades regionales, porque juntándose en Madrid gentes de todas las provincias, el roce va gastando y borrando lo regional, fundiéndose las cualidades y resaltando las comunes de todos, las propias del alma española. Suelen decir muchos forasteros que la vida en Madrid es la más agradable del mundo y no hay ciudad alguna que en esta parte le aventaje. ¿Sabéis por qué? No por las comodidades y entretenimientos, que los hay mejores en París u otras ciudades de Europa, sino por el trato amigable, afable y llano, franco y comunicativo. Y tales son, de hecho, las cualidades del español. Comparadle con el inglés, tieso, seco y despegado, o con el francés, ceremoniático hasta el empalago al principio y que después se despide fríamente a la francesa. El español muestra, por el contrario, su llaneza en no exigir presentaciones ni otros requilorios y su desinteresado cariño en no acabar de despedirse. Todo esto se ve en Madrid muy particularmente. No hay aquí aquella cerrada separación de clases de otros pueblos, criados en el feudalismo y en la diferencia de castas. Hay increíble llaneza e igualdad en el trato, lo mismo de los más altos y nobles que de los más humildes y bajos.

Esta admirable democracia española es única. El noble más linajudo y el varón más grave y puesto en elevado cargo se allana hasta al obrero y al mendigo y el obrero trata con dignidad al más empingorotado personaje y hasta el mendigo diríase que lleva un rey metido en el cuerpo. De aquí que los madrileños sean francos y comunicativos con todo el mundo, sin caer en la grosería, antes con fineza cortesana, Madrid parece una casa, donde todos son de la familia, aunque se vean por primera vez. Las etiquetas se guardan para los actos oficiales: fuera de ellos no hay quien no apee el tratamiento y no desee que se le hable con llaneza. La urbanidad consiste aquí, no en pasmarotadas ni inclinaciones y otras exageradas gesticulaciones, sino en no molestar, antes procurar ser agradable a todos. Es urbanidad sencilla de aprender y la más exquisita urbanidad. Es la doctrina del Evangelio de tratarse como hermanos y como quiere cada cual ser tratado de los demás.

La etiqueta española se ha hecho célebre; pero es etiqueta palaciega, severísima, traída de Borgoña por Carlos V y todavía son franceses muchos de los términos palaciegos. También ha venido ahora de fuera la grosería y soberbia que muestran algunos obreros, por la lucha de clases. Ya os dije que los españoles se hicieron iguales en la reconquista. No hubo aquí castas y hasta a moros y judíos se trataba como a iguales. Sancho Panza se sienta a par de su amo y habla y come con él y tal haría, dice él, a par de un emperador; y Don Quijote salta en esto por las leyes de caballería venidas de fuera y se lo alaba. Los italianos extrañaban la cortesanía y caballerosidad de los españoles en Italia, tan admirablemente casada con la llaneza y la familiaridad. La religión cristiana ayudó también al trato igual y como entre hermanos.

Tal es la razón de lo gustoso del trato madrileño. Hay franqueza y sencillez, comunicación efusiva, alegría que se comunica. El corazón español es además compasivo y no se engríe y así el de arriba se allana a los de abajo. Y a su vez la dignidad personal y el señorío está tan arraigado en la raza, que el más bajo tiene por cosa natural tratar con los de arriba.

Entre la gente de sociedad hay quienes traen de fuera, con las modas de vestir y hablar, los exagerados modales que aquí chocan y se llaman *cursis*. En el siglo XVIII hasta el nombre que a los tales lechuguinos se daba era francés: *petimetres*. Ahora los llaman, con frase no menos extranjera, *niños bien*. A ellos, que debieran ser los primeros en dar ejemplo de amor a lo castizo, se debe el que sea de buen tono todo lo extranjero, las extravagantes modas, los galicismos de lenguaje, los rótulos extranjeros de las tiendas, las ceremonias extremadas a veces, a veces, como ahora, el descoco en meneos y posturas, sobre todo entre las jóvenes. La modestia tan tradicional de la mujer española es y será siempre, a pesar de todas las modas, el más hermoso atavío de la mujer.

El pueblo bajo madrileño ha fundido la manera de ser del pueblo español y ha hecho una mezcla de la seriedad castellana con el garbo ligero andaluz, resultando el chispero y la maja de antaño, el *chulo* y la *chulapona* de hoy. La gallardía expresiva en la apostura y meneos de ellos y de ellas, el baile del *agarrao,* con esa tiesura chulesca, ese contoneo, ese pisar *atán menudico,* que ya decía Cervantes con la copla popular:

Pisaré el polvico
atan menudico,
pisaré el polvó
atan menudó,

es mezcla de la tiesa seriedad castellana y del gentil meneo andaluz. En la pronunciación también tienen algo de andaluz y de la gente culta se les pegan palabras eruditas que emplean grotescamente. Pero el pueblo bajo es sencillo y afable en Madrid, gracioso y comunicativo cual ninguno.

150

No podían faltar en los madrileños las dos grandes virtudes de la raza: el amor a la independencia y el valor heroico para defenderla. La decadencia de la nación no la ha mellado, así como no ha mellado el ingenio artístico y literario. Sólo recordaremos dos nombres de esta última

desgraciada época. Francisco Javier Castaños, que vivió de 1758 a 1852, fue el vencedor de los franceses en Bailén y en Albuera. Menos hemos de olvidar al celebérrimo Alcalde de Móstoles, Andrés Torrejón, que publicó un bando el 2 de mayo de 1808, alentando al pueblo a luchar por la patria y declarando la guerra nada menos que a Napoleón. Por ventura no faltará alguno que eche a chacota y a desprecio semejante salida de un pobre alcalde de aldea. Pero la patria habla a veces por boca del más humilde de sus hijos. Los poderosos, los gobernantes, los hombres de mayor autoridad de entonces, los cultos y entendidos, mostrando la más crasa ignorancia acerca del pueblo español y la mayor cobardía, pasáronse al bando francés, se afrancesaron; digámoslo por su propio nombre, fueron traidores a la patria. El Gobierno español de Madrid temblaba ante Murat y acuarteló a los pocos soldados que había, para que no ayudasen al pueblo, justamente levantado contra los franceses. La patria habló entonces por boca de un alcalde de aldea. Era tan de toda España su voz, que todos los españoles de verdad respondieron al llamamiento, porque en el corazón de ese alcalde estaba el verdadero sentir de todos los españoles. Tenía en su pecho el alma española toda entera y así salió ella por su boca. ¿Qué le importaba a él saber ni pensar quién era el que traicionaba a los españoles llamándolos amigos? La patria ofendida no mira las fuerzas del que la ofendió. España, pisoteada, se yergue sin mirar a otra cosa que a la razón que tiene de su parte. Esa voz salida de Móstoles es la voz de la patria que alienta en toda España y en todo corazón español.

151

El Dos de Mayo de 1808, fecha la más memorable en los eternos fastos del heroísmo español, manifiesta mejor que nada las cualidades del pueblo madrileño, que son las de todo el pueblo español hasta en los tiempos desgraciados de su mayor decadencia. Con el motín popular de Aranjuez había caído el odioso privado Godoy y el rey Carlos IV había abdicado en su hijo Femando VII. Napoleón, emperador de los franceses, se había hecho dueño de Europa: destronaba reyes, repartía reinos. Creyó llegada la hora de disponer también del trono de España para dárselo a su hermano José Bonaparte. Quererlo y hacerlo creyó sería todo uno. España estaba desguarnecida y confiada en la amistad que la unía a Francia. En el combate de Trafalgar había quedado deshecha su escuadra, sacrificada contra Inglaterra en favor de Francia. Sus escasas tropas peleaban en el norte de Europa al mando del marqués de la Romana ayudando también a los franceses. No parece tenía que hacer otra cosa Napoleón más que traer a Madrid a su hermano y sentarle en el trono. ¿Quién se iba a oponer? Los españoles no sólo vivían confiados, sino que le admiraban por sus hazañas y victorias. Lo que no cabía en sus pechos nobles y caballerosos era que tan grande y glorioso emperador fuese capaz de la villana alevosía de disponer así a su antojo del trono de España, rompiendo sin más las alianzas, aprovechándose de la caballerosa confianza del amigo y de la ocasión de verle sin escuadra y sin ejército por haber sacrificado ambas cosas en su favor y amistad.

Con pretexto de que quería llevar tropas a Portugal, fue Napoleón metiendo arteramente en España hasta 200.000 soldados de sus mejores tropas, que ocuparon por sorpresa o traición las fortalezas y lugares más a propósito. En los alrededores de Madrid juntáronse hasta 30.000 y otros 30.000 había entre Aranjuez y Toledo, todos arma al brazo para imponer respeto. Decíase que habían venido para mantener los derechos de Femando. Pero comenzó a recelar el pueblo, cuando vio que Napoleón, no contento con haberse atraído a Bayona al rey Femando VII y a Carlos IV, su padre, iba secuestrando a todos los de la familia real y que su lugarteniente Murat se entremetía en los asuntos de gobierno con insolencia, hiriendo el pundonor de los españoles. El día primero de mayo de 1808 pretendió Murat que fuesen a Francia la reina de Etruria y el infante D. Francisco, que los llamaba su padre Carlos IV. Por primera vez se atrevió a resistirle la Junta Suprema de gobierno, sabiendo que no lo consentiría el pueblo; pero hubo de ceder y para evitar choques se mandó acuartelar los 4.000 soldados españoles que había en Madrid con orden terminante de que no se juntasen con el pueblo ni le apoyasen, pasara lo que pasara.

Amaneció el día dos y a las siete partía la reina de Etruria. Quedaba otro carruaje a la puerta de Palacio y, corriendo la voz de que era para el infante, entróse por la plaza de armas el pueblo para enterarse mejor. Abrióse un balcón y viose a un gentilhombre de Palacio, que temblando de ira gritaba que el infante no quería abandonar la patria. Fue el chispazo que prendió fuego a los ánimos de todos. Vivas al rey, mueras a los franceses, se oyen de todas partes. Entran en Palacio unos, cortan otros los tirantes del carruaje, llénase de gentío la explanada aquella. Pero avanza un batallón de granaderos de la guardia y un escuadrón de cazadores polacos y dos piezas de artillería y sin más aviso rompen fuego contra la desprevenida muchedumbre. Como un reguero de pólvora que se prende, corrió la noticia por todo Madrid y pronto se llenaron las calles de gentes que con sables, hachas, hoces, corren hacia los lugares por donde habían de desembocar las tropas francesas y aquellos batallones, que habían triunfado en Europa, retroceden y aun se desbandan, porque hombres y mujeres se meten entre las bayonetas enemigas y acuchillan a los caballos. Oyese por todas partes el redoble de los tambores que tocan generala, acuden las tropas francesas acuarteladas fuera de la villa y son recibidas desde las ventanas de las casas con una lluvia de tiros, pedradas, con cuanto había a mano.

Locura sublime de un pueblo, que al echar de ver la felonía de los que se le vendían por amigos, arde en santa ira y no repara en que sin tropas, sin armas casi, está retando a los mejores ejércitos del mundo, al dueño de Europa, al invencible Napoleón. El Parque de Artillería estaba guardado por soldados franceses, que hubieron de rendirse al alud de paisanos que acudieron a buscar armas. Sacaron los cañones y los enfilaron hacia las calles por donde ya venían los cerrados batallones franceses. Daoíz y Velarde, con 16 artilleros, los únicos que allí estaban, no pudiendo ya atenerse a las órdenes de no hacer armas contra los franceses, dirigieron la defensa hasta que murieron heroicamente tras repetidas embestidas del enemigo, que tuvo que retroceder otras tantas veces dejando el suelo sembrado de cadáveres. Allí se admiraron muchos casos de heroísmo, como el del anciano Juan Malasaña, que seguía peleando después de ver caer muerta a par de sí a su hermosa hija Manuela; como Clara del Rey, que alentaba a su esposo y tres hijos, mientras atendía con otras mujeres al servicio de los cañones.

Quietos en los cuarteles se estuvieron los escasos soldados españoles por orden superior, mientras el pueblo sin armas luchaba por la patria. Los ministros Ayanza y O’Farril, recorriendo las calles y exhortando a deponer las armas y cesar en la pelea, lograron al cabo poner tregua, con la promesa de Murat que había ofrecido formalmente el perdón. Los gobernantes españoles, afrancesados en ideas, no comprendían aquella locura del pueblo español, que era el que no se engañaba y que, aunque a regañadientes, obedeció. Cuando todo se hubo calmado, nombró Murat una comisión para juzgar a los culpables del levantamiento y, apostadas sus tropas en los lugares convenientes, comenzaron las patrullas francesas a registrar las casas, a detener a los pacíficos transeúntes y con el menor motivo fueron atraillando personas inocentes e indefensas y, a pesar de las inútiles súplicas de la Junta de Gobierno, en la Puerta del Sol, en las tapias de San Ginés, en El Pardo, en la Moncloa, en la Montaña de Príncipe Pío, en el Paseo del Prado, en el hoy llamado Campo de la Lealtad, comenzó la más bárbara matanza que pueda imaginarse. Murat dio así rienda suelta al rencor y rabia salvaje que le había producido el ver a sus tropas diezmadas por las calles y el temor de que Napoleón le culpara por ello. Deseaba desenojarle con la cifra mayor de españoles muertos. Hasta la mañana del día siguiente se estuvieron oyendo toda la noche las descargas, que anunciaban a los aterrados vecinos metidos en sus casas, los fusilamientos decretados por la comisión.

Así se engañó la afrancesada Junta de Gobierno. Pero así también se engañó Murat. Porque el grito de angustia, que salió de Madrid, llegó a Móstoles y su alcalde, comprendiendo la voluntad de la patria, que la Junta de Gobierno era incapaz de comprender, declaró la guerra a Napoleón y aquella declaración de guerra de un pobre alcalde de aldea resonó en toda España, que se levantó en masa contra los fementidos amigos.

Y viose algo de tan extraordinario y jamás visto en los fastos de la historia, que dejó espantado al mundo. Los hombres de gobierno españoles, los poderosos, los que por su cultura y estudios parece que debieran haber tenido bien conocida el alma española, abandonando al pueblo español, dejándole solo enfrente de los ejércitos vencedores de Europa, se pasaron al bando francés y traidora y villanamente entregaron la patria al enemigo. Y un pueblo sin escuadra, sin ejército, sin rey, sin gobierno, sin clase directora, un pueblo esquilmado por dinastías extranjeras, por privados despóticos, un pueblo de frailes, como decía Napoleón en son de menosprecio, tuvo la osadía de alzarse contra el vencedor de naciones poderosas, contra ejércitos aguerridos y veteranos. Y Napoleón y los españoles afrancesados y Europa entera tuvieron lástima de semejante locura.

Pero la locura era hija de la desesperación y el grito de «¡Mueran los franceses!» había salido de lo más hondo del alma de un pueblo caballeresco e hidalgo, que se había sentido engañado traidora y canallescamente por los que se decían sus amigos, de un pueblo que jamás soportó yugos ajenos, que nunca se creyó vencido aunque fuese cien veces derrotado, de un pueblo que llevaba en sus venas la sangre de los numantinos, de Viriato, de los indomables cántabros, de Pelayo, del Cid. Ni Murat ni Napoleón supieron con qué pueblo harapiento y de frailes se las habían, ni comprendieron la grandeza del alma española los cobardes afrancesados cuando se pasaron al enemigo, ni alcanzaron Carlos IV ni Fernando VII hasta dónde llegaba la lealtad de sus vasallos cuando no se dejaron matar en Bayona antes de entregar a Napoleón aquel cetro cuyo precio eran incapaces de estimar, por ser símbolo de una nación que sobrepujaba en grandeza de-ánimo a sus menguadas entendederas; ni sabían cómo las gastaba España las otras naciones de Europa, que tras una derrota campal se habían sometido sin más chistar al Emperador. Todos se engañaron.

Sólo hubo un hombre que por la historia había calado el alma española. Este hombre fue un estadista profundo inglés: Pitt. Y dijo Pitt a Inglaterra: Europa entera está a los pies de Napoleón; pero aun queda España con su alma de acero no mellable. Con ese acero venceremos al coloso. No necesitaron los harapientos españoles ni sus frailes de la ayuda de Inglaterra para dejar vencidos y corridos a los más célebres mariscales del imperio ante las tapias de tierra de Zaragoza, ni para acorralar a 20.000 franceses en Bailen; pero las tropas inglesas ayudaron a los españoles a echar de España a los ejércitos napoleónicos. Y las naciones de Europa se asombraron al ver lo que no se sospechaban.

Y Rusia a vista de tan gran ejemplo de patriotismo y de valor declaró la guerra al Imperio. Y los ejércitos invencibles fueron vencidos por primera vez en España y se retiraron descalabrados por las estepas rusas. Y el coloso cayó con estruendo y pavor de las gentes. Y Napoleón acabó solo y melancólico allá lejos, en medio de los mares, en el peñasco de Santa Helena.

Tal fue la guerra de la Independencia, comenzada el 2 de Mayo en Madrid. Así fue de fecunda la sangre de los mártires de la independencia, que tan bárbaramente derramó la saña de Murat. Jamás se vio más de manifiesto lo noble, lo independiente, lo invencible del alma española.

Y todavía, niños españoles, hijos de aquellos héroes y mártires, todavía viven aquí entre nosotros los hijos y seguidores de aquellos traidores afrancesados, que so pretexto de no disgustar a los franceses han logrado que se celebre medio a la sordina, calladamente, con la menor pompa, con el menor ruido posible, la fiesta anual del Dos de Mayo y que, si pudieran, arrasarían el obelisco y la tumba de los héroes y ablentarían sus sagradas cenizas. En paz con Francia, guardad a los franceses de hoy la lealtad que los españoles supieron siempre guardar a sus amigos; pero no echéis tampoco en olvido la fecha memorable del más glorioso hecho de nuestros antepasados. Y tened por villanía y envilecimiento lo que muchos españoles, sin darse cuenta, han hecho durante todo el siglo XIX y aun siguen haciendo: tener por cosa de buen tono el imitar en todo a los franceses, ser verdaderos monos de imitación, dar pie a los comerciantes para que llenen sus tiendas de rótulos franceses, alabar siempre lo francés y menospreciar lo español. Y eso, niños españoles, ni es de almas grandes ni de nobles sentimientos. Es vasallaje ruin de quienes no merecen ser españoles y menos ser llamados hijos de tan heroicos e independientes antepasados.

¿Qué casta de gente es esa que se ha ido criando en esta tierra de la independencia y de la rebeldía contra todo lo que huela a vasallaje y servilismo? Políticos que copian a bulto instituciones que se despegan de nuestra manera de ser, literatos que desconocen nuestra literatura y nuestro idioma y no saben leer más que libros franceses, empedrar de galicismos sus escritos y ensalzar la literatura francesa: señoras y señoritos que andan a caza del último figurín extravagante, del último baile lascivo y grotesco, copiado de negros y salvajes, del gesto y postura más desvergonzada, con tal que vengan de fuera; aristócratas y adinerados que alardean de tener sólo institutrices extranjeras y muebles extranjeros, y cortesías extranjeras y habla extranjera. ¿Qué se ha hecho de la seriedad aquella de los antiguos españoles, de su noble independencia, del espíritu de digna altivez, propia de señores que a todos los pueblos se imponían? ¡Cuán hondo caímos! ¡Cómo se ha avillanado el ahidalgado sentir y el levantado pensar de nuestros antepasados! ¡Cuán lastimosamente se quebró la indomable fiereza, la entereza bravía de nuestros mayores!

Ese espíritu de vasallaje servil, que es como el frío de la muerte que se va apoderando de los miembros enfermos de la nación, lo han traído los afrancesados, que todavía viven entre nosotros. Ya no son enemigos nuestros los franceses; pero no ha acabado la guerra de la Independencia. Debemos mantenerla hasta echar de España el yugo de las ideas francesas, del servilismo a lo francés, que aun siguen imponiéndonos los afrancesados, los descastados españoles, ignorantes de las glorias patrias, que se burlan del patriotismo llamándolo patriotería, mientras quieren imponemos el espíritu francés, en ideas, en modas, en lenguaje, que quieren desespañolizarnos, persuadiéndonos a que aborrezcamos todo lo español, pasado y presente. Los niños españoles han de cobrar desde ahora odio entrañable a ese espíritu que está desespañolizando a España.

Pero aun éstas que como olas amargas parecen ahogamos en tristeza irremediable, son de hecho para España bálsamo benéfico que ha de llenarnos de esperanza. Porque esas voces, al parecer contra España, son el más cumplido panegírico que se le pudiera entonar. Esas voces prueban el alma grande de España, que no se ciega para dejar de ver sus defectos, antes los exagera para ponerles remedio. Esos antiespañoles, aunque descaminados y desconociendo lo que es España, desearían que no se durmiese embriagada del aroma de sus antiguos laureles y glorias y han de servirnos de acicate para anhelar siempre nuevas grandezas. No nos apenen, pues, demasiado esas voces que acrisolan el verdadero patriotismo y le libran de la engañosa y adormecedora patriotería. Por otra parte eso de alabar todo lo extranjero ¿no os parece que muestra la magnanimidad del alma española, que no sabe guardar odio a sus antiguos enemigos, que tiene un fondo tan inagotable de amor y de caridad para todos los pueblos, que sobrepuja a los naturales rencores y se desborda afuera abrazando a toda la humanidad? ¿Y qué mayor alabanza puede hacerse de España, que probar así con los hechos no tener egoísmos mezquinos, no tener la soberbia que le achacan, tener un corazón tan ancho y dilatado como el mundo? España no odia a ningún pueblo, quiere ser amiga de todos, sabe reconocer sus virtudes, no se engríe vanamente creyéndose más de lo que es. Si hemos comparado a veces a España con otras naciones, la leyenda negra, o embustes inventados por nuestros enemigos contra España, fue la que nos obligó a ello para que resplandeciese la verdad, no para que les cobréis odio ni siquiera para que las menospreciéis. Habéis de tener amor y guardar lealtad a todas, aun a las que han sentido y hablado mal de España. Señoree la caridad sobre las pequeñeces humanas. No entre jamás el odio en vuestros corazones contra pueblos ni personas, sino tan sólo contra el error y la maldad. El odio no sirve más que para dañar al que lo tiene; la caridad, el amor es madre de las virtudes y de los grandes hechos. Criad pechos magnánimos y generosos, como fue tradicional en esta tierra española, donde siempre se admiró lo extraño y se criticó lo propio, prueba incontestable de la grandeza de ánimo de nuestra raza.

152

Vamos ahora al Escorial. El poderío español fue creciendo hasta llegar a su cima en el largo reinado de Felipe II, esto es, de 1555 a 1598. Como todas las cosas humanas, aquel

encumbramiento tenía que comenzar a bajar y el decaimiento de España comienza también durante aquel reinado. Aunque exteriormente apenas se notara, el grandioso edificio de la monarquía española comenzaba a socavarse por sus cimientos, por las fuentes agotadas y secas de la riqueza, que son la agricultura, la industria y el comercio. Pero de hecho fue el reinado más glorioso de la historia de España y Felipe II el rey más poderoso. Y esto es lo que nos dice el Real Monasterio del Escorial, mandado levantar por aquel rey.

El inglés Lord Macaulay escribió: «Era, sin duda, el imperio de Felipe II uno de los más poderosos y espléndidos que ha habido, porque mientras regía en Europa la Península española con Portugal, los Países Bajos, por ambas orillas del Rin, el Franco Condado, el Rosellón, el Milanesado y las dos Sicilias, teniendo bajo su dependencia a Toscana, Parma y los demás Estados de Italia, en Asia era dueño de las Islas Filipinas y de los ricos establecimientos fundados por los portugueses en las costas de Coromandel y de Malabar, en la península de Malaca y en las islas de la especiería del archipiélago oriental, y en América se extendían sus posesiones por uno y otro lado del Ecuador, hasta la zona templada... Puédese decir sin exageración que durante algunos años la influencia de Felipe II en Europa fue mayor que la de Bonaparte, porque nunca el guerrero francés tuvo el dominio de los mares... En orden a la influencia política en el continente, la de Felipe II era tan grande como la de Napoleón: el emperador de Alemania era su pariente y Francia, conmovida y perturbada por las disidencias religiosas, de adversaria formidable, que hubiera podido ser, a las veces se convertía en dócil auxiliar y aliada suya. El ascendiente que entonces tenía España en Europa era en cierto modo merecido, pues lo debía a su incontestable superioridad en el arte de la política y de la guerra, que en el siglo XVI, mientras Italia era cuna de las bellas artes, y Alemania producía las más atrevidas ideas teológicas, España era la patria de los hombres de Estado y de los capitanes famosos, pudiendo reivindicar para sí los graves y altivos personajes que rodeaban el trono de Fernando el Católico las cualidades que atribuía Virgilio a sus conciudadanos. Ni en los días más gloriosos de su República, por todo extremo memorable, conocieron mejor los romanos el arte imponente de *regere imperio populos*, que Gonzalo de Córdoba, Cisneros, Hernán Cortés y el Duque de Alba. La habilidad de los diplomáticos españoles era célebre en toda Europa y en Inglaterra vive todavía el recuerdo de Gondomar.»

153

El Escorial es imagen de Felipe II, de su reinado, de la grandeza de España de su tiempo. Es uno de los más grandiosos monumentos del mundo, como de los más gloriosos reinados de la historia fue el que retrata este célebre monumento. En él puso Felipe II todo su empeño e intervino personalmente en los planos y ejecución. Llamó a los mejores artistas, arquitectos, escultores, pintores, herreros, etc., etc. El estilo, el de la época, el clásico aplicado a grandes masas, según el gusto de Juan de Herrera, que lo dirigió. Quiso el rey que fuese monumento triunfal y de acción de gracias al mártir español San Lorenzo, por la victoria que el día de aquel santo alcanzaron las armas españolas sobre las francesas en San Quintín, por lo cual el plano representa las parrillas en que el santo mártir fue quemado vivo. Quiso que fuese monasterio de frailes Jerónimos. Quiso que fuese panteón real. Quiso que en aquel monumento quedara como estampado el poderío de su reinado, y verdaderamente el efecto que produce es imponente. Da la sensación de grandeza, magnificencia, robustez, seriedad, riqueza en todo género de artes, ciencias y letras. Todo él es de piedra berroqueña y del mismo color de la sierra en cuya ladera está asentado, que parece como formar parte de ella, como si de ella brotara, sirviéndole ella de marco grandioso y natural. Grandes masas desnudas de ornamentación. La proporción de las partes entre sí y con el todo es lo que constituye la grandeza y hermosura de su estilo.

Púsose la primera piedra en 1563 y la última en 1584. Costó 16.500.000 pesetas. Tiene 206 metros de largo por 161 de ancho, con cuatro torres en los ángulos. La iglesia en el centro con cúpula de 95 metros y dos torres de 70 metros de altas. Tiene 16 patios, 40 altares, 2.673 ventanas, 1.200 puertas, 86 escaleras, 89 fuentes, 160 kilómetros de galerías. Estatuas, pinturas, toda clase de

obras de arte, mapas, esferas y otros instrumentos científicos, todo lo fue llevando el rey al Escorial de todas partes. Monumento de las bellas artes y ciencias; pero sobre todo del saber y de las letras. Sin reparar en gastos, mandó recoger y comprar cuantos libros preciosos se hallasen y sobre todo manuscritos costosísimos y los más antiguos, griegos, latinos, hebraicos, siriacos, arábigos, castellanos, con que se entablasen los estudios más serios y macizos. A pesar del incendio que consumió lo mejor, es todavía la Biblioteca del Escorial de las más ricas y principales del mundo.

El Escorial es, pues, acabado y significativo monumento del poderío español y de su rey Felipe II. Expresa las grandezas de aquel reinado: el poder guerrero en lo que tiene de monumento triunfal, la religiosidad del rey y de los españoles, grave, seria, firme y serena, en lo que tiene de santuario y de monasterio: la cultura española en todas las artes, ciencias y letras, por la obra arquitectónica y los objetos artísticos allí acumulados y por su famosa biblioteca. Catorce carros cargados de plata y oro sacaron del Escorial los franceses cuando la guerra de la Independencia.

154

En el panteón real se halla la sepultura de D. Juan de Austria, hijo de Carlos V, héroe del combate naval de Lepanto. Habiéndose apoderado los turcos de Constantinopla y estando su poder cada vez más pujante, eran un perpetuo peligro para toda la cristiandad. Así lo comprendió España y los príncipes italianos: Francia se alió, por el contrario, con ellos para embarazar y detener, si pudiese, el engrandecimiento de nuestra nación. Hizose la *Liga Santa* entre el Papa, Venecia y España y el mando de la gran armada, que llevaba 80.000 hombres, se encomendó a D. Juan de Austria. Los turcos eran 120.000, mandados por AIí-Bajá. El día 7 de octubre del año 1571 se dio el combate en el golfo de Lepanto. El ala izquierda la formaban las naves venecianas al mando de Barbarigo, el centro mandábalo D. Juan, el ala derecha el famoso marino Doria y la reserva D. Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz. Jamás se vio lucha más sangrienta en el mar. Los soldados lanzábanse al abordaje pasando al barco enemigo por estrecho tablón y peleando cuerpo a cuerpo por manera encarnizada, cayendo al mar muertos, heridos y sanos. Tres veces se lanzaron los españoles de la galera real a la capitana turca donde iba Alí-Bajá y tres veces fueron rechazados. A la cuarta penetraron y arrollaron a los turcos, matando al generalísimo musulmán.

La victoria fue completa. Perdieron los turcos 224 bajeles, quedando de ellos 130 en poder de los cristianos, más de 90 fueron echados a pique o quemados. Murieron 25.000 turcos y quedaron 5.000 prisioneros y fueron libertados más de 12.000 esclavos cristianos que remaban en las galeras turcas. De la Liga murieron 8.000 hombres, de ellos 2.000 españoles y se perdieron 15 naves. Pero el botín fue riquísimo y el fruto de la victoria fue quedar tan quebrantado y abatido el poder de los turcos, que ya desde aquel día no volvieron a alzar cabeza y fueron decayendo por días. La Iglesia instituyó en conmemoración de aquella victoria la fiesta del Santo Rosario y añadió a las letanías el título de *Auxilium Christianorum*. Era Sumo Pontífice San Pío V. Entre los poemas e himnos que celebraron la victoria recordemos *La Austriada*, de Juan Rufo, y la grandilocuente oda de Herrera: «Cantemos al Señor, que en la llanura.»

Cervantes peleó en este famoso combate, quedando herido de una mano. El Papa aplicó a D. Juan de Austria las palabras del Evangelio: «Y hubo un hombre enviado de Dios y su nombre era Juan.» El Tiziano, con sus noventa y cinco años a cuestas, volvió a tomar los pinceles y pintó el cuadro de Lepanto que está en el Museo del Prado.

155

La ciudad de Alcalá de Henares es, como Salamanca, un relicario del Renacimiento español de las letras y de las artes clásicas. Llamóse *Complutum* en tiempo de los romanos y *Al-Cala* o fortaleza en el de los moros. Hoy es población de labradores: en el siglo XVI fue asiento de la sabiduría y de las artes. En el silencio y soledad de sus calles y plazas admiraréis grandiosos monumentos arruinados hasta poco ha, que van restaurándose como verdaderas maravillas de un

arte exquisito. ¡Qué contraste entre lo que es y lo que fue! Vivo retrato de la caída España de hoy que comienza a levantarse y de la España cultísima y poderosa de otros tiempos. Madrid se ha llevado su Universidad y su obispado y sólo quedan vacíos los monumentos de los Colegios Mayores de su Universidad, del palacio episcopal y de la iglesia magistral. En Alcalá nació Catalina de Aragón, primera esposa del rey Enrique VIII de Inglaterra, en Alcalá nacieron Juan Ruiz y Cervantes, glorias de las letras patrias, Alcalá debe además su grandeza y fama al célebre cardenal Jiménez de Cisneros, que fundó la Universidad.

Hermoso es el palacio de los arzobispos de Toledo, labrado por Alonso de Covarrubias, restaurado de 1876 a 1878, con espaciosos patios, escalera lindísima y artesonados artísticos de estilo mudéjar. Aquí está el Archivo general del reino en 70 salas. Hay un salón de Concilios de estilo morisco, renovado en 1878. La Magistral, que está en restauración, es gótica y delante del presbiterio tiene el admirable sepulcro del cardenal Cisneros, obra de Domenico Fancelli, de Florencia, y de Bartolomé Ordóñez. Primero estuvo en la capilla del Colegio de San Ildefonso. En dos urnas se guardan las reliquias de los patronos de la ciudad, los Santos Justo y Pastor. Eran niños que todavía andaban a la escuela, cuando la cruel persecución del gobernador romano Daciano contra los seguidores de Cristo. Es para maravillar la fortaleza de aquellos mártires españoles pues con sus cortos años estos niños, arrojando los libros, se presentaron delante del gobernador confesando la Fe. Despreciólos Daciano: pero le hablaron con tal elevación de pensamiento, que los mandó azotar y degollar.

Entre los Colegios Mayores descuella el de San Ildefonso, donde estaba la Universidad, fundada por Cisneros en 1510 y trasladada a Madrid en 1836. Su fachada, ya casi restaurada del todo, es de lo más precioso en el estilo del Renacimiento y plateresco. De sus tres patios, de los teólogos, de los filósofos y trilingüe, el segundo, que era el mejor, ha desaparecido. Hay además hermoso Paraninfo y preciosa capilla. La Universidad fue obra de Pedro Gumiel y Rodrigo Gil de Ontañón. Llegó a haber en Alcalá hasta 12.000 estudiantes y además conventos y colegios de todas las Órdenes religiosas.

156

Alcalá tiene la gloria de haber sido cuna de Juan Ruiz, el más grande de los poetas castellanos en la Edad media, y de Cervantes, el príncipe de nuestros ingenios. Fue Juan Ruiz arcipreste de Hita y falleció antes del año 1351. Don Gil de Albornoz, arzobispo de Toledo, le encargó llevase sus letras al clero de Talavera, con amplios poderes para retraer a aquellos clérigos de la suelta vida que llevaban y hacerles apartar de sus mancebas. No debió de ser grande la enmienda cuando, a pocos años, escribió el arcipreste una famosa sátira en que los ponía poéticamente en solfa. Debieron de revolverse furiosos y levantarle cosas por las cuales el mismo arzobispo le metió preso en la cárcel de Toledo. En ella, siendo ya muy viejo, tomando aquella sátira clerical como boceto de otra mayor, compuso el año 1343 el *Libro de Buen Amor* para satirizarlos. Obra poética maravillosa, en que pinta la sociedad pervertida de su tiempo con pincel realista de una reciura de color incomparable y con humorismo, socarronería y chunga sin igual en aquellos tiempos.

157. Todos habréis leído u oído leer algo del *Quijote*. Dicen que es el mejor libro escrito en castellano y que su autor Miguel de Cervantes es el *Principe de nuestros ingenios*. ¿Sabéis por qué? Porque Cervantes fue muy amigo de las cosas españolas, porque fue muy español y así su libro es el mejor de los libros españoles. El *Quijote* no es más que el retrato del alma española hecho por un escritor muy amante de España. El verdadero patriotismo no trata de encubrir los defectos de la patria: antes valientemente los escudriña, descubre y critica para ponerles remedio. Y eso hizo Cervantes. Don Quijote es retrato del español y no menos lo es Sancho Panza. En ellos nos pintó Cervantes el alma española como nadie. Ya veis si es útil la lectura de este libro. Y como es tan ameno, que regocija y hace soltar el trapo de la risa a cada paso, alcanza cuanto se puede apetecer,

hacer atractivo lo provechoso. Y para ello es menester mucha arte y mucho ingenio. Por eso llaman Príncipe de nuestros ingenios a Cervantes.

A poco que comparéis a los españoles con los extranjeros, echaréis de ver al punto una diferencia notable; los extranjeros son hombres más positivos que los españoles, buscan antes que nada el interés y el bienestar de la vida material, mientras que los españoles tienen en más la honra, la gloria y demás cosas del espíritu. Cuando saliendo de España hallamos aquellas hermosas y aseadas ciudades, con cómodos alojamientos y esmerado servicio, todo a pedir de boca y a punto para gozar de la vida, echamos bien de ver el abandono de nuestras poblaciones, la pobretería, la miseria, el desaseo, la dejadez en que los españoles vivimos. No cabe duda que están más adelantados que nosotros. Me diréis que hay por allí más riqueza. Pero ¿por qué la hay, sino porque tienen más amor al trabajo y al ahorro? No se ven por las calles gentes ociosas ni pobres por los caminos. Todo es tráfago y movimiento, afán de ganar y de enriquecerse. Diríase que todos son comerciantes. De allí vinieron frases como: «Esa pintura es muy interesante», «Este libro tiene mucho interés», «Me interesa mucho esta novela». En castizo castellano el *interés* sólo se dijo siempre del dinero y de lo que lo produce, es palabra de mercaderes. Grandes virtudes son el amor al trabajo y al ahorro, que nos suelen faltar a los españoles, aunque por lo mismo solemos ser menos mercaderes y carecemos de los vicios propios de ellos.

Vimos en Madrid, como en compendio, el atraso propio de la decadencia española cuanto a lo material de la vida; pero a la vez vimos que en las cosas del espíritu, en la literatura y bellas artes, no había decaído el ingenio español y hoy mismo somos en estas cosas de los primeros pueblos del mundo. En el español el espíritu vence a la materia, tiene más cerebro que cuerpo, mejores cualidades morales que físicas y estima más la honra y la gloria que la comodidad y el bienestar material. La elevación de sentimientos le lleva a reventar de hidalgo por no abatirse, dice él, al trabajo manual, que tiene por servil, dando en la busconería picaresca, en el esperarlo todo de mi destino, de una herencia, del gordo de la Lotería, cegándose así para no ver en tales cosas bajeza alguna, antes cierta grandeza de guapo dominador y no menor maestría de ingenio. Tal es la causa de su odio al trabajo, de su afición a la vida apicarada y aventurera. De gran sentido común en las cosas espirituales y de muy escaso en las materiales, es pensador recio, original y elevado, artista realista y sincero, de gran corazón, compasivo y valiente y denodado defensor de la justicia y de toda noble empresa; pero no quiere trabajar, odia el ahorro, menosprecia el propio interés, no se muere por las comodidades materiales y sólo fue grande cuando los ideales espirituales señoreaban la opinión pública en las naciones, quedando aniquilado y por tierra, cuando los materiales del trabajo y del oro sobrepujaron a todos los demás.

Esta es la causa del atraso de España en lo material, que notaremos al pasar la frontera y al ver el bienestar y comodidades de otros pueblos. Es que ellos por encima de todo ponen lo positivo y material y nosotros preferimos lo espiritual, lo noble y glorioso.

Y si esto es verdad, podemos decir que los españoles somos unos Quijotes. Con lo cual dicho queda y probado que Cervantes retrató a maravilla en Don Quijote el alma española. Don Quijote, efectivamente, es eso: un hidalgo que sale de su casa y deja sus comodidades por enderezar entuertos, por defender la justicia, por amparar viudas, huérfanas, doncellas menesterosas, y se olvida de las necesidades más perentorias, de las alforjas, del alimento mismo. Nadie como Cervantes nos podrá decir lo que fue don Quijote y el quijotismo de los españoles y esto por boca del mismo héroe: «Unos van por el ancho campo de la ambición soberbia, otros por el de la adulación servil y baja, otros por el de la hipocresía engañosa, y algunos por el de la verdadera religión; pero yo, inclinado de mi estrella, voy por la angosta senda de la caballería andante, por cuyo ejercicio *desprecio la hacienda, pero no la honra*.»

Cada raza llega a granazón y madurez en un momento de su historia. Llególe a la raza española en el siglo XVI. Entonces es cuando se ve lo que cada raza da de sí por sus propios frutos, porque entonces despliega toda su pujanza, fructifica su propia semilla, ábrese ante el mundo como

una granada en sazón y manifiesta lo que es en lo más hondo de su espíritu. Pues bien, en el siglo XVI la grandeza de España, de la raza española, es toda espiritual. Decayendo iba ya a más andar cuanto al adelanto material que trajo el admirable gobierno de los Reyes Católicos: la agricultura, la industria, el comercio, la ganadería, la población misma iban cada día a menos. Materialmente otras naciones de Europa le llevaban gran ventaja. Los Fúcares alemanes, los genoveses prestaban caudales a nuestros reyes, a pesar de toda la plata de las Indias. Y sin embargo, esta empobrecida nación, esta nación tan desmedrada en lo material, brillaba entonces por su grandeza propia, la grandeza espiritual. Conquistadores, navegantes, aventureros, santos, teólogos, filósofos, poetas, pintores, escultores, arquitectos, capitanes, legistas, obispos, médicos, místicos, diplomáticos, escritores de toda clase, artistas, orfebres, músicos, todo linaje de cultivadores de las ciencias y artes del espíritu, toda suerte de varones prácticos y de acción se levantaban cada día en España, se derramaban por el mundo, dejaban a la posteridad obras asombrosas, que mentira parece lo fueran de sólo un siglo. La grandeza de la raza española fue enteramente espiritual, porque ese es el timbre de la raza española. Amontonaríamos nombres de santos, de guerreros, de conquistadores, de sabios, de poetas, de artistas y no acabaríamos, si quisiéramos bosquejar la grandeza española del siglo aquel en que al mismo tiempo la agricultura, la industria, la ganadería, la riqueza material venían a menos por días, preparando así la ruina y derrumbamiento de la nación, que, por lo mismo, no podía menos de sobrevenir, como sobrevino con espanto del mundo. Ningún imperio fue tan menguado como el español en lo material ni tan grande y encumbrado en las empresas espirituales.

Con razón pasa, pues, España por la nación más caballeresca y esto nos lo conceden hasta los extranjeros. Pero por lo mismo que el mundo se rió de don Quijote, se ríen las demás naciones de España y no sólo se ríen de ella, sino que dándoles en rostro su nobleza de pensar y sus desinteresadas empresas, su quijotismo, le han levantado la leyenda negra y la han perseguido con ensañamiento feroz. A ningún pueblo se odió tanto, de ninguno se ha dicho lo que de España se ha dicho. Y todo, como ha escrito un sabio alemán, porque emprendió cosas que sobrepujaban a sus fuerzas. Otro tanto le sucedió a don Quijote.

Por tan nobles pensamientos el bueno, el admirable hidalgo manchego choca siempre con la positiva realidad de la vida, con lo material que él menosprecia, y ese choque del espíritu con la materia es el que nos hace reír. Todo se lo pinta él en su fantasía como noble y grande. Cree ver guerreros en las simples ovejas, las alancea y recibe las pedradas que le asestan los pastores reales; ve gigantes encantadores de doncellas en los molinos de viento y por sacarlas de sus garras se ve volteado por las aspas; quiere librar de las cadenas a los galeotes y éstos, en vez de agradecerle la libertad que les da, se ríen de él y le apedrean: cree ver castillos con noble castellano y damas que lo habitan, y se encuentra con sucia venta, ventero ladrón y mujeres de mala vida.

A par de don Quijote, que es el español con sus humos de hidalgo y levantadas intenciones, amparador de los débiles y defensor de la justicia, todo espíritu y alteza caballeresca, pone Cervantes al rústico Sancho, todo materia, que sólo piensa en ínsulas, botines de guerra y en comer bien y beber mejor. De aquí los admirables diálogos, en que chispea el ingenio de Cervantes al hacer chocar dos tan encontrados personajes, el espíritu y la materia, lo más alto y noble del hombre con lo más bajo y vil del instinto animal. Pero por otra parte también es Sancho espejo del alma española en la clase ínfima y popular y así le queremos tanto como a su amo, por el sentido común, la abierta franqueza, la buena intención, el amor desinteresado que a su amo tiene, por la docilidad con que va educando su alma grosera y ennobleciéndola con los ejemplos del caballero andante. Así se hallan en caballero y escudero las cualidades todas del español, las nobles y las ruines, sobrepujando el espíritu a la materia en uno y en otro. Lo espiritual del caballero con los defectos debidos a ser extremoso, sin contar con la materia; y lo material del escudero con las virtudes y gran espíritu que encierra su cerril falta de educación. Entrambos, sin embargo, muestran un alma noble, demasiado noble, pues menosprecian el trabajo material y lo esperan todo de sus empresas ideales y ni siquiera esperan eso material, lo olvidan y se entregan enteramente a sus fantásticas caballerías, a sus aventuras, tras un ideal de justicia inasequible. El comer y demás necesidades de la vida creen

se les debe sin que en ello quieran entender, sin buscarlo; bástales a ellos entender en las gloriosas empresas de salir por la justicia.

Pero los dos extremos, del quijotismo y del sanchopancismo, que se dan entre los mismos españoles y en todas las naciones, quedan admirablemente contrapuestos en estos dos personajes, tan al vivo pintados por Cervantes, que parecen hombres de carne y hueso. Porque habéis de tener entendido que en el mundo no hubo tal don Quijote ni tal Sancho Panza, aunque os parezca mentira, pues tan particularmente los conocéis, si habéis leído el libro de Cervantes. Pero si no los hubo como personas particulares, los hubo, los hay y los habrá siempre, más o menos extremados, y en todas partes no sólo en España, porque son las dos cualidades más salientes del alma humana, lo ideal y lo material, y el haberlas sabido expresar encarnándolas tan vivamente en don Quijote y Sancho está todo el mérito de Cervantes.

En ambos, sin embargo, sobresale lo ideal, lo espiritual del alma española, sobre lo material e interesado de otras razas. Y es que el mismo Cervantes era muy español y muy quijote. Se pasó la vida en aventuras gloriosas, de ningún provecho material. Fue soldado y herido en el combate de Lepanto, cayó preso de los moros en el mar y padeció el cautiverio y tramó heroicamente librarse y librar a los otros cautivos, ofreciéndose él como único culpable, cuando la trama se descubrió. Vivió vida aperreada en España en el despreciable empleo de buscar víveres para la armada invencible, le metieron en la cárcel sin culpa, no le atendió el rey en la pretensión de más digno empleo por sus servicios y heridas, sufrió pobreza, desvío y desamor de su mujer y hasta de su hija. Su alma sensible y noble conoció y sintió hondamente lo que es la injusticia de los hombres y escribió en forma de novela sus propios desengaños, sus propios ideales, sus nobles sentires, poniendo su propia alma en la figura de don Quijote. El verdadero ingenioso hidalgo, el verdadero caballero de la triste figura, fue Cervantes. Don Quijote, el noble, el bueno, el sufrido, el caballero sin tacha, es un espejo de Miguel de Cervantes, hombre de alma grande, que hasta cuando pinta gentes perversas, la Maritornes, los galeotes, la canalla vil, con pintarlos tal como son, les deja en el fondo del alma una gota de noble grandeza, que nos los hace amables. Porque el varón bueno no sabe prescindir de la bondad de su corazón en ningún caso. Cervantes pinta y satiriza los defectos de España y de los españoles, como eran: pero sin amargura, con esa gota de bondad suya, como quien se duele de las faltas de los suyos. Era muy español y supo pintar el alma española como nadie.

Cervantes, niños españoles, merece todo nuestro cariño. Es alma noble y grande, y ha dado y dará más gloria a nuestra patria con su libro inmortal y con su propio vivir y virtudes, que muchas generaciones juntas de españoles. Dondequiera que se nombra a Cervantes se descubren todos, hasta los mayores enemigos de España, y dicen: Es el autor del libro mejor del mundo. Aquí en Alcalá lo primero que visitéis ha de ser la iglesia de Santa María. Hay a mano izquierda una capilla con su pila. En ella fue bautizado Cervantes. El Quijote ha de ser libro que siempre habéis de tener a mano y leer a la continua. Es el libro de todo buen español. Mientras sois niños reiréis con él; más tarde, cuando lleguéis a entenderlo mejor, lloraréis al leerlo, porque veréis cómo se paga en el mundo el noble sentir. Y cuando penséis que España está abatida y se ve menospreciada y ultrajada por los que no conocen su grande alma y las gloriosas cosas que emprendió y logró en pro de la verdadera civilización y cultura, recordad que España es don Quijote, tendido en tierra, apaleado por villanos yangüeses, acoceado por inmundos cerdos y burlado y reído de todos. Y erguíos con serenidad y con noble orgullo; el alma grande de don Quijote es el alma de esa España abatida y menospreciada. La nobleza de sus intentos la redime de su poco cuidado de los intereses materiales que hoy privan. Las grandes almas son incomprendidas de la chusma vil.

España debe aprender de otros pueblos a trabajar en la agricultura y en la industria, debe procurar el bienestar material y sobre todo la riqueza, mediante el trabajo; pero no por eso ha de mudar sus tradicionales miras del espíritu por las extranjeras de la materia. Porque lo espiritual, las ideales empresas son las suyas, son la sustancia de su alma y el mundo siempre necesitará el alimento espiritual, mucho más que no el material, y España ha de ser la que se lo dé. Ya lo dijo

Havelock Ellis, para grande honra de nuestra raza: «Las cualidades espirituales del genio español, hay que reconocerlo, encontraron sus más espléndidas oportunidades en una época de la historia del mundo que, por lo menos, en su aspecto físico, ha desaparecido para siempre. España ha llegado a una edad que se contenta con pedir y recompensar empresas industriales y comerciales, para las cuales se necesitan iniciativas menos brillantes que las que ella tuvo. Grande como es, sin embargo, la riqueza natural del país, no experimentamos el menor deseo de ver a España empleando sus hermosas energías en tarea no más alta que la de competir, en escala inferior, con Inglaterra o Alemania. Está España arreglando su situación económica y política; pero por encima de esta tarea hay problemas en el porvenir del progreso humano que, tenemos derecho a esperarlo, reservarán a España un papel tan valioso y principal como el que antaño representó en los problemas del mundo físico. Conservando y aplicando de nuevo sus antiguos ideales, España otorgará nuevamente al mundo ricos presentes de orden espiritual.»

158

Torrelaguna se hizo célebre por su hijo el cardenal Francisco Jiménez de Cisneros, que vivió de 1436 a 1517 y fue el político y estadista más grande de España. Fue franciscano, arzobispo de Toledo, confesor de la reina Isabel, administrador y regente de Castilla a la muerte de la reina, conquistador de Orán a su costa, fundador de la Universidad de Alcalá y el que ordenó y costeó la impresión en Alcalá de la *Biblia políglota* o sea en los varios idiomas originales en que se escribió, obra que honra la imprenta española y la mejor que se imprimió en todo el siglo XVI. Compró los mejores manuscritos, puso fundición en Alcalá y llamó para ello a los mejores artistas. Juntó para estudiar y preparar la impresión a los hombres más doctos de España: Antonio Nebrija, Hernán Núñez, Diego López de Zúñiga, Bartolomé de Castro y Juan de Vergara; a los judíos Pablo Coronel, Alfonso Médico y Alfonso de Zamora, y al griego Demetrio Ducas Cretense. Quince años duró la preparación e impresión, que fue en seis volúmenes en folio. Acabóse el año 1517. En la Biblioteca Nacional hay un ejemplar en vitela. Arias Montano hizo la segunda *Políglota*, llamada *Regia*, por haberla costeado Felipe II.

Del esfuerzo del cardenal prueba es el siguiente caso. Siendo gobernador de España envióle el rey de Francia a pedirle Perpiñán, donde no, que pensaba entrar por Navarra. Asió entonces el cardenal de su cordón, y dijo: «Haga el rey de Francia lo que quisiere, que a tres cordonadas que dé con este cáñamo, le tomaré toda Francia.» Tuvo a raya a los poderosos, y cuando el conde de Priego vino a hablarle de parte del duque del Infantado, del Condestable y del conde de Benavente y otros, para saber con qué poderes gobernaba, sacóle a un antepecho de la casa, donde tenía la artillería y mandóla descargar y pegar fuego y díjole que los poderes que tenía eran aquéllos. Otra vez entre el disparar de la artillería le dijo un familiar que se apartase del humo, que olía mal y era dañoso, y respondió que no le hacía al caso, y que mejor le olía que incienso.

EXTREMADURA

159

Tierra brava de pastores, tierra sagrada de héroes pisáis, niños españoles, al poner el pie en Extremadura. En los comienzos de la historia se alza un pastor que baja de los riscos al llano a defender la independencia patria y pone espanto a las legiones romanan; es Viriato. Otro extremeño es, durante la primera mitad del siglo XVI en Italia, terror de los franceses: Diego García de Paredes. Después los extremeños se embarcan para el Nuevo Mundo, acabado de descubrir: son los exploradores y conquistadores. Ninguna otra región del mundo crió tales hombres: Hernando de Soto, Orellana, Balboa, Alvarado, Valdivia, Pizarro, Hernán Cortés resuenan en la historia. Son héroes sin igual. Pero no son los únicos: gran parte de los aventureros que les siguen y conquistan América son hijos de esta tierra. Cada uno es un héroe. Son tantos, que ni cabe nombrarlos. De muchos ni el nombre conocemos. Y sin embargo cada uno de ellos bastaría para dar fama y gloria a una nación. Esta sagrada tierra de héroes escogió para su retiro otro héroe que llenó su siglo con su nombre: el emperador Carlos V. Mucho podéis aprender aquí sobre la heroicidad del alma española.

160

Corren por Extremadura, las Castillas y León unas veredas llamadas cañadas, de seis sogas de *marco* y de ancho, cada soga de 45 palmos. Déjanse de tiempo inmemorial sin cultivar para el paso del ganado trashumante, que muda de lugares según las estaciones. Al caer el otoño, época de *extremar*, o de ir a los extremos, a Extremadura, vierais allá a lo lejos, en cuanto alcanza la vista, levantarse una gran nube de polvo blanco. Va acercándose por la cañada. Llega a vosotros un ruido confuso de cencerros. Ya divisáis delante al mayoral que guía. Pasan los rebaños innumerables, los rabadanes cada uno al frente del suyo y a sus órdenes los zagales y pastores que con los perros van en las alas o lados de aquellos inmensos ejércitos. Detrás viene la impedimenta o bestias de carga con su ropero mayor.

Llegados a Extremadura, levantan sus chozas y pasan el invierno, hasta que a la primavera vuelven de nuevo por las cañadas hacia las sierras frías de Segovia o de León. Tales son los rebaños de ovejas trashumantes, que en otro tiempo contaban millaradas de cabezas y su lana merina era única en el mundo. Ahora sólo quedan rastros raquíticos. Las ovejas merinas, regaladas por España a los extranjeros, se han multiplicado en varias regiones, desapareciendo, en cambio, de España. Oíd lo que escribió de su tiempo un autor de principios del siglo XVII: «Los que tienen práctica de estas materias dicen solían bajar por los puertos cada año siete millones de cabezas de ganado lanar y ahora no llegan a dos y medio; con ser estos *trashumantes* los que han permanecido por las causas que diremos adelante. De los ganados que llaman *estantes*, que solían ser cuatro veces más que los trashumantes, faltan de cuatro partes las tres.»

En vano llegaban tesoros de América, pues ya dijeron los antiguos que el dinero es deleznable y se va, si no le acompaña la ganadería: *Pecuniam fragilem esse sine peculio*. Nuestra palabra ganado da bien a entender que con él es con lo que se gana y se adquiere riqueza. El mismo autor dice que todos los labradores tenían su ganadillo, que es lo que llamaban ganados estantes, y de ellos añade: «La causa principal de la carestía es la falta de ganados mayores y menores, señaladamente de los estantes, nervio sustancial del utilísimo gremio de labradores, sobre quien se funda la pesadumbre de la máquina civil, cuya ruina se ha llevado tras sí la abundancia y arrastrado todo el comercio, encarecido todas las cosas y mucho más las inmediatas a su dependencia, carnes, lanas, corambres... Y como todas las cosas, obras y portes alteran y regulan sus precios con el punto de los alimentos, que es el contrabajo de la música y armonía civil, de aquí se ha seguido la

despoblación de los lugares, la necesidad común de los naturales y la intolerable carestía de precios.»

Y lamentando los efectos del baque que dio la ganadería, dice: «En las tierras llanas es la quiebra aún mayor que en las sierras, porque en muchos lugares ya no ha quedado sino la memoria de su vecindad, las minas yacen sin gente, los campos desmontados y vacíos de ganados, cuya copia es argumento de la población de los lugares y son casi relativos hombres, ganados y montes.» De la escasez de pastos y del descuaje de montes os dije ya, en efecto, que venía la mengua de la ganadería «Advertí atento y observé diligente que la soledad de los lugares y el estar las sierras y valles mudos y sordos, eran efectos de la destrucción de los montes y estrechez de los pastos.» «En tiempo del rey D. Alonso el XI, que fue de tanta abundancia, los montes eran inmensos; y aunque por los años de 1580 ya la falta de ellos amenazaba la ruina de estos reinos, después acá han talado las reliquias que había con ocasión de los arbitrios. Y como los montes y pastos han ido menguando, al mismo paso acelerado han ido creciendo las necesidades y los precios de las vituallas.» En Extremadura quedan todavía grandes piaras de cerdos que se alimentan de la bellota de sus dilatados encinares. Es todavía tierra de dehesas, hierbas y ganados, tierra pastoril, desde los lejanos tiempos de los iberos.

Los extremeños tienen las cualidades del pastor y del ganadero. Robustos, hechos a privaciones, curtidos al sol y al aire, sencillos e independientes, conservan la hebra castiza de Viriato y de los conquistadores.

161

Viriato, el pastor convertido en guerrero por defender la independencia patria, fue de estas tierras. No es un capitán de bandoleros, como algunos han dicho; los historiadores griegos y romanos nos le pintan como un caudillo de excelsas virtudes guerreras y de un instinto político admirable en un montañés, salido de sus breñas para embestir a los romanos, que se habían hecho odiosos a los españoles desde que el pretor Galba vengó las derrotas padecidas por los romanos con la cruel muerte o la esclavitud de los que habían dejado las armas aceptando la paz. Los españoles se levantaron ardiendo de coraje y Viriato, puesto al frente de ellos, paseó triunfalmente casi toda España. Su manera de guerrear era la de guerrillas, presentando batalla sólo en lugares a propósito, rehuyendo grandes encuentros, desapareciendo o apareciendo según le convenía y acosando por todas partes a las legiones romanas, humillando a sus pretores y cónsules, hasta que a traición le asesinaron tres de sus legados, comprados por el cónsul Quinto Servilio Cepión.

Cáceres

162

La provincia de Cáceres o Extremadura alta, por sus montes, abarca la cuenca del Tajo, que atraviesa la provincia y llega desde Toledo a Portugal. Cáceres es voz arábiga y antiguo plural de alcacer o alcázar y se le dio este nombre por los antiguos campamentos romanos que estuvieron allí cerca. Romanas de origen son las murallas, torres y puertas de la ciudad vieja, asentada en lo más alto. Hay plaza donde todo alrededor no se ven más que edificios del siglo de los conquistadores, mansiones señoriales, graves, sencillas y fuertes como ellos.

Alcántara debe su nombre al puente, la obra más admirable que los romanos nos dejaron. Dedicado a Trajano y restaurado de 1860 a 1882, tiene 188 metros de largo, sobre el Tajo. Romanas son las fortísimas murallas de Coria, la antigua *Caurium*. Plasencia tiene acueducto del siglo XIV, puente y muros del XII, hermosa catedral y palacios. El monasterio de Guadalupe, fundado por Alfonso XI en 1389 para frailes jerónimos, fue de los más ricos de España: nueve carretas de plata se llevaron de él los franceses cuando la guerra de la Independencia, sin contar el oro y piedras

preciosas. Conserva lienzos de Zurbarán, tres claustros, grandiosa iglesia y el sepulcro de Enrique IV. Todavía se ve en Trujillo la Torre Juliana, resto de las fortificaciones romanas, un alcázar árabe medio arruinado y una hermosa iglesia gótica del siglo XV, donde está el sepulcro de Diego García de Paredes. Este sepulcro bastaría para honrar a Trujillo.

163

Fue hombre de hercúleas fuerzas; pero todavía de mayor esfuerzo y ánimo, de nobles sentimientos, de pundonor caballeresco, de amor patriótico, de corazón bondadoso y tierno con los mismos vencidos. No se trata de un bruto jayán, sino de un caballero valiente y magnánimo, de los más acabados que crió esta tierra de España. Sin fanfarronerías, antes con la modestia de quien fiaba enteramente en su esfuerzo, hizo hazañas increíbles en Italia, adonde fue a pelear contra los franceses en las huestes del Gran Capitán, D. Gonzalo de Córdoba. Apenas llegado a Roma al servicio del Papa, provocado delante de él por un romano, se las tuvo que ver, no sólo con él, sino con todos sus criados y amigos en pendencia singular y él solo contra tantos, mató a cinco, hirió a diez y maltrató y ahuyentó a los demás. Esta hazaña, que bastara para afamar al más valiente, no fue más que el comienzo de las de García de Paredes.

Hecho capitán por el Papa y con sus manos forzó la puerta de hierro, rompiendo el cerrojo, de la fortaleza de Montefiascon, dando entrada a su gente. Ya a las órdenes del Gran Capitán, fue el primero en subir al muro y entrar en la ciudad de Ostia. Oyó que un coronel, llamado Palomino, se dejó decir que sus hechos eran más bien hijos del atrevimiento que de la prudencia. Desafióle y salieron a combatirse en camisa y con sola la espada. Con ella Diego García dio a Palomino tal cuchillada, que le cortó el brazo, la guarnición de la espada y la mano, todo de un solo golpe. En el sitio de Cefalonia los turcos se defendieron, entre otros ingenios, con grandes garfios, que echaban desde la muralla, con que enganchaban por la armadura a los sitiadores que se acercaban al muro, alzándolos por el aire y metiéndolos en la fortaleza. Como García de Paredes se acercó mucho, fue de los enganchados; pero apenas se vio metido entre los turcos, él solo arremetió contra todos, matando a muchos durante tres días, hasta que rendido de cansancio cayó en sus manos, y tal espanto les tomó y tal veneración le tuvieron, que no le quisieron matar. Hazaña es ésta que nadie la creería si no estuviese enteramente confirmada por los mismos turcos.

Alentó a los españoles en la toma de Fosara, siendo el primero de todos; pero luego intercedió con el duque César para que los vencedores se mostrasen humanos y piadosos con los vencidos y no llevasen la venganza adelante. Asaltó a Faenza él solo, saltando sobre los cuerpos muertos de que estaba atestado el foso y contra muchos se apoderó de una de las estancias del castillo. Debajo de ella estaban las municiones y la pólvora. Entonces le pegaron fuego los contrarios para que volase él con el castillo y pereciese entre las ruinas: pero tal maña se dio que supo escapar sano y salvo y puso en tal aprieto a los cercados, que se rindieron a sola su espada. Todo esto más parece cosa amañada, de cinematógrafo o de novela fantástica, que realidad.

Desafiáronse una vez once españoles con once franceses. Entre los españoles estaba Diego García. Los franceses eran de los más escogidos caballeros del ejército. Del primer encuentro derribaron los españoles a cuatro franceses, matándoles los caballos. Del segundo se rindió otro. Diego de Vera mató a uno de los contrarios, Diego García a otro. Olivera al más principal y a la caída de otro acudieron, unos a prenderle, otros a librarle, muriendo en el confuso remolino dos caballos nuestros y cinco de los enemigos. Quedaban siete de ellos, que ya peleaban a pie por haber perdido los caballos, y se retrajeron entre un montón de muertos, fortificándose con ellos, de suerte que ocho caballeros nuestros y dos infantes no les pudieron contrastar su reparo, porque los caballos, espantados del olor de los cadáveres, se retiraban. Entonces Diego García arremetió él solo contra los siete y no paró hasta que los franceses se redujeron confesando su yerro, aunque pidiendo que saliesen por buenos todos los del campo. No se avino a ello Diego García; antes rota la espada y sin lanza ni hacha, saltó del caballo y con piedras acometió a los enemigos con tal

osadía, que a no detenerle y sujetarle los demás, los acabara él solo de vencer. Descontento quedó él del lance, y otro día hizo que 22 españoles provocasen a otros tantos franceses; mas los franceses no quisieron aceptar el nuevo desafío. De semejantes combates caballerescos hubo muchos en las campañas de Italia.

Otros tres desafíos venció Diego García, uno con mazas y almetes de hierro, y nuestro valiente caballero machacó al contrario la cabeza. Las veces que con pocos soldados desbarató e hizo huir a ejércitos numerosos, son sin cuento.

Descompúsose el conde de Matera, francés, tratando en una carta de hombres de poca fe a los españoles. Desafióle Diego García por ello a singular combate y el día señalado presentóse en el campo nuestro adalid: pero en todo el día no pareció el francés, acobardado de tenérselas que haber con el que todos los días hacía riza en sus ejércitos. Los jueces de campo declararon al francés por alevoso y falso caballero y a Diego García de Paredes por tan valiente como verdadero defensor de la verdad. En dos emboscadas desbarató luego a los franceses, rindió una torre y tomó la ciudad de Rubo, siendo siempre el primero en los asaltos. Canosa se rindió por su esfuerzo. Entró en la ciudad de San Germán, tomó a Fratres y a Roca Guillerma y venció a los franceses en el famoso cerco de Gaeta. Socorrió a Rocaseca, tomó a Rocadeandria e hizo retirarse a los franceses del puente del Garellano. Él con su gente acometió allí mismo y resistió a todo el ejército enemigo y otro día los rompió, desbaratándolos enteramente. Redujo el Ducado de Sora y tomó a Rosano. No son para contar las infinitas hazañas que hizo en todas estas victorias. Los más famosos héroes de la antigüedad, cantados por los poetas, se quedan tamañitos delante de las innumerables heroicidades de este hombre.

Vuelto a España, defendió muchas veces al Gran Capitán de las envidias de los cortesanos. Una vez en la antecámara del rey dijo a dos que se propasaron y de manera que el rey lo oyera: «Cualquiera que dijere que el Gran Capitán no es el más leal criado y de mejores obras que el rey tiene, alce este guante.» Echóle en medio de ellos; pero ninguno se atrevió a chistar. Salió el rey, alzó el guante y se lo entregó a Diego García, calificando con grandes alabanzas las que en defensa del Gran Capitán había dicho, agradeciendo su caballerosa determinación. Lo mismo hizo la reina. Los cortesanos refrenáronse de allí adelante.

En la jomada de Rávena, perdido el caballo en un encuentro y con tres heridas, cayó prisionero. Llevábanle cuatro forzudos hombres de armas asido fuertemente, y al pasar un puente trabó con valentía de los cuatro y se echó con ellos al agua, donde los ahogó, saliendo a nado y volviendo al campo, que distaba siete millas, a pie, herido, chorreando agua y con todas las armas a cuestas. Fue tal el pavor que se apoderó de los enemigos, que pidieron al punto treguas. Tal fue Diego García de Paredes, bosquejado en cuatro rasguños.

164

Pero no fue un solo héroe nacido por casualidad en Trujillo. Allí también nació Francisco de Orellana, fallecido en 1550. Fue de los grandes exploradores, de los que más tierras descubrieron, de los que más hubieron de padecer de la naturaleza tropical en medio de salvajes, en lugares enteramente desconocidos. Su viaje por el río mayor del mundo se presta a un poema de los más grandiosos. Tomó parte en la conquista del Perú con Francisco Pizarro, su amigo de muchacho, y con otros muchos trujillanos. En 1538 envióle Pizarro con su propio hermano Gonzalo Pizarro y 300 españoles y 4.000 indios desde Quito siguiendo la corriente del Coca. Como se les acabasen los víveres, fue Orellana, en una tosca embarcación que allí fabricaron y con 50 hombres en busca de ellos río abajo hasta llegar al gran rio Napo, que antes ni habían visto los españoles. Ocurrióseles señorear aquellas tierras y, aunque algunos se arredraron de aventura tan peligrosa en tierras desconocidas y no le quisieron seguir, él fue adelante con los más osados.

Llegaron a otro río que llamó Trinidad. Largo fuera contar las peripecias del larguísimo viaje, siempre río abajo, desembarcando a veces, teniendo que pelear con variedad de tribus de indios y

con el hambre y otras mil penalidades. Ocho meses duró el viaje en que recorrió aquel puñado de aventureros unas 1.800 leguas y al cabo se hallaron en la desembocadura del Océano Atlántico. Aquel interminable y anchuroso río, en el que van desembocando otros muchos, mayores que los mayores de Europa, y de tantas aguas que muchas leguas antes de llegar al mar no se veían las orillas y eso que era uno solo de los muchos brazos en que se divide antes de su desembocadura y de tal fuerza de corriente y caudal tan inmenso que endulza las aguas del mar hasta 20 leguas mar adentro, es el famoso río de las Amazonas, el mayor río del mundo.

Volvió a España, alcanzó la gobernación de aquellas tierras y con 400 españoles se embarcó con cuatro navíos en Sanlúcar el año 1544. Cuando llegó a la desembocadura del río Marañón sólo le quedaban dos de los navíos y menos de la mitad de la gente. Subió río arriba unas cien leguas. Perdiósele otra nave y, estando en la ribera construyendo con sus restos un bergantín, tuvo el dolor de ver morir de hambre a 57 de sus compañeros. Treinta leguas más arriba perdió el último de los navíos salidos de Sanlúcar y a poco el mismo Orellana falleció, víctima del cansancio y penalidades por aquellas tierras salvajes. Los sobrevivientes con su viuda lograron llegar al mar, desembarcando por fin en la isla Margarita. Por este ejemplo se verá la audacia y arrojo de los exploradores españoles en América y lo que tuvieron que pasar hasta conquistar aquellas inmensas regiones. Llamóse Amazonas aquel río por haber hallado mujeres que peleaban como las antiguas amazonas.

165

Allá en los últimos años del siglo XV guardaba puercos por los encinares de Trujillos un pastorcico sucio y desarrapado. No sabía leer y dicen que había sido expósito, bastardo de un soldado. Llamábase Francisco Pizarro. Embarcóse para el Nuevo Mundo y le hallamos el año 1510 en la isla Española, después en el descubrimiento del Océano Pacífico por Balboa. Acompañó al gobernador Dávila a Panamá. Ya tenía cincuenta años. Había oído de Pascual de Andagoya hablar del Perú, a cuyas costas había hecho aquél una correría el año 1522. Juntóse con otro bastardo, Diego de Almagro, y con un buen sacerdote, llamado Hernando de Luque, y con dineros del licenciado Espinosa embarcóse en un bergantín con un centenar de hombres, dejando en Panamá a Almagro hasta que juntase más gente. Tanto tuvieron que padecer de los indios y del clima, que se volvieron diezmados. Pero con dos navíos, 160 hombres y algunos caballos tornaron a embarcarse Pizarro y Almagro el año 1526.

Desembarcaron en el río de San Juan y se fueron abriendo camino por entre una horrible y densa selva, donde las enfermedades, hambre y fieras alimañas acabaron con algunos de sus compañeros y los demás quisieron volverse, menos Pizarro. Había ido Almagro a Panamá por refuerzos. Pero no cejó el capitán. Con su daga trazó una raya sobre la arena y les dijo: «Amigos, de ese lado está la muerte, la desnudez, el hambre, las tempestades; de este, la comodidad, la riqueza y los placeres. Por ahí se va a Panamá a ser pobres; por aquí al Perú a ser ricos. El que sea valiente castellano que escoja lo mejor.» Esto diciendo, pasó la raya. Siguiéronle el piloto y unos cuantos hombres más, verdaderos héroes, catorce en todo. Los otros se volvieron en el barco, dejándolos abandonados.

Estaban en un islote y en él pasaron siete mortales meses, hasta que vino de Panamá otro barco con orden de que volviesen. No hizo caso Pizarro y con algunos marineros y un ejército de once soldados puso la proa al mar, dejando a los demás enfermos al cuidado de indios amigos. Llegaron a mares desconocidos y entrando en el golfo de Guayaquil anclaron en la bahía de Tumbez. A lo lejos divisábanse los picos de los Andes y en la costa una ciudad de indios, que les agasajaron a cambio de chucherías. Todavía navegó Pizarro más hacia el Sur, luego volvió a Panamá con doce hombres, después de diez y ocho meses de ausencia y de grandes sufrimientos, y en 1528 partió para España, llevando algunos peruanos, algunas llamas, que son como camellos chicos y sirven de carga por los Andes, telas primorosamente tejidas, joyas y vasijas de oro y plata.

Con todo ello se presentó en Toledo delante del emperador y, habiendo éste partido a Italia, firmó la emperatriz en 1529 el documento por el que se permitía a Pizarro conquistar y poblar las tierras que se llamarían Nueva Castilla; quedaba nombrado gobernador y capitán general de ellas. Adelantado y Alguacil mayor de por vida con su sueldo correspondiente y caballero de Santiago. Se nombraba a Almagro comandante de Túmbez con renta señalada, además se le daba el título de hidalgo. El Padre Luque fue nombrado obispo de Túmbez con su asignación propia. A todos los que con Pizarro permanecieron en la isla se les concedió el título de hidalgos y a Ruiz, el piloto, el de gran piloto de los mares del Sur.

Volvió Pizarro a Panamá con tres hermanos suyos, Hernando, Gonzalo y Juan, y de Panamá al Perú en 1531 con 180 hombres y 27 caballos en tres buques, quedándose Almagro allí para proveerles de hombres y demás cosas necesarias. Después de trece días de navegación, siguieron a pie por la costa a vista de los navíos que les seguían y con tan grandes dificultades, que dijo Pizarro que tenía que llevar a su gente, alentándola y dándole ejemplo. La peste los diezmó, tuvieron que luchar con los indios, quedando herido en una pierna Pizarro; pero se les allegó Hernando de Soto con cien hombres. Hallaron desierta la población de Túmbez, sin saberse lo que había sucedido a los que allí había dejado la otra vez. Dejó otra guarnición y se metió tierra adentro, fundó San Miguel y el año 1532, con 40 jinetes y 60 infantes, se encaramó por los riscos y quebradas de los Andes.

Atahualpa, *inca*, o digamos emperador de las tribus peruanas, le dejó venir para cogerle como en una ratonera en Cajamarca, aplastándolos de golpe. Bien supo Pizarro por espías que, a pesar de los embajadores que le envió, trataba de hacerle traición y acabar con los españoles; pero mostró serenamente no saber nada. Bajaron por el otro lado de la cordillera y vieron que Cajamarca estaba en un hermoso valle u hondonada extensa y más lejos el campamento del Inca. Entraron en la ciudad, que estaba desierta, y quedándose en la gran plaza Pizarro con los más, envió a Soto y a su hermano Hernando con 35 jinetes al campamento de Atahualpa para pedirle una entrevista. Halláronle rodeado de mucha pompa y cerca de 50.000 guerreros. Díjoles que aquel día ayunaba, que posasen en las casas de la plaza, que otro día iría a ver al gobernador. A la mañana siguiente vieron los españoles que verdaderamente se habían metido en la trampa, acorralados en la ciudad y en la plaza y que les habían cortado la retirada ocupando aquella noche los indios el paso por donde habían entrado en el valle.

Pero Pizarro dio en el medio de salir de aquella trampa, cogiendo al Inca, con lo cual, según se sabía, los indios todos se desparramarían cada uno por su lado. Dispuso sus soldados para dar el golpe: la caballería en dos grupos, mandados por Hernando de Soto y Hernando Pizarro, se ocultó en dos espaciosos zaguanes de la plaza, en otro la infantería y Pizarro con 20 hombres en lugar ventajoso. Dos falconetes o cañones chicos estaban en lugar elevado.

Al caer de la tarde entró Atahualpa con toda majestad, sentado en su silla de oro, que llevaban a hombros los indios, y con él varios miles de guerreros, al parecer desarmados, pero debajo de los mantos llevaban arcos, machetes y mazas. Cuando estuvieron en la plaza y Atahualpa en medio de los suyos, adelantóse a él fray Vicente de Valverde con la Biblia en la mano y le dijo cómo venían en nombre de un poderoso rey y del verdadero Dios. Que querían su amistad, que dejase sus ídolos, adorase a Dios y aceptase la amistad del rey de España. El Inca tomó la Biblia y la dejó caer y dio muestras de enojo. Volvió el Padre a Pizarro a darle cuenta de lo poco que podía esperarse de palabras y cosas que ni entendía siquiera el Inca y creyó Pizarro llegada la hora de cogerle vivo, antes de que los indios se echasen aquella noche sobre los españoles.

Dio la señal para que disparasen los cañones y al oír el estampido, salieron los españoles y arremetieron a los indios y los arrojaron de la plaza. No se trataba de matar gente, sino de espantarla con el estruendo de la pólvora para que huyese y coger al Inca como rehén, que asegurase la vida de los nuestros. Los que rodeaban a Atahualpa resistieron cuando Pizarro se lanzó hacia él con los suyos. Un soldado español lanzó un arma arrojadiza al Inca; pero se interpuso Pizarro, recibiendo él

la herida en un brazo, salvando la vida a Atahualpa. El cual, llevado a un edificio con buena guarda, se ufanaba, como suelen los indios, de que su intento había sido hacerlos esclavos a todos los que no hubiera querido matar, fiado en su mucha gente de armas.

Se le dejó libre en las anchurosas estancias y se le regaló y trató con todo cuidado y esmero. Vivía con su familia, comía en su propia vajilla cuanto apetecía. El caso era que no llamase a los suyos provocándolos a tomar las armas. No debieron morir muchos indios, pues ningún español recibió ni un rasguño, fuera de Pizarro, como hemos visto. De haber habido la matanza que los enemigos de España suponen, se hubieran defendido los indios y algunos españoles hubieran caído en el choque. Atahualpa, con deseo de volver a juntar sus huestes, ofreció a Pizarro, si le dejaba en libertad, que llenaría de oro aquella habitación en que estaban hasta donde alcanzase con la mano y de plata otro aposento menor. Dicen tenía la habitación 22 pies de largo por 17 de ancho y la altura que marcó el Inca, que sería de nueve pies. Aceptó Pizarro. Empezó a venir oro; pero los españoles sospecharon que detrás del oro estaba la traición.

En efecto, Atahualpa quería ganar tiempo y cada vez tardaban más los envíos: en cambio, supieron los españoles que las fuerzas indias se juntaban secretamente. Pizarro hizo cuanto pudo para ganarse la amistad sincera de Atahualpa; y que trató no menos con humanidad a los indios se prueba por el hecho de que, a pesar de ser tan suspicaces, todos le admiraban y le querían. Contentóse Pizarro con el oro allegado, aunque no alcanzara a lo prometido, y mandó redactar a un notario cierto documento por el que Atahualpa quedaba libre de pagar más; pero le dijo al Inca que convenía estuviese con los españoles algún tiempo como en rehenes. En esto llegó Almagro con refuerzos del Panamá. El tesoro recogido, calculado en dólares norteamericanos, se repartió de esta manera:

Para el rey de España	1.553.623	dólares.
» Francisco Pizarro	462.810	»
» Hernando Pizarro	209.100	»
» Hernando de Soto	104.628	»
» cada jinete	52.364	»
» cada infante	26.182	»

Además lo que se dio a Almagro, a los suyos y para la iglesia. La alegría de los soldados españoles, hechos ricos de la noche a la mañana, se aguó en parte con saber que de todos lados llegaban noticias de un levantamiento general de los indios. Se decía que 200.000 guerreros de Quito y 30.000 caníbales caribes venían ya sobre los nuestros. Dobláronse las guardias, Pizarro rondaba de noche y se temía con razón cualquier cosa de los Indios y del Inca. Los españoles insistieron con Pizarro que había que desembarazarse del Inca, peligro continuo, pues los indios, supersticiosos, darían por él la vida. Pizarro, bien a su pesar, condescendió con los españoles; pero haciendo que un tribunal juzgase primero a Atahualpa, el cual fue declarado por el tribunal como convicto de haber instigado el asesinato de su hermano Huáscar, que quería la amistad de los españoles, y de conspirar contra los nuestros, y fue condenado a muerte aquella misma noche, antes de que pudiese avisar a los indios. Se le dio garrote en la plaza y fue sepultado con las honras debidas.

Siguiéronse tras esto combates con los indios levantados y grandes y heroicos hechos de armas de los españoles, largos de contar. Pizarro fundó en 1535 la *Ciudad de los Reyes*, que después se llamó Lima, capital del Perú, y otras ciudades, entre ellas Trujillo. Fomentó el comercio y la industria, la agricultura y la minería.

«En suma, como dice un escritor norteamericano, estaba poniendo en práctica con gran éxito el principio general de los españoles, de que la principal riqueza de un país no consiste en su oro o en sus bosques o en sus tierras, sino en su población. El empeño de los exploradores españoles en todas partes fue educar, cristianizar y civilizar a los indígenas, a fin de hacerlos dignos ciudadanos de la nueva nación, en vez de eliminarlos de la faz de la tierra para poner en su lugar a los recién

llegados, como por regla general ha sucedido con otras conquistas realizadas por algunas naciones europeas. De vez en cuando hubo individuos que cometieron errores y hasta crímenes; pero un gran fondo de sabiduría y humanidad caracteriza todo el generoso régimen de España, régimen que impone admiración a todos los hombres varoniles.»

Por desgracia se desencadenaron guerras civiles entre los mismos conquistadores y Almagro padeció la muerte de garrote y sus partidarios acuchillaron a Pizarro el año 1541. Tal es, brevemente expuesta, la conquista del Perú y tal fue Francisco Pizarro, uno de los varones más grandes que registra la historia del mundo. Hombres como García de Paredes, Orellana y Pizarro son la gloria más pura de España y nos ofrecen el vivo retrato del alma española, aventurera, valiente y propulsora de la verdadera civilización.

166

Quiero ahora llevaros a la Vera de Plasencia, tierra deliciosa por su templado clima, ricas frutas, hermosas arboledas, frescas fuentes y abundante caza. A una legua de la villa de Jarandilla está el monasterio de Yuste, que fue de frailes Jerónimos y se fundó el año 1404. Llegados al monasterio, reparad en ese viejo nogal cerca de la entrada. Trasportaos al otoño del año 1557. Sentado en una silla de tijera de terciopelo carmesí, tachonada de dorados clavos, hubierais visto a un anciano de luenga barba blanca, aunque no llegaba a los 57 de su edad. Un hermoso alano está a sus pies. Diríase que el anciano, vestido sencillamente de rico terciopelo negro, aunque sin adornos, tocado de una gorra del mismo color con su cintillo de oro y pedrería, contempla este hermoso paisaje. Pero no es así: su pensamiento vaga por muy lejanas regiones y escenas varias de grandes acaecimientos, que ya pasaron, se atropellan desfilando unas tras otras en su imaginación. Es nada menos que Carlos I, rey de España y V emperador de Alemania.

El año pasado de 1556 llegó a Jarandilla y a poco se retiró a esta apartada soledad. Venía de Bruselas, donde con toda la pompa imperial dejó el imperio y abdicó el reino de España en manos de su hijo Felipe II. Ahora, lejos del tráfago de los negocios, ha venido acá a pasar los últimos días de su vida y prepararse a bien morir. No se ha quedado, de todas las riquezas y honras de la tierra, más que con el recuerdo de ellas. Fue amo del mundo; sólo ha conservado los criados que aquí atienden a su servicio.

Cuando llegasteis a verle pensaba en cosas que os importa conocer a vosotros; pensaba en cosas de nuestra patria. Como emperador de Alemania, había metido en cintura a los príncipes herejes que se habían levantado contra él y había gobernado en medio de grandes turbulencias con prudencia, benignidad y entereza. Pero, aunque nacido en Gante, de Flandes, se había hecho tan español, habíase encariñado tanto con la manera de pensar de los españoles y tenía tal opinión de la grandeza de la nación que él había robustecido y llevado a la cima, que al dejar sus extendidos reinos y el imperio quiso quedarse en su nueva patria.

Al suceder a su madre, D.ª Juana, halló a España en guerra con Francia, cuyo rey, Francisco I, se le declaró al punto rival decidido, sobre todo desde que se vio postergado y vencido en sus pretensiones a la corona imperial. Carlos V en cambio deseaba la paz a todo trance. Hallábase en Alemania y, aprovechando esta coyuntura, entró Francisco I en España con su ejército, conquistó a Navarra y combatió a Logroño. Pero los españoles le echaron más allá de la frontera. Habían ocupado los franceses tiránicamente el Estado de Milán, feudo del emperador y, aunque por no romper la paz, nada había hecho éste hasta ahora, echó a los franceses de Milán y, pudiendo quedarse con aquel Ducado, no lo hizo, antes se lo restituyó al duque Francisco Esforcia, a quien los franceses se lo habían usurpado.

Al año siguiente tornaron los franceses a Italia: pero tuvieron que volverse, perdiendo cuanto habían tomado en la primera embestida. Otra vez volvió el francés a Italia con nuevos bríos el siguiente año; otra vez lo echó el ejército español, entrando además victorioso en Francia por la Provenza.

Francisco I, viendo desproveído el Milanesado, los deja hacer y vase para Italia, corriéndola triunfalmente por no hallar quien se le opusiese y se le sometieron todos sus príncipes, hasta el mismo papa Clemente VII, olvidado de cuanto por él había hecho el emperador. Puso Francisco I cerco a Pavía el año 1524, defendida por Antonio de Leiva con poca gente, y tan soberbio estaba con sus magníficas huestes, que envió un cartel al marqués de Pescara, que a la sazón defendía a Lodi, desafiándole a que fuese a pelear con él, prometiéndole, si le daba la batalla, 200.000 escudos. «Decid al rey de Francia, le contestó al enviado, que si tiene dineros que los guarde, porque yo sé que los habrá menester para su rescate.»

Efectivamente, el de Pescara movió con los suyos y se echó sobre el formidable ejército de Francisco I, con quien estaba la flor de la nobleza francesa, el duque de Suffort, heredero del trono de Inglaterra, el príncipe de Escocia, el príncipe de Navarra, todos vestidos de gala, de brocado y raso de varios colores, con oro y piedras, y en los almetes los penachos de ricos plumajes, sobre caballos engualdrapados con vistosos paramentos.

En pocas horas todo aquello desapareció. Diesbach murió con sus valientes suizos, dice un escritor. El duque de Monlmorency cayó prisionero. Su jefe La Palisse fue embestido por un soldado español que le metió la pica por la boca, sacándosela con la lengua y la vida por el colodrillo. El almirante Bonnivet cayó muerto del caballo por una bala que le metió un arcabucero por la boca. El señor de Augbigny, que iba con el brazo alzado a herir con su espada a un español, vio caer de un tajo su brazo partido por el hombro, viniendo al suelo con su caballo. El señor de Guisa fue muerto de un lanzazo. El conde de Tracto arrojó su lanza al mariscal de La Tremouille con tal fuerza que, cosiéndole con la brida, le atravesó de parte a parte, cayendo él y su caballo muertos. El señor de Saint Severin recibió un hachazo que le echó la vida afuera con los sesos. Un criado del marqués de Pescara dio dos cuchilladas al señor de la Claiette, abriéndole la celada y la cabeza hasta la boca. Un español, esgrimiendo un montante, derrocó el caballo del señor de Boys y le segó de un tajo la cabeza. Otro soldado atravesó con su pica al duque de Suffort y luego dio un golpe al hermano del duque de Lorena en el pecho: ambos quedaron muertos y con ellos el señor de Champaigne, que quiso socorrer a estos dos príncipes. Así acabaron todos.

Por último, el rey Francisco I, que andaba corriendo buscando por dónde huir, cayó al suelo con el caballo herido. Un vizcaíno, Juan de Urbieta, le puso la espada al pecho sin conocerle diciéndole: «Ríndete o muere.» «No me rindo a ti, le contestó, me rindo al emperador: yo soy el rey.» El vizcaíno, con otros que llegaron, le levantaron, porque tenía cogida una pierna debajo del caballo. Iba bizarramente ataviado con sayo de brocado y terciopelo morado, sembrado de efes de oro y de seda morada; en el almete llevaba pluma amarilla y morada y de ella salía una bandereta de cendal con una salamandra entre fuego y al extremo una F grande dorada con esta letra en francés, que indicaba pretendía quedar dueño de Italia: «Esta vez y no más.»

Cerca de 10.000 franceses quedaron tendidos en el campo y casi otros tantos murieron ahogados en el Tesino o perecieron en la fuga. El botín fue inmenso. Pocas batallas se dieron más sangrientas y pocos triunfos más completos. Todos los príncipes de Italia y el Papa se rindieron al punto. Carlos V recibió la noticia con serena severidad y mandó llevar a Francisco I a Madrid, aposentándole regiamente en la Torre de Los Lujanes. El pueblo cantaba aquellos días:

Rey Francisco, mala guía
desde Francia vos trajistes,
pues vencido y preso fuistes
de españoles en Pavía.

167

Memorable victoria del año 1525, de las más grandes que han tenido los ejércitos españoles. Podía haberse apoderado de Francia Carlos V; pero no le conocen los que hablan de sus ambiciones de dominio universal. Con tal de que cesasen las guerras sólo le pidió parte de su Ducado de

Borgoña que le tenía usurpado, dejándole la otra parte como dote de su hermana mayor que le ofrecía en casamiento. Todo lo prometió y juró, jurando y prometiendo además de volverse a prisión, caso que dentro de cuatro meses no cumpliese lo prometido. Fueron a Illescas a ver a D.ª Leonor, la prometida, y paseándose por un camino rogóle el emperador ante una cruz, que allí había, con lágrimas en los ojos, fuesen sinceros amigos y no quisiese traer más guerras sobre la cristiandad. Prometióselo el rey y se ratificó el casamiento y tornó a jurar ante aquella cruz todo lo concertado en Madrid. Creyólo caballerosamente el emperador: «Lo mesmo os prometo y juro yo —le dijo— de seros buen hermano y amigo y también os prometo de teneros por vil y ruin si vos no me guardáis lo que me prometéis.»

Pero desde antes que entrase en su reino andaba ya el rey tratando de concertarse con el Papa y otros potentados de Italia para hacer la guerra al emperador. No bien puso los pies en Francia, faltó a su palabra y llevó secretamente aquella alianza, mientras no cesaba de repetirle por cartas que no le faltaría a la palabra dada. Y cuando ya no pudo tenerla más encubierta envió a excusarse con que no podía restituir la Borgoña, sin más explicación. Respondióle el emperador que, si no podía cumplir aquello, cumpliese lo jurado de volverse a prisión. Los de la Liga enviaron por sus hijos que había dejado en rehenes en Madrid. «Embajador, decid al rey vuestro amo, respondió el digno emperador, que lo ha hecho muy ruinmente y vilmente en no guardarme la fe que él mesmo me dio. Y que esto lo mantendré yo de mi persona a la suya.» Callóse lindamente Francisco I a este tan caballeroso reto.

Pero la Providencia se encargó de castigar al Papa por apoyar tal felonía, permitiendo el terrible *saco de Roma* por el condestable de Borbón. El emperador escribió entonces a todos los príncipes cristianos, sincerándose de no haber tenido parte en aquel acto de barbarie de las indisciplinadas tropas de Italia; pero sobre todo pidiéndoles consejo sobre lo que se podría hacer para la paz de la cristiandad, porque con toda sinceridad deseaba poner fin a tantos males. En vez de contestarle los reyes de Francia e Inglaterra, preparaban un ejército para hacerle la guerra en Italia y entre tanto le enviaron a Burgos sus embajadores para entretenerle con pláticas de paz y, cuando todo lo tuvieron aparejado, le presentaron sus heraldos sendos carteles desafiándole y declarándole la guerra en nombre de entrambos reyes.

Luego Francisco I hizo una cosa jamás vista ni oída: no contento con prender al embajador de Carlos V, que estaba en su Corte, le mandó tomar también todas sus escrituras y papeles y lo tuvo más de cuarenta días preso y, cuando supo que Carlos V no quería dejar salir de España a los embajadores de Francia, si a un mismo tiempo no le restituía el suyo, quiso hacer, antes de soltarlo, una especie de donosa comedia. Delante de toda la corte en París ordenó se presentase el embajador español, no como tal, sino como prisionero, y le mandó que él mismo llevase al emperador su cartel de desafío, que hizo leer en presencia de todos, en el cual decía que sabiendo cómo el emperador había dicho que no había cumplido su fe y palabra al darle libertad, «os hacemos saber que, si vos nos habéis querido o queréis cargar, no solamente de nuestra fe y libertad, más que hayamos jamás hecho cosa que un caballero amador de su honra no debe hacer: os decimos que habéis mentido por la gorja y que tantas cuantas veces lo dijéredes. mentiréis, estando deliberado de defender nuestra honra hasta la fin de nuestra vida. Y pues contra verdad nos habéis querido cargar, no nos escribáis más, sino aseguradnos el campo y llevaros hemos las armas... y que la vergüenza de la dilación del combate será vuestra.»

Así lo trae textualmente el famoso Valdés en su *Diálogo de Mercurio y Carón* y añade que, leído el cartel, estaba el rey tan vanaglorioso, como si fuera ya vencedor del campo, y esto después de aquellas frases *mentís por la gorja y mentiréis*, que Valdés califica con razón de propias de un rufián.

Estaba el emperador en las Cortes de Monzón cuando el heraldo de Francisco I le llevó este grosero cartel de desafío y le respondió: «Rey de armas, aunque por muchas causas y razones el rey vuestro amo debe ser tenido y es inhábil para un acto como éste con cualquier hombre, cuanto más

contra mí, todavía por el deseo que yo tengo de averiguar por mi persona estas diferencias, evitando mayor derramamiento de sangre cristiana, consiento que el rey vuestro amo haga este acto y desde agora lo habilito solamente para él.» Aludía a que, siendo Francisco I prisionero de Carlos V, no podía sin su licencia combatirse con nadie ni menos retar a nadie, cuanto más a su vencedor. Cualquiera esperaría que se apresurara el rey a acudir al singular combate, que tan fanfarronamente había publicado en su Corte; mas después de tanto aparato, embarazó por todos medios el que el heraldo imperial lograse verle y señalarle el campo para el combate, huyendo de él por toda Francia y buscando excusas para no admitirle en su presencia y finalmente no queriéndole oír. Cosa increíble; pero que así sucedió.

168

En todas estas y otras cosas pensaba Carlos V en sus horas de meditación en Yuste y conviene las conozcan los niños españoles, para que vean cuan noble y caballerosamente se portó aquel grande emperador, con qué sanas intenciones procedió y cuánto tuvo que sufrir de sus envidiosos adversarios, que le faltaron tantas veces a la palabra. Y si algún descastado español os dijere que estas cosas convendría no recordarlas por no molestar a los franceses, decidle que, si la mayor parte de los escritores franceses que nos han venido a visitar se han permitido propalar por todo el mundo en sus libros toda suerte de embustes ofensivos para España y para los españoles, a quienes consideran como a una especie de bichos raros y acomodados para entretenerse inventando a su costa cuentos con que reírse y solazarse, razón sobrada tenemos nosotros para decir la verdad, la pura verdad nada más, con el fin de que los españoles por lo menos se enteren de las cosas y no se traguen las interpretaciones históricas que los franceses quieran dar a los hechos y no menosprecien a su patria, dando crédito a lo que contra ella oyen o leen fuera entre extranjeros. Y decidles más: que los franceses llegaron hasta negar la prisión de Francisco I y hubo que escribir libro sobre ello probándoles cosa tan manifiesta y de la cual hoy nadie duda. Y por cierto no quiero omitir el testimonio que escribió el contemporáneo Jaime Falcó: «Que los bastos y espadas de las fábricas de naipes de León de Francia, que aquel reino había enviado a España, nos sacaban más sangre que a ellos las nuestras de acero, cuando aprisionando a su rey fueron destrozados en Pavía, sabiendo vengar con armas de cartón las cuchilladas de nuestros alfanjes.»

Aquí en Yuste pasó Carlos V sus últimos días, falleciendo el año siguiente, de 1558. Su dormitorio estaba detrás del coro de la iglesia y por un ventanillo podía desde la cama oír misa y ver al sacerdote que la decía. De una pared colgaba la Gloria, del Tiziano. Su cadáver fue llevado en 1574 al Escorial.

169

Fue Extremadura donde más arraigó el teatro popular, por ser también tierra de ganaderos y haber salido el teatro, en manos de Juan del Encina, de las representaciones pastoriles de Navidad. En Plasencia se representaba en la plaza y junto al templo. Allí nacieron Micael de Carvajal, que compuso la *Tragedia llamada Josefina*, en tiempo de Carlos V, la obra más admirable y auto sagrado de aquel siglo; Luis de Miranda, que compuso por la misma época la *Comedia Pródiga*; Pedro Hurtado de la Vera, que compuso la *Comedia Dolería del Sueño del Mundo*. Otros escritores sobresalientes fueron Francisco Sánchez, llamado *el Brocense*, por haber nacido en Las Brozas. Fue gran humanista y catedrático de la Universidad de Salamanca. También lo fue el Maestro Gonzalo Correas, entendidísimo en las lenguas antiguas y en la nuestra, autor de la mejor colección de refranes. Nació en Jarahicejo. También fue de allí la venerable virgen D.ª Luisa Carvajal y Mendoza, que pasó a Londres en busca del martirio, dio sus bienes para obras benéficas, disputó con los protestantes, fue encarcelada, asistió a los católicos presos y fundó un monasterio donde falleció. Hembra varonil, de espíritu apostólico, arriscada y valiente y no menos inspirada poetisa mística. De Valencia de Alcántara fue el humanista Diego López.

Badajoz

170

Es la Extremadura Baja, que llega por el sur hasta Sierra Morena, abarcando la cuenca del Guadiana. La ciudad de Badajoz, *Pax Augusta* de los romanos, está asentada en la frontera y paso de Portugal a España y su historia se resume en cercos y defensas continuas. Está fortificada, tiene un puente acabado en 1596, de 582 metros de largo y catedral fundada por Alonso el Sabio en 1258. Por pacto correspondió a Femando II de León; pero tomóla por sorpresa el portugués Alfonso Enríquez en 1169. No pudo tomar el castillo y, habiendo acudido el rey D. Femando, tuvo que salir huyendo el portugués con tanta prisa, que se rompió una pierna y quedó hecho prisionero. Cayó luego otra vez en poder de los moros hasta el año 1227, que definitivamente la reconquistó Alfonso XI de León, el cual le dio fueros dos años después. Sitióla en 1336 Alfonso VI de Portugal; pero en vano. Otra vez la embistieron los portugueses en 1385, siendo rechazados. Ganáronla en 1396 por sorpresa, violando la tregua concertada con Castilla. Fueron no menos rechazados los portugueses en 1642 y cuando en la guerra de Sucesión la atacaron de nuevo, año 1705. Cercóla el mariscal Soult en 1811, en la guerra de la Independencia, con grandes fuerzas y, a pesar de su heroica resistencia, muerto su gobernador Rafael Menacho, hubo de capitular honrosamente. Cercáronla el mismo año los ingleses y se la tomaron a los franceses el año siguiente. La soldadesca inglesa se portó bárbaramente con sus habitantes, que esperaban a sus aliados libertadores. Tres días enteros estuvieron saqueándola y ensañándose con toda clase de crímenes y horrores en sus habitadores indefensos.

171

Mérida debe su nombre al de *Emerita Augusta* que dieron los romanos a la población más antigua celtibérica que había allí. Este nombre latino alude a los veteranos de las legiones V.ª y X.ª, a quienes se dio tierras por orden de Augusto, veinticinco años antes de Jesucristo. Fue la décima ciudad entre todas las del imperio, según el poeta Ausonio y muestran su antigua grandeza las hermosas ruinas que aun se conservan. Es Mérida un verdadero museo de arte romano y hoy toda ella ha sido declarada monumento nacional y se están haciendo excavaciones debajo de la dirección de D. José Ramón Mélida. De las murallas romanas que rodeaban la ciudad sólo hay un basamento de hormigón junto al río. El puente sobre el Guadiana conserva trozos del tiempo de Augusto; hoy tiene 783 metros de largo con 60 ojos. Otro puente sobre el Albarregas es de cuatro arcos y se hizo en el siglo primero. El anfiteatro para las luchas de gladiadores se está excavando ahora. El teatro es de los más completos conocidos y lo hizo Marco Agripa el año 24 antes de Cristo y lo reparó Adriano hacia el 135 de la Era cristiana. El circo es el mejor conservado de los de España y era muy grande, de 444 metros de largo por 115 de ancho para 26.000 espectadores.

Hay dos acueductos, del tiempo de Trajano. El más importante es el llamado de los Milagros, por lo milagroso de su equilibrio y firmeza de sus pilares. Traía las aguas de 12 kilómetros y tiene 827 metros de largo y 25 de alto. Quedan hoy 37 pilares y sus arcos. Del de San Lázaro sólo quedan dos arcos y tres pilares. Hay dos pantanos hechos de grandes muros para abastecer de aguas a la ciudad. De los tres templos romanos que se conservaban en el siglo XVIII sólo queda el que forma parte de la capilla de Santa Eulalia, donde la santa virgen, patrona y natural de Mérida, sufrió el martirio. El Arco de triunfo de Trajano, en la que fue vía principal de la ciudad, está despojado de los mármoles que lo revestían. La Basílica de Santa Eulalia se remonta al siglo IV y se reedificó en 1229. En la cripta se cree que están las cenizas de la santa. El Alcázar fue modificado por los Caballeros de Santiago. Tiene muralla torreada y curioso aljibe.

172

Villanueva de la Serena fue cuna de los célebres exploradores y conquistadores Valdivia y Soto. El estrecho de Magallanes, al Sur de Chile y de América, fue descubierto por Hernando de Magallanes, portugués al servicio de España, que el año 1520 pasó por él en el primer viaje que dio la vuelta al mundo, acabado por El Cano, por haber fallecido Magallanes a mitad del camino. Diego de Almagro fue a Chile en 1535 desde el Perú, por la alta meseta boliviana, llegó al fértil valle de Copiapó después de sufrir penalidades sin cuento por las alturas de los Andes con los 500 españoles que le acompañaban y bajó más allá de Maipó; pero no correspondiendo a las penalidades la tierra aquella, que parecía demasiadamente pobre y poco poblada, volvióse al Perú el año siguiente de 1536.

Pedro de Valdivia, nacido en La Serena el año 1498, volvió allá en 1540 con 150 soldados, tomando otra derrota, el camino de la costa, por Arequipa, Arica y el desierto de Atacama. Llegado al valle de Copiapó, tomó posesión de aquellas tierras en nombre del rey de España. Fundó el año siguiente de 1541 la capital Santiago y el 1544 la ciudad de La Serena, orillas del mar. Volvió al Perú en 1547 dejando en su lugar a Francisco de Villagra. Ardía en el Perú la guerra civil por el levantamiento de Gonzalo Pizarro. Había venido de España Pedro de la Gasca a pacificar las diferencias de los conquistadores y Valdivia se puso de su parte. Venció a Pizarro y en premio fue confirmado en el cargo de Gobernador de Chile, adonde volvió, fundó la ciudad de Concepción en 1550 y la Imperial, Villarica y Valdivia en 1552. La parte sur de Chile era la más rica y poblada. Aquellos indios, llamados Araucanos, fuertes y valientes más que todos los demás del Nuevo Mundo, se rebelaron en 1553, dando comienzo a una serie de guerras con los españoles, que duraron tres siglos. Salió Valdivia de la Concepción para ir a someterlos; pero fue derrotado y muerto con todos los suyos en Tucapel el último día del año 1553. Su sucesor Francisco de Villagra también fue vencido y tuvo que abandonar la ciudad de Concepción. Siguieron adelante los valerosos araucanos, vencieron varias veces a los españoles, acaudillados por el esforzado Lautaro; mas al cabo le fueron abandonando los suyos, que no querían ir tan lejos de sus tierras, y fue derrotado y muerto en 1557. El marqués de Cañete, virrey del Perú, nombró por gobernador de Chile a su hijo García Hurtado de Mendoza, que llegó allá en 1553 con un brillante ejército en el que iba Alonso de Ercilla, que tomó parte en la guerra con los araucanos y en el mismo campo iba escribiendo el famoso poema épico acerca de ella que tituló *La Araucana*. Contúvose a los indios, se volvieron a edificar las ciudades destruidas y pudo considerarse ya como afirmado el poder español en aquellas partes, aunque los araucanos siguieron peleando con tenacidad increíble durante tres siglos.

Hernando de Soto nació en Villanueva de la Serena hacia 1496, fue al Darién el 1519 con Pedro Arias de Ávila, exploró Guatemala y Yucatán en 1528 y llevó un refuerzo de 300 hombres a Pizarro en 1523, volviendo muy rico a España, donde se casó con la hija de su protector Ávila. Fue de Gobernador a Cuba y de Adelantado a La Florida el año 1539 con 600 hombres. Pero anduvo errante con ellos durante cuatro años por el Sur de los Estados Unidos, llegó al Misisipí en 1541 y falleció el año siguiente cuando navegaba por el río abajo, siendo sepultado en sus aguas. Los suyos maltrechos bajaron hasta la desembocadura en diez y nueve días y costeando arribaron a Panuco, de Méjico, después de cinco años de viaje y de padecimientos.

173

En Jerez de los Caballeros nació el año 1475 Vasco Núñez de Balboa. Embarcóse en 1501, vio el Darién y se quedó en la Isla Española hasta que volvió allá nueve años más tarde con Enciso. Por revueltas que hubo, Enciso fue llevado preso a España y Balboa se encargó del mando. Pero aquí Enciso echó toda la culpa a Balboa y consiguió que el rey le condenase por delito de alta traición. Al oír esto quiso granjearse la gracia del rey y se embarcó en 1513 para Coyba con 190 hombres y con solos 90 que le siguieron pasó a pie el istmo de Panamá, haciendo uno de los más

horribles viajes que pueden imaginarse. Harapientos y ensangrentados llegaron a la cima de una sierra y de repente vieron abajo el azulado mar del Sur, extendiéndose hasta la línea del horizonte. Bajaron y, metiéndose Balboa hasta las rodillas en las olas, blandiendo en alto su espada con la derecha y empuñando con la izquierda el pendón de Castilla, tomó posesión solemne en nombre del rey de España de aquel mar que ningún hombre civilizado había visto jamás de sus ojos. Era el 26 de septiembre de 1513. Volvió al Darién y envió a España una relación del descubrimiento. El rey le perdonó y le nombró Adelantado. Volvió a la Costa del Pacífico, hizo dos bergantines, los primeros que en América se hicieron y con ellos tomó posesión de la isla de las Perlas. Quiso ir al Perú; pero una borrasca deshizo las embarcaciones. Su suegro, llamado Pedro Arias de Ávila, envidioso de su fama, le llamó al Darién engañosamente, le prendió y acusándole falsamente de traición le cortó la cabeza el año 1517. Así acabó uno de los grandes exploradores españoles.

174

La villa de Medellín, fundada por los romanos con nombre de *Cecilia Metellina* en honra de Quinto Cecilio Metelo, conserva todavía ruinas de antiguas fortificaciones y de la casa donde nació Hernán Cortés el año 1485, a quien han levantado una estatua. Hombre extraordinario, honra de su pequeño pueblo y de España entera, fue hijo de padres nobles, aunque venidos a menos. Estudió en Salamanca; pero su espíritu aventurero le hizo embarcarse para Santo Domingo en 1504. Acompañó a Velázquez en 1511 cuando fue a Cuba y fue nombrado alcalde de Santiago.

Francisco Hernández de Córdoba había descubierto la Tierra Firme o continente por la parte de Yucatán; Grijalba, siguiendo su derrota hacia el Norte descubrió Méjico; pero por no haber intentado nada, Velázquez envió en su lugar a Cortés. Con unos 600 españoles, 16 caballos y 10 cañones pedreros desembarcó en Méjico el 4 de marzo de 1519 y fundó la ciudad de Veracruz. Los indios, que eran cobrizos, se quedaron pasmados de ver a aquellos hombres pálidos que montaban bestias de cuatro patas, pues jamás habían visto un caballo, y que vestían camisas de hierro y peleaban con palos que despedían truenos. Para que los españoles no pensasen en volverse atrás, barrenó Cortés sus naves y emprendió luego el camino de Méjico, donde los indios le dijeron que reinaba un gran emperador, llamado Moctezuma, sobre treinta reyes o caciques y en un vasto imperio.

Pronto tuvo que pelear con los indios de Tabasco, que se le presentaron en gran muchedumbre. Tras largo y áspero caminar entre bosques y sierras llegó junto a Tlaxcala, donde aquel pueblo aguerrido le salió al paso y tuvo que darles recios combates. Después en Cholula, ciudad sacerdotal, fingieron agasajarle para cogerle con los españoles descuidado; pero habiéndolo sabido por medio de la india convertida Marina, que era su confidenta, se les adelantó, cogiéndolos a ellos.

El emperador Moctezuma, tras varias embajadas con que trataba de retardar, ya que no podía embarazar, la llegada de los españoles, de cuyo valor y victorias le habían enterado, se vio obligado a recibirlos en su capital, saliéndoles al encuentro en litera cubierta de placas de oro, debajo de un parasol de verdes plumas salpicadas de oro en chispas. Vestía elegante veste anudada en pliegues, una mitra en la cabeza, sandalias de oro y pedrería en los pies. Doscientos señores muy bien ataviados le acompañaban. Era Méjico, como Venecia, ciudad asentada en muchas islas, separadas por pequeños canales, en medio de una gran laguna. Llegábase a la ciudad por largas y anchas calzadas o terraplenes. Señalóles el emperador alojamiento. Supo a poco Cortés que los indios tramaban acabar con los españoles y convidó al emperador a que se fuese a vivir con ellos en su posada. En esto Pánfilo de Narváez desembarca con 1.400 españoles en Méjico, enviado por Velázquez para que le llevase preso a Cortés. El cual con 250 hombres le sale al encuentro, le vence y le coge prisionero, volviendo a Méjico con todos los españoles que se le juntaron. Pero Alvarado con los 140 que allí habían quedado se vieron en gran apuro, porque toda la ciudad se había levantado. Acudió Cortés, hubo combates en las calles y al presentarse Moctezuma en una azotea

para calmar a los suyos, perdido ya el respeto y veneración que le teman, le hirió un indio de una pedrada y a los pocos días falleció.

Vio Cortés que estaban cercados de enemigos sin cuento y trató de salir con los suyos de la ciudad. Era lluviosa la noche. Supiéronlo los indios, llenaron de canoas la laguna, cortaron los puentes que había en las cortaduras de la calzada y se lanzaron sobre los de la retaguardia que guiaba Alvarado, acosándolos por la espalda y por los lados. Lograron los españoles echar un puente portátil que llevaban sobre la primera cortadura y pasaron bastantes; pero al peso de los cañones húndese el puente y arrastra hombres y caballos que caen al agua, entonces comenzaron los horrores de *la noche triste*. Hallábanse los nuestros encerrados en una lengua de tierra, cercados por infinitas canoas de las que disparaban los indios una lluvia de flechas, sin poder adelantar por impedírselo la cortadura de la calzada, ni menos retroceder porque una nube de indios, armados de flechas y mazas, les empujaban por detrás. Apiñados en la oscuridad junto a la cortadura, quedó el canal atestado de cadáveres y bagajes, pasando como pudieron por aquel hacinamiento de muertos los que todavía quedaban con vida, luchando uno contra ciento. Los que se salvaron estaban heridos. Perdióse la artillería y bagajes. No quedaba un grano de pólvora y las armaduras estaban todas abolladas. Cortés sentado debajo de mi árbol en la aldea de Popotla, dicen que al ver tan menguados restos de su ejército, derramó tristes lágrimas, Todavía enseñan allí *el árbol de la noche triste*.

Despeados, hambrientos, seguían su retirada, cuando al desembocar en el valle de Otumba vieron una infinita muchedumbre de enemigos que les aguardaban. En medio se veía la seña imperial mejicana rematada por un penacho. Cortés dijo a los suyos que era llegada la hora de vencer o morir y que no diesen más que en los señores distinguidos por sus penachos vistosos, y gritando *¡Santiago!* se lanzó con todos rompiendo aquella muralla de hombres. Los españoles no daban golpe sin herida ni herida que necesitase de segundo golpe. Arremetió Cortés al centro donde ondeaba la seña imperial y tras él Juan de Salamanca, que mató al que la llevaba, le quitó el plumaje y se lo presentó a Cortés. Tomado el estandarte, aflojaron los enemigos y presto fueron desbaratados. Los nuestros eran 400, por haber perecido más de 870 en la noche triste. Este triunfo, que rayó en milagroso, fue el 7 de julio de 1520 y decidió la conquista.

Rehechos los españoles con otros que llegaron de Cuba, fueron sometiendo a varios caciques, pusieron cerco a la capital y, aunque se resistió valentísimamente tres meses, tomada calle por calle, preso el emperador Guatimocín, hubo de rendirse. Acabada la conquista de todo aquel imperio, fue Cortés nombrado gobernador y capitán general. Encargó a Orozco la conquista de Mixteca y Zapoteca, a Pedro de Alvarado la de las costas del Pacífico y Guatemala, a Cristóbal de Olid la de Honduras. La envidia y la calumnia se cebaron en el gran conquistador, le pusieron a mal con Carlos V, le achacaron que quería alzarse con las tierras aquellas y aun que había dado muerte a su propia esposa.

Tuvo que venir a España a sincerarse. Honrosamente le recibió Carlos V en Toledo y le nombró marqués del Valle de Oaxaca, dándole muchos terrenos en Méjico. Volvióse a Veracruz en 1530; pero si bien quedó por capitán general, puso el emperador otro gobernador civil y, aunque todavía Cortés descubrió el 1536 la Baja California, cuando se vio como en segundo lugar donde él había sido el primero y único, volvióse a España. Acompañó al emperador a Argel; mas no halló el favor que esperaba. Cuentan, aunque al parecer sin fundamento, que aguardando un día, como solía, a la puerta del alcázar la audiencia que se le dilataba y viendo salir en coche al emperador, se le puso al estribo. «¿Quién sois?», le preguntó Carlos V. «Soy un hombre, señor, respondió Cortés, que os ha ganado más provincias que ciudades os dejaron vuestros abuelos.»

Desoído y abandonado dicen que falleció en su finca de Sevilla el año de 1547. Su cuerpo, llevado al convento de San Francisco de Tezcuco y después a otro, ha desaparecido. Cortés llamó *Nueva España* al imperio que ganó para su patria. Y allí donde antes se adoraban ídolos monstruosos y espantables, a quienes sacrificaban infinidad de desgraciados indios, abriéndolos

vivos en canal para ofrecerles sus corazones aun calientes y chorreando sangre, a poco se adoró al verdadero Dios, convertidos aquellos infelices por los franciscanos. Hubo palacios y templos, hubo Universidad, hubo imprenta, hubo corte magnífica del virrey, hubo Audiencia, hubo Ayuntamiento y Méjico llegó a ser una de las más hermosas ciudades del mundo.

«En 1524 —dice un escritor norteamericano— no había un indio que supiese leer: veinte años después había tantos que sabían leer y escribir, que el obispo Zumárraga imprimió para ellos catecismo en su idioma. En 1543 había hasta escuelas industriales. Zumárraga llevó en 1536 imprenta. El primer libro hoy conocido se imprimió en 1539 y la primera música en 1548. El año de 1579 se hizo la autopsia de un cadáver en aquella Universidad, para indagar la naturaleza de una epidemia que hacía estragos. No es creíble se hicieran entonces autopsias en Londres mismo. La primera prensa que llegó a las colonias inglesas de América fue el año 1638, cerca de un siglo después que a Méjico. El primer periódico de las colonias norteamericanas salió en 1704 y desde 1693 ya se publicaba en Méjico *El Mercurio Volante*.»

175

Pedro de Alvarado, que capitaneaba la retaguardia en la *noche triste*, nació en Badajoz y fue de los más valientes en la conquista de Méjico. Conquistó después Guatemala, cuya ciudad fundó en 1524, siendo nombrado su gobernador. Otras muchas correrías hizo por lejanas tierras y en una de ellas llegó hasta Quito, de! Ecuador. Un terremoto destruyó la ciudad de Guatemala, sepultando a muchos de sus moradores, entre ellos a la esposa de Alvarado, D.ª Beatriz de la Cueva. Hubo de ir a tierras de Jalisco y al tomar el risco inexpugnable de Mixton, en donde los indios se resistían, Alvarado trepaba valerosamente por aquellas peñas, cuando una roca de las que dejaban caer rodando los enemigos le hirió en la cabeza y le ocasionó la muerte, año 1541.

Pintor insigne de la provincia de Badajoz es Francisco de Zurbarán, nacido en Fuente de Cantos el año 1598 y fallecido en 1662. Fue pintor de cámara de Felipe IV y de los más sobresalientes de España, distinguiéndose por lo realista en la pintura de monjes y en sus ropajes blancos, en el claroscuro y en el espíritu religioso que les comunica. En Guadalupe hay magníficos lienzos suyos que representan a San Jerónimo. En Badajoz nació Luis de Morales, otro famoso pintor, apodado *el Divino*, por el delicado y elegante misticismo de sus pinturas.

176

Extremadura parece haber monopolizado el teatro en tiempo de los Reyes Católicos y de Carlos V. Nacido en Écija, pero oriundo de Badajoz, fue Garci Sánchez de Badajoz, músico, poeta y loco de amores. Acaso fue Garci Sánchez de la familia de Diego Sánchez de Badajoz, natural de aquella ciudad o de Talavera la Real, extremeño de todos modos y tan atrevido erasmiano en mezclar lo profano con lo sagrado como Garci Sánchez. Fue en España lo que Torres Naharro en Italia. Sacó más y más el teatro a la plaza que sus antecesores, porque, sin duda, no se hallaba a gusto entre clérigos y frailes, a quienes prefiere ver entre las gentes del pueblo bajo y así los pinta aporreados y burlados de la chusma soez, aunque su religiosidad y aun devoción harto se echan de ver por sus dos poesías místicas. Fue gran improvisador, de genio avispado, gran socarrón, pintor realista admirable de la gente baja y de personajes a quienes hace risibles y de quienes se burla despiadadamente. Todo el brío que llevaron los extremeños a la conquista de América pusiéronlo no menos en el arte literario.

Bartolomé de Torres Naharro, de la provincia de Badajoz, soldado cautivo de moros en África, criado en Roma del cardenal de Santa Cruz, clérigo al fin, hízose famoso en Italia por sus comedias de valiente realismo, cuyos personajes, cuando son de varias naciones, hablan cada cual su idioma. Conoció el teatro latino y el italiano; pero todos los argumentos de sus piezas son suyos propios, no menos que el mayor enredo puesto en la fábula y el brío y color con que pinta desenfadadamente tipos, sobre todo de la gente bajuna. Falleció en 1531.

También extremeño, de Fregenal de la Sierra, fue Vasco Díaz Tanco de Fregenal, clérigo muy corrido, leído y escribido, verdadero aventurero como Torres Naharro, cautivo con él en África; en fin, tan hombre de arrestos como sus paisanos, que sojuzgaron a América, y tan socarrón y burlón como los demás escritores de su tierra, hasta frisar en estrafalario. Escribió muchas comedias.

Otros muchos dramáticos extremeños brillaron entonces y después en la época de Carlos V. Joaquín Romero de Cepeda, de Badajoz, fue poeta dramático y lírico de cepa castiza. Benito Arias Montano, de Fregenal de la Sierra, fue el más entendido en hebreo y griego, preparó la *Poliglota Regia*, de Amberes, y fue además de sabio varón virtuosísimo y tierno poeta. De Villanueva de la Serena fue el gran orador católico Juan Francisco Donoso Cortés. De Almendralejo fueron dos grandes poetas del siglo XIX: José de Espronceda, romántico sincero y brioso, y Carolina Coronado, poetisa delicada, dulce y misteriosa. De Ribera del Fresno fue Juan Meléndez Valdés el mejor poeta pastoril del siglo XVIII. De Zafra, Pedro de Valencia, humanista y filósofo. Todos estos escritores, en general, se distinguen por el brío extremeño.

REINO DE ANDALUCÍA

Córdoba

177

Habéis oído hablar de Córdoba, la sultana de Andalucía. Ya estáis fantaseando palacios orientales, verdes arboladas, jardines encantados, fuentes y surtidores, plazas espaciosas y mucho tapiz, mucho cordobán labrado en guadamecíes, muchos damascos, muchas perlas. Venid, entrad conmigo. Callejuelas estrechas, torcidas, mal empedradas; placetuchos irregulares y chicos, sin verdor; casas bajas enjalbegadas. Eso es Córdoba. Preguntó la reina Isabel a Alonso Carrillo qué le parecía la ciudad de Córdoba. Respondió: «Muchas aldeas juntas a Concejo.»

Abrid los libros romanos: se hacen lenguas de Córdoba. Abrid los libros arábigos: la admiración por Córdoba pasa de la raya. No mienten los libros: durante dos largas épocas fue Córdoba una de las ciudades más ricas y hermosas del mundo: en la época romana y en la época arábiga.

Hoy no es nada. ¿Y cómo pudo ser tanto? No es región minera, no tiene puerto. ¿Qué industrias, qué fábricas, qué comercio, qué fuentes de riqueza pudo haber en una ciudad mediterránea como Córdoba? Hay un hermoso río, un río hermoso, que corre y corre, silencioso y solitario, cruzando un seco páramo, sin decir nada. Y sin que nadie le diga nada. Sus riberas son lo más triste que puede darse. ¿Para qué sirve Córdoba? ¿Qué sale hoy de Córdoba?

Salen toreros, salen toros de lidia. Es lo único que veréis recorriendo aquellos secos campos. Esos extendidos terrenos están en manos de contados dueños, que no pueden o no quieren cultivarlos. *Latifundios* suelen llamarlos. Están dedicados a hierbas para toros de lidia. Leguas y leguas de terrenos no producen más que lo que a sus amos les dan los empresarios de las plazas de toros por los toros bravos que por allí se repastan. Y esto no produce nada, ni un céntimo a la nación.

¿Cómo pudo ser rica y hermosa esta ciudad? Como podrá volver a serlo el día que se quiera. Gran enseñanza ésta para los niños españoles.

La causa de la grandeza de Córdoba en aquellas dos épocas fue la agricultura. Ese admirable río Guadalquivir se lleva envueltas en sus aguas, solitarias y silenciosas, la grandeza de la Córdoba que fue. De las aguas de ese río habrá de salir, cuando se quiera. Mirad esa ladera de Sierra Morena, toda hermoseada de huertas, donde crecen las plantas más exquisitas. Pues las dos riberas del río y todos estos contornos estuvieron así otro tiempo. Descontando la banda de Sierra Morena que coge el norte de la provincia, todo lo demás hacia el mediodía es terreno feracísimo y el Guadalquivir, que cruza esos campos hoy eriales, lleva caudal más que suficiente de aguas para regarlos y convertirlos en un paraíso, como lo fueron otro tiempo.

Y tal es el problema. Los romanos y los árabes lo conocieron bien. Todas estas riberas eran un continuado vergel y huerta. Pero es que supieron unos y otros cruzarlo de acequias, aprovechando las aguas del río. Los que ahora son latifundios estériles con cuatro hierbajos, se hallaban repartidos en pequeñas porciones y sus dueños procuraban sacar de ellas el mayor provecho posible. El regadío lo permitía. La agricultura fue la causa de la grandeza de Córdoba: la falta de agricultura es causa de que hoy Córdoba no sea nada. La agricultura volverá a engrandecer a Córdoba un día. Pero eso no podrá ser hasta que desaparezcan los latifundios, hasta que la tierra se reparta y cuantos la trabajan sean dueños de un pedazo de terruño y no tristes jornaleros asalariados.

178

Me preguntaréis el porqué de lo estrecho, torcido y feo de las calles de Córdoba. Lo heredamos de los moros y no menos la suciedad urbana, que tanto han extrañado siempre en nuestras ciudades los extranjeros. Todas nuestras antiguas ciudades que fueron de los moros son así: Sevilla, Toledo, Zaragoza. «Todos los vecinos de Sevilla labran ya las casas a la calle (escribía Alonso Morgado hablando del año 1586), lo cual da mucho lustre a la ciudad. Porque en tiempos pasados todo el edificar era dentro del cuerpo de las casas, sin curar de lo exterior, según se hallaron a Sevilla en tiempo de moros. Mas ya en éste hacen entretenimiento de autoridad tanto ventanaje con rejas y celosías de mil maneras, que salen a la calle, por las infinitas damas nobles y castas que las honran y autorizan con su graciosa presencia.» Eran además las casas de un solo piso. Los moros viven para adentro en sus casas y consideran las calles como corrales de vecindad adonde echan la basura. Después entre españoles siguió como cosa rutinaria y, cuando podían haber mudado estilo con nuevas ideas de policía y limpieza, ya España estaba en su decadencia y abandono.

179

Los romanos eran labradores y guerreros. Al llegar a España quedaron encantados de las riberas del Ebro y del Guadalquivir y las llenaron de granjas. Una continuada y dilatadísima granja eran los alrededores de Córdoba. Fue la capital de la España Ulterior, sus escuelas se hicieron famosas y su cultura extraordinaria; pero una familia de ingenios le dio más celebridad que la misma agricultura y que sus palacios, porque la memoria de los grandes hombres dura más que la piedra y que los monumentos. Tal fue la familia de caballeros de la que nacieron los dos Sénecas y Lucano. Séneca el retórico fue rudo y vigoroso maestro de elocuencia en Roma, de temple español, que no se pagaba de los afeminamientos griegos. Séneca el filósofo, su hijo, fue uno de los varones más grandes del mundo, educó al emperador Nerón, que se mostró ingrato con él como con su propia madre, pues le mandó quitarse la vida y él se mandó abrir las venas metido en el baño. Fue un gran apóstol de la virtud, que no se cansa de inculcar en todos sus escritos, un varón fuerte, todo voluntad y nervio, que esfuerza y alienta a sus lectores para emprender cosas grandes, confiando en la virtud. Fue recio reactivo contra la afeminación de su tiempo y en ello se muestra fino español, no menos que en la gravedad y en el sentido común de atenerse a la práctica de la vida virtuosa, sin evaporarse en metafísicas soñadoras. Escribió además las mejores tragedias romanas que se conocen. Su estilo es sentencioso, cortado, a llamaradas.

Tiene Séneca el temperamento, las doctrinas morales y el decir de la raza hispana; por eso España le tuvo siempre por su Mentor o maestro y se parece mucho en las ideas y aun en el estilo a Quevedo y Gracián, siendo los tres los filósofos españoles de casta. *Es un Séneca, es más sabio que Séneca*: estas frases hechas os mostrarán que Séneca es el dechado de la sabiduría para los españoles. Su doctrina se parece tanto a la del Evangelio, que se han supuesto relaciones de Séneca con San Pablo que de hecho no hubo. Séneca no conoció la doctrina evangélica. Lo que hay en el fondo de todo esto es que la doctrina del Evangelio y la de Séneca tienen un mismo espíritu y que es el mismo espíritu doctrinario del alma española. Por eso en España entró tan de lleno el Evangelio y se tuvo por maestro a Séneca.

Lucano, sobrino de Séneca el filósofo, fue excelente poeta, de estilo grandilocuente, de mucha sonoridad, brío y color, como lo fueron después Góngora y los demás poetas cordobeses.

180

En la Edad media fue Córdoba capital del Califato, esto es, del imperio de los moros en España, y la ciudad más hermosa y poblada de Europa, pues dicen llegó a más de medio millón de habitantes y tenía trescientas mezquitas y novecientos baños. Ahora es una pura ruina, casas amontonadas sin orden y hechas con restos de edificios romanos y arábigos. Todavía nos queda, sin

embargo, la mezquita, comenzada a edificar el año 785. Parece un bosque de columnas en diez y nueve naves con arcos sobrepuestos en dos series, una encima de otra. San Femando, cuando reconquistó la ciudad en 1238, la convirtió en iglesia. Destruyóse después su unidad, quitando muchas de las 1.093 columnas para encajar como una nueva construcción clásica dentro de aquel maravilloso bosque, que se veía todo él desde el patio de los naranjos, donde no había la pared que ahora cierra por aquella parte el edificio. Tenía 175 metros de largo y 130 de ancho, 22 puertas y murallas alrededor. Del medio millón de habitantes que contó Córdoba sólo quedan hoy unos 70.000.

Creíase antes que el esplendor de aquella civilización era árabe y que España le debió mucho. Hoy se sabe que no fueron árabes los más de los invasores, sino moros de África y que casi toda aquella civilización la tomaron de España, de los mozárabes o españoles sometidos. Hasta la poesía lírica popular les tomaron en el siglo IX, como lo aseguran los mismos historiadores árabes y de Abencuzmán o hijo de Guzmán, del siglo XII, se conserva un Cancionero. Muchos gobernadores y escritores moros tenían origen español y otros fueron mozárabes. De la mezcla de las dos culturas, la arábiga oriental y la española, salió la cultura arábigohispana. El estilo de arquitectura llamado mudéjar lo inventaron los moros que quedaron en las ciudades después de conquistadas por los cristianos, pues a tales moros se les llamó mudéjares. Distínguese por las labores y adornos que hacían con ladrillos y con yeso y estuco, por el empleo de los azulejos, el alféizar o ventana con columnita en medio, etcétera, etc. Famosa fue la industria de cueros en Córdoba, donde se hacían los *cordobanes* y se labraban los llamados *guadamecíes* o cueros labrados con dibujos.

181

Debemos, pues, considerar a los árabes españoles como a hermanos nuestros. Española era casi toda la sangre de sus venas, y tenían tan poca arábiga como romana los españoles. Nuestra era su cultura. Su idioma era el castellano y el árabe a la vez. No tenían de árabe más que la sobrehaz, lo oficial, el santo y seña del Califato y de los conquistadores. El impulso primero arábigo cierto que trazó la trayectoria de su vida en España; pero el alma de aquella gente y de aquella civilización era española. La caballerosidad mostróse sobre todo en los granadinos y la caballerosidad era cualidad española. Apenas les separaba de los cristianos más que la política y la religión. España peleaba por su independencia como pueblo que tenia su tradicional manera de gobernarse, su religión, sus leyes y costumbres. Era la lucha de la civilización occidental, cristiana, democrática y libre, contra la civilización oriental, mahometana, despótica y servil. Pero la civilización arábigohispana, la más poderosa de Europa en aquellos tiempos, es gloria española, como lo había sido la visigótica en medio de las tinieblas europeas. Los españoles, vencidos por las armas, civilizaron a visigodos y árabes, y conservaron y acrecentaron en España la civilización occidental y el saber en aquellas dos épocas de oscuridad para el resto de Europa.

182

Después de la reconquista, los grandes escritores cordobeses cristianos convienen todos entre sí y se distinguen de los demás españoles por manera maravillosa. Todos tienden a la pompa magnífica y al colorido brillante de Séneca y Lucano. Y no es que les imitaran, sino que así parece llevarlo la tierra. No parece sino que llevan a la paleta, en que tiñen su pincel, toda la fuerza colorista del sol que, reflejado en la falda de Sierra Morena, recude fuerte y vigoroso sobre Córdoba y la alumbra con brillantes resplandores y que llevan a su estilo los vivos colores de la vegetación cordobesa, sobre todo de los claveles rojos de viva sangre que allí florecen. Altisonante fue Juan de Mena, el más famoso poeta del siglo XV. El más famoso del XVII fue Luis de Góngora, que enamorado primero de la lírica popular, hizo maravillas; pero que después, queriendo ser no menos el primero de los poetas a la italiana, hinchó sus versos y exageró de tal manera metáforas y colores, que no sólo sobrepujó a Lucano, sino que inventó el rimbombante y culterano gongorismo, exageración poética que de él así se llamó. Pablo de Céspedes fue pintor, escultor, arquitecto y

poeta de escultórica y colorida forma. Martín de Roa fue el prosista más pomposo y grave de España. Hernán Pérez de Oliva y Juan Ginés de Sepúlveda fueron grandilocuentes prosadores latinos. Erudito historiador fue Ambrosio de Morales.

En el siglo XIX nació en Córdoba otro poeta colorista, sonoro y de grande empuje romántico, Ángel Saavedra, duque de Rivas, que escribió romances históricos, *El Moro expósito*, esto es Mudarra, y el drama *Don Álvaro*.

Entre los pintores sobresalieron Juan de Valdés Leal y Antonio Palomino, que nació en Bujalance y escribió la historia de la pintura española. De Cabra fue Juan Valera, novelista y crítico muy culto, de gusto exquisito y lleno de gracia andaluza, de lo que por allí dicen *tener buen ángel*.

En Belalcázar nació Sebastián de Belalcázar, que dirigió la conquista de Nicaragua en 1524, acompañó a Pizarro al Perú, conquistó a Quito con 150 soldados y fundó Quito, Santiago de Guayaquil, Popayán y Timana o Guacalto.

183

Montilla debe su fama a sus celebrados vinos; pero su gloria al Gran Capitán Gonzalo de Córdoba, que allí nació en 1453 y falleció en Granada en 1513. Es de los mayores capitanes del mundo y el más glorioso entre los españoles. Completó la organización del ejército, sobre todo de la gloriosa infantería española, con el mismo espíritu que los Reyes Católicos le habían infundido en la guerra de Granada. El año 1495 llegó a Italia a combatir el lucido ejército francés, con que Carlos VIII se había apoderado del reino de Nápoles, echando a Fernando II de la Casa de Aragón. Al llegar la primavera ya tenía sometida toda la Calabria y poco después no quedaba un francés en Italia. Llámale el Papa para que le libre de un capitán de bandidos que se había hecho fuerte en Ostia y tenía en gran aprieto a Roma. Corre Gonzalo y toma la plaza. Venecia le pide vaya contra los turcos de Cefalonia, que le hacían desastrosa guerra: va el Gran Capitán y la conquista. Vuelven los franceses a Italia a las órdenes del Duque de Nemours. Apenas comenzada la lucha en Ceriñola, una chispa vuela nuestro almacén de pólvora. Antes de que los soldados pensasen en las consecuencias de este accidente, recorre las filas diciéndoles: «¡Animo, amigos míos! ¡Esas son las luminarias por nuestra victoria!» Los franceses son derrotados y muerto Nemours. Queda limpia otra vez de franceses Italia.

Luis XII determinó vengar esta derrota en nombre del orgullo nacional herido e hizo uno de los mayores esfuerzos que registra la historia de Francia. Pensó apoderarse a la vez de Italia y entrar en España. Acude a todos los medios para allegar gente y pertrechos y juntó tres ejércitos formidables. Uno entraría en España por el valle del Roncal, el segundo por el Rosellón. Ayudaban dos poderosas escuadras en Génova y Marsella para bloquear la costa de Cataluña. El tercer ejército, el más brillante que jamás tuvo Francia, estaba formado por la infantería suiza, por la caballería francesa y los mejores capitanes y nobles más ilustres de la nación y por el tren de artillería más formidable que se había visto en Europa. Europa miraba con gran expectación tan poderosos aprestos. Gonzalo de Córdoba no contaba más que con 12.000 hombres, sin pagas y sin ropas. Los navarros y aragoneses deshicieron el ejército del Roncal. El rey D. Femando y el Duque de Alba dieron cuenta del que venía por el Rosellón.

El mariscal La Tremouille llevó sus lucidas huestes a Italia y su marcha hasta Roma fue un paseo triunfal. «Veinte mil ducados daría yo —dijo— por encontrar aquí al Gran Capitán.» Nuestro embajador en Venecia, D. Leandro Suárez de la Vega, le contestó: «Doble hubiera dado el Duque de Nemours por no haberle encontrado en Ceriñola.» El año 1503 se dio la batalla junto al río Garellano. Los españoles arrollaron, envolvieron, atropellaron y destrozaron a los franceses, que huyeron a la desbandada, dejando en nuestro poder la artillería, banderas, armas, acémilas y bagajes. Los soldados se hartaron de matar. Quedaron en el campo 4.000 franceses, otros tantos fueron hechos prisioneros y no volvió a quedar en Italia un solo francés. La noticia de la derrota cayó en Francia como bomba que estalla, el rey se encerró por muchos días en su aposento y cayó

enfermo. La Corte se vistió de luto y el monarca mandó ahorcar a los comisarios del ejército vencido, desterró a los capitanes y prohibió la entrada en su patria a los soldados que se habían desbandado y acabaron muertos de hambre y de enfermedades fuera de Francia.

El año 1496 fue recibido en Roma el Gran Capitán con pompa desusada. Entró a caballo como conquistador. Se engalanó la ciudad, las músicas y el estruendo de la artillería ensordecían el aire y la muchedumbre llenaba calles, plazas y balcones gritando: «¡Viva el Gran Capitán! ¡Viva el libertador de Roma!» El Papa con toda su corte, de gran ceremonia, le aguardaba en el Vaticano. Entró Gonzalo con la bizarría de su talle y riqueza de sus vestidos y quiso besar al Papa la sandalia; pero no lo consintió; antes, levantándose, le abrazó y le besó el Papa, enalteciendo su valor y generosidad y le ofreció la rosa de oro como al hijo más benemérito de la Santa Sede. Le acordó el perdón del bandido Guerri y la exención de algunos tributos a la ciudad de Ostia. Y al acabar le dio el Papa algunos consejos y elogios, censurando al mismo tiempo a los Reyes Católicos, dejándose decir que nada extrañaba porque los conocía muy bien.

La lealtad castellana de Gonzalo no pudo sufrir esta ofensa a sus reyes, y con dignidad y entereza le dijo: «Bien creo que Vuestra Santidad tenga motivo para conocer a mis reyes y señores, porque no puede olvidar los beneficios que les debe. Acuérdese de que, por defender la autoridad pontificia, atropellada por los franceses, han venido las armas españolas a Italia; de que sin los buenos oficios de los españoles habrían impuesto la ley a Vuestra Santidad los Ursinos; y, sobre todo, recuerde estas palabras que dijisteis hace poco: «Si las armas españolas me recobran a Ostia en dos meses, debería de nuevo al rey de España el pontificado», y Ostia ha sido recobrada por mis soldados, no en dos meses, sino en ocho días. Y para acabar, creo que valiera más al Pontífice no poner la Iglesia en peligro con sus escándalos, profanando todas las cosas sagradas y teniendo con tanta facilidad cerca de sí y en injusto favor a sus hijos, y por tanto yo en esta ocasión os requiero para que pongáis reforma en vuestra persona, en vuestra casa y en vuestra Corte, que bien lo ha menester la cristiandad.» Estas gravísimas palabras dejaron atónitos a todos. La corte romana enmudeció y bajó la cabeza como si fueran todos unas estatuas y nadie osó levantar los ojos al soldado español. El Papa, sobrecogido y temblando, no respondió ni una palabra y Gonzalo salió con firme paso y noble altivez, dejando suspenso al Pontífice, «porque —dice el historiador Abarca — no podía creerse que hombre no aparecido del cielo hablase de esta manera al Papa en su palacio y rodeado de armas y parientes, reprendiéndole con el vivo esplendor de la verdad». Este fue el Gran Capitán D. Gonzalo de Córdoba, ensalzado por todos los historiadores como uno de los mayores del mundo.

Sevilla

184

El cielo alegre, el temple apacible y primaveral, los risueños alrededores y el caudaloso río Guadalquivir hicieron siempre de Sevilla la ciudad del placer y del buen humor. Sus fuentes de riqueza: los fértiles campos y el puerto. Debe Sevilla todo su pasado esplendor al puerto del Guadalquivir, que en árabe suena *río grande* y es traducción de su antiguo nombre ibérico *Bete*, que los latinos decían *Baetis* y significa *lleno, de muchas aguas*. Como ofrece tan poca caída e inclinación, sus aguas apenas se mueven y la marea se nota a cien kilómetros de su desembocadura. A ochenta y siete de ella está Sevilla, a la mano izquierda y, a pesar de tan gran distancia, es verdadero puerto que admite buques de cinco metros de calado. Siempre que el movimiento comercial de su puerto fue grande, lo fue la ciudad. Tan importante es el mar para los pueblos. Las montañas apartan las regiones; los mares las unen, porque son caminos abiertos por todos lados.

Glorificó a Sevilla San Hermenegildo, hijo del rey godo Leovigildo, que le mandó martirizar por haberse hecho católico. Pero mucho más el gran San Isidoro, obispo de Sevilla, nacido probablemente en Cartagena, donde su padre, Severino, fue duque y tuvo cuatro hijos santos: San

Leandro, obispo de Sevilla, que convirtió al rey Recaredo en el tercer concilio toledano; Santa Florentina, virgen y monja; San Fulgencio, obispo de Cartagena y de Écija; y San Isidoro, el más famoso de sus hermanos. Fue el escritor más eminente de su tiempo y el último notable del imperio romano. Recogió la ciencia antigua y fue maestro de España durante la Edad media con sus eruditísimas obras.

185

A la caída del Califato cordobés tuvo Sevilla sus propios reyes moros que la hermosearon. Yusuf levantó la Giralda o torre de la mezquita, donde ahora está la catedral. Es elegante y esbelta torre de 95 metros de altura y, habiéndose derribado la parte superior, se rehizo y se puso una estatua de la Fe. de bronce, de cuatro metros y 1.288 kilos de peso, que los sevillanos llamaron Giraldillo, de donde el nombre de la Giralda dado a la torre. El rey San Femando tomó Andújar a los moros en 1225, después conquistó Córdoba en 1236 y devolvió a Compostela, en hombros de moros cautivos, las campanas que siglos antes había llevado a Córdoba Almanzor en hombros de cautivos cristianos. Sometió a Castilla en 1241 el reino de Murcia y en 1246 reconquistó el reino de Jaén. El año 1248 ganó a Sevilla de los moros, tras largo cerco de diez y seis meses, en el que se señaló el burgalés Ramón de Bonifaz, almirante de la Armada, que rompió con su nave las cadenas con que los moros habían cortado el paso del río y desbarató el puente de barcas que unía a Triana con Sevilla. También se distinguió el valiente Garci Pérez de Vargas, por quien dijo Sevilla: «El rey santo me ganó con Garci Pérez de Vargas.» Rindiéronse al punto Medina Sidonia, Arcos, Cádiz. Sanlúcar y sólo quedó en poder de los moros el reino de Granada.

186

Entrada Sevilla, convirtieron los cristianos en iglesia la mezquita mayor y, como amenazase ruina, el año 1401 acordó el cabildo echarla abajo y levantar una catedral tal y tan buena, que dijo uno de ellos: «Hagamos una iglesia tan grande, que los que la vieren acabada nos tendrán por locos.» Y la hicieron. Suele decirse de nuestras catedrales: «Toledo, la rica; Salamanca, la fuerte; León, la bella; Oviedo, la sacra, y Sevilla, la grande.» Y lo es. Tiene cinco naves, la del crucero de 90 metros de largo por 16 de ancho y 40 de alto. Es un rectángulo de 140 metros de largo por 104 de ancho lo que la catedral ocupa. Hay 70 bóvedas, 32 pilares aislados y 28 empotrados en los muros. Dimensiones todas extraordinarias; pero es todavía mayor la impresión de grandeza que produce el templo. Añádanse 10 metros de la Capilla Real en la cabecera de él. En esta capilla está el cuerpo incorrupto de San Fernando, en una urna de plata, y en sendos nichos el de D.ª Beatriz de Suavia, su esposa, y el de Alfonso el Sabio, su hijo. Aquí mismo se venera la imagen de la Virgen de los Reyes, patrona de Sevilla, regalada por San Luis, rey de Francia, a San Fernando, y la Virgen de las Batallas, de marfil, que el santo rey llevaba en el arzón de la silla de montar, y en fin su pendón y espada. En el panteón están los sepulcros del rey D. Pedro y de D.ª María de Padilla.

A dos tan grandes reyes como San Fernando III y D. Alfonso X, el uno apellidado el Santo y el otro el Sabio, con los cuales se gloria Sevilla y se honra España, debéis tenerles, niños españoles, particular devoción y cariño. Porque ¿quién ensanchó más los dominios de España reconquistando tierras a los moros que San Fernando y quién levantó más la cultura y estimuló el saber, que su hijo D. Alfonso el Sabio? Padre e hijo reinaron en el siglo XIII, el más grande de los siglos medios y al mismo tiempo reinaba en Aragón el más grande de sus reyes, D. Jaime el Conquistador. ¡Felices tiempos aquellos, cuando gobernaban los pueblos de España reyes santos y sabios, cuando en Francia no menos reinaba San Luis y en la cristiandad brillaban teólogos tan grandes como Santo Tomás de Aquino y San Buenaventura!

187

Cúpole a Sevilla la gloria de ser reconquistada por San Fernando y a su hijo D. Alfonso el Sabio fue Sevilla la única ciudad, con Murcia, que se le conservó fiel, cuando las demás le abandonaron para seguir el bando del hijo rebelde D. Sancho. De aquí la empresa del escudo de Sevilla, que es:

no 8 do,

figurándose con el signo 8 una madeja, de suerte que hay que leer:

no madeja do,

esto es, *no me ha dejado* o abandonado la ciudad. Fidelidad muy de loar que prueba el amor que tuvo Sevilla a su conquistador San Femando y a su hijo D. Alfonso el Sabio. Si San Femando engrandeció a España con sus conquistas, aun la engrandeció más su hijo Alfonso X con su saber, porque puede decirse que fue el padre de las letras españolas y de toda nuestra cultura. El fue nuestro primero y más glorioso legislador, el primero en fecha y uno de los mayores prosistas españoles; el fundador de la prosa castellana, el mejor historiador y el mejor poeta lírico de su época, y sobre todo, el que trajo al castellano la ciencia y la cultura arábiga y judía española y oriental. La literatura castellana le debe el haberse comenzado a escribir con él las leyes y documentos oficiales en romance castellano, haciéndolo él por tan elegante y natural manera, que muchos años, y aun siglos, habían de pasar hasta que hubiese quien le igualase. Bárbara era y siguió siendo la prosa de los demás idiomas románicos, cuando Alfonso X levantó tan alto la prosa castellana.

Juntó en Toledo los más sabios moros y judíos y escribió y mandó escribir y traducir toda clase de libros. La *Estoria de España* fue la primera historia que se escribió de nuestra nación, y más todavía que como historia, vale como archivo en que nos conservó prosificada la epopeya popular castellana.

El *Fuero Real* y las *Siete Partidas*, obra sin igual que abarca las leyes de toda la nación y las declara con altísimo pensar y en elegante prosa, mandólas componer y las dirigió y enmendó cuanto al estilo y lenguaje. Hizo traducir muchos libros de astronomía y otras ciencias y compuso las devotas *Cantigas* o cantares a la Virgen en lengua gallega, para que se cantasen en los templos.

188

La Torre del Oro, que hoy está desnuda de los azulejos que le dieron nombre, perteneció al alcázar y se hizo en 1220. El alcázar de los reyes moros fue renovado, en la parte de Poniente, por D. Pedro el Cruel y Eurique II; el patio de las Doncellas, la sala de Carlos V y los jardines son del tiempo de este emperador; quedan de la primitiva edificación las cámaras que dan al jardín. Es el alcázar de estilo árabe con arabescos, colores, inscripciones, arcos y columnas. El presenció algunas de las horribles matanzas de D. Pedro, como la que dio a su hermano D. Fadrique, Maestre de Santiago, a quien mandó matar en su presencia a golpes de maza Pero «quien a hierro mata a hierro muere», dice el refrán, y se vio en la muerte del rey D. Pedro. Traía guerra con su hermano D. Enrique, y en el campo de Montiel viéronse en la tienda de éste los dos hermanos. Vinieron a las manos y en la refriega cayeron ambos al suelo, D. Pedro encima, debajo D. Enrique. Entonces se cuenta que el capitán francés Duguesclin, que con sus huestes había venido a ayudar a D. Enrique, los volvió poniéndole a éste encima diciendo: «Ni quito ni pongo rey, pero ayudo a mi señor.» Y murió D. Pedro asesinado por su hermano D. Enrique, como había él mismo asesinado a D. Fadrique, su hermano. Porque «el que a hierro mata, a hierro muere».

189

Cuéntase, entre otras anécdotas del rey D. Pedro, que tuvo por tan valido a D. Juan de Colmenares y éste le adulaba tan villanamente, que le concedió hasta una prebenda en la catedral

haciéndole canónigo, de suerte que sin más, dejado el jubón de terciopelo y el capotillo carmesí, tomó D. Juan el bonete y el ropón. A estas mercedes correspondía el desalmado canónigo tramando la muerte del rey y entre los que ganó a su causa quiso fuese un Diego Pérez, zapatero de gran influencia, pero tan leal a D. Pedro que, habiéndose negado a tan fea empresa, cayó una noche acuchillado por Colmenares, sin tener más tiempo antes de fallecer que decir cuando le llevaron a casa el nombre del matador. Y no fue poco, pues a la Justicia le bastó para condenar al canónigo. Mas sus doblas y poderío lograron doblar la vara de la Justicia, que sólo le condenó al cabo a no asistir durante un año al coro, cobrando sin embargo su prebenda.

El hijo del zapatero, llamado Blas Pérez, quiso tomarse la justicia por su mano y apostóse el día del Corpus tras un cantón por donde la procesión había de pasar presidiendo el rey, según tenía de costumbre, debajo del palio, al cabildo catedral con el cual iba el canónigo Colmenares. Al pasar la procesión por frente del alcázar púsose a la ventana D.ª María de Padilla, la amiga del rey, el cual le hizo una venia y ella dejó caer uno de sus guantes. Corrió a recogerlo el adulón Colmenares; mas antes de dar cuatro pasos sale el zapatero y le asesta dos puñaladas dejándole muerto en tierra. Alborotóse la gente, echan mano al matador y puesto delante del rey: «¿Quién eres?», le preguntó. «Blas Pérez me llamo», respondió serenamente. «Y estando aquí tu rey, ¿por qué no le pediste justicia?» «Mató a mi padre, señor —dijo Blas—, y la Justicia sólo le condenó a no ir al coro un año, cobrando su prebenda.» Calló un momento el rey, y cuando todos aguardaban su sentencia de muerte, oyéronle preguntarle otra vez: «¿Qué oficio tienes?» «Soy zapatero, señor.» «Pues bien —añadió D. Pedro— no se dirá mmca que en mi sentencia hago preferencias. Si con no rezar en un año pagaba él su delito, tú pagarás el tuyo no haciendo zapatos en un año.» Y dando a Blas Pérez un bolsillo lleno de oro, ordenó siguiese adelante la procesión.

190

Otra famosa leyenda es la del candilejo. En una torcida callejuela de Sevilla, a media noche, suena un choque de espadas. «¡Dios me valga, muerto soy!» y cae un hombre en tierra. Por un ventanuco asoma con un candil una mano descarnada pegada a un brazo sarmentoso, luego el rostro de una como bruja. Sorprendido el matador con la espada ensangrentada, se emboza y vase paso tras paso, tableteándole las choquezuelas. «¡Virgen de los Reyes, valedme!», exclama espantada la vieja soltando el candil, que cae en las piedras derramándose el aceite. Cierra el ventanuco de un golpe y se mete entre sábanas.

En estrecha sala del alcázar antiguo, sentado en sillón de respaldo, está el rey D. Pedro. A alguna distancia, una rodilla en tierra, vestida la negra toga y con la vara de alcalde, Martín Fernández Cerón escucha. «¿Y no le habéis cogido todavía desde anoche?» «No, señor: algún moro, algún judío, ¿quién sabe?» «Sobran sospechas, cuando hay buen testigo; el dueño del candil. Y vive Dios que esta misma noche ha de colgar allí vuestra cabeza o la del reo.» Dijo el rey y se levantó furioso mirando torvamente al alcalde. Ya anochecido, vistióse pardo sayo y manto negro, tocóse con un birreta sin plumas, colgóse un talabarte con estoque toledano y por un postigo salió a meterse en el laberinto de callejuelas de Sevilla.

Una hora después, en una oscura bóveda de la cárcel estaba sentado el buen alcalde Cerón juzgando a la vieja del candilejo. Tras un pilar se ocultaba un bulto negro arrebozado. Los verdugos atormentaban a la vieja. «Dime lo que viste», grita el alcalde. «Nada vi.» «¿Quién tiró a la calle este candil, que confiesas ser tuyo?» «El diablo sería... Soy ciega, sorda y muda. Matadme: no sé nada.» Descoyúntanle la mano, rechinan los huesos, óyese un alarido: «¡Piedad!, yo lo diré.» «Declara.» «El rey fue...», y se le anuda la lengua a la garganta, mientras todos se echan a temblar. El embozado sale del escondrijo sonando las choquezuelas. Todos se postran de hinojos. Saca él de su seno una bolsa con cien monedas de oro, se la da a la vieja y le dice: «Toma, socórrete. Dijiste verdad y mereces vivir. Yo soy quien mató a ese hombre y a mí sólo me juzga Dios; pero la cabeza del reo enseñe a escarmentar a todos allí donde muerto fue.» Efectivamente, colgada estaba allí la

efigie del rey. Todavía sigue allí y la calle se llama *Del candilejo*. Estas y otras anécdotas prueban que el pueblo, ansioso de justicia contra los desafueros de los poderosos, veía en D. Pedro, no al *Cruel* de los historiadores, sino al *Justiciero,* por más cruel que fuese de hecho.

191

La época más esplendorosa para Sevilla fue desde el descubrimiento de América, por haber sido el puerto de donde partían las naves para las nuevas tierras, que llamaron las Indias, y adonde aportaban cargadas de oro y plata. Todo el monopolio de aquel comercio, hasta que los Borbones lo trasladaron a Cádiz, estuvo en Sevilla. A mediados del siglo XVI tenía Sevilla 25 parroquias, 32 monasterios, 110 hospitales. Cogíanse en ella al año 70.000 quintales de diez arrobas el quintal, de aceite. Sobre la riqueza que venía de Indias escribe un autor de aquel tiempo: «Ha venido nao con pastas de oro redondas de a cuatro palmos de longura y con más de cien vasijas de oro entre tinajas y acetres y con trece ídolos de oro. Había tinaja de oro que cabía ocho cántaros de agua e ídolo que tenía más de tres palmos de largo. Numeróse el valor de lo que esta nao trujo en más de 400 cuentos. Ha venido nao que trujo 16 carretadas de oro que se numeró su valor en más de 300 cuentos y nao que trujo 500 arrobas de plata...»

«En 22 de marzo de 1595 años llegaron al muelle del río de Sevilla las naos de la plata de las Indias y la comenzaron a descargar y metieron en la Casa de la Contratación 332 carretadas de plata, oro y perlas de gran valor. En 8 de mayo de 1595 años sacaron de la capitana 103 carretadas de plata y oro y en 23 de mayo del dicho trujeron por tierra, de Portugal, 583 cargas de plata y oro y perlas, que sacaron de la almiranta, que dio sobre Lisboa, y por los temporales trujeron la plata por tierra, que fue muy de ver, que en seis días no cesaron de pasar cargas de la dicha almiranta por la puente de Triana, y este año hubo el mayor tesoro que jamás los nacidos han visto, en la Contratación, porque allegaron plata de tres flotas y estuvo detenida por el rey más de cuatro meses y no cabía en las salas, porque fuera, en el patio, hubo muchas barras y cajones.»

En su libro de *Tratos y contratos de mercaderes* escribió en el siglo XVI Tomas de Mercado: «La Casa de Contratación de Sevilla y el trato della es uno de los más célebres y ricos que hay el día de hoy o se sabe en todo el orbe universal. Porque, a la verdad, soliendo antes el Andalucía y Lusitania ser el extremo fin de toda la tierra, descubiertas las Indias, es ya como medio. Por lo cual todo lo mejor y más estimado que hay en las otras partes antiguas, aun de Turquía, viene a ella, para que por aquí se lleve a las nuevas donde todo tiene tan excesivo precio. De aquí es que arde toda la ciudad en todo género de negocios. Hay grandes y reales cambios para todas las ferias, así dentro del reino, como fuera; ventas y compras, fiado y de contado, de gran suma, muy grandes cargazones, bara-tas de muchos millares y cuentos; que ni Tiro ni Alejandría en sus tiempos se le igualaron... Sevilla es el día de hoy, a causa de las Indias Occidentales, de todas las cuales es puerto y para todas escala, la más rica sin exageración que hay en todo el orbe.»

Hablando de los cambios añade: «Perpetuamente de fuera del reino (como no sea de Indias) a Sevilla se interesa y al contrario, della a cualquier parte se pierde. Porque (Sevilla) excede en dinero y riqueza a todas. De Roma a ella se ganan 15 o 20 por 100, de aquí allá se pierden 8 o 10. De Flandes aquí se interesan 8 o 9, de vuelta se pierden 5 o 6. A Medina, a Burgos, a Valladolid, a Barcelona, a Lisboa, lo común es perder 1 o 2.» De donde se saca que la mayor fuerza del comercio de todo el mundo estaba, durante el siglo XVI, en España, en Burgos, Medina y sobre todo en Sevilla.

Al olor de tantas riquezas acudían a Sevilla, a sus tratos y a vivir en grande, no sólo de toda España, sino italianos, flamencos y franceses, porque, como escribió Mateo Alemán, «había grandísima suma de riquezas y muy en menos estimadas, pues corría la plata en el trato de la gente como el cobre por otras partes». Por algo se decía: «A quien Dios hizo bien, en Sevilla le dio de comer.»

Habréis oído hablar de las famosas procesiones que por Semana Santa hacen las cofradías de Sevilla. Las tales cofradías, el mayor atractivo de los forasteros por la magnificencia, devoción y valor artístico de los pasos o esculturas antiguas que llevan en solemne procesión los cofrades encapuchados, son los últimos restos de los *gremios de menestrales* que antaño había en toda España. Cada gremio tenía su santo patrono y el fin que se proponían al asociarse era el adelanto industrial y la mejora de los géneros, cada cual el de su particular oficio, y además el socorrer en sus necesidades a los cofrades. Comparad ahora con este espíritu religioso, benéfico e industrial, de caridad y de progreso, el de los modernos *sindicatos de obreros*, que han venido de fuera de España y han sustituido a los antiguos gremios españoles. ¡Horrible diferencia! La que va de la civilización cristiana y española a la interesada e irreligiosa de la moderna Europa. El espíritu de esos sindicatos es el egoísmo, en vez de la caridad; el interés y la codicia, en vez del adelanto de la industria; el odio a los patronos, en vez del mutuo socorro; el mirar sólo por sí mismos, en vez de mirar por todos los ciudadanos, tanto que se llaman *Sociedades de resistencia*. Siembran odios y rencores, atentan a la vida de los patronos imponiéndoles además su voluntad, monopolizan los oficios persiguiendo a los que no quieren sometérseles, encarecen los precios de las cosas más necesarias para la vida, suben los jornales y limitan el trabajo del obrero dificultando la industria, cortan de raíz la emulación y libre concurso de los ingenios estimando por igual el trabajo de los mejores y el de los ineptos. No podían ser otros los frutos del egoísmo y del odio con que se crearon los Sindicatos, como hijos de la lucha de clases, derivada del feudalismo europeo; mientras que, por el contrario, la democracia e igualdad española creó los gremios para bien de los ciudadanos y adelantamiento de la industria y mutuo socorro de los asociados. Así nos descubren las cofradías de Sevilla el alma española, cristiana, democrática y civilizadora, en contraste con el alma de la civilización moderna europea, materialista y anticristiana, interesada y codiciosa, feudal y sembradora de odios y de luchas de clases, como las que dividían las sociedades antiguas de Roma y Grecia, entre ciudadanos libres y miserables esclavos. Tanto va, en el espíritu de libertad y democracia, de nuestra raza ibérica y española a la raza europea, a la cual pertenecen todos aquellos pueblos.

Con tanta riqueza, industria y comercio se hermoseó Sevilla y se edificaron la Lonja, obra de Juan de Herrera, donde está el Archivo de Indias con más de 32.000 legajos, el palacio arzobispal, las Casas Capitulares, maravilla plateresca, la Audiencia, la Casa de la Moneda y las Cárceles, hermosos edificios. Para su casa, llamada de Pilatos, había enviado desde Roma D. Perafán de Ribera, primer duque de Alcalá de los Gazules, grandes riquezas artísticas, que hoy todavía los viajeros admiran. Pero ¿quién va a describir tantos edificios artísticos como adornan Sevilla, ni ponderar los divinos lienzos de Murillo y de otros excelentes pintores que se hallan en la catedral y en el Museo de Pinturas? Hubo una escuela de pintura sevillana que apropió a nuestro temperamento artístico las célebres escuelas de Italia, aunque allí siempre señoreó el gusto clásico, tanto en la pintura como en las letras.

192

El arte andaluz derrocha color, es una borrachera de matices abrillantados por el vivo sol que reverbera cayendo a plomo y sacando chispazos deslumbradores. Los alrededores aquellos de Sevilla, alfombrados del verde oscuro y azulenco de sus inmensos olivares; sus naranjales que salpican el verde claro con su rojizo fruto y llenan el aire del suave aroma de su azahar; el cielo aquel de zafiro inalterable que jamás se empaña; la dulce temperatura aun en lo más áspero del corazón del invierno; la vida muelle y regalada que el bienestar y las riquezas aseguraban a sus dichosos moradores; el natural regocijado y riente de los sevillanos que en todo hallan motivo de buen humor y de jolgorio, todo contribuía en el siglo XVI a que las artes y las letras floreciesen como en sereno y apacible mes de mayo, tirando a la bien concertada armonía propia del arte clásico y que tan maravillosamente ajustaba a la índole placentera y jovial de los habitantes, al descansado vivir, al azul del cielo, al verde de los campos.

Pero cuando aquellos ingenios sevillanos salían de aquel lugar de placer y armonía y llegaban a las duras y resecas tierras castellanas, su arte, sin perder en clasicismo académico, ganaba, en cambio, en reciura y sabor nacional. Y así se pasa de Pacheco y Murillo al gran Velázquez y así se concierta en Mateo Alemán la inagotable vena del cuentista andaluz con el nervio de su cortado decir y la profundidad de su moral doctrina, y así se explica el inexplicable entrevero de mansedumbre y dureza, de crueldad y caridad, que yacen a la vez en el fondo de las doctrinas de fray Bartolomé de las Casas.

No cabe duda que el arte andaluz es de suyo más de sobre haz que de fondo, más de ornamentación florida que de sustancia de pensamiento macizo. Tal lo lleva el natural ligero de los andaluces, todo expresión en meneos, gestos, chistes y gracias, sales y donaires. ¿Qué cosa más bizarra puede darse que el andar y el contonearse del andaluz? ¿Quién con más sal condimenta sus cuentos y más seriamente los llena de sabrosos embustes llamados andaluzadas, dando tono de sandía al grano de anís? ¿Quién tiene salidas más ingeniosas y suelta donairosos decires y florea más ricamente sus frases y metáforas?

¿Qué bailes más airosos que los andaluces, qué tonadas más cargadas de florituras, gorjeos, pitíos, ayes, quiebros, que las tonadas andaluzas? ¿Qué es el amor de mocitos y mocitas en Andalucía sino un torneo inacabable de piropos y envites, de quites y soslayos, de escaramuzas, celillos, de tragedias que amagan, de riñas y avenencias? Rejas y guitarras, claveles y peinetas en la cabellera, albahaca en las ventanas, volantes en la faldamenta, ajuste y alamares en la chupa y calzón, faralaes por doquier, por doquier flores, aire y meneos, palillos que castañetean y palmas que chocan, olés y vivas.

Todo ello no es más que el alma andaluza, que no gusta de mirar para adentro y se desborda afuera: todo ello es pura expresión. Y ¿cómo no, si Andalucía es *la tierra de María Santísima*, es decir la tierra de la alegría y de la gracia, de las flores y del azahar? Y con todo eso Mateo Alemán encierra, debajo de la sobrehaz andaluza y sandunguera de su decir, un fondo grave de cenobita, y Velázquez, tras la riqueza de color que pinta hasta el aire, encierra un realismo de seriedad concienzuda y, tras la liviana ligereza en el pintar dioses como Marte, oculta una harto seria sátira humorística de la falsedad pagana y clásica. Y Bécquer, que sabe exponer con palabras que diríanse de aire y con flores de todos los jardines andaluces y con música más alada y volátil que los cantares de Andalucía, lleva un fondo tan enorme, encierra tal sustancia poética, es tal su sinceridad de sentimiento, que con razón es tenido por el poeta más poeta de los poetas españoles.

Y es que en el fondo del andaluz hay todo eso que al salir de Andalucía, al podar de la hojarasca superficial, brota y se manifiesta. En el fondo del andaluz hay grandísima melancolía, cruzan el alma andaluza centellas de tragedia, hay allí un sedimento de desengaño y de grave filosofía. Vedla en Séneca, que nació en Andalucía aunque viva en Roma, vedla en los ingenios que hemos citado. Y hasta se rezuma por entre las estentóreas voces de la zambra, del cante jondo y aun llega a exagerarse convertida en jipíos y aves vocingleros, en soleares y carceleras, donde a cada paso se oye el cementerio, las penitas y achares, el dolor, en suma, envuelto en medio fingidas pasmarotadas, enguirnaldado de flores, deslumbrado de luces, salpicado de gracias; pero que es verdadero dolor que se trasmina del fondo trágico de aquel pueblo, melancólico y moruno en lo bajo, joyante y regocijado en la sobrehaz.

Y de esto hay mucho, muchísimo en toda España, porque esa alma andaluza es el alma castizamente española con el matiz que le da el cielo andaluz, todo expresión y brillo, como si debajo de las irisadas aguas del al parecer sosegado estanque, no hubiese un craso fondo de heces y amarguras. De aquí los contrastes del alma andaluza y española, que a un viso diríase ligera y liviana y a otro parece demasiadamente seria y grave, de pluma y de plomo a la vez, violenta y tarda, andariega y apoltronada, de conciencia tan sana y amante de la justicia en los principios y en el juzgar, y tan desgarrada y picara en los hechos, tan aventurera por América, Italia y Flandes, como apesadumbrada en casa y tendida a la bartola.

La música en Sevilla, con participar de la tonalidad general andaluza, distínguese por la armonía y elegancia, tanto la música alegre que llaman sevillanas, cuyos pasos de baile y mudanzas tienen no sé qué de aristocrático, ceñido y concertado, como la música triste y endechera de las soleares, de lánguidas cadencias en miembros paralelos y de acabado ajuste. El habla sevillana, si en la pronunciación es salerosa, suavísima y musical, en las frases es de originalísimo sentido poético y muy propio. La riqueza de tales frases y de dichos agudos que vuelan en labios del pueblo, es maravillosa y sólo corre parejas con la riqueza de cuentos y anécdotas.

193

El movimiento comercial sevillano que engrandeció a la ciudad en el siglo XVI reflejóse en las artes y letras, que nunca prosperaron tanto en Sevilla como en aquella época. Porque con la riqueza se acompaña el bienestar, y tras el bienestar y el sosiego alegre vienen las buenas artes y los goces del espíritu. Maese Rodrigo Fernández de Santaella había fundado el Estudio de Santa María de Jesús y fray Diego Deza, arzobispo de Sevilla, el Colegio de Santo Tomás. Los jesuitas, en la segunda mitad del siglo XVI, abrieron otra escuela de Humanidades. ¡Maestros humanistas fueron Santaella, Nebrija y Juan de Mal-Lara. Grandes místicos Juan de Padilla, el Cartujano, y fray Francisco de Osuna. En la casa de la Contratación de Indias enseñaban astrología y cosmografía para la navegación. Simón Tovar y Nicolás Monardes tuvieron museo botánico y jardín botánico.

Largo fuera enumerar los escultores, pintores y arquitectos que florecieron; pero dos nombres dicen más que un interminable catálogo: Murillo y Velázquez, que recogieron en el siglo XVII los frutos de los afanes con que sus predecesores del XVI fueron perfeccionando y nacionalizando el arte traído de Italia. Bartolomé Esteban Murillo, sevillano, que vivió de 1617 a 1682, es el pintor cristiano de las *Concepciones*, en que la Virgen, sin dejar de ser humana mujer, tiene un aire de divinidad y de mística aureola, que ningún otro pintor llegó a igualar. Los niños y el candor son muy de su pincel: el Niño Jesús, la Sagrada Familia, los golfillos de la calle. En el Museo del Prado y en el de Sevilla están sus mejores obras. En ambas poblaciones está repetida su estatua, hecha por Sabino Medina.

Diego Velázquez de Silva, sevillano que vivió de 1599 a 1660, pintor de cámara de Felipe IV, comparte con Goya y el Greco la primacía en nuestra galería de pintores. Retratista sin igual, llevó al lienzo la figura de los principales personajes de su tiempo. El color, la armonía, la elegancia, la viva realidad, el aire mismo pintado, todo está sometido al dominio de su pincel, que no halla jamás dificultades. Con razón se le dedicó en el Museo del Prado la mejor sala y se le levantó delante de la fachada una hermosa estatua.

La no interrumpida romería de artistas, que desde los más lejanos parajes de la tierra vienen a visitar nuestro Museo, lo que vienen a ver, lo que miran y admiran con devoción creciente, son las obras de Goya, Velázquez, Murillo y el Greco. Y de estos cuatro dos son sevillanos.

De los grandes escritores científicos de la Sevilla de entonces bastará recordar a Fox Morcillo, filósofo muy original; al médico y naturalista Monardes; a Pedro de Medina, el geógrafo, y a Pedro Mejía, autor del curioso libro *Silva de varia lección*. Como literatos distinguiéronse ya en el siglo XV los dos escritores de viajes Pero Tafur y Gutierre Díaz de Gámez, que sobresalen por el colorido y no menos por él en el siglo XVI y por las que llamaremos trufas y exageraciones andaluzas, Francisco López de Gomara y fray Bartolomé de las Casas, historiadores que exageran para llevar el agua a su molino y defender y apoyar su particular propósito.

Cuanto a los poetas, fueron muchos, muy excelentes y de variadísima tonalidad, porque Sevilla era una Babilonia donde había de todo, en poetas como en mercaderías. Hernando de Herrera es una mezcla del tono bíblico y del tono pindárico en sus canciones, y petrarquesco en las demás poesías amorosas. Pero lo bíblico y pindárico no parece en los demás poetas sevillanos, por manera que no hay escuela sevillana de la que tanto se ha hablado y cuyos comienzos habría que poner con Herrera. Bartolomé del Alcázar tiene algo más que ver con Marcial y aun mucho con

Horacio. De Horacio es su espíritu epicúreo y de la muelle Andalucía, no de Marcial, el aragonés, satírico de costumbres, severo y muy ético en el fondo. Juan Luis de Rivera es místico, con pompa y boato. Juan de la Cueva, inclinado a lo nacional, en el romance y teatro, pero mediano poeta en ambas cosas, nada tiene que ver con Herrera ni con Alcázar ni con ningún sevillano. Juan de Castellanos, que hizo una crónica rimada de cosas de América al tono antiguo, y Pedro de Espinosa, antequerano, clásico y de segundo orden, son muy desemejantes de los poetas antes recordados de Sevilla. No lo son menos Gutierre de Cetina y Rodrigo Caro con su *oda a las Ruinas de Itálica*, ambos de clásica entonación. No hay escuela sevillana; lo que hay es lo regional que da alguna unidad a tendencias artísticas tan variadas. Ese regional sevillano suele ser cierta gracia donairosa, añadida a lo común andaluz, que es la brillantez superficial de expresión. En el siglo XVI no se marca en los escritores sevillanos ni aun esa nota donairosa: hay gran variedad de tonos y tendencias. Lo más común es el arte clásico, que pone mesura al despilfarrado arte andaluz, como en la pintura sevillana domina la mesura académica.

Los prosistas no difieren menos. Numeroso y rítmico es Francisco de Medina, dechado de discurseador académico clásico. Elocuente fray Hernando de Santiago. Las dotes de entrambos junta fray Luis de Rebolledo. Verboso y llano es el padre Francisco Arias, clásico Pedro de Espinosa, eruditos Argote de Molina y Rodrigo Caro.

Más tarde crece el número de los ingenios y sus variadas entonaciones, desde Felipe III. Muy sevillano por su verbosidad y amenidad en el contar, pero no por su serenidad moralizadora, es Mateo Alemán, autor del libro picaresco *Guzmán de Allarache*. Alegre y manirroto gastador, aristocrático, exquisito renacentista y sonetista esmerado fue Juan de Arguijo. En Sevilla nacieron además el orador fray Pedro de Valderrama, amigo de imágenes y escenas bíblicas bien coloridas; Diego Jiménez de Enciso, excelente dramaturgo histórico; Luis Belmonte Bermúdez, fecundo y donairoso dramático; Juan de Jáuregui, renacentista de fino gusto; Diego de Hojeda, de coloreada imaginación: Francisco de Rioja, pintor de las flores. Todos fueron amigos de imágenes y del color como andaluces y esmerados como clásicos. De tantos escritores los más sobresalientes y gloria de las letras sevillanas son como poeta el gran Herrera, como cuentista Mateo Alemán y como dramático Lope de Rueda, batioja de oficio, el que mejores entremeses y pasos compuso y representó, corriendo por toda España. Cervantes le bebió el espíritu para sus entremeses.

194

La cultura, una vez que echa arraigo en una ciudad, aunque venga a menos en poder y riquezas, suele rebrotar y así en el siglo XVIII hubo en Sevilla cierto movimiento poético y se fundó la Academia Sevillana de Letras Humanas. Los más nombrados fueron González Carvajal, Manuel María de Arjona, natural de Osuna; el abate Marchena, de Utrera; Blanco White, Alberto Lista y Félix José Reinoso, sevillanos. Pero sobre todo en la época romántica del siglo XIX, los escritores andaluces sobrepujan en número a los de cualquiera otra región española, aun a los de Madrid.

Andaluz, de Granada, fue el primero que se mostró romántico, Alberto de Lista; andaluz, cordobés, el primero que triunfó definitivamente, el Duque de Rivas; andaluz, de Chiclana, el primer dramaturgo romántico que fue sacado a las tablas para vitorearle y uno de los más famosos y, sin duda, el más romántico de los dramaturgos, García Gutiérrez. Andaluces fueron los románticos más de tumba y hachero, los más desaforados, los Bermúdez de Castro, de Jerez; García Tassara, de Sevilla. Andaluz el que más se señaló por lo pintoresco regional, el malagueño Estébanez Calderón, y andaluces los dramaturgos y descripcionistas que trajeron el género andaluz con sus no menos pintorescas costumbres, el malagueño Rodríguez Rubí con sus *Poesías andaluzas*, el sevillano marqués de Santa Ana, que fue el primero que lo llevó al teatro; el gaditano José Sanz Pérez, que le siguió con el andaluz Sánchez Albarrán y algunos otros.

Andaluz fue el mejor orador parlamentario, el rondeño Ríos Rosas, como después el gaditano Castelar, rey de la oratoria florida, pomposa, asiática, que equivale a decir andaluza. Andaluz el

zarzuelero por excelencia, el malagueño Luis Olona. Andaluz el padre del periodismo diario, el sevillano Manuel M. de Santa Ana. Andaluz el mayor novelista por entregas, el padre en España de la novela folletinesca, extremada de color, pasión e interés, que bien podemos dar por andaluza cuanto a la exageración en todo, el sevillano Manuel Fernández y González. Este gran movimiento literario en Andalucia llegó a dar cuatro de los más eruditos literarios: Aureliano Fernández Guerra, de Granada; Amador de los Ríos, de Baena; Manuel Cañete, de Sevilla, y Adolfo de Castro, de Cádiz. Creería cualquiera que el romanticismo había nacido en Andalucía, y lo que hay es que el romanticismo, por lo que tenía de exagerado en todo, era naturalmente andaluz. La andaluzada o exageración andaluza en el decir, sobre todo en el color, en lo musical, en lo pomposo y enfático, parece explicar este hecho histórico.

Con la época realista comienza a señalarse lo regional. Fue la primera en la novela Fernán Caballero; pero en la manera de expresarse no tiene nada de andaluza, y de hecho es extranjera. Ella, sin embargo, supo sacar de los cuentos y cantares y frases del pueblo, el alma andaluza. Menos todavía tiene de Sevilla, con haber allí nacido, el gran poeta Bécquer. Los demás sevillanos tienden a lo clásico, sin prescindir de la exageración andaluza, que no encajaba bien en aquella época de mesura y reflexión. Pero siempre el arte sevillano parece se distinguió dentro del andaluz por su tendencia clásica, con la nota particular de la gracia. Narciso Campillo, ya romántico, ya clásico, es bastante salado en epigramas y cuentos. Clásicos fueron Lamarque y su esposa Antonia Díaz, natural de Marchena. Clásicos y finamente chistosos Felipe Pérez y González, Rodríguez Marín, natural de Osuna, y el jerezano padre Luis Coloma, discípulo de Fernán Caballero. Clásicos, castizos y más serios, Blanca de los Ríos y Luis Montoto. Díaz Martín, de Montellano, es más popular. Clásicos, en fin, Adelardo López de Ayala, de Guadalcanal, padre de la alta comedia, y Eguílaz, de Sanlúcar.

195

Gustavo Adolfo Bécquer nació en Sevilla en 1836 y falleció en Madrid en 1870. Fue el más lírico de nuestros líricos, el más hondo en el sentir y el más aéreo e ideal en el expresar el amor casto, angelical, aunque humano. Emplea versos populares, los más sencillos, como si temiese empañar con lo refinado de la forma la idea que sale vestida como de aire azulado, transparente y desnuda casi, acompañada de una melodía interna que no se sabe dónde suena. Desearía expresarse «con palabras que fuesen a un tiempo suspiros y risas, colores y notas». Consíguelo por medio de las imágenes aéreas y aromáticas, impalpables y brillantes cual rayos del iris, que sabe sacar de las palabras materiales, como aquella del «hilo de luz que en haces los pensamientos ata». Soñó Bécquer que amaba a una hermosura ideal y sus rimas traspasan la realidad; aunque realísimo es su fondo, son rimas de ensueño. Sólo dos versos bastan para poner en vibración el alma:

¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!

Y aquellos otros:

¿Qué es poesía? ¿Y tú me lo preguntas?
Poesía eres tú.

Y aquella honda copla:

Los suspiros son aire y van al aire,
las lágrimas son agua y van al mar:
dime, mujer, cuando el amor se olvida,
¿sabes tú dónde va?

Sus leyendas son ideas sublimes y sutiles que él hallaba en los objetos antiguos, como si el objeto se las dijese al oído, vestidas con palabras materiales que tanto distan de esa sublimidad ideal. Aquí de su riquísima fantasía, que hallaba medio de encadenar y sujetar materialmente lo más espiritual, de dar forma concreta y de cuajar en figuras vivas lo más vaporoso de su idear y anhelar

de poeta soñador. Sus ojos interiores sabían leer en cada piedra, en cada árbol, en cada rincón, un mundo de cuentos fantásticos, como si la naturaleza hablara al poeta en lenguaje para los demás desconocido.

196

No nos despidamos de Sevilla sin subir a lo alto de la Giralda para que la veáis a vista de pájaro y abarquéis como en cifra lo que es y puede ser. Visteis lo que fue antaño. Si veinte años atrás hubierais venido a Sevilla, se os hubieran caído las alas del corazón. No se oía hablar más que de toros y toreros, de cafés cantantes, tocaores de guitarra y bailaoras de sevillanas y de tangos, de tabernas, de ventas y de juergas. Todavía queda bastante de eso; pero tan sólo para uso de vagos y perdidos, o para señuelo de ingleses que vienen a Sevilla a contemplar esas notas de color y costumbres pintorescas.

Subamos ahora a la Giralda. Mirad aquí a nuestros pies la catedral, como gigantesca cruz sobre la que brota un bosque de agujas de crestería. Allí entre el caserío la mole del Alcázar, más allá la fábrica de tabacos. El Parque de María Luisa más lejos, como mancha verde en medio de la blancura que le rodea, a su derecha el palacio de San Telmo, la Torre del Oro, el río que ciñe por este lado la ciudad como cinta de plata. Venid a esta otra ventana: enfrente el barrio de Santa Cruz con su iglesia, a la izquierda la Casa de Pilatos. De este otro lado: la plaza de la Constitución, la de San Femando poblada de palmeras, la parroquia de la Magdalena, el Museo de Pinturas, los Hospitales Militar y Civil y a lo lejos la fábrica de la Cartuja. Por poniente: la plaza de toros, el puente y el barrio de Triana, las fábricas de electricidad y del gas. Por todos lados en las lejanías pueblos derramados por la tendida vega, cerca y lejos, todos alegres, claros, manchas blancas en las lejanías azuladas: San Juan de Aznalfarache, Castilleja de la Cuesta, Cama, Alcalá del Río.

Apagado rumor como de lejano mar llega de abajo a veces. Ahora reina augusto silencio. Ved ese cielo de zafiro que como inmenso pabellón cobija a Sevilla y sus contornos. Sus tendidos campos cuajados de olivares, naranjos y palmeras, la encierran como un rico y primoroso estuche de esmeralda. El sol esplendoroso dora los campos y parece deshacerse en menudo polvo de oro sobre la ciudad. Desde aquí se comprende mejor el natural risueño de los sevillanos, la franca alegría, el buen humor. Las penas guárdanlas para dentro de sus casas, las tragedias aborrascarán muchas almas; pero en lo de fuera no se ve más que el suave dejarse mecer de este temple delicioso, bañarse en esta luz incomparable, gozar de este cielo. Todo aquí es de color vivo, gracioso y ligero, sutil y transparente como el aire que deja ver recortadas las más lejanas sierras. Es fiesta perpetua la vida sevillana. Así es de alegre, de brillante, de primoroso el arte de sus ingenios, que rebosan gracia y donaire.

Mirad ahora el cerco de la ciudad. ¿Quién pudo sospechar hace veinte años que había de ceñir el casco de la población una tan densa corona de manufacturas y fábricas, erizadas de altas chimeneas, mayormente de fundiciones en todos sus ramos, de cristalería y cerámica y hasta de tejidos que pueden competir con los extranjeros? Apartados de la política menuda y rastrera, se han formado, entre otras, la Asociación para el Comercio y la Industria, la unión Gremial, el Círculo Mercantil, el Círculo de Labradores y Propietarios, el Ateneo Sevillano; esto sin olvidar los organismos oficiales, como la Cámara de Comercio y la de Agricultura y Fomento y muy en particular la Escuela Superior de Artes e Industrias y de Bellas Artes, que cuenta con más de mil alumnos y cuyas clases nocturnas en su mayoría, logran retraer al obrero de vicios y vagancias, aunando de esta manera la educación moral con la instructiva y artística. Las maravillosas mejoras que se han hecho y siguen haciéndose en la ría traen la esperanza de que el comercio y la navegación den el último empuje a la industria y minería, que con felices comienzos van desenvolviéndose.

197

Saliendo de Triana están cerca las ruinas de Itálica, fundada por Escipión el Africano, año 205 antes de Cristo. Allí nacieron los grandes emperadores romanos Trajano, Adriano y Teodosio, que con sabiduría y entereza muy española sostuvieron sobre sus robustos hombros el imperio que amagaba desplomarse, lo ensancharon y lo engrandecieron. Trajano

aquel rayo de la guerra,
gran padre de la patria, honor de España,
ante quien muda se postró la tierra,

como cantó Rodrigo Caro en su famosa elegía *A las ruinas de Itálica*. Teodosio el Grande, cristiano desde niño, valeroso y prudente, puso espanto a los enemigos del imperio y fue el que más engrandeció la Iglesia Católica. Y aquella Itálica, émula de Roma, ¡oh vanidad de cuanto vive debajo del imperio del tiempo!, son hoy

campos de soledad, mustio collado.
. . . .
las torres que desprecio al aire fueron,
a su gran pesadumbre se rindieron.

Cádiz

198

La provincia de Cádiz diríase que se descuelga de la península para abrazarse con África. El Estrecho de Gibraltar se abrió con los movimientos terrestres que resquebrajaron las tierras, despeñándose las aguas del Océano en los hondos valles que hoy son el Mediterráneo y alzando en cambio el Desierto de Sahara que era un mar. La fábula lo atribuyó a Hércules, el cual estribando en los peñascos de Calpe o Gibraltar y de Abyla, hoy Sierra de Bullones en África, cual si fuesen dos columnas, separó a España de aquel continente. Tales son las *Columnas de Hércules* y el *Non plus ultra* o no más allá.

Los fenicios de Tiro fundaron a *Gadir* o Cádiz, que suena cerca, en 1100 antes de Cristo. Su dios era Hércules Melcart. Fue ciudad muy comercial en la antigüedad y cuando desde el siglo XVIII se llevó a ella el monopolio del Nuevo Mundo desde Sevilla. El año 1770 era Cádiz más rica que Londres y llegaban de América a su puerto hasta 125 millones de pesetas al año; pero decayó cuando perdimos América. Es una tacita de plata, rodeada de las aguas del mar, con ciclo brillantísimo y extensísima bahía, en la que hay poblaciones como el Puerto de Santa María, Puerto Real, la Carraca, San Femando. Tenía murallas, que se van derribando ya y el castillo de Santa Catalina, que avanza hacia el mar.

En Cádiz nació Emilio Castelar, presidente de la República en 1874 y el más florido, grandilocuente y asiático de nuestros oradores parlamentarios. De la Bahía de Gibraltar fue Pomponio Mela, gran geógrafo del tiempo de los romanos.

199

En Tarifa se hizo famoso Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, apodo glorioso que le dieron por el heroico comportamiento que tuvo y fue que el hijo único que tenía vino a poder de los moros. Sacáronle ellos a vista de los cercados, que defendían la plaza al mando del alcaide Pérez de Guzmán y amenazáronle con degollarle, si no se rendían. No se mudó el padre con aquel lastimoso espectáculo; antes decía que cien hijos que tuviera era justo aventurarlos todos por no mancillar su honra con hecho tan feo como rendir la plaza que tenía encomendada. A la palabra añade obras; échales desde el adarve una espada con que ejecuten su saña, si tanto les importa. Esto hecho, se fue a comer. Desde a poco dio la vuelta por el grande alarido que levantaron los soldados al ver degollar

delante de sus ojos aquel niño inocente, que fue extraño caso y crueldad más que de bárbaros. Acudió, pues, el padre a ver lo que era, y, sabida la causa, dijo con mesurado semblante: «Cuidaba que los enemigos habían entrado la ciudad», y con tanto se volvió a comer con su mujer sin dar muestra alguna de ánimo alterado. Los moros, desconfiando con esto de tomar la plaza, se retiraron. Hecho magnífico y heroico de amor a la patria.

200

Tarifa fue testigo de una de las grandes victorias de los cristianos sobre los moros. Es la batalla del Salado. Los moros granadinos pidieron ayuda a los Benimerines africanos, que desembarcaron en España con gran ejército, apoderándose de Gibraltar y fueron con los granadinos a cercar a Tarifa. Juntáronle los reyes de Castilla, Aragón y Portugal y fueron en su socorro. A orillas del río Salado, que allí cerca corre, diose una gran batalla, ganada por Alfonso XI. El rey de Granada huyó y los Benimerines escaparon como pudieron a África. Alfonso XI embistió luego a Algeciras, tomándola con ayuda de la armada y puso cerco a Gibraltar; pero falleció durante él de una epidemia que se ensañó en el real, año de 1350.

Subiendo la costa a poniente desde Tarifa, está el río Barbate, donde los moros vencieron a los godos y un poco más allá el Cabo de Trafalgar, o cabo de las cuevas de los moros, que tal suena *Taraf-al-gar,* sobre el cual luce un gran faro. El año 1805 Nelson con su escuadra inglesa desbarató allí cerca las escuadras española y francesa, que venían a su encuentro desde Cádiz, mandadas por los almirantes Villeneuve y Gravina, el cual y otros muchos de nuestros marinos, entre ellos Churruca, hicieron heroicidades, bien que sin provecho. El almirante francés, causa de la derrota por su impericia, cayó prisionero y se suicidó y el vencedor Nelson pagó con la vida la victoria.

201

La llave militar del Estrecho es el Peñón de Gibraltar, nombre que le vino del árabe *Djebel Tarik* o monte de Taric, el que trajo a los moros a España el año 711 y venció al ejército godo del rey D. Rodrigo, orillas del río Barbate, cerca de Medinasidonia. Por Gibraltar salieron también los moriscos, últimos descendientes de los moros, el año 1610, cuando Felipe III los echó de España. Muchos sitios o cercos padeció Gibraltar; pero el undécimo fue de mortales consecuencias para España, cuando en 1704 el príncipe inglés George de Hesse-Darmstadt sorprendió la pequeña guarnición española, durante la guerra de Sucesión, que trajo al trono español a Felipe V. El mismo año y el siguiente españoles y franceses bombardearon durante seis meses a Gibraltar; pero en vano. Por el desdichado tratado de Utrech, 1715, hubo de abandonarse a los ingleses y después de otra embestida en 1727 otra vez se renunció a la plaza por el tratado de Sevilla de 1729. El mismo inútil resultado tuvo el sitio que le pusieron españoles y franceses de 1779 a 1783. Plaza inexpugnable, de las más fuertes del mundo, sigue en poder de Inglaterra, que tiene minada la roca y erizada de cañones modernos del más grueso calibre. Vergüenza para España, que lo será hasta que pueda luchar de poder a poder con Inglaterra, pues mientras tanto no le será permitido subir un cañón a la Sierra Carbonera, que domina por su altura el Peñón de Gibraltar.

202

Jerez de la Frontera tiene fama por sus viñedos y ricos vinos. En la primera mitad del siglo XVI se cogían allí 60.000 botas de las que se llevaban a Flandes e Inglaterra 40.000. También se crían hermosos caballos y en aquella época había más de 5.000 yeguas de vientre de buenas castas, sobre lo cual guardaba su libro el Cabildo de la ciudad. Cada año se llevaban fuera 2.000 caballos. Entraban al año en Jerez por la venta de cosechas y ganados más de 600.000 ducados. Hoy son de ver y admirar las bodegas jerezanas, de grandes naves como de catedral, atestadas de botas o barricas de delicados vinos.

Jerezano fue el famoso Alvar Núñez Cabeza de Vaca, que con otros pocos anduvo varios años errante por los hoy llamados Estados Unidos, según cuenta en sus *Relaciones*, las más instructivas, llenas de peripecias y de mayor impresión de cuantas se han escrito sobre viajes. Inauditos fueron los trabajos que padecieron. Un norteamericano calcula que recorrieron por tierras salvajes más de 10.000 millas y añade que no ha habido hombres que más hayan viajado de esta manera por tierras desconocidas ni con más terribles padecimientos. Pueden servir de ejemplo de lo que a los españoles costó el explorar las tierras del Nuevo Mundo.

Jaén

203

Es la antigua *Auringis*, fue reconquistada en 1246 por San Femando, tiene hermosa catedral, comenzada en 1532, de estilo del Renacimiento español, donde se venera la Santa Faz, de la Verónica. Baeza, la *Virantia* romana, tiene murallas viejas y buenos edificios. Martos está al pie del Peñón de los Carvajales. El año 1312, estando ausentes los dos hermanos Carvajales, fueron injustamente acusados ante el rey Femando IV, el cual creyendo de ligero la acusación les hizo venir de Castilla y despeñarlos por el tajo. Proclamaron ellos su inocencia y emplazaron al rey para antes de treinta días ante el tribunal justiciero de Dios. El rey falleció en el plazo señalado y le llamaron el Emplazado. Los cuerpos de los Carvajales se guardan en la iglesia de Santa Marta.

204

Bailén recuerda el triunfo de los españoles al mando del general Castaños sobre los franceses dirigidos por Dupont. Fue en la guerra de la Independencia, el año 1808. Volvían los franceses con el botín de Andalucía, cuyas ciudades habían saqueado, entre otras Jaén, donde, a pesar de no haber hallado resistencia, habían entrado robándolo y saqueándolo todo, matando a jóvenes y viejos indefensos, a mujeres y niños, sin compasión. En Bailén se vieron acorralados por los españoles y 17.000 franceses se rindieron y abatieron sus armas entregándolas en el campo, quedando prisioneros. Así pagaron providencialmente sus crueldades pasadas.

De mayor importancia fue todavía la victoria de las *Navas de Tolosa*, cerca de Santa Elena, primera estación de Andalucía yendo de Madrid. Yacub pasó el Estrecho con muchedumbre de Almohades y puso en peligro los reinos cristianos. Pidió ayuda Alfonso VIII a los reyes de Aragón, León y Navarra, al conde de Portugal y al Papa. Predicóse la cruzada y vinieron además muchos extranjeros; aunque, apenas comenzada la guerra, no hechos a sus asperezas y molestias, volviéronse los más a Francia, no quedando con los españoles más que el arzobispo de Narbona, oriundo de Castilla, y unos 150 soldados. De los reyes de España acudieron todos menos el de León. Portugal envió a los caballeros Templarios y a otros nobles. La batalla se dio el 16 de julio de 1212 en las Navas de Tolosa, provincia de Jaén, desbaratando la inmensa muchedumbre de los moros y siguiéndoles el alcance. Los moros de España quedaron tan quebrantados, que ya no levantaron cabeza, hasta que vinieron de África los Almohades, a quienes venció en el siglo XIV Alfonso XI en la batalla del Salado. Fueron estas dos las mayores victorias españolas sobre los moros y ellas decidieron la reconquista.

205

Todas estas tierras son muy montañosas, fuera de algunas llanuras en sus confines con la provincia de Córdoba. En los bajos se cría el olivo y la vid. La producción olivarera de España es de las más principales, sobre todo en Andalucía. El año 1919 pasó de 672.787.000 pesetas y aun ha de aumentar mucho más. La producción de vinos y pasas le sigue, habiendo alcanzado aquel año hasta 550 millones de pesetas. La parte montañosa de la provincia fue ya celebrada desde la antigüedad por la abundancia de sus minas y hoy se benefician las de Linares, Las Navas y La Carolina. Las

más ricas eran antiguamente las de Cástulo, hoy Cazlona, con su *Mons Argenteas* o monte que brillaba como la plata, acaso el Hellanes de hoy. Cartaginesas eran las de los Pozos de Aníbal y del Cerro de Val del Infierno. España es el país de Europa de mayor riqueza minera. A principios del siglo XIX se sacaban dos millones y medio de pesetas, al fin de él 400, hoy cerca de 1.500. Pero sus riquezas son inagotables y muchas están intactas.

De Baeza fue el gran arquitecto, escritor y pintor Gaspar Becerra, y no menos el valiente artillero Cristóbal Lechuga, que se distinguió en las guerras de Flandes. De Alcalá la Real fue Juan Martínez Montañés, acaso nuestro mejor escultor.

Granada

206

Ya me estáis diciendo que Granada es famosa por la Alhambra y que de su arquitectura arábiga conocéis el arco de herradura y los arabescos que la distinguen. Y yo quisiera llevaros allá para que conocierais el espíritu de los árabes que señorearon a España casi ocho siglos. Si os llevaran a la Alhambra con los ojos vendados y una vez en el salón de Comares os quitaran la venda, creeríais que es un salón de juguete, hecho para entretenimiento de alguna princesa oriental. Acaso no os engañéis. Quien ve la Alhambra no necesita ver palacios orientales y ya tiene calado el espíritu de los árabes. La vida para ellos es un juguete bonito y quebradizo. Son muy religiosos y de religiosas sentencias de su libro sagrado el *Corán* están llenas las cenefas de la Alhambra y de todos sus alcázares; pero la religión de Mahoma es otro juguete como para princesas orientales, porque de princesas orientales tienen el espíritu los árabes. Su religión les permite tener un *harem* de hermosas doncellas, y otro *harem* de huríes hermosísimas y delicadas les promete en el paraíso. Y como las doncellas delicadas del *harem* no han de trabajar, sino cuidarse de hermosear y perfumar su cuerpo y adornarlo de sedas, oro, damascos y pedrerías, han de morar en alcázares que parezcan fabricados de pedrerías, oro, sedas y damascos, rodeados de jardines cuyas flores aromen el aire y solados de frescos mármoles que refresquen el clima caluroso y por los cuales corra el agua que salte de surtidores cuyo murmullo resuene a frescor en los oídos. Así han de vivir las princesas orientales, así les promete Mahoma a los árabes que ha de ser el paraíso y como anticipado paraíso así aparejan ellos sus viviendas y moradas en esta vida.

La religión, el clima, el *harem*, las doncellas, la tradición oriental, todo concurre a que la arquitectura arábiga sea voluptuosa, que inspire placer y molicie y que sus alcázares sean verdaderos juguetes de pasatiempo y recreo para princesas orientales desocupadas. Y la felicidad del árabe consiste en vivir esa misma desocupada y regalada vida, propia de orientales princesas. La vida es para ellos un juguete y pasatiempo como sus moradas y su futuro paraíso. Cierto que para lograrlo hay que conquistar con el alfanje lo que otros afanaron trabajando y esa vida ociosa y muelle no les pudo venir a los árabes sino después de guerrear y conquistar ricas naciones. Esto les hizo ser poderosos; lo otro los afeminó y les hizo volver a la barbarie en que los vemos caídos. Fueron guerreros y en pudiendo se convirtieron en muelles princesas orientales entregadas al ocio y a la molicie. No son los árabes ni jamás fueron fabricantes ni banqueros que breguen día y noche por amontonar caudales; son gentes que viven sentados, medio echados en alcatifas, reclinada la cabeza sobre blandos cojines, aspirando perfumes, mirando los alicatados dibujos de los artesones, leyendo las policromadas sentencias de las cenefas, siguiendo con los ojos los arabescos y dibujos adamascados de las paredes, soñando fantasías, oyendo el rumor del agua que salta y corre por los regatos de mármol, o el laúd que acompaña cantares melodiosos, recibiendo los halagos de hermosas doncellas, divagando, matando el tiempo.

Para eso se hizo la Alhambra. El salón de Gomares es cuadrado. Pero si allí os quitaran de repente la venda, antes de echarlo de ver, el rojo, el azul, el oro de las paredes os arrebatarían la mirada y vuestros ojos irían de aquí para allá sin parar un punto, arrastrados por la maraña del

dibujo, los calados, las líneas, los colores, que se cruzan en grecas fantásticas y variadísimas, de modo que, si quisierais seguir un trazado, se os enredaría al momento en otro y os daría ocupación para muchos días, con tal que no tuvierais otro quehacer que entretener vuestra vista. No tenían quehacer los árabes para quienes se hizo esta maravilla.

Si miráis al suelo, sentís el escalofrío del frescor de los mármoles; si al techo, hallaréis espléndidos artesonados, elegantes atauriques, otros mil dibujos hechos con piececitas de madera incrustada. La puerta por donde os entraron está coronada de estalactitas de oro y azul. En las cenefas notaréis como unas culebrillas que parecen garabatos. Son letreros árabes con sentencias del *Corán*, con noticias que da el emir de los muslimes Abul-Hachach que lo mandó edificar, como ésta: «En el centro del alcázar estoy como el corazón y en el corazón está la fuerza del alma.» En los otros tres lados del salón hay ajimeces o ventanas con una columnita en medio, con sus pequeñas estancias o miradores. Diríase cualquiera de ellas la abertura o puerta de la tienda de campaña en que el árabe nómada y errante hacía asiento algunos días en este o aquel oasis del desierto. La bóveda retrata no menos el cielo debajo del cual el árabe vive, camina o pone su tienda.

En otras estancias del alcázar de la Alhambra hallaréis columnitas delgadas, solas o de dos en dos, que remedan los esbeltos troncos de las palmeras. De aquel vivir errando por los arenales dicen haber sacado los árabes la traza de su arquitectura. La Alhambra es una verdadera maravilla de este género. Las grecas y arabescos sin término ni cabo, sin comienzo ni atadero, diríanse los fantásticos pensamientos del árabe que, sentado o a medio echar, mira la inmensidad de los arenales y sueña veleidades, que se entrecruzan sin comienzo ni fin.

207

Ahora, si os asomáis a cualquiera de los ajimeces, veréis mucho verdor, esbeltos árboles y la ciudad de Granada allá abajo, muy abajo, como a vista de pájaro y más allá la vega y Sierra Nevada con sus blancas tocas en las cimas. Pocas vistas más espléndidas pueden compararse a ésta. El alma, antes recogida en la contemplación de tanto color, de tanto enmarañado dibujo, de tanto dije, tanto diamante que destella todos los colores de sus facetas, tantas estalactitas que parecen panal dispuesto a recoger las doradas abejas de los pensamientos, ahora al explayarse debajo del cielo de zafiro por los horizontes abiertos, a la vista del embelesador panorama de la ciudad, el verdor de la vega, la blancura de la serranía, siente como si escapara de un encierro y hallara nueva vida y no puede menos de echar de ver lo que va de la naturaleza abierta al artificio recogido, de la realidad a su imitación, de lo vivo a lo pintado. La Alhambra, maravilla del arte, queda achicada ante la grandiosidad del paisaje granadino.

De todos modos la Alhambra y otros muchos monumentos de aquella ciudad nos dicen el grado de esplendor que alcanzó el reino nazarí y el espíritu de los árabes conquistadores de España.

208

Fue Granada el último baluarte de la morisma después de la caída del califato cordobés. Mohamed Alhamar el Magnífico fue el que fundó el año 1156 el reino de Granada, que duró trescientos años, hasta que los Reyes Católicos lo conquistaron en 1492. Él comenzó la Alhambra, hermoseó la ciudad, fertilizó la vega con acequias, plantó cármenes o jardines, protegió la industria y el comercio. El último rey moro de Granada fue Boabdil, el que tuvo que salir de ella abandonándola a nuestros reyes, el que desde la cuesta del Padul, en el lugar llamado *El suspiro del moro*, derramó lágrimas al volver por última vez los ojos a la ciudad del Darro y del Genil. Con él lloraban los moros principales que iban en su compañía. La madre del rey destronado les dijo entonces: «En verdad, señores, que hacéis bien en llorar, que ya que no peleasteis como hombres defendiendo vuestra patria, justo es lloréis ahora como mujeres por dejarla.»

Los Reyes Católicos fundaron el Hospital Real, Carlos V levantó un palacio junto a la Alhambra. En la Capilla Real de la Catedral se hallan los artísticos sepulcros de los Reyes Católicos

y de sus hijos D.ª Juana la Loca y Felipe el Hermoso. Hay otros monumentos de gran valer artístico, como la iglesia de San Ildefonso, la puerta de Elvira, la Audiencia.

209

Fecha memorable, que debéis guardar en la memoria, es la del año 1492, en que acabó la reconquista con la toma de Granada, y con el descubrimiento del Nuevo Mundo se extendió España por inmensos territorios y vino a ser madre fecunda de veinte naciones americanas. La guerra de Granada fue palenque donde brillaron el valor guerrero del rey D. Femando, la solicitud maternal de la reina D.ª Isabel, la bizarría de cien guerreros, la escuela práctica donde aprendieron nuestros capitanes y nuestros tercios que habían de triunfar después en toda Europa, donde se forjó la raza de los conquistadores del Nuevo Mundo. Admirables romances, compuestos en los mismos campamentos, cantaron aquellos episodios caballerescos, que como broche de oro cerraron la epopeya castellana o romancero. El campamento de la Vega se quemó; pero al punto los reyes levantan de piedra una población que llamaron Santa Fe: tan grande la tenían y tal tesón pusieron en aquella guerra. Desde Santa Fe retaban nuestros campeones a los más valientes moros granadinos a singulares y caballerescos combates. Comenzóse aquella guerra el año 1481 y acabóse el 1492.

La conquista de Granada no significa sólo el acabar de echar a los moros, el fin de la reconquista de la patria, el logro de la completa independencia nacional tras ocho siglos de lucha, el lavar la antigua afrenta y volver por la honra de España. Grande es todo esto; pero hay mucho más. Es el triunfo, no sólo de España, sino de Europa, del mundo civilizado, de las ideas más levantadas, el triunfo de la civilización europea y cristiana sobre la bárbara civilización oriental, de la libertad y de la justicia sobre el despotismo y la servidumbre. La civilización oriental del absolutismo de reyes y de la servidumbre de pueblos fue atajada por los griegos con las guerras médicas y por Alejandro. Los romanos quedaron enredados en sus mallas, los dioses de Oriente señorearon en Roma, los emperadores se hicieron tan déspotas como los déspotas orientales. El cristianismo se alzó entonces, barrió toda aquella podredumbre y acabó con todo lo oriental. Pero vino Mahoma y Mahoma fue la más formidable encarnación del genio de Oriente contra el de Occidente, encarnado en la civilización cristiana. Las cruzadas se le opusieron con algunos triunfos pasajeros. Quien se levantó como barrera que le cortó el paso fue España con la reconquista, sellada con la toma de Granada. A poco pujó un retoño: los turcos, que volvieron a amagar a Europa; pero España lo cortó de raíz en el combate de Lepanto. España fue, pues, como antes Grecia, la que hizo triunfar la civilización cristiana, europea, occidental, la civilización del derecho, de la justicia, de la libertad, sobre la bárbara civilización oriental, asiática, del despotismo y de la servidumbre. Todo esto significa y encierra la conquista de Granada.

210

El ejército permanente se había creado el año 1390 en las Cortes de Guadalajara; pero los Reyes Católicos le dieron la forma y el espíritu con que llegó a ser el primer ejército de Europa. El año 1483 acompañaban a las huestes hasta 30.000 peones ingenieros para talar los campos; seguíanles 80.000 bestias de carga, 2.000 pontoneros, 4.000 gastadores y 30.000 acémilas para los víveres. En 1485 mandó la reina 15.000 caballos y 80.000 infantes. Con estos ensayos y con la experiencia de la guerra de Granada fueron mejorando la milicia. En 1493 crearon las guardias viejas de Castilla, después las guardias de a caballo de la costa de Granada. Fueron introduciendo la administración y la sanidad militar, hospitales de campaña, servicio de víveres, médicos, cirujanos, boticarios y capellanes. La leva de tropas no se hacía en España entre vagos y gente perdida ni de extranjeros asalariados. De la duodécima parte del vecindario honrado de veinte a cuarenta y cinco años escogían los concejos los que menos falta hicieran a la población y así hallamos siempre en aquellos tercios personas de cuenta, hidalgos, nobles y escritores. El resto de los vecinos estaban no menos aparejados para ir a la guerra, «si mucha necesidad para ello hubiese». Con este fin ordenaron los Reyes Católicos que todos tuviesen armas e hiciesen ejercicios en días señalados y

hasta propusieron premios para los más sobresalientes. Llamáronse *tercios* ciertas unidades orgánicas de soldados, compuestas de arcabuceros, piqueros y hombres armados de espada y rodela.

Las ideas caballerescas con que se crió el ejército en la vega de Granada eran tales, que, al decir de un autor, aun en los mismos motines nunca se alteró la disciplina de aquellos tercios admirables y temibles. El espíritu patriótico bastaba para unir a capitanes y soldados y para conservar la ordenanza. En 1574 llegaron los amotinados hasta deponer a sus jefes; pero nombraron soldados electos que mandasen y entonces pidieron las 37 pagas atrasadas. De aquí que hombres del rigor del Gran Capitán, Antonio de Leiva, Sancho Dávila y Requesens no se atrevían a castigar tales alteraciones, porque el amor a la patria conservaba la subordinación y lo sustancial del soldado aun en la misma rebeldía. Con dos días sin comer y con 18 pagas atrasadas los soldados del Gran Capitán van hambrientos a su tienda y le amenazan con picas y mosquetes; pero bastó que Gonzalo apartase suavemente con la mano la pica del que le amagaba al pecho, diciéndole con cariño: «Aparta, que me vas a herir sin querer» para que volviesen al punto a la obediencia y jurasen morir por su capitán.

En hombres de tanto pundonor el mayor castigo era echarles del ejército y no había otro; pero se penaba en cambio duramente la cobardía. Diez soldados guardaban el fortín de Garellano en la campaña de 1503 y lo abandonaron al verse acorralados por fuerzas superiores. Mas los otros soldados al verlos los despedazaron gritándoles: «¡Antes debíais morir!»

El Gran Capitán acabó de robustecer en Italia este espíritu criado en la vega de Granada y a su lado brotan ingenios guerreros. Como abundaban en el ejército nobles y caballeros ilustrados impusieron sus modales y hubo entre capitanes y soldados un trato digno, decoroso y de hermanos. «El soldado, fuera de la obediencia que debe a su capitán en el servicio del rey, no es menos que éste y debe tratarle como compañero y amigo, hermano en iguales empresas e intentos de honra», dice Jerónimo de Urrea. Así es que nuestros soldados tenían una superioridad indiscutible sobre la rudeza y grosería de los suizos y de los alemanes y sobre la ignorancia de los franceses. Aquel formidable ejército francés que pasó a Italia y creía todo el mundo que se tragaría a los pocos españoles, era, según el francés Brantome, horda de bandidos, dotados de un valor feroz y dominados por la inmoralidad. La mayor parte eran escapados del presidio, iban señalados en las espaldas como criminales y tenían cortadas las orejas por ladrones. Así saqueaban bárbaramente los pueblos donde entraban. Además entre el jefe y los soldados había un abismo infranqueable y no podía haber más que la relación violenta del que manda y del que obedece forzado. Infamantes castigos imponían los franceses a sus soldados.

Maquiavelo con su perspicacia conoció mejor que nadie la diferencia entre el soldado español y el de las demás naciones, envidiando a los españoles el que formasen un ejército nacional que no tenía más señor supremo que la patria y un espíritu individual desconocido para los demás. Otro italiano de aquel tiempo escribió: «Los españoles trajeron a Italia una táctica nueva, fundada en el valor personal y en la confianza recíproca entre jefes y soldados. No se comprendía entre ellos la deserción ni el paso de uno a otro ejército por mayor paga o por más comodidad. Las masas no podían ser derrotadas, porque su división o fraccionamiento multiplicaba los combatientes, que peleaban uno a uno o en pequeños grupos, de modo que el desorden en la infantería solía ser más temible para los enemigos.»

Era este el sistema de guerrillas, empleado siempre por los españoles desde el tiempo de los romanos, y el empleo de la espada corta al embestir cuerpo a cuerpo, que exige valor y destreza y que fue siempre tradicional de los españoles, tanto que de ellos la tomaron los romanos y aprendieron de ellos su uso, aterrados ante el estrago que les causaban aquellos soldados que, según César, se lanzaban individualmente una y otra vez sobre las cohortes romanas sin darse nunca por vencidos. Los godos dejaron sus pesadas espadas por las españolas y los árabes hicieron otro tanto, y en el siglo XVI igualmente los suizos. En las batallas de Garellano y de Pavía, habiéndose inutilizado la artillería, acometieron los españoles a los franceses con la espada, derribando caballos

y piqueros. Sabido es cómo manejan hoy mismo la navaja los españoles, arma que es la heredera de la antigua espada corta.

Por eso la esgrima llegó a tener en España una importancia extraordinaria, formando una escuela que hoy tratan de resucitar los mismos extranjeros. Los tercios de la infantería española ponían espanto en todas partes, hasta en su mayor decadencia, en la batalla de Rocroy, como dijo Bossuet. Gloria española es el haber sido maestra militar nuestra nación de todas las demás y haber poseído una infantería de levantado espíritu, patriótico, valiente, de admirable compañerismo con sus capitanes, ilustrado y benigno con los mismos vencidos.

Y vosotros, niños españoles, habéis de mirar a los soldados como a los defensores de la patria y de la bandera española, y habéis de disponeros para serlo también a su debido tiempo, aprendiendo ya desde ahora la apostura militar, diciendo con el poeta:

Marchemos en las filas
cual marchan los soldados,
erguida la cabeza,
las manos a los lados,
los pasos siempre iguales
de chicos y mayores,
cual marchan los soldados
al son de los tambores.
¡Mucho orden en las filas!
¡oír la voz de mando!
todos de frente, ¡marchen!:
un, dos, tres, cuatro.

211

Pedro de Mendoza, que vivió de 1487 a 1537, nació en Guadix. Fue el primer Adelantado de la región del Plata o Argentina y fundador de Buenos Aires. El año 1508 Juan Díaz de Solís y Vicente Yáñez Pinzón recorrieron las costa del Brasil y pasaron por delante de la desembocadura del río de la Plata, que creyeron era un golfo. Volvió Solís el año 1515 y, notando que las aguas eran dulces, entró por el río, tomando posesión de aquellas tierras en nombre del rey de España. Pero habiendo desembarcado con solos ocho hombres, fueron todos muertos por los indios charrúas.

Cinco años más tarde tocó allí Magallanes, y luego el veneciano al servicio de España Sebastián Gaboto o Caboto remontó el río Paraná y el Paraguay hasta el río Bermejo, donde peleó con los indios guaraníes y hechas con ellos las paces, como le diesen unos pedazos de plata, creyendo la habría abundante, dio al río el nombre de *La Plata*. Fundó el puerto de Sancti Spiritus en la isla de Paraná, hoy Rincón de Gaboto, y dejando 170 hombres al mando de Nuño de Lara volvióse a España.

El año 1535 desembarcó allí Pedro de Mendoza, soldado que había estado en Italia y en el saco de Roma y había sido nombrado Adelantado y Gobernador del Río de la Plata. Fundó el mismo año al desembarcar el puerto de Santa María de Buenos Aires, pero los guaraníes derrotaron a los españoles y quemaron los edificios. Remontó Mendoza el río y, dejando por Adelantado a Juan de Ayolas, volvió a España, falleciendo en la travesía. Tales fueron los comienzos de la hoy gran República Argentina.

212

Gonzalo Jiménez de Ouesada, granadino, pasó a América con Fernández de Lugo como Oidor. Partió de Santa Marta en 1536 con 750 hombres y 85 caballos, unos a pie, otros en bergantines, por el gran río Magdalena arriba, padeciendo lo increíble por el encharcamiento de los terrenos, la espesura de las selvas, el clima cálido, los ríos, los insectos, el hambre, la falta de

víveres, los dardos envenenados de los indios, las fiebres palúdicas, los jaguares y los caimanes. Para no morir de hambre devoraron sapos, culebras, sabandijas asquerosas, hasta pedazos cortados a los cadáveres de los hombres muertos. Al fin llegaron a la dilatada sabana de Bogotá, donde fundó Quesada la ciudad de Santa Fe de Bogotá el año 1538 y llamó a aquellas tierras con el nombre de Nueva Granada, en recuerdo de Granada y de Santa Fe, fundada en su vega por los Reyes Católicos. Falleció en 1579. La Nueva Granada se llama hoy República de Colombia.

213

Hay otros insignes varones granadinos que han llegado a la inmortalidad. Don Diego Hurtado de Mendoza, humanista, poeta y prosador, que escribió elegantemente la guerra de los moriscos sublevados. Fray Luis de Granada, escritor místico y ascético de los más elocuentes, gloria de la Orden dominicana, cuyas obras se tradujeron a varios idiomas y eran leídas en toda Europa. Don Antonio de Cáceres y Sotomayor, también dominico, obispo de Astorga, confesor del rey, parafraseó los Salmos con la propiedad y vigor que sólo admite el castellano. El jesuita Francisco Suárez, llamado *el Doctor Eximio*, de nuestros mayores filósofos y teólogos. Pedro de Mena ganó a los escultores que le precedieron en la invención y fuerza expresiva. Alonso Cano fue escultor, pintor y arquitecto.

Don Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, «rayo de la guerra, padre de los soldados, venturoso y jamás vencido capitán», tuvo la reserva en el combate de Lepanto e iba a mandar la *Armada Invencible* contra Inglaterra, que él aconsejó a Felipe II. Jamás se llorará bastante la inmensa desgracia que sobrevino a España con su fallecimiento, casi al momento de partir la Armada, porque el duque de Medinasidonia, que le substituyó, no sólo era contrario a tal expedición al partir, sino que, después de haber desbaratado el mar la Armada por sus descuidos, escribió al rey: «Así V. S. me tenga por olvidado en todas estas materias y le suplico, pues nuestro Señor no se sirvió llamarme a esta vocación, no se me ponga en ella..., y en las cosas de la mar por ningún caso ni por ninguna vía trataré de ellas aunque me cortase la cabeza, pues será esto más fácil que no acabar en oficio que no sé ni entiendo.»

De Guadix fueron el dramaturgo Antonio Mira de Amescua, del siglo XVII, y el novelista del XIX Pedro Antonio de Alarcón.

Málaga y Almería

214

Tierras del sol, cuyos ardores templa la vecindad del mar, clima delicioso, cielo límpido y transparente, perpetua primavera. Las montañas de Almería, la Sierra de Gador, la Sierra Almagrera, sobre todo, preñadas están de ricos minerales, beneficiados desde la más remota antigüedad, de plata, plomo, hierro, cobre, calamina, manganeso, azogue, azufre, granates, jaspes. La uva del *Barco*, de la misma provincia, es de tamaño extraordinario y de exquisito sabor. Los fuertes soles y la fertilidad de la tierra producen en ambas provincias las más peregrinas plantas tropicales y las frutas más sabrosas, mayormente en la célebre Hoya de Málaga : plátanos, palmeras, naranjos, caña de azúcar, granados, membrilleros, limoneros, higueras, olivos, y en la parte montañosa, en la Axarquía y en los montes del Colmenar, las vides que dan los riquísimos vinos de Málaga. ¿Quién de vosotros no ha saboreado los moscateles de Málaga y los vinos de Málaga y las pasas de Málaga y los higos de Málaga? No tienen par ni semejante en el mundo. La industria malagueña prepara todos estos productos y el comercio los lleva a todas partes dentro y fuera de España. El nombre de Málaga, del fenicio *Malaca*, alude a la salazón del pescado que allí se hacía. Hoy como entonces el sabroso y variadísimo pescado malagueño es abundantísimo. Son famosos sus boquerones y chanquetas.

Pintoresco tipo malagueño es el vendedor de pescado que recorre las calles contoneando el cuerpo con sus dos cenachos colgando de los hombros robustos y en mangas de camisa, cantando: «Boquerones apuraítos y blancos», «Sardinas pasala» (para asarlas). Los cantares y tonadas malagueñas tienen mucho de arábigas y no se dejan aprisionar en el pentagrama. Son hondas expresiones del sentimiento, que se desgranan en gorgoritos inesperados, en gemidos endecheros, que se adelgazan a veces hasta reducirse a un hilo casi imperceptible de voz y que después va engrosando poco a poco hasta convertirse en cascada y raudal de notas, riquísimo y variadamente modulado. Son endechas sentidísimas del alma.

215

La literatura malagueña distínguese por la fuerza del colorido. Pintoresco fue antiguamente el barrio de los Percheles, al otro lado del riachuelo llamado Guadalmedina, donde se colgaban las perchas con los pescados, como lo fueron el Potro de Córdoba y el Patio de los Naranjos, de Sevilla, lugares frecuentados por los picaros. Las vistosas escenas malagueñas pintólas con gran propiedad y lenguaje rico del pueblo, aunque con cierto tufillo de afectación erudita, Serafín Estébanez Calderón, por seudónimo *El Solitario*, en su obra *Escenas andaluzas*, del siglo XIX. Con mayor frescura y color manejó el pincel literario, dejándonos brillantes cuadros de las costumbres y del alma malagueña, Arturo Reyes, que vivió de 1864 a 1913.

De Ronda fue Martínez Espinel, que divulgó la guitarra española de cinco cuerdas e inventó la décima llamada espinela. En linda prosa escribió además la novela picaresca *Vida del escudero Marcos de Obregón,* a la cual tanto debe el *Gil Blas*, obra del francés Lesage.

Huelva

216

Es la antigua *Onuba*, orillas del Odiel, que desemboca cinco kilómetros más abajo en el Río Tinto y es de cuatro kilómetros de ancho y navegable en la alta marea para los navíos de alto bordo que cargan el mineral de Río Tinto y Tharsis en cinco magníficos muelles, algunos de hierro, por los que ruedan los trenes de carga. De estas minas se sacan al año unos dos millones de toneladas de piritas de cobre. Son las más ricas del mundo y de las más antiguas que se conocen. El nombre mismo de Tharsis se recuerda en la Biblia como la tierra más famosa en minas. Muchos kilómetros cuadrados abarcan aquellas cuencas mineras y de los tiempos de los fenicios y romanos consérvanse escombreras enormes, galerías de miles de metros, cerros cortados, hendeduras y cavidades, peñascos y terrenos abrasados y hundidos. Es un dolor que tanta riqueza mineral la vendiera el Estado español el año 1873 por 92.800.000 francos, que desaparecieron como los demás fondos del Estado, invertidos sin provecho en manos de una administración despilfarrada. Toda esa riqueza se va fuera de España, cuando debiera haber quedado aquí alimentando fábricas e industrias que la hubieran multiplicado. Horror da cada vez que se vuelven los ojos a la administración española. Otras muchas minas hay en la provincia, cuya mayor parte es montuosa por las derivaciones de Sierra Morena. En la otra parte al sur, en la llanura, cultívase el naranjo, el olivo, la vid y los cereales. Hay muchos pastos que mantienen numerosa ganadería. La pesca del atún y de la sardina enriquece las poblaciones costeñas.

217

En la orilla izquierda del Río Tinto, cerca y al Suroeste de Huelva, en alta loma, se levanta Santa María la Rábida, convento de franciscanos. Allí enfrente de la desembocadura del Odiel se labró en 1892 el monumento conmemorativo del IV centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo. Columna que sostiene un globo con su cruz, de gran significación para los españoles que, si no saben administrar las riquezas que con larga mano la tierra y la Naturaleza les regala, por otra

parte pueden ufanarse de haber llevado a cabo las más fantásticas y no soñadas empresas. Grande en las cosas del espíritu, pequeño en las cosas materiales: tal es el español de todos tiempos. España descubrió un Nuevo Mundo y sirvió de puente por donde aquellos increíbles tesoros, fruto de tan grandes conquistas, pasasen sin detenerse a enriquecer a Europa, como salen las riquezas minerales de España para que las aprovechen fuera de ella con la mano de obra los extranjeros. España es Don Quijote, que se basta y contenta con sus nobles propósitos, con sus aventuras y correrías, desentendiéndose de todo lo material y por sus ufanías de hidalgo pasa hambre e incomodidades, le apalean yangüeses, se le burlan galeotes, venteros y mozas del partido.

Desesperanzado volvía Colón, español de nacimiento y no genovés, como hasta poco ha se había creído, de la Corte de D. Juan II de Portugal, donde no habían hecho caso de sus proyectos y promesas de hallar un Nuevo Mundo, de dar con las costas orientales de las Indias. Los Reyes Católicos daban tantas largas, ponían tantos embarazos, que no sabía ya a quién acudir. El guardián franciscano de la Rábida y confesor de Isabel la Católica, le recibió en su convento y tuvo grandeza de alma bastante para comprender la grandeza de los proyectos de aquel que se presentaba casi como un mendigo. Juan Pérez se llamaba el guardián. Antonio de Marchena, otro franciscano, que con el guardián suelen muchos confundir, ayudó no poco a Colón. La Providencia quiso que a los humildes hijos de San Francisco se debiera la más alta empresa que vieron los siglos. Intercedió el confesor con la reina y, tras muchas entrevistas, Isabel también comprendió a Colón, con quien hizo el trato firmado en Santa Fe, el 17 de abril de 1492, pocos meses después de firmada la capitulación y entrega de Granada, que lo había sido el 25 de noviembre del año 1491. La reina se movió principalmente, como mujer y católica, con la esperanza de traer a la Fe las lejanas naciones infieles. Hasta corre que, arguyendo algunos con la penuria del erario para pagar los gastos de la expedición, la reina dijo que allí estaban sus joyas para ello. Mas no fue necesario, porque Aragón aprontó cuanto fue necesario para el gasto, la costa y el avío de la pequeña flota.

El 3 de agosto de 1492 embarcóse Colón en la *Santa María*, llevando otras dos carabelas, la *Pinta* y la *Niña*. Partió de Palos de la Frontera, en la izquierda del Río Tinto, poco más arriba de la Rábida, y se entregó a las olas del mar tenebroso, misterioso y desconocido, descubriendo el Nuevo Mundo y volviendo al puerto de partida el 15 de marzo de 1493. Había tocado tierra americana el día 12 de octubre de 1492, día de la festividad de la Virgen del Pilar y en una carabela bautizada debajo de la invocación de Santa María. No es menester parar mucho la atención para ver la mano de la Providencia por la intercesión de la Madre de Dios. La Providencia regalaba aquel día de la Virgen del Pilar a España un Nuevo Mundo, por su fe y constancia durante ocho siglos de luchas por la Fe y el patriotismo, cosas siempre unidas en nuestra historia, hasta lanzar a los mahometanos fuera de la patria, empresa acabada el año anterior por los Reyes Católicos. En conmemoración de esta gran fecha del descubrimiento de América, las naciones hijas de España primero y luego la madre España, han decretado celebrar el mismo día del 12 de octubre la *Fiesta de la raza*.

218

No hay acontecimiento ni descubrimiento en la historia de los hombres que con éste se pueda comparar. El mundo habitado se ensanchó en otro tanto de lo que antes era. Nuevos frutos de la tierra vinieron de allí, aquí desconocidos, como la patata, el maíz, el cacao, el tabaco, la quina y tantos otros. La industria ingenió nuevos medios de industrializar los productos americanos. El comercio salió de Europa y del antiguo continente abarcando toda la redondez de la tierra. Gentes, antes desconocidas, entraron en el gremio de la Iglesia mediante el trabajo desinteresado de verdaderos ejércitos de misioneros, que España envió a todas partes. Ellos, sobre todo, precedidos de los conquistadores, llevaron la civilización y la cultura a pueblos salvajes innumerables. Fundáronse ciudades populosas como Méjico, Lima, Buenos Aires, Santiago de Chile, La Habana, Santa Fe de Bogotá, Caracas y otras mil. A los pocos años hubo allí Universidades e imprenta. Las ciencias todas tomaron desusados vuelos: la geografía y la navegación, la historia natural, la

medicina, la etnografía, la filología. Libros de lenguas, plantas, animales, medicinas, todas nuevas, de América, se imprimieron en España y fuera de ella.

Y todo ello redunda en gloria de nuestra nación. «El honor de dar América al mundo, ha dicho un escritor norteamericano, pertenece a España: no solamente el honor del descubrimiento, sino el de una exploración que duró varios siglos y que ninguna otra nación ha igualado en región alguna. Había un viejo mundo grande y civilizado: de repente se halló un nuevo mundo, el más importante y pasmoso descubrimiento que registran los anales de la Humanidad. Era lógico suponer que la magnitud de ese acontecimiento conmovería por igual la inteligencia de todas las naciones civilizadas y que todas ellas se lanzarían con el mismo empeño a sacar provecho de lo mucho que entrañaba ese descubrimiento en beneficio del género humano. Pero en realidad no fue así. Hablando en general, el espíritu de empresa de toda Europa se concentró en una nación, que no era por cierto la más rica o la más fuerte. A una nación le cupo en realidad la gloria de descubrir y explorar la América, de cambiar las nociones geográficas del mundo y de acaparar los conocimientos y los negocios por espacio de siglo y medio. Y esa nación fue España. No hay palabras con qué expresar la enorme preponderancia de España sobre todas las demás naciones en la exploración del Nuevo Mundo. Españoles fueron los primeros que vieron y sondearon el mayor de los golfos, españoles los que descubrieron los dos ríos más caudalosos, españoles los que por primera vez vieron el Océano Pacífico, españoles los primeros que supieron que había dos continentes en América, españoles los primeros que dieron la vuelta al mundo.»

219

Entonces fue cuando de entre las gentes del pueblo, sin saber cómo ni por dónde, brotaron a docenas héroes, descubridores arriesgados, guerreros valentísimos, capitanes admirables, conquistadores esforzados. Alonso de Ojeda descubre Venezuela en 1499 y Vicente Yáñez Pinzón pasa el mismo año la línea equinoccial para descubrir el Brasil. Juan Ponce de León descubre la Florida en 1512. Vasco Núñez de Balboa cruza los bosques y montañas de los Andes y descubre el Océano Pacífico, que llamó mar del Sur, en 1513. Juan Díaz de Solís descubre la desembocadura del Plata en 1516. Francisco Fernández de Córdoba descubre el Yucatán en 1517. Juan de Grijalva descubre Méjico en 1518. González de Ávila y Fernández de Córdoba descubren Nicaragua en 1522 y el mismo año Juan Sebastián del Cano vuelve a Sanlúcar después de haber dado la vuelta al mundo. Francisco Pizarro y Almagro descubren Colombia, Ecuador y Perú de 1522 a 1528. Diego García descubre las tierras del Rio de la Plata en 1527. Hernando de Soto descubre las costas de Guatemala y Yucatán en 1528. Diego de Ordás descubre la Guaraná en 1535 y el mismo año Diego de Almagro descubre Chile. Francisco de Ulloa descubre la Baja California y su golfo en 1539. El P. Marcos de Niza descubre Arizona y Nuevo Méjico en 1539 y el mismo año Alfonso de Camargo explora el estrecho de Magallanes, descubierto por éste al dar la vuelta al mundo con El Cano. Hernando de Soto descubre el Misisipí en 1541.

Y todos estos y otros muchos aventureros y descubridores iban tras lo desconocido, sin instrumentos como los de hoy, en barcuchos como cáscaras de nueces, padecían naufragios y borrascas, abríanse paso por entre bosques seculares, atravesaban ríos caudalosos, subían por escarpadas sierras. El hambre, la sed, el frío, el calor, toda clase de penalidades eran sus compañeras, entre riesgos continuos de la Naturaleza y de los salvajes no pocos perecieron en la demanda.

220

Y tras ellos vienen los conquistadores y capitanes. Ponce de León conquista Cuba en 1509, Hernán Cortés conquista Méjico en 1519, González de Ávila y Fernández de Córdoba conquistan Nicaragua en 1522, Cristóbal de Olid conquista Honduras en 1524, Alvarado conquista Guatemala el mismo año, Francisco de Montijo el Yucatán en 1527, Pizarro el Ecuador y el Perú de 1531 a

1537, Jiménez de Quesada la Nueva Granada en 1536, Pedro de Valdivia conquista Chile en 1540, Menéndez de Avilés La Florida en 1559 y otros mil otras mil regiones. Porque ¿quién podrá ni siquiera hacer la lista de los descubridores y conquistadores españoles, ya que no contar sus heroicidades, sus increíbles aventuras, su esfuerzo y valor, sus penalidades y sufrimientos?

Y ¿qué ejércitos llevan? Valdivia conquista Chile con 50 españoles. Cortés se apodera de Méjico con 315, Pizarro del Perú con 227. Sus cañones eran algunos pedreros, tardos y de más estruendo y pavor que de efecto ni provecho. No llegaban a diez las escopetas de Cortés y las de Pizarro no pasaban de tres, las demás armas eran ballestas, parecidas a los arcos y flechas de los indios. Caballos llevaba Pizarro unos 60, Cortés unos 16. Ya veis que no se conquistó América con armas de fuego ni con caballería, sino con peones y ballestas. Con seis escopetas no iba a conquistar Cortés un imperio como el de Méjico ni Pizarro con tres el del Perú. Las conquistas se lograron con el valor personal de aquellos pocos hombres. Los enemigos eran muchedumbres inmensas y gentes acostumbradas al vivir salvaje, sin necesidades, pero con fuerzas de salvajes y en tierras propias y bien conocidas.

221

¿Y quién hará la lista de las falanges de misioneros que llevaron la cruz tras la espada de los conquistadores, las cristiandades que fundaron, los martirios que sufrieron? Las *Leyes de Indias* son monumento grandioso del celo de nuestras reyes y consejeros, del afán de mirar por el bien de los indios. La institución municipal libérrima pasó de España a América. ¿Qué significan, junto a tan nobles y levantados propósitos, junto a hechos tan grandes, los desmanes de algunos interesados particulares en América? Son motas que no se ven, cuando se tienen sanos los ojos. Ahí están todavía los indios que en otras colonias extranjeras desaparecieron. ¿Cómo pueden hablar de nuestra crueldad para con ellos, cuando nosotros los conservamos y trajimos a la civilización y ellos los destruyeron? Los españoles iban a poblar, los extranjeros a despoblar. Una iglesia, un concejo y una escuela son las tres cosas que primero levantaban los españoles; un almacén y una agencia de negocios es lo que fundaban los extranjeros.

Por aliviar a los indios se llevaron a América negros bozales africanos que trabajasen en los campos y en las minas, porque entonces todavía había esclavitud y como esclavos se consideraban los cogidos en África. Pero esto mismo muestra que se miraba por la vida de los indios y el primer paso para la emancipación de los esclavos lo dio la Reina Católica y España al decidir que no se esclavizasen los indios y que se mirase mucho por ellos. ¿De qué les sirve ahora la libertad a los negros en los Estados Unidos? Despreciados de los blancos, tienen que tolerar otra esclavitud más penosa. Por haber predicado allí este año de 1921 un pastor protestante la igualdad de negros y blancos, le desnudaron al sol, le untaron el cuerpo con miel y le cubrieron con plumas de gallina. Tales hechos efecto son de la diferencia de castas, tan arraigada en el alma de los sajones: es el feudalismo civilizado de nuestros tiempos. En cambio la igualdad social está tan arraigada en la raza española, que a indios y negros se les consideró siempre como a hombres que son y como a hermanos, y el cruce de todos ellos con los españoles se hizo desde un principio. ¿Qué es ver levantarse de su asiento al sajón y alejarse, si algún negro tiene la osadía de sentarse junto a él? ¿Cuándo hicieron tal cosa los españoles?

En otras cosas nos llevarán ventaja los norteamericanos; empero en el respeto a la dignidad humana e igualdad social, fuente de la libertad verdadera, somos los primeros. Esta diferencia de criterios hará siempre que no nos entendamos con los pensadores de raza germánica, ingleses, alemanes y franceses. Su manera de colonizar no nos entra a nosotros, como a ellos no les entra la nuestra. Ellos van en busca del comercio, del interés pecuniario y no les cabe en la cabeza que se respete a los indígenas, se mire por ellos, se les civilice y no se saque provecho de las colonias. Los españoles no han sabido sacarlo. No se trata del ansia de oro que los más de los particulares llevaron a América. Esos mismos en su conciencia llevaban el intento y tenían el espíritu de España

como nación, que iba a formar, no una colonia, no una escala de comercio, sino a ensanchar el territorio de la patria, civilizando y bautizando a los indios, como a hombres, como a hijos de Dios e iguales delante de él y de la sociedad.

España no ha tenido colonias. Colonia es término de mercaderes y explotadores que van a tierras extrañas a comerciar sin mezclarse ni cuidarse de los indígenas, si no es para acabar con ellos, caso que les embaracen en sus negocios. Tales fueron las colonias griegas y las inglesas. Los españoles no llamaron colonias a los terrenos conquistados de América: los consideraron como provincias y les dieron nombres de las provincias españolas: *Nueva España, Nueva Castilla, Nueva Granada, Nueva Andalucía, Nueva Vizcaya*, etc. Y a los indios los tuvieron por españoles, por vasallos del rey, como ellos mismos. No debiéramos emplear la palabra colonia tratándose de España, como no la emplearon nuestros mayores, porque envuelve un sentido de explotación comercial, propio de las colonias griegas e inglesas, ajeno al concepto que los españoles tuvieron siempre de *Las Indias.*

222

Ahora, después de vista tan grande empresa como el descubrimiento y civilización del Nuevo Mundo por los españoles, me preguntaréis por qué dieron los españoles al Nuevo Mundo que descubrieron, exploraron, conquistaron y civilizaron, el nombre de América. Espantaos: ese nombre no se lo pusieron los españoles: se lo pusieron fuera de España y, lo que es más, América la llamaron por un italiano llamado Américo Vespucio, el cual logró que su nombre fuese el más glorioso de cuantos han sonado en el mundo. ¿Y por qué lo logró? ¿Qué hizo ese Américo?

Era un florentino dependiente de la casa de los Médicis, que le enviaron a España en 1490. Entró en Sevilla a servir a un comerciante que equipó la segunda expedición de Colón y no fue al Nuevo Mundo sino más tarde, el año 1497. No vio ni una pulgada del Nuevo Mundo al norte del Ecuador. Vuelto a España en 1498 tornó el año siguiente con Ojeda, después fue al Brasil y no es cierto que descubriese ni diese nombre a la bahía de Río Janeiro. La historia de estos y otros de sus viajes no tiene más fundamento que el propio relato de Vespucio, el cual no merece crédito alguno. Es del todo cierto que no tuvo la menor parte en los verdaderos descubrimientos del Nuevo Mundo.

El nombre de América lo aplicó por primera vez en 1507 un mal informado impresor alemán llamado Waldzeemüller, a cuyo poder llegaron los documentos escritos por Vespucio. La historia está llena de injusticias; pero ninguna mayor que ese bautismo de América. El primer mapa del Nuevo Mundo lo hizo el español Juan de la Cosa en 1500 y la primera geografía de América el español Enciso el año 1517.

223

En un siglo exploraron, conquistaron y civilizaron los españoles inmensos territorios, edificaron centenares de ciudades. En los que hoy son los Estados Unidos habían levantado ya dos, y habían penetrado en 20 de aquellos Estados. Francia había hecho unas pocas y tímidas expediciones sin provecho, Portugal había fundado unas cuantas poblaciones de poca monta en el Brasil, Inglaterra había pasado todo el siglo sin hacer nada y entre el Cabo de Hornos y el Polo Norte no había ni una mala casuca inglesa ni un solo hijo de Inglaterra. Todo esto habéis de tenerlo presente para cuando oigáis decir que los españoles no han sabido colonizar ni civilizar indios, como lo saben hacer ingleses y franceses. ¿No os parece que pueden en esto compararse a Américo Vespucio, llevándose la fama de lo que no hicieron?

¿Qué nación puede presentar un Código de colonización como lo presenta España en sus *Leyes de Indias*? Por estas leyes los indios ganaron en todo, pues, como escribe el historiador Gomara: «Antes pechaban el tercio de lo que cogían y si no pagaban eran reducidos a la esclavitud o sacrificados a los ídolos; servían como bestias de carga y no había año en que no muriesen sacrificados a millares por sus fanáticos sacerdotes. Después de la conquista, son señores de lo que

tienen con tanta libertad que les daña. Pagan tan pocos tributos que viven holgando. Venden bien y mucho las obras y las manos. Nadie los fuerza a llevar cargas ni a trabajar. Viven bajo la jurisdicción de sus antiguos señores y, si éstos faltan, los indios se eligen señor nuevo y el rey de España confirma la elección. Así que nadie piense que les quitasen las haciendas, los señoríos y la libertad, sino que Dios les hizo merced en ser españoles que les cristianizaron y que los tratan y que los tienen ni más ni menos que digo. Diéronles bestias de carga para que no se carguen y de lana para que se vistan y de carne para que coman, que les faltaba. Mostráronles el uso del hierro y del candil con que mejoraron la vida. Hanles dado moneda para que sepan lo que compran y venden, lo que tienen y lo que deben. Hanles enseñado latín y ciencias, que vale más que cuanta plata y oro les tomamos. Porque con letras son verdaderamente hombres y de la plata no se aprovechaban mucho ni todos. Así que libraron bien en ser conquistados.»

En suma, España no pretendió explotar el Nuevo Mundo, sino civilizarlo: al revés de los ingleses, cuyo fin al colonizar ha sido el interés y el comercio, la explotación. Y aun por eso dicen que no sabemos colonizar, porque no sabemos aprovechamos de las tierras conquistadas. Reinos españoles fueron aquellos territorios, españoles los indios, como dice Gomara; *Establecimientos comerciales* y *Colonias*, los habitados por los ingleses. Y mientras España civilizaba, los demás pueblos europeos, en vez de imitarla, sólo sabían piratear por las costas americanas y correr como corsarios los mares al acecho de las naves españolas. Y cuando ya se pusieron a colonizar, destruyeron las razas indígenas, que en las Indias españolas todavía se conservan en mayor número que los blancos.

224

En Palos nacieron los hermanos Pinzones, dechados de marinos y sin los cuales Colón no hubiera podido descubrir el Nuevo Mundo. Martín Alonso Pinzón, que vivió de 1440 a 1493, esforzado, emprendedor, valiente, experimentado y muy instruido en todos los menesteres del navegar como piloto, aun antes de conocer a Colón fue a Roma sólo para estudiar en la Biblioteca Vaticana los cartularios de los antiguos y estaba persuadido de la misma idea del descubridor antes de verse con él en La Rábida. Él le detuvo cuando se quiso partir de España, él le prestó 60 escudos de oro para que pudiese viajar por nuestra tierra, y cuando Colón no hallaba tripulantes para las carabelas que ofreció el mismo Pinzón, ni aun buscándolos en galeras y cárceles, él fue quien convenció a los marineros de Palos e hizo la leva y embarcó a la gente.

Y cuando cansados todos del pasar de los días sin ver tierra, la tan deseada tierra, el mismo Colón acercó su carabela a la *Pinta* y gritó a Pinzón: «Martín Alonso, esta gente del navío va murmurando: tiene gana de volverse y a mí me parece lo mismo, pues que habemos andado tanto tiempo y no hallamos tierra», otro cualquiera se hubiera rendido a las dificultades y Colón hubiera vuelto a España. Testigos presenciales depusieron que Pinzón respondió a Colón estas memorables palabras: «Señor, ahorque vuesa merced media docena dellos o échelos a la mar y, si no se atreve, yo y mis hermanos barloaremos sobre ellos y lo haremos. Que armada que salió con mandado de mis príncipes, no habrá de volver atrás sin buenas nuevas.» Puso la *Pinta* en la delantera y fue el primero en gritar: «¡Tierra!» Él fue el primero que descubrió el Nuevo Mundo.

Vicente Yáñez Pinzón fue todavía más entendido que su hermano en cosas de mar, mandó la carabela *Niña*, armó por su cuenta una armada en 1499 y aportó antes que nadie al Brasil y a Méjico y descubrió el Amazonas. Costeó la América en 1508.

Antes de irnos de estas tierras de Huelva, pongamos los ojos en las vecinas de Portugal. Son tierras españolas. Españoles son los portugueses. Sus descubrimientos y hazañas por todo el mundo son de la raza española. Desgajáronse de la grande *Hispania* y por pequeñeces de un patriotismo regional buscaron arrimo en pueblos extraños interesables, a quienes convenía dividir la raza española. Saludemos con entrañable cariño y honda pena a esos nuestros hermanos. Ya no volverán,

por desgracia: se alejaron demasiado de nosotros. Sin embargo, ¿quién sabe? Las fibras de la raza viven muy hondas. ¿Quién sabe el día de mañana?

REINO DE VALENCIA

225

España tiene su jardín adonde los españoles pueden bajar a solazarse, y ese jardín es Valencia. Mirando a Oriente para recibir temprano el beso del sol, recostada en las suaves y ondulantes estribaciones de las montañas de Cuenca y Teruel, tiéndese esta afortunada provincia hasta bañar sus pies en las aguas azules del Mediterráneo, como princesa oriental, lánguida y muelle, de blanquísimas carnes de nácar, envuelta en sedas, reclinada entre olivos y granados, naranjales y limoneros, respirando aromas de jazmines y azahares, enguirnaldada de rosas y claveles.

Tal es la tierra aquella venturosa, mimada del cielo, donde la naturaleza diríase haber agotado las fuerzas inagotables de su seno fecundo, donde el sol doró colinas y collados con ricos viñedos, vistió de verdor lomas y anchos valles y echó, sobre todo, el resto de su paleta en pintar las llanuras aquellas inacabables con el blanco del azahar, el carmesí de la flor del granado, la gama variadísima de los verdes, desde el azulenco en las manchas de olivares hasta el alegre y sin par de los naranjales. Las gallardas palmeras descuellan entre bosques de algarrobos, higueras, acacias y terebintos, almendros y cinamomos.

Verdadero edén, con razón llamado por los iberos *edetas* o llanuras hermosas, de donde la *Edetania* de los romanos. Los griegos vieron en las riberas de Denia y Sagunto una viva imagen de las elegantes riberas de la Grecia. Los bizantinos demoraron su estancia hasta entrada la Edad Media. Los árabes dieron con los vergeles que soñaban en su fantasía y, encariñados con estas tierras paradisíacas, las cruzaron, en toda su extensión de 100.000 hectáreas, con intrincada red de acequias, que llevan las vivificadoras aguas del Júcar y del transparente Turia a sus dilatados campos. *Turia* no es más que el ibérico o bascongado *Zuria*, que suena *Blanco* y que los árabes tradujeron por la voz *Guadalaviar*. Hasta los terrenos pantanosos que rodean la extensa Albufera o mar menor, metido entre tierras y henchido de peces y aves, que por lo insalubres parecían alejar de sí a las gentes, cuidóse la próvida Naturaleza de purificarlos y sanearlos con la viciosa vegetación que los cubre y enmaraña; y la mano del hombre convirtió aquellos fangales y charcas en arrozales inmensos, que rinden riqueza incalculable y alimenta a los valencianos.

Toda la provincia es un verdadero jardín. Y no sólo de vistosas y olorosas flores que solazan la vista y el olfato y se llevan a todo el resto de España en cualquier estación del año, sino mucho más de frutas tempraneras, las más variadas, regaladas y sabrosas que se cogen en los más privilegiados huertos del mundo. Valencia es una de las huertas más productivas de España. Sólo en naranjas se sacan fuera de la nación por valor de 80 millones de pesetas. Es de las provincias más vinícolas. El arroz que consumen los españoles puede decirse que es valenciano y famosa es la *paella valenciana*, que aquellos huertanos saben aderezar y es el plato clásico de la tierra. Durante los calores del estío Madrid se ve inundado de ricos melones y rojas sandías que vienen de Valencia. Por Navidad llegan los turroneros valencianos con su Jijona y Alicante, hechos con la almendra y cacahuete que en su tierra se crían. En toda España hay limpias horchaterías valencianas, donde nos sirven por el verano la fresca, aromosa e insustituible *horchata de chufas*, frutilla que también es de aquella tierra. ¿Qué decir de las granadas, dátiles, higos, limones y naranjas?

Las moreras llenan grandes terrenos y la seda se recoge y teje todavía, aunque no en la fabulosa cantidad de otros tiempos, cuando se edificó la *Lonja de la seda* de la ciudad de Valencia.

226

Todo lo cual nos dice que el valenciano es hacendoso y trabajador y que, si la tierra que le cupo en suerte es generosa y pródiga, no se abandonó él a la molicie ni a la holganza, sino que se

afanó por aumentar sus rendimientos. Y no, por entender en rústicas tareas, es tosco y desaseado. No hay ciudad más culta y refinada que Valencia ni campesinos más señoriles, amantes de la limpieza y del aseo en sus personas, casas y barracas, y de gusto más artístico, que los hijos de esta ciudad, que siempre se distinguió por los refinamientos, la elegancia y las bellas artes.

La tierra fecunda, el clima delicioso, el sol que derrama manojos de dorada luz en collados y huertas, el transparente mar de ondas brilladoras que baña sus costas, su situación a levante mirando a Italia, Grecia y Oriente, cuna de las bellas artes, todo ha contribuido a que la raza valenciana sea naturalmente artística, prendada de la armonía de las formas. La belleza puso aquí su corte y asiento. Fecunda en artistas y poetas, la tierra valenciana es la más ática de las regiones. El arte de la línea y del perfil, el contorno escultórico, la concertada armonía de los colores, la vivacidad de la luz, el arte clásico del más depurado gusto es la nota saliente de los artistas valencianos. Pero es que ese arte supremo de la belleza se respira aquí en todo. La Naturaleza lo despliega con abundosa y delicada mano, en los campos, en el mar, en el aire, en la luz. Tal cría Valencia gente de gallardo porte, de esbelta estatura y jugosas carnes, de tez lechosa, de perfil correcto. Los cuerpos aseméjanse aquí a las frutas por lo jugosas, lozanas y biencoloridas.

Esculturales, armoniosas y severas son las danzas valencianas; los aires y cantares, elegantes y de una serenidad diáfana y soberana. Los trajes regionales, sueltos y bien ceñidos a la vez, de ondulosos pliegues, de vistosos y bien matizados colores. Es la tierra del arte helénico español, del concierto y armonía de la luz y de la línea.

227

Sus más renombrados poetas son el tierno y elegante Ausias March, de los más celebrados trovadores de la Edad media y Petrarca de España, y los clásicos por excelencia, aun en la época romántica y moderna, Wenceslao Querol y Teodoro Llorente. Sus filósofos compéndianse en Luis Vives, el más armónico de los pensadores hispanos. Sus sabios son tan comprensivos y universales como el botánico José Cavanilles y el geógrafo Juan Vilanova. Sus santos, San Pedro Pascual, San Luis Beltrán, Santo Tomás de Villanueva; todos grandes apóstoles y oradores elocuentes; y sobre todos el asombro de Europa, de reyes, señores y prelados, llamado de todas partes y que a todas partes llevó su celo, sólo comparable al de San Pablo, el gran San Vicente Ferrer. Sus artistas son clásicos y amantes del color: los pintores Francisco Ribalta, castellonés, el primero que trajo el arte italiano añadiéndole la nota valenciana; José de Ribera, el *Españoleto*, admirable por la hermosura, la fuerza del color, el dibujo, la hondura trágica; Juan de Juanes, tan devoto como cálido de color; Alonso Sánchez Coello, gran retratista; Salvador Martínez Cubells y Joaquín Sorolla; el escultor Benlliure, el arquitecto y escultor Damián Forment. Como historiadores, ¿quiénes más elegantes que el alicantino Carlos Coloma y el valenciano Francisco de Moncada? Como novelistas recordemos al elegante y blando Gaspar Gil Polo y al colorista y recio Vicente Blasco Ibáñez. Como orador parlamentario al clásico Aparisi y Guijarro. Como cuentista y amigo del arte popular a Juan de Timoneda.

Después de Madrid, Valencia fue donde más se cultivó el teatro. Sus dramaturgos: Gaspar Honorato de Aguilar, Guillen de Castro, Agustín Tárrega. ¿Quién más erudito que Vicente Mariner en el siglo XVII y que Gregorio Mayans en el XVIII? Músicos famosos fueron en el XVI Luis Milán y en el XIX Ruperto Chapí, natural de Villena.

¿Qué collar de santos, de artistas, de sabios, de poetas y literatos, más brillante, más clásico y armonioso, adornó y engalanó a ciudad alguna? El mismo pueblo es artista en sus trajes, en su porte, modales y costumbres. Las fiestas valencianas son alardes vistosos de arte exquisito: los carnavales, las cabalgatas, las batallas de flores, las *fallas*, derroche de fina sátira y de arte decorativo en la víspera de San José. La ciudad de Valencia es una ciudad como engalanada para perpetuos festejos de fino gusto.

228

Nació de una colonia fundada el año 138 antes de Cristo por el cónsul romano Décimo Junio Bruto. Ganóla el Cid en 1094 y después Jaime el Conquistador en 1238. La Seo o catedral se edificó de 1262 a 1482 y tiene hermosa torre llamada *Miguelete*, del nombre de una campana bautizada con el de María Micaela en 1521; y hay que subir a ella para contemplar a vista de pájaro la ciudad con su blanquísimo caserío y sus brillantes azulejos. Delante de la puerta de los Apóstoles está en la plaza el *Tribunal de las Aguas*, donde, de tiempo inmemorial, los *Acequieros* se juntan y tratan sus pleitos. Hay preciosas iglesias con lienzos de pintores famosos y un Museo de Pinturas con unas 1.500, donde puede estudiarse la escuela valenciana de pintura, además otros edificios notables.

229

Sagunto, entre griegos *Zacanda*, fue ciudad ibera, que no tiene que ver con Zacynto. Defendióse valientemente, cercada por Aníbal el año 219 antes de Cristo, sobreviviendo pocos al último asalto. Famoso es el barro saguntino de la cacharrería que allí se fabricaba. Los moros llamáronla *Murbiter*, esto es, *muri veteres* o muros viejos, de donde hasta 1877 se llamó *Murviedro*. Conserva ruinas romanas del teatro y del circo.

La ciudad de Gandía tiene Colegiata gótica, hermosa huerta y palacio de los duques de Gandía. Aquí nació San Francisco de Borja, grande de España y muy querido del emperador Carlos V. Cuando falleció la emperatriz, que pasaba por la mayor belleza de su tiempo, encargó Carlos V al duque de Gandía llevase el cadáver con toda pompa a la capilla Real de Granada. Al descubrir el féretro para que atestiguase el duque, antes de enterrar el cadáver, que aquella era la emperatriz, fue tal el hedor que despidió y la horrible fealdad en que se había convertido aquella belleza, que se quedó sin poder hablar un buen espacio de tiempo y luego dijo: «No volveré a servir a señor que se me haya de morir.» Acabóse la ceremonia y el duque dejando el mundo se retiró a la vida religiosa, entrando en la Compañía de Jesús.

Játiba, la *Setabis* de los iberos, fue famosa por sus tejidos de lino en tiempo de los romanos y fue la primera ciudad de Europa que tuvo fábricas de papel de trapos. Allí nacieron los sumos pontífices Calixto III y Alejandro VI. Castellón de la Plana debe su nombre al castillo que antes la abrigaba, cuando estaba en la ladera del monte; ganada por Jaime I en 1239, fue trasladada al llano diez y ocho años después. De las poblaciones de la provincia de Castellón hay que recordar a Alcora por su huerta y su celebrada cerámica o alfarería. Entre sus muchos alfares todavía dura el fundado en 1727 por el conde de Aranda. Segorbe tiene viejas murallas, catedral y buenas fábricas. Morella, ciudad antes inexpugnable por su situación y murallas, tiene además la iglesia gótica de Santa María la Mayor. Peñíscola está en alto peñón amurallado, que se levanta sobre el mar. Allí vivió retirado el antipapa Pedro de Luna o Benedicto XIII, desde 1415 hasta 1424, año en que murió. Vinaroz tiene excelente campiña, fábricas y puerto.

Alicante se dijo de *Lucentum*, su nombre romano o peñón blanco, en que está el castillo. Reconquistóla Alfonso el Batallador en 1123. Es de los mejores puertos del Mediterráneo. Elche tiene un gran pantano para regar sus feraces campos. Son notables sus bosques de unas 100.000 palmeras y tiene además granados, moreras y caña de azúcar. El aspecto es de población moruna. Fue la *Illici* de los iberos. Alcoy posee frondosa campiña y bastantes fábricas. Denia fue fundada por los focenses de Marsella, consagrándola a la diosa Diana y aun conserva ruinas fenicias y griegas.

Orihuela, probablemente la *Orcelis* ibera, que los árabes llamaron *Auriuale* o *Ariul*, está a orillas del Segura con dilatada y feraz huerta, donde la palmera, el granado, el limonero y el naranjo se mezclan con los demás frutales comunes. Hay acequias de tiempo de los moros. Fue cabeza de una de las ocho provincias en que Leovigildo dividió a España el año 579. Al llegar los árabes la gobernaba el duque Teodomiro, el cual la defendió con un ardid o estratagema, que fue llenar los

adarves de mujeres armadas, con lo que los árabes, suponiendo había muchísimos guerreros, se retiraron. Conquistóla en 1264 el rey de Aragón y la cedió a Castilla.

ISLAS BALEARES

230

Hermosas islas que, desprendidas del regazo de la madre España, diríanse haber escapado de su casa y echándose de cabeza en el mar fueron a sacarla allá lejos, frente a la costa de Valencia, donde andan coronadas de la blanca flor del almendro y del oloroso azahar. Lindas doncellas, que en un arrebato de locura juvenil se aventuraron a vivir a sus anchas vida regocijada y suelta entre las verdes aguas del Mediterráneo, viéronse a la continua requebradas por cuantos pueblos aventureros por allí pasaron y hubieron de caer bajo el señorío y poder de extrañas gentes.

Son, a la verdad, grandes cimas desgajadas de la cordillera española que, pasando por la Sierra Sagra, cortada más adelante por el río Segura, va bajando poco a poco, entre hondonadas y cumbres hasta echarse y hundirse en el mar. Allá lejos, frente a la costa valenciana, vuelve la cordillera española a mostrarse con sus tres cumbres principales, que son las tres principales islas: Ibiza, Mallorca, que es la mayor, y la mediana Menorca.

Como se hallan sobre el Ecuador a la altura de Valencia y las baña el mar, gozan de temperatura muy igual y deliciosa, no conocen los fríos del invierno, viven en continua primavera. Almendros, naranjos y limoneros, granados, palmeras, algarrobos, olivos, higueras, vides y frutales tapizan el suelo de valles y collados y el azahar aroma el aire, que es una bendición. Allá fue el famoso músico Chopín y compuso no pocas de sus composiciones románticas. Allá fue tras él y en su busca la novelista francesa George Sand y todavía os enseñarán la celda donde escribió algunas de sus novelas, en la Cartuja de Valldemosa, el año 1838, a 17 kilómetros de Palma, la hermosa capital de Mallorca. Allá fue a vivir el archiduque de Austria Luis Salvador y labró, a cinco kilómetros de Valldemosa, la encantadora mansión de *Miramar*, con un castillo y vasto parque, cruzado de paseos, hermoseado de casas de campo y templos de mármol. Allá fue el poeta Rubén Darío, buscando, como los demás, salud y sosiego, placidez, luz, aire purísimo, y allí halló, como cantó, cuanto apetecía:

Aquí luz, vida. Hay un mar
de cobalto aquí y un sol
que estimula entre las venas
sangre de pagano amor.
Aquí estaría Simón
bajo un toronjero en flor,
viendo las velas latinas
en la azulada visión.

¿Qué morada más deliciosa que el Castillo de Bellver, en los alrededores de Palma, entre el verde follaje de la tierra, el verde sin límites del mar y debajo de la bóveda del transparente azul del cielo? Vense por aquellas aldeas sus habitantes placenteros y pacíficos, sencillos y francos, de costumbres candorosas, como criados debajo de tal cielo, en tal tierra y con tal temple, que diríase un segundo paraíso. Aldeanos gallardos, lindas aldeanas tocadas del tradicional y blanco rebocillo ofrecen pintorescos cuadros:

Danzan, danzan los payeses
las boleras mallorquinas;
forman sus ochos y eses
al son de las bandolinas.
Danzar veo una pareja:
él danza como los majos,

ella está toda bermeja
y tiene los ojos bajos.
    Cantan los músicos alto
a acompasados compases,
el bailarín da su salto
y hay pases y contrapases.

El habla de los isleños es un dialecto lemosín parecido al catalán; empero más suave y delicado, como correspondía al temple de la tierra y al temperamento de los habitantes.

Fueron los iberos los primeros que pasaron a poblar las islas baleares y todavía el rebocillo de las mujeres es el que, según escribió Séneca, usaban las de Córcega y no es más que el tocado de las mujeres iberas de la península. Como en España, vivían sobre todo los iberos de las islas del pastoreo de sus ricos ganados y así se explica el que, ejercitados en el tirar de la honda, viniesen a ser honderos tan afamados, que como tales sirvieron en los ejércitos romanos y cartagineses.

231

Lo que debe visitar todo español que vaya a Palma, y aun antes de la catedral, es la iglesia de San Francisco, edificada de 1281 a 1371, con hermoso claustro. Os enseñarán un mausoleo, labrado por Sagrero; es el que buscáis. Es del gran mallorquín, del hombre extraordinario en el pensar y en el obrar, que dio gloria imperecedera a las Islas y es uno de los varones más significativos de la raza hispana; el beato Raimundo Lulio o Lull en su lengua nativa.

Nació en Palma el año 1235, pasó livianamente en amoríos y devaneos su mocedad, a pesar del- cargo de senescal que tenía en la Corte del rey de Mallorca y del matrimonio que por orden de éste contrajo. Era el hervor de la sangre juvenil, la vehemencia de su temperamento. Un día, enhechizado por la hermosura de una genovesa, llamada Ambrosia del Castello, siguióla y, viéndola entrar en el templo de Santa Eulalia, rompiendo por todo, entró tras ella a caballo como venía, en medio de la función religiosa que a la sazón se celebraba. De repente otro día se le ve abandonar su casa, mujer e hijos, dejar la Corte y retirarse dedicado a penitencias y solitarios estudios. ¿Qué había pasado? La hermosa dama, al verse tan acosada del caballero, le descubrió sus pechos, devorados por un cáncer. Raimundo, como si se le cayera de los ojos una venda, vio el mundo, sus cosas y placeres, de otra manera que hasta allí, vio su vanidad engañosa, que debajo de su dorada sobrehaz encierra un pudridero. Se convirtió, se entregó a la virtud y a la sabiduría, poniendo en ellas aquel brío de su temperamento que antes había puesto en los devaneos mundanales.

Y fue un sabio y un santo. Propúsose tres cosas desde aquel día: la cruzada de Tierra Santa, la predicación del Evangelio a judíos y musulmanes y hallar un método o ciencia nueva con que mostrar racionalmente las verdades de la religión a sus opugnadores. Aprendió el árabe y en el monte Randa imaginó el *Arte Universal*. Logró de Don Jaime II de Mallorca en 1275 la creación de un colegio de lenguas orientales en Miramar, para que los franciscanos saliesen de él dispuestos a convertir a los sarracenos. Él mismo describe en su famosa novela *Blanquerna* la vida de soledad y contemplación que hacía en Miramar y en Randa. Va a Roma para obtener del Papa una misión de franciscanos a Tartaria y permiso para ir él mismo a predicar a los mahometanos. Peregrinó por Siria, Palestina, Egipto, Etiopía, Mauritania. Vuelto a Europa enseñó en Montpellier su *Arte* y logró de Honorio IV la creación de otra escuela de lenguas orientales en Roma. Estuvo dos años en la Universidad de París aprendiendo gramática y enseñando filosofía; instó a Nicolás IV para que predicase la cruzada; fue a Túnez, donde predicó, salvándose por milagro; acudió a Bonifacio VIII con nuevos proyectos de cruzada y predicó en Chipre, Armenia, Rodas y Malta. Nuevos viajes a Italia y Provenza, más proyectos de cruzadas oídos con desdén por el rey de Aragón y Clemente V, otra misión a África, donde vuelve por milagro a salvarse. En 1309 la Universidad de París le autorizó para enseñar su doctrina contra los averroístas y en 1311 se presentó al Concilio de Viena

con muchos planes. Fue otra vez a Bugia en 1314 y allí logró la palma del martirio, siendo apedreado.

Filósofo famoso, poeta y novelista insigne, teólogo, místico, controversista y apóstol de la Fe, escribió en su lengua nativa y en latín tantos libros, que todavía no ha podido completarse la lista. A cualquiera otro el escribir tanto no le hubiera dejado tiempo para más y el correr y el obrar tanto no le hubiera dado sosiego para escribir; pero Raimundo Lulio era varón como los grandes de su raza, que juntaba a la vez el pensamiento y la acción y en todo ponía el tesón y brío de su alma extraordinaria. En él andan juntas la contemplación mística y la vida activa, la teoría y la práctica, la santidad y la ciencia. Es perfecto dechado del ingenio español, como lo es Santa Teresa, que con igual esfuerzo juntó los mismos extremos.

REINO DE MURCIA

232

Es como cifra de España entera, cuanto a la riqueza de su suelo. No hay tierras más feraces y de más espléndida vegetación que las de la huerta de Murcia, que gana a la vega de Granada y a la huerta de Valencia, ni hay terrenos más ricos en minerales de plomo, plata, blenda, hierro, antimonio, arsénico, cobre, azufre, manganeso, alumbre, que la parte montañosa, donde se beneficiaron las minas desde los tiempos más remotos. Riqueza mineral en los montes y agrícola en los llanos, esta provincia es de las más productivas de España. Es un duelo que el mineral se saque fuera de España en bruto, en vez de industrializarse allí mismo, lo cual sucede, por desgracia, en casi toda nuestra patria. La industria y fabricación es lo que aquí, como en toda ella, hace falta, y el día que se logre elaborar todas las primeras materias, España. será riquísima y poderosa.

Tiene una contra la provincia, y es que el río Segura, que riega sus huertas, y otros varios ríos y torrentes se despeñan de los montes sin pantanos ni presas suficientes que contengan los inmensos raudales que a veces vienen de improviso con las lluvias a inundar y echar a perder cosechas, campos y poblados. Bien encauzadas las aguas servirían sólo a la prosperidad de los habitantes, en vez de exponerles a continuos azares. Los romanos y los árabes lo entendieron bien construyendo la famosa *Parada* o gran presa del Segura, al entrar por una garganta en la huerta de Murcia, repartiéndose el agua en admirable sistema de acequias. Tiene 200 metros de largo por 38 a 50 de ancho y eleva las aguas a 7,60 metros. Desde aquí van por la acequia llamada Churra Nueva y después por las de Aljafia y de Barreras. Todo el sistema de riegos se rige por las *Ordenanzas de la huerta*, especie de código rural. Hay otras *Ordenanzas del campo*. El agua se considera aneja a la tierra, de modo que no se puede vender y, cuando no se utiliza, vuelve al caudal común. La huerta tiene 35 kilómetros de largo por 7 u 8 de ancho y está dividida en *tahullas*, medida principal agrícola.

Nada más hermoso que cruzar por aquel enredijo de caminos y veredas. Manchas extensas de moreras, cañaverales, limoneros aquí, naranjos acullá, pimientos, tomates, granados, palmeras airosas que dan sombra a las barracas donde moran los huertanos. A cada paso el paisaje varía. Las márgenes del río, tupidas de verdor. Acequias por todas partes. No hay pobres en Murcia. Todos viven holgadamente del trabajo de sus manos. Son trabajadores los huertanos, honrados y bondadosos, de recio temperamento, pero sin violencias. Allí se coge de todo, mucho pimiento, azafrán, legumbres, hortalizas, frutas.

233

La industria de la seda ha sido siempre grande en Murcia. Hoy se cogen unos 800.000 kilos de capillo fresco, esto es, de capullos que los gusanos engordados con la hoja de la morera, subiendo por las bojas puestas sobre zarzos de cañas, hilan en torno suyo, como cerrada celda, en la que se transforman en blancas palomillas. Antes de que éstas salgan picando el capullo y por consiguiente cortando la seda que ya no se podría recoger, se les somete al calor de los ahogaderos para que mueran. Estos 800.000 kilos de capillos dan 70.000 kilos de seda hilada. Para mantener los gusanos se cultivan en la huerta unas 650.000 moreras. Se incuban más de 30.000 onzas de simiente, que ponen las palomillas, a las cuales se les deja picar el capullo y salir para este menester. Se sacan de la seda unos 3.200.000 pesetas.

A principios del siglo XVII se criaban en Murcia de 40 a 50 mil onzas de semilla, se hilaban más de 100.000 arrobas de capullo y vivían de la seda más de 100.000 personas. Había hasta 6.000 telares de seda en Murcia. En los reinos de Granada, Almería, Valencia y Murcia se alimentaban

16.000 telares, en Toledo 9.000 y en Sevilla había hasta 10.000 telares, dedicándose a estos tejidos más de 130.000 personas. Y ya que estamos en Murcia, la mejor huerta de España, para que veáis cómo va adelantando la agricultura, habéis de saber que el valor de la producción agrícola y ganadera española era a principios del siglo XIX sólo de 1.300 millones de pesetas, al fin del mismo siglo llegó a unos 3.500 millones y en 1920 alcanzó la cifra de 10.000 millones de pesetas.

234

Murcia fue fundada el año 825 por el califa cordobés Abderrahmán I, reconquistóla Jaime I para Castilla el 1265 y la poblaron aragoneses, catalanes y castellanos. El conde de Floridablanca, hijo de la ciudad, hizo en ella grandes reformas. La catedral, gótica por dentro, de 1358, fue modernizada desde 1521 y tiene hermosa fachada barroca y torre de 95 metros.

Cartagena fue engrandecida el año 225 antes de Cristo por el cartaginés Asdrúbal. con nombre de Cartago Nova. Tomóla Escipión por sorpresa. En sus minas de plata trabajaban 40.000 obreros: hoy 25.000 y dan seis millones de kilogramos de plomo, amén del hierro y de la plata. Pero todo se lleva afuera, en vez de elaborarse en España mediante la industria.

235

Murcianos ilustres fueron Ginés Pérez de Hita, autor de una bonita historia novelada sobre las guerras de Granada; Salvador Jacinto Polo, habilísimo imitador de Quevedo, Francisco de Cascales, gran humanista, Diego Saavedra Fajardo, político escritor; Isidoro Máiquez, de Cartagena, el mejor actor de principios del siglo XIX; Julián Romea, actor muy celebrado; Federico Balart, brillante poeta; José Selgas, delicado poeta de las flores. Pedro Simón Abril, gran humanista, fue de Alcaraz, así como la famosa D.ª Oliva Sabuco de Nantes, a cuyo nombre publicó su padre Miguel Sabuco y Álvarez la *Nueva Filosofía de la naturaleza del hombre*. Pero el poeta murciano por excelencia, el que canta la huerta y a los huertanos, su vida placentera y feliz, sus pequeñas penas, sus amores, es Vicente Medina, nacido el ano 1866 en Archena. Es maestro insuperable del arte natural y sencillo, sentido y sincero, que llega al alma por lo humano de su razonar y lo vivo y sentido de sus expresiones. Pinta el alma murciana con su propio dialecto panocho, en pequeños cuadritos, donde las figuras viven en el escenario de la huerta, dando la sensación del paisaje; pero mucho más de los hombres, de sus penas y anhelos, de sus goces y tristezas, sobrepujando las tintas melancólicas, bien que sin amargura ni dureza, antes con una ternura consoladora y un aire de noble y levantado sentido estético, que endulza la nota trágica del vivir. Oíd estas sus coplas patrióticas:

Me pongo triste al cantarte
y se me mojan los ojos,
¡tierrecica, tierrecica!
es que al cantarte te lloro.

Irse lejos para verte;
para quererte, dejarte,
y perderte, tierra mía,
para saber lo que vales.

ISLAS CANARIAS

236

No tenemos tiempo para visitar estas que los antiguos llamaron *Islas Afortunadas*, verdadero paraíso por la vegetación y el clima, brotado en las cimas de las montañas de aquel continente que se cree se hundió en los mares, llamado por Platón la *Atlántida*. cantada por Verdaguer en admirable poema catalán. Contrasta el verdor pujante de los valles con los imponentes volcanes, como el Pico de Teide, las laderas de lava, los acantilados basálticos de las costas. Los guanchos, sus primitivos habitantes, hoy desaparecidos, dicen eran de la misma raza que los más antiguos habitadores de España. Acaso estén, pues, allí los orígenes de la raza ibérica y española. En aquellas Islas nacieron Tomás y Juan de Iriarte, escritores del siglo XVIII y el gran novelista Benito Pérez Galdós, cuyos *Episodios Nacionales* nos pintan a maravilla la España del siglo XIX y cuyos dramas son de los más hondos que en España se han compuesto.

NIÑOS, AMAD A ESPAÑA

237

Con estas palabras os saludé cuando abristeis este librito, con estas palabras me despediré de vosotros al cerrarlo.

Amad a España, niños españoles. Aunque fuera la más desgraciada, la más pobre, la más menguada del mundo, habíamos de amarla y quererla, por ser la tierra en que nacimos, por ser nuestra raza, por ser nuestra alma, por ser cosa nuestra, por ser nosotros mismos. Pero, a Dios gracias, ya lo habéis visto: es tierra fecunda y agradecida, rica y hermosa de por sí y más hermoseada y enriquecida aún por el ingenio y arte de los españoles; es raza ahidalgada, recia y valiente, madre de muchos pueblos y naciones; es el alma española, de altos pensamientos, de sentimientos elevados, de obras imperecederas. Fue grande España y poderosa a tiempos, a tiempos decayó y quedó abatida; pero siempre el alma de la raza fue la misma, capaz de volverse a levantar, señora de sí, esperanzada en sus destinos.

De África volvía Juan Soldado, de luchar por la patria, aun no del todo curadas las últimas heridas que en el pecho recibiera. Despacio caminaba con su hatillo al hombro. Desvióse de la carretera y tomó una senda de cabras que le llevaría a su aldea. Sin padres ni otros parientes salió de ella; pero la tierra donde nació le tiraba y a ella volvía. Era la noche de Navidad. Noche cruda y oscura como la boca del lobo. Había anochecido entoldado el cielo de blancos cendales y no cesaban de caer mansamente fríos copos de nieve. Despeado, casi sin aliento, arañado por las zarzas, entre la oscuridad, tocaba ya a las lindes del pueblo; mas allí quedaron agotados sus últimos esfuerzos. Cayó en tierra, la nieve poco a poco le fue cubriendo.

Oyóse en esto la campana de la ermita que llamaba a la misa del gallo, luego un estruendo de voces y ruidos de sonajas, rabeles, almireces, tambores, zambombas, que atronaban el valle. En tropel y sin sentir el frío por ir henchidos de vino, encendidos los rostros, cantando, gritando, blasfemando, a trancas y empujándose, llegaron los vecinos del lugar. Pasaron junto a él, atropellándole y pisoteándole. Acabada la misa volvieron de la misma manera. El postrer grupo notó que había allí un cuerpo caído. Uno gritó con voz aguardentosa y en tono socarrón: «¿Quién vive?»

El infeliz soldado, con la imaginación calenturienta, recogiendo sus últimos alientos, respondió en voz clara y solemne: «¡¡¡España!!!»

Una larga carcajada acogió la respuesta. «¡Es un borracho!» Y se alejaron, dejándole abandonado, dando risotadas y tambaleándose.

Al día siguiente el pueblo entero desfilaba por la escuela, donde yacía el difunto Juan Soldado, recogido por el maestro. A las preguntas de los curiosos sólo supo responder: «No sé quién es. Esta mañana al ir a misa del alba a la ermita me lo encontré entre la nieve ya casi yerto, aunque todavía rebullía algo. Cuajarones de sangre le chorreteaban por la cara. En la mano apretaba el pañuelo rojo y amarillo de la bandera española, como si con él hubiera enjugado sus ultimas lágrimas. Preguntéle quién era y me respondió con voz apagada y moribunda: «¡España! ¡España!»

Juan Soldado, niños españoles, es figura de nuestra patria, de España tendida en tierra, acribillada de las heridas que trajo de luengas tierras adonde fue a defender la verdad y la justicia, cobijada por la bandera española. Intrigantes y vividores, interesados y malos gobernantes, traidores separatistas, pasan por encima de ella y la acocean despiadadamente. Hasta algunos de sus hijos, que se llaman a sí mismos *intelectuales*, desahogan contra ella no sé qué veneno que trajeron de sus viajes por Europa, la llenan de vituperios e injurias, le repiten en todos los tonos la leyenda negra

inventada por sus enemigos, le echan en cara su crueldad, su pereza, su ignorancia en los tiempos pasados y en los presentes, convierten sus glorias, unas en leyendas, otras en horrores de un pueblo cruel, reaccionario, torpe y oscurantista, enemigo de la libertad y de la cultura, incapaz para colonizar y envuelto en burdas supersticiones, grosero, hambrón, harapiento y sucio, que nada supo hacer por la humanidad y merecedor de que la historia no le tenga en cuenta, de un pueblo, en fin, tan contrario del que os he mostrado como la noche del día.

¿Quién de vosotros, niños españoles, contemplará enjutos los ojos tan horrible escena y sufrirá en silencio tales palabras? Imitad al buen maestro que recogió a Juan Soldado. Meted en lo más entrañable de vuestros corazones el amor a España, vilipendiada y escarnecida; amadla, abrazadla con todo vuestro cariño, estudiadla cada día más, leed para ello y releed este librito, y criad pechos generosos para defenderla cuando seáis mayores. España necesitará de vosotros. Habréis de defenderla con las armas y con las palabras y escritos. Que el nombre de la patria sea sagrado para vosotros. Que la sola vista de la bandera española os llene de regocijo, levante vuestros pensamientos y encienda vuestros corazones. Juan Soldado murió gloriosamente, como los infinitos héroes españoles que desde el cielo coronan a la patria, y os miran puestas sus esperanzas en vosotros. España está tendida en tierra, malherida, acoceada, escarnecida, hasta por algunos de sus propios hijos; pero no está muerta. Nos ha tocado vivir en menguados días para la patria; mas no desmayéis. Peores los tuvo, por más azarosos trances pasó y sin embargo pudo rehacerse y levantarse más briosa y pujante.

Los bárbaros del Norte la hundieron y ella se sobrepuso a los bárbaros del Norte, brillando por su cultura en medio de las tinieblas que habían envuelto el mundo romano. Las hordas musulmanas la destrozaron y ella supo echarlas de su suelo y alzarse como un pueblo nuevo, rebosante de energías, que señoreó el mundo viejo y descubrió y civilizó otro nuevo. Volvió a caer bajo la misma pesadumbre de sus laureles, como heroica defensora de la verdad y de la justicia. Y llegaron los ejércitos de Napoleón y ella, la más abatida de las naciones europeas, venció a los que a las poderosas naciones europeas habían vencido. Y quiso levantarse y pareció resucitar; pero una política extraña y contraria a su naturaleza la ha tenido postrada y la ha empequeñecido despojándola de inmensos territorios.

¡No importa!, debemos decir, como siempre dijeron los españoles. ¡No importa! A pesar de sus descaminados gobiernos, España se rebulle, está sana en el corazón, va levantándose por días. No hay que desesperanzarse. En la pérdida de la esperanza está la muerte. Pero el pueblo español vive y alienta y quiere ser grande y poderoso. Es la mejor prueba de su salud y robustez. El alma española, libre e independiente, democrática e igualitaria como ninguna otra, ha caído en la cuenta de la careta de libertad que traían las ideas políticas venidas de Francia, las ha desenmascarado y comienza a echar de sí toda esa farsa y embuste. La gusanera intelectual, inoculada en España por las doctrinas francesas del siglo XVIII, aunque acaso haya servido de reactivo para que despertase el adormecido espíritu democrático español, hierve ya en podre que se cae por su propia nada.

Temblad de todo aquel que os hable de europeizamos, porque es de los que no ven nada bueno en el alma española y malician toda nuestra historia atropellando las verdades más manifiestas. Europeizar es desespañolizar y eso es matar a España, quitarle su natural para darle el de otros pueblos. Pero España tiene su natural y un temperamento más democrático y libre que el resto de Europa, ya lo habéis visto por su historia, y siempre perdió con ese traer cosas de fuera que no le entallaban ni le venían bien. Europa se crió en el feudalismo y en la servidumbre; España en las libertades comunales de la reconquista.

España y Europa cayeron bajo las garras absolutistas del imperialismo pagano, traído por el Renacimiento. La revolución francesa, pagana e intransigente, imperialista, madre de Napoleón, no podía engendrar la verdadera libertad. Cuando Europa quiso atrapar la libertad que, cual mariposa de irisantes y engañosos colores, salió de aquella revolución, se halló con una libertad mentirosa, con una oligarquía o mando de unos cuantos, oligarquía tan absoluta como la absoluta monarquía

anterior. El pueblo español se ha desengañado ya y se burla de todo el tinglado liberal, tan intransigente y tirano como el rey absoluto que fue causa de su ruina. El derecho electoral y la representación parlamentaria son trampantojos que ya a nadie engañan.

Y no extrañéis que haga hincapié en la mala y extranjeriza política de nuestra España, porque ella es la que la mantiene hundida, después de haberla hundido el antiguo régimen de los extranjeros reyes absolutos. El pueblo se siente abandonado, los que se llaman sus representantes sabe que no lo son sino de los partidos políticos que turnan en el poder, que no miran sino por sus particulares intereses, despilfarrándose la Hacienda pública en favor de unos cuantos, torciéndose la Justicia, desatendiéndose los verdaderos merecimientos, triunfando sólo los vivos y paniaguados de los políticos.

Pero España romperá un día estas cadenas, porque la raza independiente y valerosa de siempre vive y comienza ya a romperlas. La raza no está aniquilada. A seis millones bajó su población; hoy anda cerca de los 23 millones. Su deuda pública, de 15.000 millones, es harto poca cosa delante de la deuda de las naciones más poderosas. La riqueza de España se calcula en el año 1924 en 218.000 millones y su renta pasa de 25.000 millones, a pesar de que están sin aprovechar la mayor parte de sus fuentes de riqueza. No está España arruinada; es rica y lo será cada día más. Y al empuje de la raza española, que rebrota en inmensos territorios americanos, ¿quién le pondrá medida? La raza está pujante y suyo es el porvenir.

Veinte retoños frescos y lozanos, veinte naciones españolas de América, estarán con España, porque no podrán descastarse ni despedir de sí el espíritu único de raza que les dio vida y crecimiento. Francia e Italia no han podido crear, no veinte, pero ni un solo pueblo lejos de su patria. Las naciones latinas se dividirán el mundo con las sajonas y de las latinas España con sus veinte hijas americanas será la que enarbolará la bandera de la civilización latina y mediterránea, madre de la verdadera civilización.

A España le están reservadas grandes cosas en los tiempos venideros. No está en nuestra mano predecirlas ni tejer la historia futura. Dios sobre todo. Pero, si no podemos romper la tela de los sucesos tejida en los telares de la eternidad, hilamos por lo menos con nuestro querer y obrar los hilos con los que la Providencia divina la teje conforme a sus inescrutables designios. Si alguna raza dio pruebas de esforzada voluntad y de recia constancia es, sin duda, la raza española. Si alguna raza demostró tener un espíritu propio, personal, inconfundible, a la par que emprendedor, aventurero, sufrido, libre e independiente, contradistinto del espíritu de los demás pueblos de Europa, fue la raza española. Y ese espíritu está encarnado en 120 millones de hombres, desparramados, no solamente en Hispanoamérica, sino en los Estados Unidos, en Filipinas y entre los israelitas de las costas todas del Mediterráneo. Y esta inmensa raza está en los comienzos de su desenvolvimiento, las dilatadas tierras americanas serán un semillero de gentes innumerables, la mitad del Globo tendrá gentes de raza española. Críen, pues, los hijos de España pechos esperanzados en el porvenir de la raza, porque siempre fue verdad que querer es poder y, cuando toda la raza española quiera, podrá.

Y el patriotismo, el amor a la patria, es el alimento de la voluntad y del querer de las naciones.

Niños, amad a España.

FIN

A ESPAÑA

España, la patria mía,
patria mía eres, España:
la vida que tú me diste
por ti quisiera yo darla.
Tú eres patria de mi madre,
de mi padre tú eres patria,
la patria de mis amores
y la patria de mi raza:
tú eres vida de mi vida
y eres alma de mi alma.

España, la patria mía,
patria mía eres, España,
la de las sierras enhiestas,
la de las hondas gargantas,
la de las vegas fecundas,
la de las vastas llanadas,
la de las riberas verdes,
la de los ríos de plata,
la de los mares azules,
la de las mesetas pardas,
la de los riscos que suben,
la de los valles que bajan,
la del cielo de zafiro,
la del recio sol que abrasa.

Tu cabeza alzas a Europa,
estribas tus pies en África,
miras hacia el Nuevo Mundo,
vuelves al viejo la espalda:
de Europa fuiste cabeza,
al moro aplastó tu planta,
engendraste un nuevo mundo,
refrenaste al turco de Asia.
El sol jamás se ponía
en tus dominios, España,
jamás se pondrá ya el sol
en las tierras de tu raza:
cien pueblos te llaman madre
con palabras castellanas,
porque la sangre del Cid
corre en sus venas y aun hablan
como hablara Alonso el Sabio
y el marqués de Santillana,
Lope, Quevedo, Cervantes
y Calderón de la Barca.

España, la patria mía,
patria mía eres, España,
tierra de las libertades,
tierra de gentes hidalgas,
de los libres municipios,
de fueros y cartas francas,
tierra de la independencia,
siempre a ajeno yugo extraña,
donde brilló de Viriato
y de Pelayo la espada,
donde respondió Bernardo
a Carlo Magno de Francia.

España, la patria mía,
patria mía eres, España,
y eres patria de guerreros
y de héroes eres patria:
dichosa tú que bebiste
su sangre noble y sagrada
gloriosamente vertida
en cien sangrientas batallas
y con ella alimentaste
a los hombres de tu raza;
tierra que con sangre de héroes
quedó por siempre empapada,
en Sagunto, Covadonga,
Calatañazor, Numancia,
en Zaragoza y Bailén,
en el Salado y Las Navas.
¿Quién sino tú el corazón
en duro bronce forjara
de adalides cual Balboa,
Cortés, Pizarro, Orellana?

España, la patria mía,
patria mía eres, España,
la que labras los Gonzalos,
la que los Guzmanes labras,
la que los Fernán González,
la que los Juanes de Austria.
Tú a los romanos aterras,
tú a la Fe a los godos ganas,
tú echas allende los mares
a los moros de Granada,
tú a los alemanes vences,
tú coges al rey de Francia,

la luz de la media luna
en Lepanto tú la apagas,
tú de los triunfos el lauro
a Napoleón arrebatas.
Jamás te vieron primero
empuñar tu noble espada;
mas la Justicia tu brazo
dirigió a quien te agraviaba
y la Justicia es certera
y tiene mano pesada.

España, la patria mía,
patria mía eres, España,
la que cantaste en romances,
recios cual tus tierras bravas,
a los héroes justicieros
de entereza soberana,
de los desafueros víctimas
y adalides de la patria,
broquel de los oprimidos,
de la independencia lanza,
terror de reyes soberbios,
prez de la honradez cristiana.

España, la patria mía,
patria mía eres, España,
vivero de hombres de letras
y de artistas de alta fama,
de nobles emperadores,
de esclarecidos monarcas,
de mujeres valerosas,
de caballeros sin tacha.
¿Quién de tus conquistadores
recontará las hazañas
y de tus descubridores
las proezas no pensadas?
Tus arriesgados marinos
mares y costas lejanas
vieron antes jamás vistas
ni holladas de humana planta.
Cruzaron sierras y bosques,
ríos e inmensas sabanas
tus celosos misioneros
por cuanto la tierra abarca.
Tus santos fueron gigantes
de santidad sobrehumana,
tus místicos se arrobaron
adonde el hombre no alcanza
a subir ni trasponer
si no es con divinas alas.
Tus soberanos artistas
oscurecieron la fama
de los artistas de Flandes,
de los artistas de Italia.
Tus ingenios peregrinos
inventaron la que llaman
hoy novela picaresca,
que es cierto invención galana,
y a puñados derramaron
en ella donaire y gracia.
Mas la corona y remate
de las letras castellanas
fue el teatro nacional
que con soberana traza
levantaron tus ingenios
sobre las macizas basas
de los lindos villancicos
y romances de la raza.

España, la patria mía,
patria mía eres, España,
fuiste la reina del mundo,
que se rindió a tus hazañas;
fuente fuiste del saber
y dechado de obras santas,
no hubo poder en la tierra
que al tuyo se comparara.
Ahora de luto y llorosa
te veo y desconsolada,
sin tus glorias y atavíos,
sin tu poder y tus galas,
hecha escarnio de las gentes,
de todos abandonada.

España, la patria mía,
patria mía eres, España,
la patria de mis amores
y la patria de mi raza:
ahora es cuando mi cariño
se va a ti con toda el alma.
La vida que tú me diste
por ti quisiera yo darla,
que eres vida de mi vida
y eres alma de mi alma.

CLÁSICOS DE HISTORIA

http://clasicoshistoria.blogspot.com.es/

540 Havelock Ellis, *El alma de España*
539 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los Césares*
538 Jacob Burckhardt, *La época de Constantino el Grande. Del paganismo al cristianismo*
537 Rufo Festo, *Breviario de las victorias del pueblo romano*
536 Lucio Cecilio Lactancio, *Cómo mueren los perseguidores*
535 Luis Zapata de Chaves, *Miscelánea o Varia historia*
534 Nicolás de Condorcet, *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*
533 Martin Hume, *Historia del pueblo español, su origen, desarrollo e influencia*
532 François Plaine, *Los pretendidos terrores del año mil*
531 Juan Ximénez Cerdán, *Letra intimada al Justicia de Aragón*
530 Andrés de Mena y Francisco de Rioja, *Sobre el Conde Duque de Olivares, en su caída*
529 Luis Suárez, *Grandes interpretaciones de la Historia*
528 *La falsa vida del falsario Saavedra (relatos y refutaciones)*
527 Eusebio Jerónimo de Estridón, *Varones ilustres*
526 Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*
525 Pedro Mártir de Angleria, *Décadas del Nuevo Mundo*
524 Carlos Pereyra, *Tejas: la primera desmembración de Méjico*
523 Lorenzo Zavala, *Viaje a los Estados Unidos del Norte de América en 1830*
522 Frances Trollope, *Costumbres familiares de los norteamericanos*
521 Jesse Ames Spencer, *Historia de los Estados Unidos* (2 tomos)
520 Benjamín Franklin, *Esclavos y razas (1751-1790)*
519 Alejandro Manzoni, *Historia de la Columna Infame*
518 Alejandro Manzoni, *Los novios. Historia milanesa del siglo XVII*
517 Fernando Patxot, *Las ruinas de mi convento*
516 Marqués de Ayerbe, *Memorias sobre la estancia de D. Fernando VII en Valençay*
515 Jerónimo Münzer, *Viaje por España y Portugal en los años 1494 y 1495*
514 Conde de Robres, *Historia de las guerras civiles de España desde 1700 hasta 1708*
513 Isidoro de Sevilla, *Historia de los reyes godos, vándalos y suevos*
512 Ángel Salcedo Ruiz, *Contra el regionalismo aragonés (1918-1920)*
511 Juan Moneva y Puyol, *Disertaciones políticas (republicanas y regionalistas)*
510 Andrés Nin, *Las dictaduras de nuestro tiempo*
509 Francisco Cambó, *Las dictaduras*
508 Manuel Chaves Nogales, *La vuelta a Europa en avión; los reportajes del Heraldo*
507 Guillén de Lampart, *Proclama por la liberación de la Nueva España y otros textos*
506 Carlos Pereyra, *La obra de España en América*
505 Pedro Mártir de Angleria, *Cartas del Nuevo Mundo 1493-1525*
504 Juan Moneva y Puyol: *Política de represión y otros textos*
503 Francisco Cambó: *Un catalanismo de orden; textos 1907-1937*
502 Macalister y otros, *Palestina en 1911 (Encyclopædia Britannica)*
501 George Robinson, *Viaje a Palestina y Siria en 1830*
500 Augusto Conte, *Recuerdos de un diplomático*
499 Pere M. Rossell, *La Raza*
498 *Las razas europeas en la antropología racista. Textos, mapas y gráficos*
497 Marco Aurelio, *Soliloquios*
496 Cayetano Barraquer, *Quema de conventos y matanza de frailes en la Barcelona de 1835*

495 Francisco Raull, *Historia de la conmoción de Barcelona en... julio de 1835*
494 Eugenio de Aviraneta y Tomás Bertrán Soler, *Mina y los proscriptos*
493 Ramón Xaudaró y Fábregas, *Bases de una constitución política… y otros textos*
492 Joaquín del Castillo, *Las bullangas de Barcelona o sacudimientos de un pueblo oprimido...*
491 John Tanner, *Narración de su cautiverio y aventuras con los indios de Norteamérica*
490 Alphonse Daudet, *Tartarín de Tarascón*
489 Gustave de Beaumont, *Estado Unidos en 1831: Esclavitud, racismo, religión, tribus indias...*
488 William Jay, *Causas y consecuencias de la guerra de 1847 entre Estados Unidos y Méjico*
487 Manuel Gil Maestre, *El anarquismo, hechos e ideas*
486 Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*
485 Richard F. Burton, *Peregrinación a La Meca y Medina*
484 Romualdo Nogués, *Aventuras y desventuras de un soldado viejo natural de Borja*
483 Vicente de la Fuente, *La sopa de los conventos*
482 John Leech, *Grabados de la Historia cómica de Roma*
481 José García de León y Pizarro, *Memorias*
480 Gustavo Adolfo Bécquer, *Desde mi celda. Veruela. Costumbres de Aragón*
479 Washington Irving, *Cuentos de la Alhambra*
478 Manuel de Galhegos, *Obras varias al real palacio del Buen Retiro*
477 Évariste Huc, *Recuerdos de un viaje a la Tartaria, el Tíbet y la China en 1844, 1845 y 1846*
476 Rafael Torres Campos, *Esclavitud e imperialismo en el África árabe*
475 Rosendo Salvado, *Memorias históricas sobre la Australia*
474 Juan Fernández de Heredia, *Libro de los fechos et conquistas de la Morea*
473 *Crónica del rey de Aragón Pedro IV el Ceremonioso*
472 Plinio el Joven, *Cartas. Libro I al IX*
471 Thomas Macaulay, *Revolución de Inglaterra*
470 Manuel Fraga Iribarne, *Razas y racismo*
469 Juan Bautista Pérez, *Parecer sobre las planchas de plomo que se han hallado en Granada*
468 G. Lenotre, *Historias íntimas de la Revolución Francesa*
467 Pierre Gaxotte, *La España de los años treinta. Artículos de «Je suis partout»*
466 Lucio Marineo Sículo, *Crónica de Aragón*
465 Gonzalo de Céspedes, *Excelencias de España y sus ciudades*
464 Plinio el Joven, *Panegírico de Trajano y correspondencia con el emperador*
463 *Auca de l'Estatut de Catalunya*
462 Thomas Macaulay, *Constructores del imperio británico en la India*
461 *Los ilustrados y la esclavitud*
460 José Pascasio de Escoriaza, *La esclavitud en las Antillas*
459 Alonso de Sandoval, *Mundo negro y esclavitud*
458 Claudio Claudiano, *Elogio de Serena*
457 *Concilio IV de Toledo (año 633)*
456 Pedro Bosch Gimpera, *España, Para la comprensión de España, y otros textos*
455 Ramón Menéndez Pidal, *Lenguas y nacionalismos. Artículos y polémicas*
454 Charles Van Zeller, *Guerra civil en España. Esbozos y recuerdos*
453 Antonio Pirala, *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista* (6 tomos)
452 Plinio el Viejo, *Hispania antigua en la Naturalis Historia*
451 Benvenuto Cellini, *Su vida escrita por él mismo en Florencia*
450 *Propaganda y doctrina. Editoriales y oros textos de la revista Escorial (1940-1942)*
449 Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*
448 Nuño de Guzmán, *Jornada de Nueva Galicia y otras cartas*
447 Alfredo Chavero, *Explicación del lienzo de Tlaxcala*
446 Ramón Menéndez Pidal, *Tres artículos sobre Bartolomé de las Casas*

445 Américo Vespucio, *Tres cartas sobre el Nuevo Mundo*
444 Publilio Siro, *Sentencias*
443 Aulo Gelio, *Noches áticas*
442 Tito Lucrecio Caro, *De la naturaleza de las cosas*
441 Aurelio Prudencio Clemente, *Psicomaquia o Pelea de las Virtudes y los Vicios*
440 Luciano de Samósata, *Historias verdaderas*
439 Concepción Arenal, *La cuestión social*
438 Benjamin Constant, *De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos*
437 Emilio Mola Vidal, *Memorias de mi paso por la Dirección General de Seguridad*
436 Manuel García Morente, *Idea de la Hispanidad*
435 Vaclav Schaschek y Gabriel Tetzel, *Viaje de León de Rosmital por España en 1466*
434 Andrea Navagero, *Viaje por España 1524-1528*
433 Georg von Ehingen, *Viaje por España en 1457*
432 Francesco Guicciardini, *Relación de España 1512-1513*
431 Santiago Ramón y Cajal, *Patriotismo y nacionalismos. Textos regeneracionistas*
430 Julián Ribera, *Lo científico en la historia*
429 Juan Gálvez y Fernando Brambila, *Ruinas de Zaragoza en su primer sitio*
428 Faustino Casamayor, *Diario de los Sitios de Zaragoza*
427 Georges Desdevises du Dézert, *Ideas de Napoleón acerca de España*
426 Wenceslao Fernández Flórez, *Columnas de la República 1931-1936*
425 Berman, Low y otros, *Antes de la catástrofe. Caricaturas políticas en* Ken *1938-1939*
424 Dolores Ibárruri “Pasionaria”, *Artículos, discursos e informes 1936-1978*
423 Gregorio Marañón, *Artículos republicanos 1931-1937*
422 Emil Hübner, *La arqueología de España*
421 Alexandre de Laborde, *Grabados del Voyage pittoresque et historique de l’Espagne*
420 Pompeyo Trogo, *Los asuntos de España*
419 Frederick Hardman, *Escenas y bosquejos de las guerras de España*
418 Fustel de Coulanges, *Alsacia alemana o francesa, y otros textos nacionalistas*
417 Theodor Mommsen, *A los italianos (la guerra y la paz)*
416 Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua. Estudio sobre el culto, el derecho y las instituciones*
415 *Historia Augusta. Vidas de diversos emperadores y pretendientes desde el divino Adriano...*
414 Anténor Firmin, *La igualdad de las razas humanas (Fragmentos)*
413 Fermín Hernández Iglesias, *La esclavitud y el señor Ferrer de Couto*
412 José Ferrer de Couto, *Los negros en sus diversos estados y condiciones*
411 *Textos antiguos sobre el mito de las edades: Hesíodo, Platón, Ovidio, Virgilio, Luciano*
410 Tertuliano, *Apologético*
409 Flavio Arriano, *Historia de las expediciones de Alejandro*
408 Luciano de Samósata, *Cómo ha de escribirse la Historia*
407 Vasco de Quiroga, *Información en derecho sobre algunas Provisiones del Consejo de Indias*
406 Julián Garcés, Bernardino de Minaya y Paulo III, *La condición de los indios*
405 Napoleón Colajanni, *Raza y delito*
404 Ángel Pulido, *Españoles sin patria y la reza sefardí*
403 Ángel Pulido, *Los israelitas españoles y el idioma castellano*
402 George Dawson Flinter, *Examen del estado actual de los esclavos de la isla de Puerto Rico*
401 Vicente de la Fuente, *Historia de las sociedades secretas antiguas y modernas en España*
400 Francisco Guicciardini, *Historia de Italia… desde el año de 1494 hasta el de 1532* (2 tomos)
399 *Anti-Miñano. Folletos contra las Cartas del pobrecito holgazán y su autor*
398 Sebastián de Miñano, *Lamentos políticos de un pobrecito holgazán*
397 Kenny Meadows, *Ilustraciones de Heads of the people or Portraits of the english*
396 *Grabados de Les français peints par eux-mêmes* (2 tomos)

295 Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español*
294 Julián Ribera, *La supresión de los exámenes*
293 Gonzalo Fernández de Oviedo, *Relación de lo sucedido en la prisión del rey de Francia...*
292 Juan de Oznaya, *Historia de la guerra de Lombardía, batalla de Pavía y prisión del rey...*
291 Ángel Pestaña, *Setenta días en Rusia. Lo que yo vi*
290 Antonio Tovar, *El Imperio de España*
289 Antonio Royo Villanova, *El problema catalán y otros textos sobre el nacionalismo*
288 Antonio Rovira y Virgili, *El nacionalismo catalán. Su aspecto político...*
287 José del Campillo, *Lo que hay de más y de menos en España, para que sea lo que debe ser...*
286 Miguel Serviá († 1574): *Relación de los sucesos del armada de la Santa Liga...*
285 Benito Jerónimo Feijoo, *Historia, patrias, naciones y España*
284 Enrique de Jesús Ochoa, *Los Cristeros del Volcán de Colima*
283 Henry David Thoreau, *La desobediencia civil*
282 *Tratados internacionales del siglo XVII. El fin de la hegemonía hispánica*
281 Guillermo de Poitiers, *Los hechos de Guillermo, duque de los normandos y rey de los anglos*
280 Indalecio Prieto, *Artículos de guerra*
279 Francisco Franco, *Discursos y declaraciones en la Guerra Civil*
278 Vladimir Illich (Lenin), *La Gran Guerra y la Revolución. Textos 1914-1917*
277 Jaime I el Conquistador, *Libro de sus hechos*
276 Jerónimo de Blancas, *Comentario de las cosas de Aragón*
275 Emile Verhaeren y Darío de Regoyos, *España Negra*
274 Francisco de Quevedo, *España defendida y los tiempos de ahora*
273 Miguel de Unamuno, *Artículos republicanos*
272 *Fuero Juzgo o Libro de los Jueces*
271 Francisco Navarro Villoslada, *Amaya o los vascos en el siglo VIII*
270 Pompeyo Gener, *Cosas de España (Herejías nacionales y El renacimiento de Cataluña)*
269 Homero, *La Odisea*
268 Sancho Ramírez, *El primitivo Fuero de Jaca*
267 Juan I de Inglaterra, *La Carta Magna*
266 *El orden público en las Cortes de 1936*
265 Homero, *La Ilíada*
264 Manuel Chaves Nogales, *Crónicas de la revolución de Asturias*
263 Felipe II, *Cartas a sus hijas desde Portugal*
262 Louis-Prosper Gachard, *Don Carlos y Felipe II*
261 *Felipe II rey de Inglaterra, documentos*
260 Pedro de Rivadeneira, *Historia eclesiástica del cisma de Inglaterra*
259 Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades* (6 tomos)
258 Joaquin Pedro de Oliveira Martins, *Historia de la civilización ibérica*
257 Pedro Antonio de Alarcón, *Historietas nacionales*
256 Sergei Nechaiev, *Catecismo del revolucionario*
255 Álvar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios y Comentarios*
254 Diego de Torres Villarroel, *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras*
253 *¿Qué va a pasar en España? Dossier en el diario* Ahora *del 16 de febrero de 1934*
252 Juan de Mariana, *Tratado sobre los juegos públicos*
251 Gonzalo de Illescas, *Jornada de Carlos V a Túnez*
250 Gilbert Keith Chesterton, *La esfera y la cruz*
249 José Antonio Primo de Rivera, *Discursos y otros textos*
248 *Citas del Presidente Mao Tse-Tung (El Libro Rojo)*
247 Luis de Ávila y Zúñiga, *Comentario de la guerra de Alemania… en el año de 1546 y 1547.*
246 José María de Pereda, *Pedro Sánchez*

245 Pío XI, *Ante la situación social y política (1926-1937)*
244 Herbert Spencer, *El individuo contra el Estado*
243 Baltasar Gracián, *El Criticón*
242 Pascual Madoz, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España...* (16 tomos)
241 Benito Pérez Galdós, *Episodios Nacionales* (5 tomos)
240 Andrés Giménez Soler, *Don Jaime de Aragón último conde de Urgel*
239 Juan Luis Vives, *Tratado del socorro de los pobres*
238 Cornelio Nepote, *Vidas de los varones ilustres*
237 Zacarías García Villada, *Paleografía española* (2 tomos)
236 Platón, *Las Leyes*
235 Baltasar Gracián. *El Político Don Fernando el Católico*
234 León XIII, *Rerum Novarum*
233 Cayo Julio César, *Comentarios de la Guerra Civil*
232 Juan Luis Vives, *Diálogos o Linguæ latinæ exercitatio*
231 Melchor Cano, *Consulta y parecer sobre la guerra al Papa*
230 William Morris, *Noticias de Ninguna Parte, o una era de reposo*
229 *Concilio III de Toledo*
228 Julián Ribera, *La enseñanza entre los musulmanes españoles*
227 Cristóbal Colón, *La Carta de 1493*
226 Enrique Cock, *Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592*
225 José Echegaray, *Recuerdos*
224 Aurelio Prudencio Clemente, *Peristephanon o Libro de las Coronas*
223 Hernando del Pulgar, *Claros varones de Castilla*
222 Francisco Pi y Margall, *La República de 1873. Apuntes para escribir su historia*
221 *El Corán*
220 José de Espronceda, *El ministerio Mendizábal, y otros escritos políticos*
219 Alexander Hamilton, James Madison y John Jay, *El Federalista*
218 Charles F. Lummis, *Los exploradores españoles del siglo XVI*
217 Atanasio de Alejandría, *Vida de Antonio*
216 Muhammad Ibn al-Qutiyya (Abenalcotía): *Historia de la conquista de Al-Andalus*
215 *Textos de Historia de España*
214 Julián Ribera, *Bibliófilos y bibliotecas en la España musulmana*
213 León de Arroyal, *Pan y toros. Oración apologética en defensa del estado... de España*
212 Juan Pablo Forner, *Oración apologética por la España y su mérito literario*
211 Nicolás Masson de Morvilliers, *España (dos versiones)*
210 *Los filósofos presocráticos. Fragmentos y referencias (siglos VI-V a. de C.)*
209 José Gutiérrez Solana, *La España negra*
208 Francisco Pi y Margall, *Las nacionalidades*
207 Isidro Gomá, *Apología de la Hispanidad*
206 Étienne Cabet, *Viaje por Icaria*
205 Gregorio Magno, *Vida de san Benito abad*
204 Lord Bolingbroke (Henry St. John), *Idea de un rey patriota*
203 Marco Tulio Cicerón, *El sueño de Escipión*
202 *Constituciones y leyes fundamentales de la España contemporánea*
201 Jerónimo Zurita, *Anales de la Corona de Aragón* (4 tomos)
200 Soto, Sepúlveda y Las Casas, *Controversia de Valladolid*
199 Juan Ginés de Sepúlveda, *Demócrates segundo, o… de la guerra contra los indios.*
198 Francisco Noël Graco Babeuf, *Del Tribuno del Pueblo y otros escritos*
197 Manuel José Quintana, *Vidas de los españoles célebres*
196 Francis Bacon, *La Nueva Atlántida*

195 Alfonso X el Sabio, *Estoria de Espanna*
194 Platón, *Critias o la Atlántida*
193 Tommaso Campanella, *La ciudad del sol*
192 Ibn Battuta, *Breve viaje por Andalucía en el siglo XIV*
191 Edmund Burke, *Reflexiones sobre la revolución de Francia*
190 Tomás Moro, *Utopía*
189 Nicolás de Condorcet, *Compendio de La riqueza de las naciones de Adam Smith*
188 Gaspar Melchor de Jovellanos, *Informe sobre la ley agraria*
187 Cayo Veleyo Patérculo, *Historia Romana*
186 José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*
185 José García Mercadal, *Estudiantes, sopistas y pícaros*
184 Diego de Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe político cristiano*
183 Emmanuel-Joseph Sieyès, *¿Qué es el Tercer Estado?*
182 Publio Cornelio Tácito, *La vida de Julio Agrícola*
181 Abū Abd Allāh Muhammad al-Idrīsī, *Descripción de la Península Ibérica*
180 José García Mercadal, *España vista por los extranjeros*
179 Platón, *La república*
178 Juan de Gortz, *Embajada del emperador de Alemania al califa de Córdoba*
177 Ramón Menéndez Pidal, *Idea imperial de Carlos V*
176 Dante Alighieri, *La monarquía*
175 Francisco de Vitoria, *Relecciones sobre las potestades civil y ecl., las Indias, y la guerra*
174 Alonso Sánchez y José de Acosta, *Debate sobre la guerra contra China*
173 Aristóteles, *La política*
172 Georges Sorel, *Reflexiones sobre la violencia*
171 Mariano José de Larra, *Artículos 1828-1837*
170 Félix José Reinoso, *Examen de los delitos de infidelidad a la patria*
169 John Locke, *Segundo tratado sobre el gobierno civil*
168 Conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*
167 Miguel Asín Palacios, *La escatología musulmana de la Divina Comedia*
166 José Ortega y Gasset, *España invertebrada*
165 Ángel Ganivet, *Idearium español*
164 José Mor de Fuentes, *Bosquejillo de la vida y escritos*
163 Teresa de Jesús, *Libro de la Vida*
162 Prisco de Panio, *Embajada de Maximino en la corte de Atila*
161 Luis Gonçalves da Câmara, *Autobiografía de Ignacio de Loyola*
160 Lucas Mallada y Pueyo, *Los males de la patria y la futura revolución española*
159 Martín Fernández de Navarrete, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*
158 Lucas Alamán, *Historia de Méjico… hasta la época presente* (cuatro tomos)
157 Enrique Cock, *Anales del año ochenta y cinco*
156 Eutropio, *Breviario de historia romana*
155 Pedro Ordóñez de Ceballos, *Viaje del mundo*
154 Flavio Josefo, *Contra Apión. Sobre la antigüedad del pueblo judío*
153 José Cadalso, *Cartas marruecas*
152 Luis Astrana Marín, *Gobernará Lerroux*
151 Francisco López de Gómara, *Hispania victrix (Historia de las Indias y conquista de México)*
150 Rafael Altamira, *Filosofía de la historia y teoría de la civilización*
149 Zacarías García Villada, *El destino de España en la historia universal*
148 José María Blanco White, *Autobiografía*
147 *Las sublevaciones de Jaca y Cuatro Vientos en el diario ABC*
146 Juan de Palafox y Mendoza, *De la naturaleza del indio*

95 Adolf Hitler, *Mi lucha*
94 Cayo Salustio Crispo, *La conjuración de Catilina*
93 Jean-Jacques Rousseau, *El contrato social*
92 Cayo Cornelio Tácito, *La Germania*
91 John Maynard Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*
90 Ernest Renan, *¿Qué es una nación?*
89 Hernán Cortés, *Cartas de relación sobre el descubrimiento y conquista de la Nueva España*
88 *Las sagas de los Groenlandeses y de Eirik el Rojo*
87 Cayo Cornelio Tácito, *Historias*
86 Pierre-Joseph Proudhon, *El principio federativo*
85 Juan de Mariana, *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón*
84 Andrés Giménez Soler, *La Edad Media en la Corona de Aragón*
83 Marx y Engels, *Manifiesto del partido comunista*
82 Pomponio Mela, *Corografía*
81 *Crónica de Turpín (Codex Calixtinus, libro IV)*
80 Adolphe Thiers, *Historia de la Revolución Francesa* (3 tomos)
79 Procopio de Cesárea, *Historia secreta*
78 Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*
77 Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*
76 Enrich Prat de la Riba, *La nacionalidad catalana*
75 John de Mandeville, *Libro de las maravillas del mundo*
74 Egeria, *Itinerario*
73 Francisco Pi y Margall, *La reacción y la revolución. Estudios políticos y sociales*
72 Sebastián Fernández de Medrano, *Breve descripción del Mundo*
71 Roque Barcia, *La Federación Española*
70 Alfonso de Valdés, *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*
69 Ibn Idari Al Marrakusi, *Historias de Al-Ándalus* (de *Al-Bayan al-Mughrib*)
68 Octavio César Augusto, *Hechos del divino Augusto*
67 José de Acosta, *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*
66 Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*
65 Julián Juderías, *La leyenda negra y la verdad histórica*
64 Rafael Altamira, *Historia de España y de la civilización española* (2 tomos)
63 Sebastián Miñano, *Diccionario biográfico de la Revolución Francesa y su época*
62 Conde de Romanones, *Notas de una vida (1868-1912)*
61 Agustín Alcaide Ibieca, *Historia de los dos sitios de Zaragoza*
60 Flavio Josefo, *Las guerras de los judíos.*
59 Lupercio Leonardo de Argensola, *Información de los sucesos de Aragón en 1590 y 1591*
58 Cayo Cornelio Tácito, *Anales*
57 Diego Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*
56 Valera, Borrego y Pirala, *Continuación de la Historia de España de Lafuente* (3 tomos)
55 Geoffrey de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania*
54 Juan de Mariana, *Del rey y de la institución de la dignidad real*
53 Francisco Manuel de Melo, *Historia de los movimientos y separación de Cataluña*
52 Paulo Orosio, *Historias contra los paganos*
51 *Historia Silense, también llamada legionense*
50 Francisco Javier Simonet, *Historia de los mozárabes de España*
49 Anton Makarenko, *Poema pedagógico*
48 *Anales Toledanos*
47 Piotr Kropotkin, *Memorias de un revolucionario*
46 George Borrow, *La Biblia en España*

45 Alonso de Contreras, *Discurso de mi vida*
44 Charles Fourier, *El falansterio*
43 José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*
42 Ahmad Ibn Muhammad Al-Razi, *Crónica del moro Rasis*
41 José Godoy Alcántara, *Historia crítica de los falsos cronicones*
40 Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles* (3 tomos)
39 Alexis de Tocqueville, *Sobre la democracia en América*
38 Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación* (3 tomos)
37 John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*
36 *Guía del Peregrino (Codex Calixtinus)*
35 Jenofonte de Atenas, *Anábasis, la expedición de los diez mil*
34 Ignacio del Asso, *Historia de la Economía Política de Aragón*
33 Carlos V, *Memorias*
32 Jusepe Martínez, *Discursos practicables del nobilísimo arte de la pintura*
31 Polibio, *Historia Universal bajo la República Romana*
30 Jordanes, *Origen y gestas de los godos*
29 Plutarco, *Vidas paralelas*
28 Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España*
27 Francisco de Moncada, *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*
26 Rufus Festus Avienus, *Ora Marítima*
25 Andrés Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*
24 Pedro Antonio de Alarcón, *Diario de un testigo de la guerra de África*
23 Motolinia, *Historia de los indios de la Nueva España*
22 Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*
21 *Crónica Cesaraugustana*
20 Isidoro de Sevilla, *Crónica Universal*
19 Estrabón, *Iberia (Geografía, libro III)*
18 Juan de Biclaro, *Crónica*
17 *Crónica de Sampiro*
16 *Crónica de Alfonso III*
15 Bartolomé de Las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*
14 *Crónicas mozárabes del siglo VIII*
13 *Crónica Albeldense*
12 *Genealogías pirenaicas del Códice de Roda*
11 Heródoto de Halicarnaso, *Los nueve libros de Historia*
10 Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del almirante*
9 Howard Carter, *La tumba de Tutankhamon*
8 Sánchez-Albornoz, *Una ciudad de la España cristiana hace mil años*
7 Eginardo, *Vida del emperador Carlomagno*
6 Idacio, *Cronicón*
5 Modesto Lafuente, *Historia General de España* (9 tomos)
4 *Ajbar Machmuâ*
3 *Liber Regum*
2 Suetonio, *Vidas de los doce Césares*
1 Juan de Mariana, *Historia General de España* (3 tomos)